Ángel de plata

Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO PRIMERO

Barikah, Costa de Berbería, *1796.*

En la calle de los Joyeros, el mercader de perlas Abdul ibn-Mesih cerró su tienda con bastante anticipación al cántico cadencioso y monótono del almuecín convocando a los fieles a la oración. Abdul disponía de al menos diez minutos, pero se estaba volviendo viejo y sus huesos propensos a dolores que retardaban sus pasos, por eso necesitaba salir temprano cada día. Mientras pudiera, caminaría hasta la mezquita más cercana antes que usar la alfombrilla oriental para rezar arrodillado que guardaba en el fondo de su diminuta tienda, a diferencia de algunos de sus vecinos menos piadosos. Por lo tanto, él era la única persona que pasaba por la calle a esa hora, y por eso fue el único testigo del asesinato.

El joven turco y el hombretón de larga túnica negra que le perseguía pasaron corriendo al lado de Abdul, sin prestar la más mínima atención al mercader de perlas. Si sólo hubiesen doblado la esquina y desaparecido de su vista, él no habría sufrido pesadillas esa noche. Pero el gigantón alcanzó su presa al final de la calle y casi le partió en dos con la cimitarra que esgrimía. Un rápido registro del cuerpo dio como resultado un papel, y luego el asaltante se fue, escabulléndose sin una sola mirada atrás, mientras el cuerpo del turco quedaba donde había caído, regando de sangre la empinada calle empedrada, como una invitación a las moscas para que se acercaran a darse un festín.

Abdul ibn-Mesih decidió que ese día no caminaría hasta la mezquita para las oraciones vespertinas. Cuando los almuecines llamaron desde las alturas de los muchos minaretes diseminados por la ciudad, el mercader de perlas estaba arrodillado sobre su alfombrilla oriental en el fondo de la tienda pensando que desde hacía demasiado tiempo no veía a su hija, que vivía en el campo. Ella se merecía una visita suya, tal vez bastante prolongada.

Horas después, esa misma tarde, otros dos correos secretos de Jamil Reshid fueron asesinados antes de que pudieran salir de Barikah. Uno fue envenenado en un café. El otro fue encontrado en una callejuela con la garganta cortada y con el alambre de la cuerda de arco utilizada para estrangularlo incrustado en el cuello.

Esa noche, cuatro camellos corrían hacia el oeste, en dirección a Argel. El hombre que llevaba la delantera era otro desafortunado correo de palacio. Los tres asesinos que le perseguían acortaron lentamente la distancia y por fin le dieron alcance. Murió rápidamente, igual que todos los demás.

El hombre que le había derribado del camello era un musulmán griego acostumbrado a esta clase de trabajo. Los dos cómplices que cabalgaban con él eran árabes, hermanos pertenecientes a una antigua familia conocida por su lealtad a las leyes de Barikah, por eso era natural que sintieran cierta culpa al participar en este trabajo nocturno. Ellos no habían matado al correo, pero el hermano mayor había asesinado a otro a principios de esa semana.

Eran tan culpables como el griego, tan culpables como todos los asesinos, y serían enviados al cadalso si los descubrían. Perder sus cabezas por una bolsa de oro, arriesgar a la desgracia a su familia, era quizás el colmo de la necedad. Pero el precio de la corrupción había sido demasiado tentador, una pesada bolsa llena de oro. Así que habían aceptado el riesgo. Con todo, les quedaba la culpa, pero no tanta como para renunciar a las riquezas recién adquiridas.

Lysander, el griego, retiró el mensaje de entre las ropas del cadáver y lo abrió. Tuvo que esforzarse para leerlo a la débil luz de la luna, pero finalmente emitió un sonido de disgusto, mientras sentía el impulso de tirar la carta y pisotearla hasta desmenuzarla en el polvo. Naturalmente, no lo hizo.

-Es exactamente igual -dijo Lysander, pasando la carta al mayor de los dos hermanos.

-¿Pensabas que no lo sería? -preguntó el hermano menor.

-Tenía esa esperanza -fue la lacónica respuesta de Lysander-. Hay otra bolsa de oro para aquel que encuentre el verdadero mensaje. Tengo la intención de ser yo quien la reciba.

-También la tenemos todos nosotros -comentó el hermano mayor-. Pero él también querrá ver éste. -Y guardó la carta cuidadosamente dentro de su túnica-. Desea todos los mensajes sin importarle que sean iguales a los otros.

No hubo necesidad de aclarar quién era «él». Todos ellos lo sabían. Pero esto no significaba que pudieran darle un nombre, puesto que ninguno de ellos lo conocía. Ni siquiera habían podido verle bien. Ni siquiera sabían si era él quien deseaba la muerte de Jamil Reshid, o si era sólo un intermediario. Pero él era quien les pagaba tan generosamente y recibía cada una de las cartas que llevaban los correos de palacio.

Sin embargo, era desalentador. El rey tenía una lista interminable de hombres leales para enviar como señuelos, todos con la misma carta, una nota en realidad, escrita en turco, con sólo tres frases breves: *Yo te presento mis saludos. Te recuerdo siempre. ¿Necesito decir más?*

Las esquelas carecían de destinatario. Nunca estaban firmadas. Podrían ser de cualquiera en el palacio a cualquiera en el mundo. Probablemente estaban destinadas a ser una amenaza sutil para los asesinos que las leyeran, un recordatorio del largo brazo de la venganza del dey. Hasta podría no existir un verdadero mensaje intentando salir de Barikah en medio de todos estos señuelos. Los correos bien podrían ser nada más que un ardid para confundir a los asesinos y entretenerlos para que no siguieran intentando acabar con la vida del dey.

El primer correo capturado antes de morir había jurado que debía entregar su esquela a un inglés llamado Derek Sinclair. Aun cuando eso fuera verdad, si el rey conocía en realidad a un inglés con ese nombre, lo que era improbable, ¿con qué fin le enviaría una esquela semejante? ¿Por qué desperdiciar las vidas de tantos hombres para hacer llegar a destino tal mensaje? Pero los asesinos no podían correr el riesgo de que hubiera otro mensaje, el que todavía tenían que descubrir, quizás al rey de Argel o al bey de Túnez, o hasta al mismo sultán del otro lado del mar, en Estambul: una carta donde le pidiera ayuda. ¿Aunque, qué podría hacer cualquiera de esos aliados si nadie sabía quién estaba detrás de los intentos de asesinato?

Lysander volvió a montar en su camello, no sin antes echar una mirada al cuerpo del hombre que acababa de matar.

-Supongo que éste ha de ser alimento para la carroña, ¿verdad? No estoy acostumbrado a dejar evidencias detrás de mí, mucho menos los cuerpos. Hay muchas formas de disponer...

-No importan para nada tus costumbres. El desea que el rey sepa que sus correos están fracasando en la misión que les ha encomendado. ¿De qué otra manera se enterará, a menos que los cuerpos se encuentren con facilidad?

-Es una pérdida de tiempo, si me lo preguntas -replicó Lysander sin reprimir más su disgusto-. Creo que intentaré introducirme en el palacio. ¿Quién sabe? Puede que tenga suerte y descubra la manera de ganar la bolsa de oro más grande de todas, la que se ofrece por la cabeza de Jamil Reshid.

Se alejó riéndose a carcajadas, y los dos hermanos cruzaron una mirada. Absolutamente de acuerdo, los dos dudaron de volver a ver al griego con vida si conseguía introducirse en el palacio. Después de cuatro intentos de asesinato, Jamil Reshid, rey de Barikah, estaba más protegido ahora que nunca. Quienquiera que intentara matarle estaría firmando su propia sentencia de muerte. Y si ese desafortunado era torturado antes de ser ejecutado, daría nombres. No el nombre de quien era desconocido para todos ellos, sino los nombres de aquellos con quienes había cabalgado esta noche.

Lysander no regresó a Barikah esa noche después de todo.

El griego tenía razón, había muchas maneras de disponer de un cadáver, incluso del suyo.

-Te das cuenta del riesgo?

Alí ben-Khalil asintió con la cabeza como toda respuesta.

Sentía un temor reverencial por el hombre que estaba sentado frente a él. Cuando Alí deslizó su esquela en la mano de un eunuco de palacio en el bazar, esperaba que ese mismo hombre le buscara, o tal vez algún otro sirviente de palacio. Pero no el eran visir, el principal ministro de Jamil Reshid en persona. Que Alá le guardara, ¿en qué se había metido? ¿Cuál era la importancia real de ese mensaje para que murieran tantos hombres, para que él mismo se ofreciera voluntariamente a llevarlo, para traer aquí a Omar Hassan, el gran visir, a interrogar personalmente a Alí?

Ornar Hassan llegó disfrazado con un albornoz del tipo que usaban los berberiscos en el desierto, pero por otra parte tenía que hacerlo; había pocos hombres en la ciudad que no reconocerían al segundo hombre más importante de Barikah. Había interrogado a Alí a fondo sobre los motivos que le impulsaban a ofrecerse como voluntario, lo cual había sido en extremo embarazoso, pues ¿qué hombre deseaba admitir que estaba dispuesto a arriesgar su vida por una mujer? Pero ahí estaba, ésa era la loca razón que le guiaba. Era un hombre pobre, enamorado de una esclava cuyo amo estaba dispuesto a venderla, pero sólo por un precio muy alto. ¿De qué otro modo podría ganar esa suma sin robarla, salvo al servicio del dey?

Pero no tenía intención de morir en ese servicio, o nunca se -habría ofrecido como voluntario para el trabajo. Estaba absolutamente convencido de que saldría triunfante donde tantos habían fracasado, por la simple razón de no ser un sirviente del rey ni estar asociado con el palacio de ninguna forma. Era un pobre vendedor de sorbetes. ¿Quién sospecharía de él, quién le asociaría con un correo de palacio?

ror eso Alí no había ido a palacio a ofrecer sus servicios, la razón por la que había insistido en mantener un encuentro en la casa de las bailarinas, el motivo por el que se había escondido allí dos días antes del encuentro y no la abandonaría hasta dos días después. Era más que probable que hubieran seguido a Omar Hassan hasta allí, a pesar de su disfraz, y cualquier hombre que dejara la casa esa noche sería seguido de la misma manera.

El gran visir estaba indeciso. Le agradaba el plan de Alí ben-Khalil, pero el hombre estaba obviamente atemorizado, por más que tratara de ocultarlo con todas sus fuerzas. Alí era joven, quizá tuviera veintidós años. El cabello y los ojos castaños atestiguaban la ascendencia berberisco-árabe que proclamaba, con tal vez algunas esclavas de tez blanca entre sus ancestros, para justificar su cutis aceitunado y facciones más delicadas. El hecho de que no tuviera ninguna experiencia previa para semejante tarea era tanto mejor. Pero aun así...

Una semana antes Omar no habría titubeado en entregar la esquela que llevaba. Pero precisamente ayer Jamil le había arrinconado para exigirle: «¿Cuántas hemos enviado hasta ahora?». ¿Qué podía decirle Omar? ¿La verdad? ¿Que eran tantas que resultaba vergonzoso mencionar el número? Jamil habría estallado. En primer lugar había tenido que persuadirlo para enviar esa esquela. Había sido idea de Omar, y muy buena, pensó. Pero ahora empezaba a dudar. Tantas muertes, y ¿para qué? Para el momento en que la carta rindiera sus frutos, habría quedado atrás todo este asunto, y el instigador detrás de los asesinos habría sido descubierto y ejecutado.

Que Alá los guardara, sería mejor que fuera cuanto antes. Jamil no era un hombre que soportara las restricciones con facilidad. La vigilia constante, la frustración de no saber quién era su enemigo, ya estaban haciendo mella en él. Si hubiera sido más viejo, quizá habría tenido más paciencia. Pero el rey sólo tenía veintinueve años y había regido los destinos de Barikah desde hacía sólo siete años, cuando llegó al trono a la muerte de su medio hermano mayor, conocido irrespetuosamente como «el tirano».

Pero el reinado de Jamil había sido bueno para Barikah. Su notable sabiduría política, su espíritu de honor y justicia, su preocupación por el bienestar del pueblo, le habían granjeado el respeto y el cariño de todos los habitantes de Barikah y habían traído prosperidad a la ciudad. Omar haría hasta lo imposible para preservar y proteger la vida de Jamil, aun cuando eso significara sacrificar a cientos de hombres leales, o sacrificar a este joven ingenuo que estaba sentado frente a él. •Por qué había vacilado siquiera?

Omar Hassan arrojó una bolsa sobre la mesa y permitió que una débil sonrisa le curvara los labios cuando el peso del contenido produjo un ruido sordo que dilató los ojos de Alí.

-Eso es para tus gastos -explicó-. Hay suficiente dinero allí para comprar un barco y su tripulación al momento, pero no hace falta llegar a esos extremos. Un pequeño y veloz jabeque alquilado para tu uso exclusivo debería bastarte.

Otra bolsa, tan pesada como la anterior, aterrizó junto a la primera.

-Ésta es por tus servicios. Habrá otra igual si sales victorioso.

La sonrisa de Omar se ensanchó por un momento cuando vio que los ojos de Alí se volvían más redondos aún, pero luego la expresión se tornó seria una vez más.

-Sólo recuerda que si tienes éxito no debes regresar a Barikah hasta dentro de por lo menos seis meses.

Este era el único requisito de la misión que Alí no llegaba a comprender muy bien, pero estaba poco dispuesto a interrogar sobre el mismo al gran visir.

-Sí, mi señor.

-Magnífico. Y no te preocupes por tu mujer en tu ausencia. Yo me encargaré personalmente de que no sea vendida a nadie más y de que esté bien cuidada. Si no regresas, yo continuaré ocupándome de su bienestar.

-¡Gracias, mi señor!

No había nada más que decir. Omar Hassan le entregó la misiva.

CAPÍTULO II

Mi queridísima Ellen:

No es mi intención quejarme, pero no has contestado mi última carta. ¿Sucede algo? ¿Estás enferma? Sabes bien cuánto me preocupo cuando no recibo noticias tuyas. Y ahora que ya ha pasado el período de luto de tu sobrina, sé que debes estar recibiendo en tu casa. Estaba esperando una carta llena de noticias jugosas donde me contaras todo lo que sucede por ahí.

Chantelle está todavía contigo, ¿no es así? Por supuesto que debe de ser así, porque no está con *ellos.* Supongo que estás muy ocupada preparándola para la temporada como para ponerte a escribir. Eso puedo entenderlo. Es una criatura tan adorable. Debe tener a todos los jóvenes de alcurnia de la zona trotando detrás de ella. ¿Hay algunos buenos partidos allí? No importa, querida. Con toda seguridad que sí hay suficientes aquí en Londres para que elija entre ellos cuando venga. Y yo estoy más que ansiosa esperando verte nuevamente, y a la querida Chantelle también.

Ya conoces al esposo de mi hija...

Ellen Burke bajó la carta y la dejó sobre su regazo antes de frotarse los ojos. Era algo muy aburrido leer las cartas de Marge Creagh. Ellen no podía entender cómo se las ingeniaba la mujer para escribir de diez a doce carillas de puros disparates, pero lo hacía siempre. Y

pensar que un solo año de colegio, compartido veinticinco años atrás, pudiera justificar una de estas cartas chismosas cada pocos meses. Pero tenía que leerlas. Jamás sabía cuándo Marge brindaría alguna información importante.

Examinó superficialmente varias hojas hasta que la palabra ellos subrayada llamó su atención. Ellen pensó que nunca debió haber dicho que sus primos norteamericanos eran unos advenedizos, al menos no a Marge Creagh. Ahora Marge se sentía perfectamente libre de ridiculizar a los Burke norteamericanos en cada oportunidad que se le presentaba. Eso no significaba que Ellen no estuviera de acuerdo con cada una de sus palabras, pero a Marge Creagh no le correspondía decirlas.

No me sorprendió en absoluto que *ellos* llegaran temprano a la ciudad. Tu primo Charles, según he oído, se ha convertido en una verdadera molestia en todos los clubes, y lo mismo sucede con su hijo, Aarón. Ya fue bastante malo que presentaran en sociedad a la hija mayor en la temporada pasada, cuando todos debían haber estado de luto como estabais Chantelle y tú, pero este año han conseguido comprarle un fiador para Al-mack's. Y yo me pregunto de dónde han sacado el dinero para hacerlo, ya que es bien sabido que Charles sólo heredó el rango de baronet de tu hermano, no su fortuna. ¿Acaso sabe Chantelle cómo están dilapidando su fortuna? ¿Cómo pudo tu hermano nombrar tutor de esa niña a un hombre tan pérfido como éste?

Ellen estrujó la carta en un extraño arranque de ira y la arrojó al cesto de papeles que tenía junto al sillón. Así que era verdad todo lo que había sospechado desde hacía tanto tiempo. Charles Burke no sólo era un tutor negligente sino también un ladrón. No era de extrañar que no hubiese contestado ninguna carta. No se atrevía.

Santo Dios, ¿qué harían ellas? ¿Qué podían hacer? Hasta que Chantelle se casara o llegara a la mayoría de edad, el primo Ularles tenia el control sobre su herencia y también el control sobre ella. Y como no tendría veintiún años hasta dentro de dos anos más, ni podía casarse sin el consentimiento de

Charles, existía la plena seguridad de que quedaría poco o nada de la modesta fortuna que el padre de Chantelle le había dejado. Hasta se habían apoderado de la casa de la jovencita. En vez de residir en Sackville, en la pequeña propiedad que correspondía a su rango de baronet. Charles había trasladado a su enorme familia a la más imponente mansión Burke en Dover, la cual estaba desvinculada y por lo tanto pertenecía ahora a Chantelle.

Afortunadamente, Chantelle no había sugerido su regreso al hogar por ahora, puesto que Ellen tenía que preguntarse si sería bien recibida allí. La joven había ido a hospedarse a la casa de su tía poco después de la muerte de su padre y antes de que el único pariente varón vivo invadiera Inglaterra con su familia norteamericana. Ellos habían venido a visitarla una vez, cuando Chantelle todavía estaba demasiado postrada de dolor como para prestarles alguna atención, pero ellos tampoco le habían sugerido que regresara a su hogar en aquella oportunidad.

Al parecer. Charles pensaba que la solución actual era satisfactoria, casi ideal. Y desde luego que pensaría así, ya que él no le pasaba ningún dinero a Chantelle para sus necesidades, nada de su propio dinero. Obviamente, él pensaba que Ellen estaba en una buena situación económica como para mantener a las dos, o simplemente no le importaba. Ella había tenido que sacarle de ese error finalmente. El orgullo era el orgullo, pero no ponía comida en la mesa. Lo que ella había heredado de su padre hacía tiempo que se había reducido a una modesta entrada mensual, adecuada para mantener a una sola persona. Pero habían pasado varios meses y Charles todavía no había contestado ninguna de sus cartas. Y ahora él estaba en Londres otra vez, dilapidando el dinero de Chantelle con su propia familia mientras Ellen escatimaba gastos al máximo y vendía reliquias y joyas heredadas para impedir que Chantelle descubriera la verdad sobre la terrible situación en que la había dejado el legado de su padre.

No, para ser justa, no era culpa de su hermano, se rectificó Ellen. Cuando su heredero, el primo mayor de ambos, murió, Oliver hizo todos los esfuerzos posibles para averiguar el

paradero del primo menor, que era su nuevo heredero del título de baronet. Que Oliver también muriera antes de que se encontrara a Charles no podía preverse. Ni podía saber Oliver lo derrochador que era Charles, o habría buscado otra solución más apropiada para Chantelle, en lugar de no dejar ninguna cláusula o condición especial, lo que hacía a Charles tutor legal de la joven, ya que era su único pariente varón vivo.

Al menos Chantelle tenía a Ellen. Con veinte años de diferencia en sus edades, Chantelle era como una hija, aunque Ellen no hubiese ayudado a criarla. Ella siempre había estado viajando durante los primeros años de vida de su sobrina, y cuando por fin había saciado sus ansias de aventuras, no fue para regresar al hogar paterno y vivir con su hermano y su familia. Era demasiado independiente para eso. Había comprado una modesta casa de campo en Norfolk, donde había vivido los diez últimos años, sola. Era como le gustaba vivir, aunque no le molestó en absoluto que Chantelle fuera a pasar una temporada con ella después de la muerte de Oliver. Quería con locura a su sobrina.

Ellen no tenía hijos, lo cual explicaría, quizá, por qué sentía tanto apego por la única hija de su hermano. Por propia decisión jamás se había casado. Era una mujer con poco atractivo, de treinta y nueve años, con cabello castaño claro y ojos azules, que eran lo único realmente hermoso en su rostro. Hasta había tenido varias aventuras amorosas que recordaba afectuosamente, por lo que era evidente que no desagradaba a los hombres ni ellos le disgustaban. Simplemente, no quería vivir con uno. Le gustaba demasiado su independencia, y la valoraba por encima de todo.

Tal vez no había sido prudente retener a Chantelle a su lado durante el último año y medio. Chantelle también había aprendido a ser independiente, lo que estaba muy bien para una mujer que no pensara casarse, pero Chantelle sí se casaría.

A diferencia de Ellen, que era un fiel exponente de los rasgos de los Burke, Chantelle era una flor solitaria entre la Oíaleza, que salía a la familia francesa de su madre. Oliver siempre había afirmado que era el vivo retrato de su abuela materna, quien tenía la reputación de haber sido amante de reyes, una beldad poco común en la corte francesa. Chantelle hasta había heredado su nombre. Y era verdad que no se parecía en nada a los Burke, con su cabello rubio platino y llamativos ojos del color de las violetas en primavera. Quizá no fuera menuda y delicada, pero tampoco era demasiado alta con un metro sesenta y cinco de estatura. Era demasiado adorable, en realidad, demasiado hermosa para que los hombres no repararan en ella. Tendría todas las posibilidades de poder escoger entre la flor y nata de los pretendientes aristocráticos. Podría casarse bien, si alguna vez tenía oportunidad, teniendo a Charles Burke como tutor.

Ellen suspiró. Si ese hombre no contestaba pronto su última carta, tendría que pensar en llevar ella misma a Chantelle a Londres. Merecía tener su temporada allí, ser presentada en sociedad en un estilo acorde con sus medios y posición social. Si Charles intentaba negarle eso, como parecía estar haciendo con su falta de comunicación, se encontraría con una batalla entre manos. Ellen todavía contaba con suficientes amigos e influencias en Londres para dificultarle las cosas a su pariente norteamericano si no reconocía y asumía sus responsabilidades.

-¡Tía Ellen, ya estoy de vuelta! -gritó súbitamente Chantelle desde la cocina, y un momento después entraba en la sala-. He encontrado un buen trozo de carne de buey para la cena y unos ríñones para el desayuno. Oh, y la señora Smith me ha dicho que te dijera otra vez -y Chantelle puso los ojos en blanco- que si sigues enviándome al mercado, ella pronto estará en la ruina.

-¿Por eso estás sonriendo?

Chantelle sonrió con mayor descaro aún.

-La semana pasada yo le estaba dando dolores de cabeza. Esta semana la estoy arruinando. Me pregunto de qué me responsabilizaré la semana próxima.

-¿De insomnio? Ya ha usado eso conmigo antes. Chantelle soltó una carcajada.

-Es maravillosa. Nunca he conocido a nadie que disfrute tanto con el regateo.

-¿Tú misma, quizá?

-Bueno, es divertido -respondió Chantelle a la defensiva, nasando por alto el hecho de que su garganta estuviera dolorida por pasar una hora rebajando el precio de un trozo de carne. Pero se había convertido en una especie de desafío conseguir los mejores precios en el mercado, mejores aún que los que conseguían los clientes permanentes que habían hecho del regateo un verdadero arte-. Y, además, mira cuánto he ahorrado hoy.

Ellen cerró los ojos por un instante. Así que Chantelle sí estaba enterada de que Ellen tenía que escatimar los centavos. Maldito Charles Burke.

-Lo siento, querida...

-No seas tonta, tía Ellen. En cuanto Charles me envíe el dinero que le he pedido, te compensaré todos estos gastos.

-¿Le has escrito?

-Por supuesto. Lo habría hecho antes si me hubiese dado cuenta... bien, de cualquier modo, muy pronto pondré las cosas en orden. ¿Ha llegado alguna carta hoy por casualidad?

-No, hoy no -respondió Ellen sintiendo cierta inquietud al advertir la señal de iniciativa de Chantelle. ¿Cómo reaccionaría Charles a las demandas de dinero de ambas a la vez?

-Bien, pronto llegará una -comentó Chantelle con absoluta confianza-. No puede seguir ignorándome de esta manera, ¿no te parece?

¿No podía? Ciertamente, él había hecho un excelente trabajo en ese campo hasta ahora. Y ambas mujeres llegarían a lamentar que no continuara ignorándolas como hasta entonces.

CAPÍTULO III

La habían encerrado en su cuarto, pero Chantelle no estaba inquieta, todavía no. No sería la primera vez que escapara de allí por la ventana, aunque habían pasado muchos años desde que abandonara la casa de esa manera. Pero podía hacerlo. Tenía, sí, esa alternativa. Pero todavía no estaba lista para marcharse. Tenía que esperar a que la casa quedara en silencio, reunir unas cuantas cosas, trazar un plan; sin embargo, ante todo, debía calmarse, porque en ese momento estaba tan furiosa que sentía deseos de matar a Charles Burke.

Había regresado a su hogar esa misma tarde, pero parecía haber estado furiosa toda la semana, desde que había llegado la carta de Charles Burke. En lugar del dinero que estaba esperando, había recibido una orden para regresar a Dover inmediatamente, y ese imbécil despótico ni siquiera había incluido el dinero para el viaje. Ellen tuvo que vender otra joya, lo que en realidad había sido la última gota.

Chantelle se puso tan furiosa que ni siquiera esperó a que su tía cerrara definitivamente la casa de campo para acompañarla. A pesar de las protestas de Ellen, había partido al día siguiente. Iba a demostrarle a Charles que no era ninguna chiquilla boba a quien pudiera tratarse de esa manera. El tenía que responderle por muchas cosas, especialmente por haberla dejado dependiendo de su tía cuando Ellen no contaba con los medios para mantenerla. Había pensado poner todas las cosas en claro de una vez por todas, pero nada había salido como esperaba.

La habían conducido a la sala de recibo como si fuera una visita en su propia casa. El mayordomo era nuevo. Las alfombras, los muebles, eran nuevos. Se sintió como una visita. Y todo el clan familiar estaba allí.

Chantelle los recordaba por la única visita que le habían hecho en Norfolk poco después de que llegaran a Inglaterra, y la diferencia entre entonces y ahora no se advertía de inmediato. Antes, ellos fueron los parientes pobres de Norteamérica que venían a presentarle sus condolencias, conscientes de que Chantelle era toda una dama nacida y criada como tal, mientras que entre ellos ni siquiera Charles podía alegar aristocracia, es decir, hasta ese momento.

Charles era el segundo hijo del tío del padre de Chantelle, y ese tío sólo había sido un aprendiz de carpintero. Había sido el abuelo de Chantelle quien había merecido la dignidad de baronet de un monarca agradecido, pero era un hombre rico mucho antes de eso, y toda su fortuna había sido legada a Chantelle. Charles, de hecho, había abandonado Inglaterra treinta años atrás, huyendo de las deudas que había contraído y que darían con sus huesos en la cárcel.

Nadie que le viera ahora podría adivinar un pasado semejante. Era un hombre grande, pálido, que parecía tener más edad que sus cuarenta y nueve años, con el sello inconfundible de los Burke en su cabello castaño y ojos azules. Estaba vestido a la última moda y con ropa de la mejor calidad, como toda su familia. Y todos ellos denotaban la confianza y la condescendencia de los nuevos ricos.

Allí estaba la esposa pelirroja de Charles, Alice, que según el tardío informe del procurador, era la hija de un tabernero de Virginia en cuya taberna Charles sólo había sido un dependiente. Dos de las hijas estaban presentes: Marsha, de catorce años, y Jane, de la misma edad de Chantelle. Estas primas lejanas eran jovencitas de apariencia vulgar, con el cabello rojo y los ojos avellana de la madre que no mejoraban en nada sus facciones ordinarias. También tenían una hija mayor, casada, que había preferido quedarse en América con su nuevo esposo, el segundo, según el informe del procurador. El hijo de Charles, Aarón, había traído a su esposa, Rebecca, y a sus dos hijos pequeños a Inglaterra, y todos ellos también estaban presentes.

Y pensar que si su tía no hubiese vivido cerca del mar, Chantelle habría regresado mucho antes a reunirse con esta pandilla de intrusos que se habían apoderado de su casa. Hasta podría haber llegado a tenerles un poco de afecto, especialmente a los dos niños, que permanecían en actitud reverente mirando todo lo que los rodeaba. Ella los habría llevado a la playa bajo los acantilados de Dover, que fue su campo de juegos favorito cuando era niña. Recoger conchas, nadar, navegar con su padre, explorar las cuevas, o simplemente sentarse sobre los acantilados, algunas veces durante horas y horas, esperando avistar algún barco a lo lejos, había sido la esencia misma de su niñez.

Sí, si la playa no hubiese estado cerca de la casa de campo de su tía, la habría extrañado demasiado y habría regresado a casa, quizás antes de que se le metiera a Charles en la cabeza que podría entregarla en matrimonio a cualquiera, y que cualquiera era Cyrus Wolrige, un hombre lo bastante viejo como para ser su abuelo.

El estaba presente también, un viejo libidinoso que la miró de soslayo con ojos socarrones y llenos de lascivia durante toda la entrevista. Ella le conocía. No vivía lejos de su casa. Le había visto a menudo en la iglesia, roncando durante los sermones, comiéndose con los ojos a las jovencitas en el patio de la iglesia. Emmy, la doncella de Chantelle, siempre había afirmado que era un viejo indecente.

Y las primeras palabras de Charles delante de todos ellos habían sido: «Ah, Chantelle, mi querida. Quiero presentarte a tu novio, el señor Wolrige. Os casaréis por la mañana».

La reacción de Chantelle fue echarse a reír al oír semejante disparate. Sin embargo, Cyrus Wolrige no se sintió ofendido. Permaneció sentado con el rostro sonriente y

mostrándose sumamente confiado en que ella sería su esposa al día siguiente. Su aire de suficiencia le heló la sangre en las venas y le borró la risa instantáneamente.

Chantelle se volvió contra su primo y le fulminó con sus ojos violeta.

-Usted está haciendo bromas de mal gusto, señor.

-Te aseguro que el sagrado vínculo del matrimonio no es para tomarlo a broma -le respondió.

Había usado su buena crianza como manto protector que le impedía responderle a los gritos.

-Entonces, le aseguro a usted, señor, que rehuso la oferta de matrimonio del señor Wolrige.

-No puedes, querida mía -replicó Charles con una sonrisa forzada y un gesto de disculpa al señor Wolrige-. Yo ya he aceptado por ti.

Él continuó hablando para inculcar en ella la idea de que no tenía ningún derecho a decidir nada, que ellos no necesitaban su permiso para casarla, que por ser menor de edad la autorización de su tutor era todo lo que se requería.

Esto fue el colmo. Todos seguían sentados allí con los ojos clavados en ella, mostrando distintos grados de placer maligno, salvo Aarón, que en realidad parecía resentido por la situación. Y Chantelle supo la razón más tarde, por boca de Emmy.

Emmy la había acompañado a Norfolk al principio, pero se había quedado allí sólo un mes, regresando a Dover cuando su madre se puso enferma. Y puesto que la casa de campo de Ellen era demasiado pequeña para tres personas, Emmy había vuelto a trabajar en la mansión para servir a las nuevas damas de la casa.

Esa noche llevó una bandeja con la cena al cuarto de Chantelle y permaneció con ella el tiempo suficiente como para advertirle que estos Burke hablaban muy en serio de deshacerse de ella por medio del matrimonio. Había habido una terrible pelea en la familia porque Aarón ya estaba casado. Parecían pensar que habría sido ideal que él hubiera sido quien se casara con Chantelle. Si hasta se había hablado de que se divorciara de su esposa, que había armado un escándalo por ese tema, y las cosas no estaban bien desde entonces entre Aarón y Rebecca.

Pero esa noticia no afectó en nada a Chantelle. No alteraba los planes que tenían para ella en ese momento. Estaba furiosa, y no vacilaba en demostrarlo, pero sin resultados positivos. Al final, estaba encerrada en su cuarto y se casaría con Wolrige por la mañana, o así creían ellos. Sin embargo, ella no estaría entonces. Dónde se encontraría, era algo que todavía no sabía con exactitud, pero no sería en ese lugar.

Llegó la medianoche antes de que Chantelle se hubiera calmado lo suficiente como para trazar algunos planes inmediatos, y pasaron varias horas más antes de que estuviera lista para marcharse. Lo principal era salir de la casa y ocultarse en algún lugar mientras decidía qué hacer a continuación; y conocía el lugar ideal para ello. Las cuevas. Algunas cosas que había ocultado en las cuevas siendo niña hasta podrían estar todavía allí -mantas, leña, platos, su colección de conchas marinas-. Lo más importante eran las mantas, pues tenía la intención de pasar el resto de la noche en ese lugar, y todo el día siguiente, mientras los Burke registraban toda la campiña buscándola. Después, por la noche, abandonaría Dover sin destino decidido aún. Londres, probablemente, y un trabajo, quizá con alguna de las amigas de su tía, desde donde también podría ponerse en contacto con Ellen que podría sugerir algunas otras ideas. Pero el primer sitio al que iría Charles sería a Norfolk, así que debería tener mucho cuidado cuando se pusiera en contacto con Ellen. Mientras tanto, necesitaría algún trabajo para mantenerse.

Chantelle sonrió por primera vez en todo el día. Su estancia en casa de su tía había sido una especie de entrenamiento por el que ahora podía estar agradecida. Un año atrás bien podría haber aceptado resignadamente el destino que Charles había planeado para ella, pero ahora no.

No obstante, era para sentirse intimidada. Mimada y adorada toda su vida por su padre, que la había colmado de atenciones para compensarla por la temprana pérdida de su madre, Chantelle nunca había conocido las penurias, jamás había tenido que tomar decisiones propias. Había prescindido de todos los lujos a los que estaba acostumbrada mientras vivió con su tía, pero no consideraba eso como una penuria. No contar con sirvientes que la atendieran, aprender a cocinar, limpiar la casa, ir al mercado a comprar su propia comida, había sido una aventura, pero sólo porque había compartido esa experiencia con su tía. Con cualquier otra se habría sentido despojada, pero Ellen era especial y Chantelle la amaba profundamente. Su tía había visto mundo: era una mujer independiente; no aceptaba sólo el sendero estrecho y recto, sino que consideraba todas las alternativas, tanto las buenas como las malas.

Oh, si la hubiese escuchado y esperado a que Ellen fuera a Dover con ella, la mujer mayor podría haber sido capaz de hacer algo. No, no era verdad: Chantelle no era una ignorante con respecto a las leyes. Nadie podía hacer nada si su tutor era inflexible en cuanto a su casamiento con el viejo Wolrige. No había ninguna otra alternativa. Tenía que desaparecer durante años hasta alcanzar la mayoría de edad, y confiar en que Wolrige no aceptara una boda con la novia ausente.

Si para entonces no quedaba nada de su herencia, y su doncella le había contado cómo habían estado gastando su dinero los Burke, como si dilapidar fuera un invento reciente, ése sería el riesgo que debería correr. Casarse con Cyrus Wolrige era una alternativa peor, y debía ser evitada a toda costa. Pero, por Dios, si cuando ella pudiera aparecer nuevamente sin correr ya riesgos, no le quedaba nada de la fortuna que había heredado, los Burke se lo pagarían. Se lo pagarían de todos modos. Por primera vez en su vida, Chantelle sintió verdadero disgusto contra una persona como para llamar odio a esa emoción. No era agradable. Iba en contra de sus tendencias naturales, pero por lo que habían intentado hacerle, por lo que la estaban forzando a hacer, se vengaría de ellos de alguna manera.

Con varias mudas de ropa, unos pocos artículos personales, y los últimos centavos del dinero que le había dado su tía para viajar, envueltos en un fardo que Chantelle arrojó por la ventana antes de salir al reborde exterior. Tenía suerte de que la primavera se estuviera convirtiendo rápidamente en verano, lo que le permitía usar un delgado vestido de muselina que se había enrollado y atado alrededor de las caderas para facilitar el descenso. También tenía suerte de que sólo hubiera media luna en el cielo brindando una luz tenue que ayudaría a ocultar su avance hasta estar fuera de los parques de la mansión. Era agradable sentirse afortunada por algo en esta situación.

Pero se enfrentó al primer obstáculo casi de inmediato. No había tenido en cuenta el paso del tiempo y el crecimiento de los árboles. Su árbol, el que siempre le había resultado fácil alcanzar, estaba allí todavía, pero apenas reconocible. La rama que había rozado la casa y por la que trepaba estaba ahora muy alta sobre su cabeza. Ni siquiera de puntillas lograba rozarla con las yemas de los dedos. Una rama más baja probablemente estaría en la posición correcta dentro de algunos años, pero ahora estaba a un metro debajo del reborde. Si iba a usar ese árbol para descender, tendría que dar un salto para alcanzarla.

Diez años atrás no habría vacilado ni un segundo, pero por otra parte, los niños casi nunca piensan en los posibles resultados de sus aventuras. Ahora estaba considerando la posibilidad de un cuello roto, huesos rotos por lo menos, si no alcanzaba la bendita rama al saltar. Valía la pena vacilar aunque fuera sólo por unos segundos. Saltó. Sin embargo, no tuvo tiempo para regocijarse al agarrarse a la rama, pues oyó el crujido cuando se desgajó al recibir el impacto de su peso, y se encontró lanzada directamente a una colisión con el grueso tronco del árbol.

Antes de poder gritar, se soltó de la rama y cayó los últimos dos metros y medio hasta el suelo, rodando al dar en tierra. Se quedó allí, inmóvil, tomando nota de todos los dolores en las diferentes partes del cuerpo, rezando en silencio para que ninguno fuera grave. No se había

roto ningún hueso, aunque tenía unas cuantas magulladuras serias en una rodilla y en la cadera. Cuando por fin se puso de pie y se desató la falda, le costó bastante serenarse y sentirse nuevamente fuerte para seguir la marcha.

Lo había logrado, estaba libre, y no perdió ni un segundo más en recoger su atado de ropa y alejarse silenciosamente de la casa en dirección a los acantilados. Este era un terreno conocido. Podría haber sido noche cerrada y aun así ella habría encontrado el estrecho sendero que descendía a la playa y a las cuevas.

Apresurándose más, alcanzó los acantilados en cinco minutos, y luego corrió por el sendero fuera de la vista de la casa, oliendo la sal caliente en el aire, oyendo las olas que rompían sobre la playa allí abajo. Su campo de juegos, y el último sitio donde la buscaría nadie. Finalmente sintió que estaba de regreso al hogar, puesto que esa mansión de la que acababa de escapar era cualquier cosa menos un hogar ahora.

Sólo que este «hogar» estaba lleno de intrusos, también, como descubrió para su mortificación cuando alcanzó la estrecha franja de playa. Veinte metros adelante, un pequeño bote estaba siendo llevado a la costa, y recortadas alrededor de él se veían las figuras de tres hombres. ¿Serían contrabandistas? Tal vez. Sin luces, Chantelle dudó que fueran pescadores. Pero no creía importante saber quiénes eran, prefería no ser vista, y lentamente retrocedió hacia el sendero del acantilado, donde había suficientes zarzas y árboles nudosos para brindarle un escondrijo provisional hasta que se fueran esos tres hombres.

El plan habría resultado perfecto, salvo que no eran tres hombres solamente, sino cinco. Los otros dos habían sido enviados a recorrer la playa en distintas direcciones para asegurarse de que el desembarco nocturno en la playa pasaría inadvertido, y Chantelle se topó directamente con uno de ellos al retroceder sin mirar.

Al principio quedó aturdida simplemente, hasta que una mano con olor a pescado le tapó la boca, y después fue muy tarde para gritar, aunque estuviera dispuesta a correr ese riesgo. Mejor sería hablar con ellos y convencerlos para que la soltaran y poder continuar con sus planes, y con esa idea en mente no luchó excesivamente al ser arrastrada hacia el bote.

Le pareció un portento ominoso que la luna se ocultara precisamente cuando quedó cara a cara con los otros tres hombres. Casi en medio de la oscuridad más absoluta, le resultaba imposible poder reconocer a cualquiera de ellos como aldeanos de las cercanías. Y cuando la mano que le cubría la boca no bajó de allí para permitirle hablar, empezó a inquietarse de veras, lo que aumentó cuando los hombres empezaron todos a hablar al unísono en una lengua completamente desconocida para ella. Lo que sí entendió fueron las risas que soltaron al final, y su inquietud se convirtió en horror.

Chantelle empezó a luchar entonces, pero era demasiado tarde. Con cinco hombres alrededor -el último ya se les había reunido para entonces- era terriblemente fácil para ellos meterla en el bote. Le introdujeron un lienzo sudado en la boca, le pasaron una cuerda varias veces alrededor del cuerpo inmovilizándole los brazos, y un pie descalzo le pisó el vientre dolorosamente para impedirle que se levantara del fondo del bote, donde la habían tendido mientras los otros hombres subían y se acomodaban en sus lugares.

El quinto hombre empujó el bote hasta que flotó en el agua y empezó a internarse en el mar, pero no trepó a él sino que se quedó en la playa. ¿Qué más daba? Aún había cuatro rodeándola, cuatro que seguían hablando esa monserga infernal que le resultaba incomprensible. El pie ya no se hundía en su estómago, pero ella no intentó levantarse temerosa de llamarles la atención. Necesitaba tiempo para pensar, para calmar su miedo. Tenía que haber una explicación perfectamente lógica para que la llevaran con ellos, para no darle la oportunidad de explicarles qué estaba haciendo ella en la playa en mitad de la noche. Sólo necesitaba explicarlo, pero ¿a quién? ¿Y si ninguno de ellos hablaba inglés o francés, que era su segunda lengua? Santo Dios, si ella no podía entenderlos, o ellos a ella, ¿cómo iba a averiguar lo que estaba pasando?

Al menos no tuvo que esperar mucho tiempo para averiguar adonde la llevaban. Los hombres remaban vigorosamente conduciendo el bote hacia un barco fondeado muy cerca de la costa gracias a la marea alta. Muy pronto fue subida a bordo, todavía atada y amordazada, y arrojada al suelo en un camarote en penumbra. Enseguida se cerró la puerta de golpe, al salir los dos hombres que la habían llevado allí, dejando el camarote sumido en total oscuridad.

Afortunadamente, la cuerda que la rodeaba no estaba demasiado ajustada, y retorciéndose un poco, sacudiendo el cuerpo y haciendo algunas contorsiones pudo al fin soltarse. Desafortunadamente, la puerta volvió a abrirse en el preciso momento en que ella quedaba libre. La luz de la vela la cegó por un instante, y el miedo volvió a apoderarse de ella, pues el hombre que la sostenía no se parecía a nadie que hubiese visto nunca.

Era de piel aceitunada y aspecto exótico, con nariz prominente y encorvada y ojitos negros, normalmente rasgados, pero que en este momento estaban redondos por la sorpresa mientras la miraba. Era de baja estatura, más bajo que ella, y delgado, tanto que ella podría vencerle si quisiera. La idea debió haberle calmado un poco los nervios, pero no fue así. El vestía unos pantalones muy holgados y una tela blanca que le envolvía la cabeza, pero nada más, ni siquiera zapatos.

La ofendía el torso desnudo y su mirada fija y asombrada, que ella estuviera aquí era la peor ofensa de todas. Ahora, mientras se erguía ante él, empezó a dominarla un resentimiento de la peor especie. Inmóvil hasta ahora, recordó de pronto la mordaza y se la arrancó de un tirón. Al hacerlo notó, aunque fugazmente, que era una tela similar a la que envolvía la cabeza del hombrecillo.

-¿Habla inglés? -le preguntó imperiosamente-. Porque si no es así, será mejor que traiga inmediatamente a alguien que sí lo hable. Yo exijo...

-Yo hablo inglés.

Su belicosidad cesó cuando la inundó el alivio.

-¡Gracias a Dios! Estaba empezando a temer que nadie... pero escuche, señor, se ha cometido un error. Debo ver de inmediato al hombre que está al mando de este barco.

-Todo a su tiempo, Lalla. -Y entonces sonrió dejando al descubierto unos dientes asombrosamente blancos-. El también querrá verte, puedes estar segura. Por el aliento de Alá, estará encantado de que tal regalo le haya caído en las manos.

Chantelle se tensó al oírlo.

-¿Regalo? ¿Qué regalo? Si quiere decir...

-Ciertamente tú. -La sonrisa se ensanchó-. Tú nos traerás una fortuna en...

-No sea ridículo -le interrumpió Chantelle bruscamente-. Usted no sabe quién soy yo. No puede saber si tengo dinero para pagar el rescate o no.

-¿Rescate? -Él se rió entre dientes, al parecer muy divertido-. No, Lalla, raras veces se pide rescate por una mujer, al menos no se hace por una tan bella como tú.

Chantelle retrocedió un paso, como si las palabras la hubiesen empujado. No entendía nada. Tenía miedo de entender.

-Este barco... ¿qué está haciendo aquí? ¿Por qué me han traído a bordo?

-No tienes por qué temer -él trató de tranquilizarla-. Nadie te hará daño.

Chantelle no se tranquilizó, por el contrario, estaba llegando al límite del pánico.

-¿Quién es usted?

Ella retrocedió de un salto cuando el hombre dio un paso adelante, por lo que no se acercó más. El miedo de la joven le turbaba. Hakeem Bektash jamás se había visto forzado a tratar con una cautiva antes, y ésta no era una cautiva común y corriente. El primer vistazo que había echado a esas facciones aristocráticas así se lo habían dicho: su actitud imperiosa lo había confirmado. Era toda una dama. Pero no tenía importancia quién era ella, ni siquiera

tenía importancia su nombre, puesto que su futuro amo y señor le daría otro a su gusto. Con todo, él no estaba acostumbrado a tener ningún trato con damas, por eso se había sentido intimidado e impulsado a llamarla Lalla, el título de una mujer de rango, aun cuando ella había de ser una esclava.

El simplemente no sabía cómo manejarla. Rais Mehmed, su capitán, insistía siempre en que debía decirse la verdad a los cautivos sin demora alguna, que los cautivos necesitaban todo el tiempo posible para poder adaptarse a sus nuevas circunstancias. Que Alá le ayudara, ¿por qué tenía que ser el único a bordo del barco que hablaba inglés?

Antes de que pudiera decir nada más, el barco se balanceó al subir el ancla.

-¿Qué ha sido eso? -chilló Chantelle mientras corría hasta la pared para sostenerse.

-Estamos navegando.

-¡No! -gritó ella, y luego-: ¿Hacia dónde? ¡Maldito sea, dígame qué está pasando!

-Somos corsarios, Lalla.

La palabra era tan bien conocida y temida que no necesitaba más explicaciones. Pero ella pareció no entenderla.

De hecho, Chantelle había oído antes la palabra «corsario», pero estaba tan aturdida ahora que el significado real se le escapó por largos momentos. Luego, cuando empezó a aclarársele la mente y tuvo conciencia de lo que el hombrecillo había dicho, el poco color que aún le teñía el rostro desapareció por completo.

-¿Piratas? ¿Piratas turcos? El se encogió de hombros.

-Piratas. Mercaderes. Es lo mismo en la costa de Berbería.

-¡Al diablo si lo es! ¡Los corsarios son traficantes de blancas!

-A veces.

-Entonces usted es... ¡No, por Dios, no!

El estaba tan fascinado por el brillante colorido que le subió nuevamente a las mejillas que no prestó la más mínima atención a sus palabras. Ni estaba preparado para el salto súbito que dio la joven hacia adelante. Le echó a un lado con tanta fuerza que dio en el suelo antes de darse cuenta de lo que pasaba. La vela voló por el aire y se apagó antes de caer al suelo. En medio de la oscuridad vislumbró apenas la silueta de la joven antes de desaparecer por la puerta. Dominado por el pánico, se levantó rápidamente y la siguió. Si ella saltaba al mar, Rais Mehmed probablemente también le arrojaría a las aguas a él.

Llegó demasiado tarde. Corriendo por cubierta, la vio delante de él a corta distancia; vio a un hombre abalanzarse para detenerla, pero cayó de bruces en cubierta con las manos vacías detrás de ella; vio que ni siquiera se molestó en trepar a la barandilla sino que se zambulló por encima de ella. El corrió hasta la barandilla y llegó justo a tiempo para ver la cabeza plateada hendir la superficie del agua, y milagro de milagros ella sabía nadar. Pocos hombres a bordo podían afirmar lo mismo, ni siquiera él, o habría saltado al agua inmediatamente detrás de ella.

A su lado, sus compañeros de tripulación estaban gritando, tan asombrados como él mismo de que la joven inglesa no se estuviera ahogando, sino enfilando directamente a la costa. Y entonces Rais Mehmed cayó sobre él.

- ¡Tú, imbécil basura! ¡Te mando hacer la más simple de las tareas y la estropeas! -El puño cerrado del capitán acompañó la repulsa, y Hakeem rodó por la cubierta hasta quedar tendido. Rais Mehmed se acercó con una mirada asesina en sus ojos negros.

-Debiera... Perseguidla.

-¿Así que también estás loco? -aulló Mehmed, incrédulo.

-Los tiburones pueden comérsela si lo desean -exclamó él, disgustado.

Hakeem rodó a un costado para esquivar el puntapié de Mehmed y rápidamente levantó una mano para evitar más castigos.

-Tenía cabello de plata y ojos como amatistas. Una diosa envidiaría su belleza.

Mehmed se detuvo, pero ahora su cólera tomó otra dirección.

-¡Idiota! ¿Por qué no lo has dicho antes?

Hakeem suspiró cuando el corsario empezó a dar órdenes para que volvieran a bajar el bote. Se había salvado de mayores castigos, pero ¿qué pasaría con la joven? Casi deseó que no la encontraran, aunque no entendía por qué.

CAPÍTULO IV

-Hay un sujeto que desea verle, milord, está esperándole en la casa. No se encontró con usted por poco, de veras. Llegó aquí caminando como un vagabundo alrededor de cinco minutos después de que usted saliera a cabalgar, pero todavía está esperándole que yo sepa.

El conde de Mulbury desmontó y entregó las riendas del magnífico pura sangre al palafrenero mayor. Unas cejas negras se unieron encima de los ojos color esmeralda cuando siguieron con la mirada el estrecho sendero que llevaba a la casa. El conde no esperaba a nadie, y sus amigos eran todos conocidos de Harry, así que le picó la curiosidad.

-¿Estás seguro de que desea hablar conmigo, no con el marqués?

-Preguntó por usted por el nombre, lo hizo. No mencionó a su abuelo. No dijo nada más, en realidad. De hecho, yo diría que no habla inglés. Tiene ese aspecto... de extranjero, si usted sabe a qué me refiero.

El conde asintió, reprimiendo una sonrisa. Harry desconfiaba de los extranjeros desde que su hija se había escapado con un francés años atrás. Cualquiera con el más leve acento era sospechoso para Harry. Su amigo Marshall Fielding siempre se había quejado de Harry porque el palafrenero hacía pasar malos ratos a sus correos cuando debían hacer entrega de mensajes en el castillo. Pero el sujeto que le estaba esperando ahora no podía ser uno de los agentes de Marshall, ya que, a petición del marqués, el conde ya no estaba comprometido con la inteligencia británica, aunque nunca había estado seriamente involucrado en realidad.

No tenía sentido seguir preguntándose y tratando de adivinar, cuando el sujeto le estaba esperando. El conde empezó a subir por el sendero de los establos que salía del lado derecho de la mansión palaciega, residencia del marqués de Hunstable, su abuelo. El conde tenía su propia heredad en York, pero aparte de una breve visita anual para asegurarse de que la antigua mansión feudal seguía en pie y los arrendatarios felices con su mayordomo, él vivía con su abuelo de mutuo acuerdo. Sin considerar el hecho de que era el único heredero del marqués y que el anciano caballero quería retenerle a su lado a toda costa para protegerle, también se querían entrañablemente.

-Su señoría, hay...

-Sí, lo sé, señor Walmsey -interrumpió al mayordomo el conde entregándole el sombrero, los guantes y la fusta-. ¿Adonde le ha llevado?

-Le habría dejado aquí en el vestíbulo, milord, pero por la forma en que se quedaba mirando fijamente a las criadas me puso nervioso, así que le he llevado a la salita de recibo,

-Grosero, ¿verdad?

-Se diría que jamás había visto a una mujer antes -fue la opinión del señor Walmsey.

Los labios se alzaron levemente a un lado.

-¿Hizo entrega de alguna tarjeta?

-Ni siquiera me dio su nombre, milord -respondió el mayordomo con marcado disgusto-. Si usted me pregunta...

-No importa. Le veré ahora mismo. Y haga que me envíen la bandeja acostumbrada, señor Walmsey, con lo suficiente para dos.

La salita íntima de recibo estaba situada hacia la derecha del imponente vestíbulo central pasando por un corto corredor y al fondo de la mansión. Recibía el sol matinal que la convertía en una habitación agradable, al menos en esa época del año. Sin embargo, el sol estaba ausente esa mañana, pero la lluvia se había aplazado hasta después de que el conde disfrutara de su cabalgata matinal. Aun así la habitación estaba suficientemente iluminada por los altos ventanales que llegaban al techo, lo que hacía innecesario el uso de las lámparas, y el único visitante era bien visible. Estaba de pie frente a la pared izquierda, claramente fascinado por un estante lleno de relojes antiguos.

El pequeño sujeto no le oyó entrar, lo que fue una suerte, porque al conde no le agradaba que le tomaran por sorpresa, pero estaba verdaderamente sorprendido. Hasta desde este ángulo lateral pudo reconocer la nacionalidad del hombre, y una docena de preguntas saltaron a su mente, junto con el miedo, puesto que sólo podía pensar en una razón que hubiese llevado allí a un árabe, y esa razón no era buena.

Con dificultad, el conde controló sus facciones hasta adquirir una máscara imperturbable, y en preciso idioma árabe, preguntó:

-¿Usted ha solicitado una entrevista?

Alí ben-Khalil giró en redondo bruscamente al oír su lengua materna en esta tierra extraña. Era inesperado, nunca soñado, pero por otra parte, Alí estaba empezando a creer que Alá le había ayudado personalmente durante todo este viaje; entonces, ¿qué era otra bendición más? ¿Acaso no había salido de Barikah con vida y sin tropiezos? ¿Acaso no había cooperado el clima y dado mayor velocidad al pequeño jabeque de tres palos atravesando los mares en menos de un mes? Hasta la tripulación había sido afortunada al encontrar una cautiva inesperada en la playa, que incrementaría aún más los beneficios que sacarían por este viaje. También había estado ese marinero que hablaba inglés y que le había enseñado a Alí las palabras necesarias para alcanzar este lugar rápidamente. Y las prendas de ropa que había hallado fácilmente colgando de una cuerda en el exterior de una casa y que había robado sin remordimientos, para no ser tan conspicuo cuando se acercara a los extranjeros para pedirles indicaciones. Todo había salido demasiado bien, tan bien de hecho, que empezaba a temer que algo saliera mal para equilibrar las cosas. Pero no, estaba aquí. El hombre alto que hablaba su idioma era, obviamente, el que estaba buscando. Había salido airoso hasta el final. El orgullo y el júbilo le hincharon el pecho.

-¿Derek Sinclair? Al ver el asentimiento de cabeza, entregó la carta precipitadamente, luego dio un paso atrás y aguardó, aunque no sabía bien qué. Quizá le formularía alguna pregunta. Quizás el caballero inglés le recomendaría dónde hospedarse durante los próximos seis meses. Todavía no comprendía bien por qué tenía su regreso prohibido a Barikah durante ese lapso, pero no podía quejarse. Era un hombre rico ahora. Además de su propia bolsa llena de dinero, tenía bastante más de la bolsa que le habían entregado para gastos después de hacer un negocio ventajoso con el corsario a quien había alquilado el barco.

Observó al caballero cuando fue hasta un escritorio situado en un rincón y recogió un abrecartas antes de sentarse. La lectura en sí de la carta le llevó escasos segundos pues era muy breve; luego alzó los ojos para clavarlos en Alí. Fueron esos penetrantes ojos verdes los que finalmente atravesaron la euforia de Alí e hicieron correr un escalofrío por su espalda. Los ojos, la estatura, las facciones aguileñas. No tenía barba, pero...

Alí gimió, e inmediatamente después se arrojó al suelo, postrándose humildemente.

-¡No me mates, misericordioso señor! ¡Por favor, debes encerrarme! ¡Estoy dispuesto, os lo juro!

-¿Por qué?

La pregunta fue tan blanda, que Alí se atrevió a levantar levemente la cabeza.

-Yo-yo os he visto.

-Así es. Muy bien, ¿cuánto tiempo debo retenerte?

-Seis meses -respondió Alí instantáneamente, comprendiendo todo por fin-. Se me ha dicho que no debo regresar antes de seis meses.

El conde juró por lo bajo. ¿Seis meses? Se suponía que contraería matrimonio el próximo mes. A Caroline no le iba a gustar semejante demora. A su abuelo tampoco le gustaría. Pero si el correo debía ser retenido por seis meses, Derek debía esperar estar ausente durante ese tiempo.

-Levántate del suelo y dime lo que puedas acerca de esta misiva.

-Yo no la he leído -protestó Alí mientras se levantaba lentamente del suelo, observando con temor a su anfitrión.

-No importaría si lo hubieses hecho. ¿Qué más sabes al respecto?

Alí le habló brevemente de los muchos correos que habían sido enviados con la misma carta y que habían muerto a manos de los asesinos. Cómo se había ofrecido él voluntariamente y triunfado. Luego el conde le preguntó sobre el dey.

-Sólo sé que ha habido varios intentos de darle muerte y que rara vez sale del palacio ahora.

-¿Acaso saben quién está intentando matarle? Alí se encogió de hombros.

-Yo no pertenezco al palacio. Por eso estaba tan seguro de poder llegar aquí sin tropiezos, después de que tantos otros fracasaran. No sé qué sucede en su interior.

Derek sonrió.

-Hiciste muy bien, amigo mío. Ahora, ¿qué voy a hacer contigo durante seis meses?

-Encerrarme...

-Dudo que ello sea necesario, pero puedes permanecer aquí en esta casa. Estoy seguro de que ya encontraremos algo en qué mantenerte ocupado. ¿Qué sabes hacer?

-Soy vendedor de sorbetes. Derek rió entre dientes.

-Un vendedor de sorbetes triunfando donde soldados entrenados fracasaron. ¡Bravo! ¡Bien hecho! Si pudieras hablar un poco de inglés.

-Un poco. -Alí por fin pudo sonreír abrumado por el alivio. Alá seguía velando por él.

-Espléndido -exclamó el conde, y se levantó del sillón en el preciso momento en que una criada llamaba a la puerta y entraba luego, con la bandeja de la mañana.

La joven era bonita, y Alí supuso que debía habituarse a ver mujeres sin velo, como parecían ir todas en esta tierra extraña. Los hombres aquí no debían molestarse porque otros hombres miraran a sus mujeres. La joven, obviamente, pertenecía a Derek Sinclair, puesto que la mirada sensual que le echó al depositar la bandeja sobre la mesa fue extremadamente íntima.

-¿Café? -preguntó el conde.

Alí asintió con la cabeza, luego, después de que la joven se hubo marchado, preguntó con voz vacilante:

-¿Ella forma parte de vuestro harén? Derek sonrió tomando el brebaje espeso al que se había acostumbrado en su niñez.

-No tenemos harenes aquí, desgraciadamente -contestó Derek-. Pero si los tuviéramos, supongo que podrías decir que ella estaría en el mío. Sin embargo, no es para mi uso exclusivo, si sabes a qué me refiero.

-Tenéis extrañas costumbres en estas tierras.

-Extrañas para ti, sí, pero te acostumbrarás a ellas. Todas las cosas resultan naturales después de un tiempo.

El conde se quedó en el saloncito después de que el señor Walmsey tomara a su cargo a Alí y le condujera a su nuevo alojamiento. Se sentó detrás de su escritorio con la mirada fija en la misiva abierta. Estaba pensativo. Tres frases cortas en vigorosos caracteres turcos, fáciles de leer, ya que él estaba tan familiarizado con el turco como con el árabe y el francés. De hecho, el inglés había sido el idioma que había aprendido en último lugar, aunque ahora lo hablaba como si fuera su lengua materna.

Su primera reacción al leer el mensaje había sido de alivio. Nadie había muerto. Pero después de que Alí le hubo contado todo lo que sabía, tenía que admitir: Aún no.

Tres frases cortas:

Yo te presento mis saludos. Te recuerdo siempre. ¿Necesito decir más?

Una clave infantil, un código inventado por dos niños a quienes les gustaba confundir a sus maestros y sirvientes. Recordaba afectuosamente la vez que él leyó un ensayo en voz alta y nadie entendía por qué Jamil lo encontraba tan gracioso. Pero Jamil había oído la clave, y el mensaje dirigido exclusivamente a él: preferiría estar comiendo granadas y espiando al dey. ¿Y tú?

Este mensaje era mucho más corto. Tres frases, tres palabras, las tres primeras palabras de cada oración. Yo *te necesito.* Por supuesto que Derek no podía pasar por alto semejante mensaje. Habían intercambiado cartas a lo largo de los años, pero enviadas por los carriles comunes. Esta había costado muchas vidas. Esta no era una simple carta. *Yo te necesito.* Derek iría.

Debía haber ido hacía dos meses, cuando Marshall se lo había pedido, pero había sido por una razón diferente, que no le había parecido lo suficientemente importante como para aplazar la boda o romper la promesa que le había hecho a su abuelo. Localizar y pagar el rescate de una muchacha inglesa que se sabía estaba en Barikah no era nada para él. Ella ya había estado en cautiverio durante tres meses, así que era sumamente improbable que siguiera siendo virgen, y por eso no veía la necesidad de intervenir.

Era la tarea del cónsul británico manejar todo lo concerniente al pago de rescate de los esclavos. Sólo le llevaría un poco más de tiempo al cónsul liberar a la muchacha, si podía ser liberada. Pocas mujeres lo eran, al menos las mujeres bonitas, y Marshall le había asegurado que la muchacha era bonita. También estaba emparentada con algún poderoso noble y por eso se había visto involucrado Marshall. Pero aún no significaba nada para Derek. Sólo ahora que iba a viajar a Barikah, podría también estar de acuerdo en rescatar a la muchacha. De esa manera, podría interrogar a Marshall sobre lo que estaba sucediendo en Barikah sin despertar sospechas.

Kismet. La famosa palabra para designar al destino en los países musulmanes. Esto estaba escrito que pasaría, en este momento, de esta manera. Era la filosofía musulmana, en la que él había sido criado. Después de casi diecinueve años de vivir en Inglaterra, estaba destinado a regresar a su hogar. El por qué no lo sabría hasta que todo hubiese acabado.

CAPÍTULO V

Bajo la manta de lana, Chantelle temblaba de frío. Era algo que no podía controlar, y no cesaba. El cabello se había secado hacía horas. La cabina estaba templada. Era el miedo lo que la hacía tiritar, y le había revuelto por dos veces el estómago.

Dios santo, había estado tan cerca de escapar de estos corsarios. Sus pies tocaron el fondo arenoso cuando el bote chocó contra ella hundiéndola en el agua. Cuando salió, varias manos la subieron rápidamente al bote, y supo que no tendría otra oportunidad de escapar.

La llevaron de nuevo al barco, de regreso al mismo camarote. Sólo que esta vez dos hombres se quedaron hasta que estuvo completamente desnuda. Demasiado agotada tras su intento de fuga, le había sido imposible impedírselo. Sin embargo, ellos no la habían tocado. La habían dejado sola en el camarote a oscuras, y se habían llevado las prendas mojadas. Al cabo de un rato encontró los almohadones y la manta de piel que había visto antes y también la manta para cubrirse. Se había arrastrado hasta un rincón y se había hecho un ovillo, y entonces habían comenzado los temblores, mientras se preguntaba qué sucedería después, temerosa de saberlo.

No durmió, aterrorizada al pensar que podrían tomarla por sorpresa. La mañana llegó, y todavía estaba sola. Hubiera preferido que todo hubiese concluido ya, fuera lo que fuese lo que pensaban hacer con ella, en lugar de yacer ahí pensando en eso. Estaba segura de que sería violada por la tripulación, segura de que si sobrevivía, sería vendida como esclava. Ambas perspectivas eran tan inconcebibles que no podía soportar pensar en ellas, y entonces sólo le quedaba el temor de ser lastimada y ultrajada.

Varias veces se preguntó qué habría sido del hombrecillo que había hablado con ella antes. ¿Por qué no venía otra vez? Cualquier clase de comunicación sería un alivio. Pero tal vez era el procedimiento usual dejar que los cautivos padecieran la agonía de los desconocidos para doblegarlos y someterlos. El miedo debilitaba el ánimo. Sin embargo, él le había hablado antes. Le había dicho que no le harían ningún daño. Pero ¿qué significaba exactamente un daño para un corsario?

Dios, ojalá ella ignorara lo que eran. Ojalá sus tutores no hubiesen pensado incluir la historia y acontecimientos mundiales en sus estudios. Pero los turcos otomanos, que durante cientos de años habían estado metiéndose por la fuerza en la Europa cristiana, le eran bien conocidos, como lo eran los estados de la costa de Berbería, miembros del imperio turco, y los corsarios berberiscos, los piratas del Mediterráneo. Ellos asolaban las costas extranjeras, atacaban los barcos de todas las nacionalidades, mataban o vendían como esclavos a los cautivos cristianos sin excepción. Entonces, ¿qué considerarían daño para una mujer? Ciertamente, lo que ella sí consideraría como un daño.

Cuando la puerta se abrió, por fin, más tarde esa mañana, no fue para dar paso al marinero que Chantelle conocía y con quien había hablado. Entraron cuatro hombres, dos con el torso desnudo, un hombre alto y delgado con larga túnica blanca y otro sujeto más imponente, con brillante chaqueta de seda sobre amplios pantalones turcos. Todos llevaban turbantes. Todos tenían facciones enjutas, aunque de cutis claro. El de la túnica blanca era el único que llevaba una larga espada curva a la cintura.

Chantelle se sentó inmediatamente, pero no intentó levantarse teniendo como única prenda para cubrirse la manta de lana, que no era demasiado grande. La levantó hasta la barbilla y se acurrucó contra la pared. Atrapada en el reducido camarote con los ojos enormes y redondos por el miedo, la piel traslúcida sin color, no se dio cuenta de que los dejaba pasmados, especialmente al capitán, que la veía por primera vez bajo una buena luz. Ojos como los suyos eran desconocidos para ellos. Y el cabello, rubio plata, con un rizo cayendo sobre la manta para revelar su glorioso largo hasta las caderas, era sumamente apreciado en

Oriente. Se sabía que los circasianos tenían el cabello rubio, pero era improbable que lo vieran los marineros, y éstos no lo habían visto jamás. El rostro de la joven era exquisito. Si poseía un cuerpo que armonizara con la belleza delicada de su cara, valdría una fortuna. Si además fuera virgen, su precio aumentaría por lo menos diez veces.

Era precisamente esto último lo que había venido a verificar Rais Mehmed, puesto que la comodidad de la joven durante el viaje dependería de su valor. Entonces, también, si no era virgen, no tenía sentido negarle a la tripulación, o a sí mismo, el uso de su cuerpo durante la larga travesía de regreso. La mayor parte de la tripulación eran sodomitas, pero sólo por necesidad. Una mujer a bordo era una bendición si no era virgen. Mehmed empezó a rogar que no lo fuera.

-Está aterrorizada, Rais -dijo el eunuco blanco quedamente-. ¿No deberías traer aquí a Hakeem para explicarle que esto es un simple procedimiento?

Mehmed movió la cabeza sin apartar los ojos de la joven.

-El debe convertirse en su amigo si ha de ayudarla a adaptarse. Cuanto más pueda enseñarle de su nueva vida, tanto más maleable será ella, y por ende tanto más valiosa. Si él estuviera aquí, aunque sólo fuera para explicarle, ella nunca más confiaría en él, jamás estaría dispuesta a aprender con él.

-Entonces termina de una vez antes de que ella se desmaye.

Chantelle no se desmayó sino que chilló y gritó a todo pulmón, hasta que le metieron una tela en la boca para apagar el sonido. Y luchó, salvaje pero inútilmente. Usaron la manta para aprisionarle los brazos contra el cuerpo mientras la tendían de espaldas en el suelo. El hombre de chaqueta de seda se echó sobre el torso de Chantelle para sujetarla en esa posición. Ella pateó rabiosamente sin pensar que estos movimientos desesperados hacían caer la manta que la cubría, pero en cuestión de segundos, cada pie fue apresado por un hombre diferente, y sus piernas extendidas y abiertas retenidas contra el suelo con una mano sobre cada rodilla y tobillo para mantenerlas derechas e inmóviles.

Con los ojos desmesuradamente abiertos reflejando todo el horror que sentía, Chantelle esperó lo peor. No podía ver nada de lo que sucedía pues el ancho pecho de Chaqueta de Seda se lo impedía. El yacía sobre ella de costado con las manos sujetándole los hombros y todo su peso apretándole el estómago. Ella no sabía que los marineros que le sujetaban los pies tenían órdenes de no mirarla, que Túnica Blanca era un eunuco que no podía violarla aunque lo quisiera, que él le hacía esto mismo a todas las cautivas. Solamente podía sentir lo que estaba sucediendo, el impacto de algo presionando entre sus piernas, siendo insertado dentro de su cuerpo, sondeando, tanteando dolorosamente, luego retirándose. Creyó que había sido violada. No sabía que acababa de pasar el examen que la libraría de ese vejamen, al menos mientras estuviera en el barco.

Volvieron a cubrirle las piernas con la manta, como dándole a entender que por esta vez sólo un hombre la violaría. Se intercambiaron palabras, y le soltaron las piernas. Ella no intentó moverlas siquiera. La tristeza, el desaliento y la fatiga empezaban a cobrarse su precio. Había temido lo peor y lo peor había sucedido. Nada más importaba por el momento.

Los dos marineros con el torso desnudo abandonaron la cabina antes de que Chaqueta de Seda retirara su mole de encima de su cuerpo. A ella no le importó que la levantara junto con él. Pero sí salió bruscamente de su estupor cuando él le arrancó la manta. Extendió las manos para agarrarla, pero luego, instintivamente, las bajó para cubrirse el cuerpo.

Fue la humillación final, fue privarla de su dignidad con ese solo gesto. Eran animales y se lo dijo, aunque ignoraran sus palabras, aunque no las entendieran. Sin embargo, su desdén y su encono fueron más fácilmente comprensibles para ellos.

-Por las barbas del profeta, esta mujer es magnífica -pudo articular Rais Mehmed, aunque súbitamente había quedado sin resuello. Jamás en su vida había visto una mujer así.

-Ella sí tiene valor -admitió el eunuco.

-Esas curvas...

-Podría ser más llenita.

-Yo no cambiaría nada.

-Tus gustos no son los usuales -le recordó el eunuco-. Ni ella es para ti. Pero Hamid Sharif estará complacido.

Mehmed gruñó, porque el mercader Hamid Sharif, propietario del barco, ya tenía cuatro esposas que le regañaban y molestaban hasta volverle loco.

-Seguramente él preferirá quedarse con la ganancia, y eso pondrá más monedas en nuestros bolsillos. Hasta podría ser capaz de tentar al rey con ésta, aunque no ha comprado ninguna nueva mujer para su harén desde hace muchísimo tiempo.

-No nos corresponde a nosotros ocuparnos de quienquiera que sea su comprador en última instancia, Rais. Te corresponde, en cambio, asegurarte de que sea entregada a Hamid Sharif en buenas condiciones.

Diciendo esto, el eunuco le devolvió la manta a la joven al tiempo que le ofrecía una sonrisa de disculpa. Mehmed rió al verla tomar la manta, cubrirse con ella y luego escupir a los pies del eunuco.

CAPÍTULO VI

Caroline Douglas tiró de las riendas y refrenó su yegua para esperar a que Derek le diera alcance. No había esperado que la visitara esa tarde, o que sugiriera salir a cabalgar al enterarse de que su padre tenía invitados en casa. Pero no la había tomado desprevenida. Esta era su oportunidad para estrenar el nuevo traje de montar de lana azul oscuro con chaleco de raso azul claro de corte netamente varonil. Este estilo masculino de su atuendo, cortado y cosido por un sastre de hombres, estaba de última moda, y ella sabía que esos colores le daban un nuevo realce a su cabellera roja, embelleciéndola aún más. Al menos así pensaba Derek, puesto que se lo había dicho.

Bajo el ala de su sombrero de copa alta y rígida, le observó mientras se acercaba, admirando su perfecto manejo del semental a medio entrenar que montaba. Criar caballos de pura sangre era un pasatiempo para él, sin embargo, sus establos producían algunos de los mejores animales de Inglaterra, muchos de los cuales eran campeones imbatibles en las carreras. Su propia yegua había sido un regalo de Derek cuando le propuso matrimonio. Ella amaba al animal. Amaba a Derek. Dejó escapar un suspiro. Se preguntó por enésima vez si no sería un error casarse con su mejor amigo.

Basta, tenía que dejar de dudar. Ya había dado calabazas a dos pretendientes, para gran disgusto de su padre. No podía hacerlo de nuevo, y ciertamente no podía hacérselo a Derek Sinclair, conde de Mulbury. Quería casarse con él, quería hacerlo real y verdaderamente.

No podía imaginar una unión más perfecta. Habían crecido juntos en propiedades colindantes. Se conocían a la perfección.

Su padre veía en él a un segundo hijo. Y también estaban los elementos accesorios, tales como su encanto, su gallardía, su naturaleza gentil. Desde luego que Derek era un sensualista, pero ella no podía realmente encontrar defecto en ello, menos aún cuando sus besos le hacían sentir la mujer más estimada y amada del mundo. El problema era que temía que hiciera sentir

a todas las mujeres de la misma manera, y había tenido tantas, pero tantas mujeres al mismo tiempo...

El solía hablarle de todas y cada una de sus conquistas, del mismo modo que ella le había hablado de su primer enamoramiento y cada uno de los siguientes. En cuanto a sus respectivas vidas sentimentales, no tenían secretos el uno con el otro. Caroline sabía que él había renunciado a sus amantes cuando le había propuesto matrimonio, lo que incluía a la mitad de las criadas de la mansión de su abuelo. Eso no significaba que ella no creyera que Derek no pudiera serle fiel. Entonces, ¿qué era lo que hacía que sus dudas persistieran?

El nerviosismo y el desasosiego típicos de las novias a punto de casarse, nada más. Los había padecido antes dos veces, cuando se acercaba la fecha de la boda, y no era de extrañar. Le resultaba extremadamente difícil tomar decisiones, ya que nunca o casi nunca se veía en la obligación de tomarlas personalmente. No tenía la suficiente confianza en su elección cuando había hecho alguna. Siempre había sido igual. Una de las cosas que la habían llevado a querer a Derek y sentirse fuertemente atraída por él era lo que él daba de sí, su propia confianza, su fortaleza. Cuando él hacía un amigo, ese amigo era para toda la vida, como si esa persona le perteneciera. Quizás eso era lo que estaba mal. Sentía que ella siempre le había pertenecido. No podía imaginar su vida sin él compartiéndola. ¿Por eso le había dado su consentimiento, para no correr jamás el riesgo de perder su amistad?

No, le amaba, siempre le había amado. Bien, no siempre. A él le había costado mucho acostumbrarse a esta vida cuando acababa de llegar a Inglaterra. Ella sólo tenía seis años de edad. El casi once. El hablaba francés, y actuaba de manera extraña. A ella todavía no le habían enseñado francés, así que la comunicación era limitada, pero sólo por corto tiempo, puesto que él aprendió inglés con asombrosa rapidez. Había sido criado en algún país del próximo Oriente, donde su padre era embajador. La hija del marqués, Melanio, se había casado con él mientras estaba en el extranjero, y en todos esos años no habían regresado a Inglaterra. Pero los padres de Derek murieron cuando él tenía diez años, y había sido enviado de regreso a vivir con su abuelo, que le había cambiado inmediatamente el nombre por el de Sinclair ya que, como último descendiente varón de su linaje, era el único heredero del marqués.

Recordaba la condescendencia de Derek aquel primer año de su llegada, su aire de superioridad. Actuaba como un maldito rey, pensando que todos los demás estaban allí para cumplir sus órdenes. Dios, cómo le había aborrecido al principio. Pero no le había llevado mucho tiempo readaptar su actitud, o conquistar la amistad de Caroline. Sabía congraciarse con las mujeres y su encanto era irresistible. Pronto le adoró y nunca cuestionó el hecho de que su mejor amigo fuera un chico en lugar de ser una niña. Y aun después de casi diecinueve años, todavía seguía siendo su mejor y más íntimo amigo, por más que sabía que él tenía otros amigos, con quienes mantenía relaciones tan estrechas como con ella.

Lord Fielding era uno, ese bribón que había entusiasmado a Derek con el pasatiempo del espionaje. Pasatiempo seguramente, no podía ser más que eso para Derek, que lo consideraba muy divertido, un poco de excitación, jamás considerando el peligro, mientras que el marqués, y ella también, vivía aterrorizado cuando él cruzaba a Francia, preguntándose si esta vez sería capturado y ejecutado. Finalmente, el marqués había convencido a Derek para que dejara de arriesgar su vida. El pobre hombre tenía todo el derecho a temer que Derek no viviera lo suficiente para perpetuar el linaje. Así que debía casarse, cediendo a la insistencia del marqués, y su elección natural, según le había dicho al pedir su mano, había sido ella. Y ella se había sentido terriblemente halagada. El conocía a tantas mujeres, demasiadas, y sin embargo la había elegido a ella para sentar cabeza.

-¿Soñando despierta, Caro?

Bajó la vista advirtiendo que él había desmontado y le estaba tendiendo los brazos. Sonrió y apoyó las manos sobre sus hombros al tiempo que sentía las manos firmes tomándola de la cintura y el calor de los dedos atravesando la ropa hasta su piel. Y no la soltó

inmediatamente cuando puso los pies en tierra. A diferencia de la mayoría de los hombres, Derek tenía la habilidad de comunicar su afecto por medio de los sentidos. Era una cualidad cautivadora pues lo hacía inconscientemente, rozando un hombro, la cintura, un brazo, pasando los dedos sobre la piel. El no sabia lo que podía hacerles a las mujeres con estos contactos inocentes. O quizá si. Era parte de su potente sensualidad viril.

Como toda contestación a su pregunta, soltó una carcajada cristalina, reacia a admitir que él era el centro de casi todos sus pensamientos.

-Estaba pensando en mi jardín, y en cambiar de sitio los rosales...

E! la apretó más contra su cuerpo.

-Pequeña mentirosa.

Caroline levantó la cabeza y le miró sonriente. Tuvo que levantarla mucho, pues ella era una Joven menuda y de baja estatura y él le llevaba casi una cabeza.

-Muy bien, estaba pensando que tienes unas pestañas muy femeninas.

-Sanio cielo, mujer, si estaba destinado a ser un cumplido, has fracasado.

-Pero te hacen muy bello, Derek -insistió ella con ojos llenos de malicia.

-Y si todo lo que tienes que decir son tonterías, yo puedo pensar en una manera mejor de pasar el tiempo.

-Oh, no. -Ella se apartó rápidamente de él, ya que cuando Derek empezaba a besarla todo lo demás quedaba relegado al olvido-. Me has traído aquí por alguna razón, asi que oigamos lo que no podía ser dicho delante de mi padre...

-Tengo una violación en mente, pequeña. Caroline soltó una risotada.

-Eso es muy improbable. Si yo fuera a ser violada por ti antes de la boda, habría sucedido muchos meses atrás. Ahora, dímelo de una vez.

Él la tomó de la mano y comenzaron a pasear por el prado cubierto de flores silvestres.

-¿Cuánta conmoción causaríamos si aplazamos nuestra boda?

Ella se detuvo y le hizo mirarla de frente.

-¿Qué ha pasado?

-Tengo que ausentarme de Inglaterra por un tiempo.

-¡Ese sinvergüenza! ¡Ese bribón! -estalló ella-. Lo ha vuelto a hacer, ¿no es verdad?

-¿Quién? -preguntó Derek con toda inocencia.

-¡Tú sabes muy bien quién! ¡Lord Fielding! Y después de prometerle a tu abuelo que nunca más te involucrarías en una de sus detestables aventuras.

-Marsh no... bien, en realidad... -calló y sonrió, divertido-. ¿Bribón, Caro? ¿Sinvergüenza? Creí que te agradaba Marsh.

-Así era -dijo ella-. Antes de que te reclutara como espía. Tiernamente, Derek la atrajo una vez más y pasó el brazo alrededor de su cintura empujándola levemente para seguir paseando.

-Marshall jamás me retorció el brazo para hacerme entrar en el servicio, lo sabes. Todo lo que hice, lo hice porque disfrutaba con ello. Y esto no tiene nada que ver con él. Es algo que sólo yo puedo hacer esta vez. Pero no hay ningún peligro. Es más una misión diplomática que otra cosa.

-La cual, supongo, has jurado mantener en secreto.

- Naturalmente.

Caroline se sintió desgarrada entre el alivio por el aplazamiento, que le daría más tiempo para vencer todas sus dudas, y la inquietud de que él le estuviera mintiendo en cuanto a que su vida no corría ningún peligro.

-¿Cuanto tiempo estarás ausente?

-Es difícil determinarlo... posiblemente seis meses.

-¿Tanto?

El se encogió de hombros.

-La diplomacia lleva más tiempo que el espionaje.

-A papá no le va a gustar nada.

-El duque y mi abuelo tendrán eso en común.

-¿Qué te ha dicho tu abuelo al respecto?

-No se lo he dicho aún. Pensé posponerlo hasta estar listo para partir.

- ¿Cuándo?

-Mañana, muy probablemente -admitió-. Tomaré un barco en Dover.

-¡Oh, Derek! -Carolina calló súbitamente y le arrojó los brazos al cuello.

-¿Qué es esto, Caro? ¿Me echarás de menos?

-En absoluto -masculló ella contra la chaqueta.

-¿Pensarás en mí?

-Ni por un momento.

Derek rió entre dientes abrazándola cariñosamente.

-Esta es mi chica.

CAPÍTULO VII

Derek no esperó hasta el día siguiente para hablar con su abuelo. Al encontrarle en la biblioteca a su regreso del paseo a caballo, expuso todo lo que sabía al anciano y le dejó sacar sus propias conclusiones.

La respuesta de Robert Sinclair fue la única que se podía esperar.

-Tienes que ir.

-Yo he llegado a esa misma conclusión -respondió Derek-. He enviado a buscar a Marshall. Debe llegar aquí mañana por la tarde.

-¿Vas a contarle tu relación...?

-¿Consideras pertinente dar a conocer ese asunto después de todos estos años?

-No -admitió el marqués.

-Entonces ya tienes la respuesta. De todos modos, no hay nada que pueda decirle. Ni sabré por qué se me necesita hasta llegar allí. El creerá que voy tras la muchacha inglesa. Eso es suficiente.

-¿Y es así?

Derek se encogió de hombros.

-Mientras esté allí me ocuparé de ella. Pero es dudoso que pueda ser recuperada, aun cuando pueda localizarla. Una vez que una mujer entra en un harén, está perdida para el mundo.

Robert frunció el ceño.

-Lo dices sin el más mínimo sentimiento de pesar. Derek sonrió afectuosamente a su abuelo. La amargura de Robert era comprensible.

-¿Qué quieres que diga? Es solamente una muchacha más entre miles. La esclavitud sólo se desaprueba aqui. En Oriente es una institución aceptable.

-Tú no tienes por qué aprobarla.

-Yo no he dicho que la apruebe. Pero fui criado en Oriente. La acepto por lo que es, una forma de vida.

-Lo sé, lo sé. -El marqués suspiró, pues era nada más que la repetición de una vieja discusión entre ellos.

-Es que... ¿crees que la verás?

Derek sabía que ya no estaba hablando de la muchacha inglesa.

-No lo sé.

-Si la ves, dile que tiene mi más sincero y profundo agradecimiento.

Derek asintió y abrazó a su abuelo. El cariño que sentía por el anciano se anudó en su garganta. El mensaje era claro y también estaba dirigido a él. Hablaba de la aprobación, del amor y del orgullo de su abuelo, sentimientos que el anciano no podía expresar fácilmente con palabras. Podrían estar en desacuerdo en muchas cosas, pero el lazo de afecto que se había creado entre ellos a lo largo de estos años era demasiado fuerte e inconmovible.

Una hora más tarde, Derek aún seguía en la biblioteca, aunque solo ahora, cuando lord Marshall Fielding fue anunciado. Entregó su sombrero y su abrigo al señor Walmsey y se estaba alisando los rebeldes rizos castaños al entrar en la biblioteca.

Derek se puso de pie para recibirle al tiempo que intentaba ocultar su sorpresa. Que Marshall hubiera llegado ese día en vez del siguiente significa que no había recibido la llamada de Derek sino que estaba allí por otros motivos.

-¿Y qué te trae desde Londres, Marsh?

Unas cejas oscuras y espesas sobre ojos verdes muy claros eran los rasgos sobresalientes de un semblante serio y formal que difícilmente se alteraba aunque estuviera sonriendo.

- Hace aproximadamente un mes que estuve aquí por última vez. Creí conveniente venir a ver cómo estabas soportando los cargos de tu conciencia.

Derek estalló en carcajadas. No era sorprendente que Mar-shall no se rindiera, jamás lo había hecho en su vida, especialmente cuando quería que Derek hiciera algo que, en su opinión, no podía ser manejado por nadie más. Probablemente había venido a repetir los argumentos que había usado en la discusión mantenida un mes atrás y quizás a reforzarlos con otros más contundentes, pero con pocas esperanzas de hacer cambiar de opinión a Derek. Esta vez se llevaría la sorpresa de su vida.

Marshall era un organizador, no un hacedor. Derek y él habían formado siempre una pareja inverosímil. Sin otra cosa en común que la edad y el amor a los caballos, era sorprendente que se hubieran hecho grandes amigos durante la época de estudiantes, pero así había sido. Era una cuestión de polos opuestos que se atraían: serio, reservado y conservador uno;

osado, aventurero, y algo arrogante el otro. Uno empujaba a la acción mientras el otro refrenaba y prefería la meditación, perfectos complementos uno del otro.

-Siéntate Marshall -Derek le condujo a un grupo de cómodos sillones de lectura-. Llegas justo a tiempo para el té. Marshall pasó por alto el ofrecimiento.

-Entiendo que tu conciencia no está sufriendo.

-No tengo ninguna.

-Derek...

Librodot

-Oh, relájate, Marsh. Ya sabes que nunca tendrías éxito como embajador en Oriente. Tienes que templar tu carácter, tomar estas cosas con naturalidad, intercambiar algunas ocurrencias primero. Veamos, ¿cómo anda el negocio del espionaje?

-Ya sabes que no nos gusta esa palabra. Servicio de inteligencia...

-Un espía es un espía, no importa cómo lo llames.

-Lo concedo -dijo Marshall de buen humor-. Ahora, ¿satisface esto tu necesidad de intercambio de ocurrencias, o debemos hablar también del tiempo?

-El clima es bastante benigno para...

-¡Derek, te juro que podrías exasperar a un santo sin ningún esfuerzo! Te sientas ahí diciendo disparates mientras la señorita Charity Woods sufre atrocidades...

-¡No me vengas con eso! -le interrumpió bruscamente Derek-. Tú no sabes si la muchacha está sufriendo. Da la casualidad que yo sé que hay mujeres que se venden ellas mismas como esclavas para terminar como probablemente ha terminado tu señorita Woods. Las mujeres del harén son mimadas en exceso y colmadas de riquezas en medio del lujo oriental. Raramente se las maltrata.

Marshall reclinó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos con un suspiro. Debía haber adivinado que sería una pérdida de tiempo tratar de hacer cambiar de opinión a Derek. Si Derek no tenía las excusas legítimas que había usado la última vez para negarse, estaba ésta, el hecho de estar en completo desacuerdo con la situación de las mujeres vendidas como esclavas en los estados musulmanes. ¿En qué lugar había vivido Derek donde las mujeres fueran tan bien tratadas? No sucedía así en todas partes. ¿No lo sabía acaso?

Pero era inútil interrogar a Derek Sinclair sobre su vida pasada antes de llegar a Inglaterra. Jamás daba detalles, sólo opiniones, y éstas eran decididamente demasiado orientales.

Derek no había brindado ninguna opinión la última vez: se había negado terminantemente a abandonar Inglaterra por cualquier motivo, aunque la razón que había dado era válida.

-Me caso dentro de unos meses.

- No me lo recuerdes. Me robaste a la única chica que podré amar en la vida, y sigues machacando en la herida al invitarme a la boda. - Marshall había contestado con una sonrisa burlona que no era, desgraciadamente, nada burlona-. Podrías aplazar la boda.

- Imposible. Y además, el viejo me ha pedido que me quede cerca de él. Está algo achacoso, ¿sabes?

-¡Qué demonio! Eso no es verdad.

-Ha estado postrado en cama la semana pasada.

-Da la casualidad que sé que sólo ha sido un resfriado. Pero Derek le superó por un punto.

-Ya conoces su edad, Marsh. El desea ver a mis hijos antes de irse al otro mundo.

Desde luego que Marshall no podía argumentar nada en contra de eso. El marqués se acercaba a los setenta años, y su salud no había sido muy buena últimamente. La idea de hijos, de los hijos de Caroline y Derek, deprimió a Marshall lo suficiente como para dejarlo pasar. Pero se había ejercido tanta presión sobre él desde entonces para que obtuviera resultados, que se había visto forzado a recurrir a Derek una vez más. Y por otra parte, su corazón seguía albergando la esperanza de que esta boda inminente pudiera ser aplazada, aunque no sabía para qué le serviría a él...

-No has mencionado qué progresos ha hecho el cónsul inglés.

Marshall gruñó.

-Ninguno. Y últimamente ni siquiera puede conseguir una audiencia con el dey. Lo cual me recuerda algo. La señorita Woods ya no es la única razón por la que nos gustaría que visitaras Barikah, aunque ella sigue siendo todavía la razón oficial... con su pariente exigiéndonos que enviemos la Marina si no la tiene de regreso pronto.

-¿Enviarán ellos a la Marina a atacar?

-No por algo como eso, menos cuando Barikah tiene la única flota en el mundo entero cuyo poderío no puede ser estimado. No tendríamos idea dónde nos estaríamos metiendo, y créeme, no estamos ansiosos de averiguarlo.

-Es sólo un puerto pequeño, Marsh. Admito que el viejo rey tenía unos cuantos barcos a su disposición, pero tienes gente allí que puede controlar todos los barcos que entran en el puerto. ¿Cómo es posible que puedas ignorar su cantidad?

-Como cuando tu amigo Jamil utiliza hermanos gemelos para sus capitanes.

-¿Gemelos? ¡Santo cielo, eso es brillante!

-¿Significa que no lo sabías?

-Vamos, Marsh. Sólo porque Jamil y yo intercambiamos unas cuantas cartas de vez en cuando no significa que yo esté en el secreto de sus defensas.

Marshall no podía creer lo que oía. Era la primera vez que Derek llamaba al rey por su nombre.

- Podría ayudar, de verdad sería una gran ayuda si yo supiera cuál era tu relación con el rey cuando vivías en Barikah. Derek sonrió y soltó de improviso una pregunta irrelevante.

-¿Te quedarás a cenar, Marsh?

- ¡Por amor de Dios, Derek! ¿Cuál es el maldito secreto? ¿Le salvaste la vida? ¿Está él en deuda contigo?

Ante la expresión inescrutable de Derek, Marshall exclamó disgustado:

-Oh, no tiene importancia. No debí haber preguntado siquiera. Pero al menos podrías decirme si estoy machacando en hierro frío. ¿Es el rey amigo tuyo o no?

-Lo era.

-Bueno, eso es algo al menos. -Marshall suspiró, pues era más de lo que Derek había admitido jamás-. Y si, la estrategia del rey con su Marina es realmente brillante. Nadie conoce con certeza cuántos barcos tiene en realidad, ni sus enemigos, ni sus aliados. Es imposible averiguarlo cuando un capitán podría en realidad ser dos, ya que los nombres de los barcos también son iguales. Y en ningún momento están todos los barcos en el puerto al mismo tiempo, así que podemos vigilar y controlar el puerto una eternidad y aun así no sabríamos el número correcto. Pero el punto es...

-El punto es que Inglaterra no quiere declarar la guerra a Barikah.

-Precisamente -admitió Marshall-. El tratado que tenemos es muy bueno, de hecho, diría que excelente, y Jamil Reshid un milagro... un otomano que mantiene su palabra.

-Por lo tanto, Inglaterra está feliz con el actual rey de Barikah -concluyó Derek-. Pero ¿qué era eso aparte de otra razón para mi ida a Barikah?

- Como ya te he dicho, el cónsul inglés, Sir John Blake, no ha conseguido ver al rey en todo este tiempo. Bien, acabamos de averiguar el motivo. Al parecer han habido varios atentados contra la vida de Jamil Reshid últimamente. Por supuesto, la guardia de seguridad en el palacio se ha triplicado, y todas las negociaciones, excepto las más importantes, se han suspendido.

- Y yo sospecho que el rescate de una esclava no lo considerarían importante los funcionarios de palacio. ¿Es así?

-Correcto, pero no mencionas los atentados criminales contra tu «amigo». ¿Podría ser posible que ya lo supieras?

-Tú te encargas de entregarme las cartas que el rey me envía, Marsh, y sabes bien que ha pasado más de un año...

- Muy bien, muy bien, así que no has recibido noticias. Pero ¿por qué no pareces sorprendido, ni siquiera preocupado?

-Diablos, sí que estás suspicaz hoy. -Derek rió entre dientes-. Si no estoy sorprendido es porque los atentados son moneda corriente en el imperio otomano. Tú lo sabes. ¿Por qué piensas que es legal que un sultán mande matar a todos sus hermanos cuando asume el poder?

-Jamil Reshid tiene hermanos menores.

-Lo sé, pero Jamil Reshid no es sultán, y los deyes de Barikah no practican el fratricidio. Ellos, sí, se rodean de guardaespaldas que hacen casi imposible que alguien se les acerque.

-Casi imposible, pero no imposible.

-Es verdad, así que naturalmente hay razón para inquietarse. ¿Alguna idea de quién puede estar detrás de todo este asunto?

-Sir John dice que todo apunta a Selim, el siguiente en la línea, porque no le han visto desde hace seis meses y no pueden encontrarle. Por supuesto, Sir John no está enterado de todo lo que ocurre en Barikah. Tiene sus espías, pero ninguno dentro de palacio. Queda el hecho de que los hijos de Jamil no tienen edad suficiente para gobernar. Si Jamil muriera ahora, Selim sería el nuevo dey, y nosotros querríamos evitar eso a toda costa.

-¿Por qué?

-A diferencia de Jamil, él no es un individuo fiable. Hemos recibido nuestros informes sobre ese sujeto, créeme. El es todo lo que no es Jamil. No, nosotros necesitamos que Jamil permanezca en el poder, no sólo porque es amigo de Inglaterra, tolerante con los cristianos y comercia con nosotros, sino porque la alternativa es inaceptable. Si Selim llegara a asumir el poder, sería factible que la nueva situación nos llevara a la guerra.

-Imagino que no me estarás contando todo esto para nada.

Marshall sonrió finalmente.

-Si llegaras a considerar la posibilidad de ir tras la señorita Woods, nosotros no lo tomaríamos a mal si por casualidad descubrieras quién está detrás de los atentados criminales y eliminaras el problema mientras te encontraras en ese país. Derek casi se atragantó de risa.

-¡Diablos, no pides mucho! ¿Nada más?

-Inglaterra te estaría agradecida... extraoficialmente, por supuesto.

-Naturalmente. -Derek se conformó con hacer una mueca burlona antes de agregar-: Muy bien, Marsh, has encontrado los medios para desviarme de mi determinación anterior.

Marshall se incorporó en su asiento como impulsado por un resorte mostrando una expresión de total incredulidad.

-¡Estás bromeando! ¿De veras irás, aplazarás la boda, romperás la palabra que le diste a tu abuelo?

-Bueno, si vas a recordarme todo eso...

-No, no, ni se me pasaría por la imaginación.

-Entonces, partiré mañana.

Esa noche el conde se retiró muy satisfecho con los acontecimientos del día. Se las había ingeniado para recoger toda la información que tenía Marshall sin revelar la propia, y él y su abuelo estaban de acuerdo sobre su viaje a Barikah, y se había despedido de Caroline sin lágrimas ni recriminaciones. Ahora no sentía pesar por la partida. Ciertamente echaría de menos Inglaterra y todo lo que amaba en ella, pero no estaría ausente mucho tiempo. Cuando regresara, se llevaría a cabo la boda como estaba planeado, vendrían los hijos, y su abuelo estaría satisfecho.

Pero en ese momento estaba preocupado por la última noche en tierra antes de semanas en el mar, y nada salvo compañías masculinas. Al llegar a la cabecera de la escalera, Derek se volvió y llamó con una seña a una criada que pasaba por el vestíbulo. No importaba qué criada resultara ser. El las conocía a todas íntimamente.

Sonrió al oír la risita tonta que soltó, y esperó mientras ella subía presurosa por la escalera para reunirse con él. Resultó ser Clair, una adorable trigueña de cuerpo menudo y sensual con un apetito insaciable. Una buena elección.

-Hemos oído decir que os marchabais, milord -dijo ella cuando él deslizó un brazo alrededor de su cintura-. Margie y yo estábamos pensando en venir a despediros más tarde esta noche.

-¿De veras? -replicó él indolentemente mientras sus dedos rozaban uno de los senos como al descuido-. Entonces podemos decirnos nuestro adiós ahora, y veré a Margie más tarde... si tú no me agotas.

Ella volvió a soltar una risita nerviosa mientras él la conducía hacia sus habitaciones. Era un sonido que no le molestaba, un sonido con el que se había criado, al haber crecido en un harén. Que él amara a las mujeres en general era absolutamente natural después de tal crianza. Derek había temido que su único pesar al venir a Inglaterra sería que jamás tendría su propio harén. No había resultado un gran pesar, al menos con un enjambre de criadas a su disposición, sirvientas acostumbradas a complacer al amo. Con todo, sí echaba de menos la sensualidad del Oriente, donde un hombre raramente dedicaba todos sus afectos a una sola mujer. Las damas de alcurnia aquí exigían eterna devoción para ellas exclusivamente. Era impensable, y, sin embargo, él aceptaba esta idiosincrasia occidental.

Lo esperaba de Caroline. De hecho, sabía que ella ahora confiaba ciegamente en él pensando que le era fiel. Sin embargo, que no lo fuera no era un motivo para sentirse culpable. Eso no significaba que no la adorara. El sí la amaba. Si hubiesen estado en Oriente, ella habría sido su *ikbal,* su favorita. Pero era más que eso. También era su mejor amiga, y la más querida, un caso que jamás se habría dado en Oriente, donde no se pensaba en las mujeres como compañeras. Por lo tanto, tenía toda la intención de convertirse en un buen esposo para ella por las reglas inglesas, no darle motivos para que sufriera por su causa.

Pero eso era para mucho después. El no había tomado su única esposa todavía. En este preciso momento se enfrentaba a un largo viaje a Barikah, y con mucho tiempo por delante antes de encontrar a alguien tan servicial y complaciente como Clair.

CAPÍTULO VIII

-Vamos, Lalla, debes comer algo.

-¿Por qué?

Hakeem contempló con inquietud a la joven acurrucada en la cama baja. Tenía los ojos enrojecidos y con grandes ojeras por falta de sueño. El cabello era una madeja enmarañada de nudos plateados que no se cepillaba ni dejaba que él lo tocara. Llevaba el mismo vestido que se había puesto hacía cuatro días, cuando le habían devuelto su propio atado de ropa, un traje ceñido a la cintura color lila que acentuaba su palidez. No se lo cambiaba por nada del mundo. Dormía con él puesto. Lo único en ella que no había perdido brillo era el tono de su voz, á veces malhumorado, más a menudo fríamente hostil.

Ella no percibía los cambios que él había introducido en el pequeño camarote. Metros y metros de seda de brillantes colores aparecían decorando las paredes. Tapetes de piel suave cubrían ahora todo el suelo del camarote. Habían encontrado un grueso colchón mullido y había sido cubierto con seda, y luego adornado con grandes almohadones. En un rincón se encontraba una bañera de cobre detrás de una celosía. Junto a ella un pequeño cofre lleno de jabones y aceites perfumados. No los había tocado. El agua que él calentaba para su baño todos los días era desperdiciada.

Y no probaba bocado desde su captura. El capitán hasta había abierto su propia despensa llena de exquisiteces para tentarla, pero sin resultado. Hakeem estaba desesperado. Le había dicho que ella no tenía nada que temer, que la esperaba una vida de riquezas y de maravillosos placeres, que probablemente la compraría algún alto funcionario que quisiera una esposa, que las esposas gozaban de más libertad que las concubinas. Insistía en que sería más feliz de lo que hubiera soñado jamás. A ella parecía no importarle, o simplemente no le creía. Él ya no sabía qué decirle.

-Te estás consumiendo y marchitando para nada, Lalla. Si mueres, ¿para qué serviría?

-Para algo bueno -replicó Chantelle-. Impedir que una Burke se convierta en una esclava. Hakeem suspiró.

-Para los hombres no es algo deseable. Pero para las mujeres es diferente. Ya te he dicho...

-¡Nada tiene importancia! -le interrumpió acaloradamente-. ¡Seguiría siendo una esclava!

Hakeem clavó la mirada en la comida que estaba sin tocar en la bandeja de plata y se obstinó aún más. Ella debía ser obligada a comer.

-Tu fortaleza se está reduciendo a nada, Lalla. Pronto será demasiado tarde para salvarte.

-¿Y entonces?

-Entonces, cuando sea evidente para Rais Mehmed que no vivirás para llegar a Barikah, ya no serás valiosa para él. Te entregará a su tripulación para que te utilicen todo lo que puedan hasta que mueras.

Ella contuvo un grito de alarma ante tal monstruosidad y echó fuego por los ojos al mirar al pequeño turco.

-¡Ya he sido violada una vez a bordo de este barco! Unas cuantas veces más no tiene importancia.

-¿Violada? ¿Estás loca, mujer? Tu virginidad duplica tu valor. Rais Mehmed desollaría vivo a quien...

-¡Tu maldito capitán ayudó para tenderme en el suelo! Hakeem quedó mudo por un momento, y luego hizo lo imposible para no soltar la carcajada. ¿Podría ser tan inocente? Por supuesto que lo era, o no creería que había sido violada.

-Lalla, todavía eres virgen -le aseguró gentilmente Hakeem.

-¡Yo no soy estúpida! -estalló ella.

-No, no, desde luego que no. Pero eres demasiado joven y... es fácil confundir lo que te han hecho. El que... ah, te tocó... no podía... lo que quiero decir es que era impotente, incapaz... él era un eunuco. ¿Sabes lo que eso significa? Las mejillas de Chantelle se tiñeron de rubor.

-Sí.

-Lo que hizo fue averiguar si aún poseías el preciado himen, y sí lo tienes. Era necesario, Lalla, para determinar tu valor. Se les hace a todas las cautivas.

Librodot

Chantelle ya no le escuchaba. Se sentía como una tonta por haber sacado la conclusión equivocada, pero también estaba sorprendida por el alivio abrumador que le produjo saber que todavía era doncella. Pero la humillación de la experiencia nunca podría olvidarla, y nada había cambiado realmente. Todavía sería vendida como esclava.

-No tiene importancia, Hakeem. El se enfureció al ver su obstinación.

-¿Entonces no te importa ser violada por una docena de hombres?

Ella se encogió, pero movió la cabeza. ¿Qué más daba una docena de hombres ahora o uno más adelante repetidamente? Sería violada de cualquier forma. Al menos de esta manera terminaría pronto, y de todos modos, ¿cuánto tiempo más viviría estando tan débil?

-Entonces, no te importará un poco de dolor primero, ¿verdad? -exigió Hakeem. Chantelle entrecerró los ojos.

-¿Qué quieres decir?

- ¿De verdad piensas que Rais Mehmed se sentará tranquilamente y sin hacer nada para cambiar tu forma de pensar? Tienes hasta que termine este día, Lalla, antes de que él ordene que te den una paliza a bastonazos. Y si no entiendes que ésa es una forma de tortura que no marca la piel, y, por lo tanto, no disminuye tu valor, te la explicaré. Te golpearán las plantas de los pies con una vara. Si tus pies son sensibles, es extremadamente doloroso. Si no, sigue siendo una experiencia muy desagradable. ¿Estás dispuesta a sufrir?

Su respuesta fue sentarse ante la bandeja con comida, pero sus ojos le atravesaron con una mirada llena de veneno.

-Eres un bastardo, Hakeem Bektash -dijo ella con voz de hielo-. ¿Por qué demonios no me dijiste nada antes de esa maldita tortura de los bastonazos?

-Había tenido esperanzas de que no fueras tan obstinada, Lalla. No es un buen rasgo de carácter en una mujer. Si hubieses cedido voluntariamente, me habría resultado más fácil ayudarte.

-La única forma en que puedes ayudarme es sacándome de este barco antes de que sea demasiado tarde.

Hakeem movió lentamente la cabeza con una expresión de hondo pesar en el rostro.

-Eso es algo que no puedo hacer. Pero hay mucho que puedo enseñarte... las costumbres de Oriente, el lenguaje. Puedo prepararte para tu nueva vida, si me lo permites. Y ¿no es mejor estar preparada, estar armada de conocimientos y comprensión en vez de caminar ciegamente hacia esta nueva vida?

Durante largo rato Chantelle se quedó mirándole fijamente. Y luego tomó el pan de la bandeja; el leve movimiento de cabeza asintiendo fue casi imperceptible. Pero fue una señal afirmativa. Podía ser obstinada, pero no era ninguna necia.

CAPÍTULO IX

Los días pasaban con alarmante rapidez para Chantelle. Ha-keem se convirtió en su compañero constante, y casi todos los momentos de vigilia los pasaba aprendiendo algo nuevo: las costumbres musulmanas, la historia de Barikah, el papel de las mujeres en el Próximo Oriente; pero sobre todo el idioma árabe, la lengua más usada en Barikah y en la que

Hakeem había sido criado, aunque también le enseñaba lo poco del idioma turco que conocía, ya que ésta era la lengua preferida por los dignatarios. Chantelle aprendía todo lo que podía. Una vez que llegó a la conclusión de que Hakeem tenía razón -estar preparada era estar prevenida- no sólo deseó aprender sino que insistió en ello.

Sin embargo, no era fácil aprender todo al mismo tiempo. Tratar de captar una nueva lengua era especialmente difícil cuando la mitad de la mente estaba atrofiada por el miedo. Y ella no podía escapar al miedo.

Lo intentaba. Buscó y encontró un lado bueno a esta desventura. Necesitaba desaparecer sin dejar rastro por un tiempo, y al dejar Inglaterra ese objetivo había sido logrado. Hasta se las ingenió para abrigar una débil esperanza de que no todo estaba perdido. Si la llevaban a un harén bastante numeroso, era probable que nunca fuera requerida para pasar la noche con el amo. Hakeem le había contado que cuando un hombre tenía más de veinte mujeres en su familia, muchas de ellas pasaban inadvertidas. Pero ella no tenía intención de atraer el interés o la atención de nadie. Luego, después de un tiempo prudencial, hallaría la manera de escapar, de llegar al consulado inglés, y el cónsul la ayudaría a regresar a su tierra.

La idea de que a la larga encontraría el camino de vuelta a su hogar era algo a qué asirse para no desesperar. Era, en realidad, todo lo que tenía. Sin embargo, el miedo no la abandonaba. Aún le quedaba pasar por la terrible experiencia de la venta, y Hakeem se negaba a abundar en detalles sobre ese tema. Hasta que eso pasara, todo lo demás era dudoso, puesto que existía la posibilidad de ser comprada por un hombre que no tuviera esposas, ni un harén lleno de mujeres entre las que pudiera perderse, un hombre que la violaría por más que se casara con ella y tuviera hijos de ella. ¡Dios no lo permitiera! Entonces, ¿donde estaría ella? Perdida. Para siempre. Oh, la idea era horrible, espantosa.

Y Hakeem, ese imbécil, creía consolarla y reanimarla di-ciéndole que sería muy probable que el hombre que la comprara deseara casarse con ella.

-Será riquísimo, pues de lo contrario, no podría comprarte. Y tú serás su favorita, su *ikbal.* Le darás hermosos hijos, y él te honrará haciéndote su primera esposa.

Primera esposa. Ella se encogía de rabia cada vez que oía esas palabras. Ya era bastante malo que al lugar donde la llevaban se permitiera a un hombre tener cuatro esposas si ése era su gusto, pero también podía tener tantas concubinas como pudiera mantener. Virtualmente cientos de mujeres para un solo hombre. La idea era inconcebible para su mente europea. No podía entender cómo podían tolerarlo las mujeres. Pero por otra parte, tenía que recordarse a cada momento que a ellas no les quedaba otra alternativa, pues las concubinas eran esclavas, capturadas en guerras, incursiones y por medio de la piratería. La de estas mujeres era una cultura basada en la esclavitud.

-¿Era tu vida mucho mejor? -preguntó Hakeem un día que ella se mostraba particularmente resentida por lo que él le estaba contando-. Braz dice que te encontró cuando huías con tu hatillo de ropa.

Estas palabras le produjeron un hondo pesar. -A1 menos tenía alternativas, Hakeem. Yo no quería quedarme y verme forzada a casarme con un hombre que era inaceptable para mí. Pero, ¿qué alternativas tengo ahora?

-Puedes aceptar tu nueva vida o no. Puedes llegar lejos, Lalla, si eso es lo que eliges. Tuyas pueden ser las riquezas y también algo parecido a la libertad. Sólo tienes que esforzarte por ser la favorita...

-¿Y prostituirme sin más? ¡Prefiero ser una esclava fregona!

Hakeem levantó los brazos al cielo, disgustado, y la dejó sola. Y ella se echó a llorar, porque era verdad. Prefería realizar las tareas más viles antes que calentar la cama de algún desconocido, pero preferiría no hacer ninguna de las dos cosas. ¡Oh, Dios, cuánto más tendría que expiar ahora el maldito Charles Burke! Por su culpa se encontraba ahí, por su culpa estaba tan aterrorizada e indefensa, enfrentada a una vida que le resultaba aborrecible.

Supondrían que se había escapado. La tía Ellen seguramente habría ido a Dover, y después de oír lo que ellos habían planeado para Chantelle, también daría por sentado que había huido. Pero también supondría que Chantelle se comunicaría con ella en la primera oportunidad que tuviera y aguardaría en vano, preguntándose, y luego preocupándose cuando pasara el tiempo y no tuviera noticias de su sobrina. Y nadie sabría nunca qué le había sucedido a Chantelle en realidad. Simplemente, había desaparecido de Inglaterra sin dejar rastro.

Una tormenta borrascosa, la única, había demorado la marcha del barco durante varios días. Chantelle tenía la esperanza de que se presentaran más, pero el tiempo se mantenía bueno, demasiado bueno, y en cuanto el barco entró en el Mar Mediterráneo, después de pasar el Estrecho de Gibraltar, el calor empezó a arreciar en el pequeño camarote. Precisamente el día siguiente de su paso por el Estrecho, Chantelle fue testigo involuntaria de la actividad de los piratas.

Se sobresaltó terriblemente al ver que el barco se estaba preparando para el ataque, y más aún cuando Hakeem llegó corriendo a su camarote para explicarle qué estaba sucediendo. Como habían pasado varios barcos mientras navegaban por el Atlántico sin incidentes de ninguna clase, Chantelle supuso que los corsarios no irían tras otras presas durante esta travesía. Se había equivocado. La explicación era sencilla, ellos jamás atacaban si no estaban en aguas conocidas.

-No tienes por qué preocuparte, Lalla. Es dudoso que necesitemos usar nuestros cañones. Ya es casi de noche, así que podremos coger al barco mercante por sorpresa. Nos acercaremos con el sol a nuestras espaldas, lo que les imposibilitará identificarnos. El rais ya ha hecho izar una bandera idéntica a la de ellos, y tenemos a bordo un hombre que sabe hablar la lengua de los marineros para saludarlos y tranquilizarlos. Lo abordaremos antes de que descubran que están en peligro.

Chantelle no estaba preocupada. Pero sí excitada. Esta era una posibilidad con la que no había contado, era una esperanza que surgía de una circunstancia inesperada. Si el barco de los corsarios fracasaba en su intento, si fracasaba en el ataque y en cambio ella era capturada por el otro barco, estaría salvada.

Empezó a rezar en cuanto Hakeem abandonó el camarote y continuó orando sin parar durante la siguiente media hora. Ese fue todo el tiempo que duró. El ruido era espantoso, los gritos y alaridos helaban la sangre junto con el choque de las hojas de las cimitarras contra los escudos, pero se enteraría más tarde de que eran únicamente los corsarios los que hacían todo ese estrépito como una estrategia para aterrorizar a sus víctimas. Y daba sus frutos. El barco mercante napolitano fue una presa fácil y la tripulación había sido cogida tan por sorpresa que casi no había habido derramamiento de sangre. Todos fueron hechos prisioneros y el barco incendiado, ya que los corsarios no contaban con suficientes hombres como para tripularlo y llevarlo a puerto seguro.

Durante tres días Chantelle no pudo pensar en otra cosa que en los hombres encadenados en la bodega, que, como ella, serían vendidos como esclavos. Tanto su propio destino como el de estos hombres era desconocido para todos ellos. Todas estas cavilaciones la llevaron a tal estado de abatimiento que nada ni nadie podía sacarla de él. Hakeem había estado dispuesto a darle algunos informes, pero no después de que ella se consternara al enterarse de que los hombres serían sacados del barco casi desnudos y encadenados. Él se negó a continuar, asegurándole solamente que su entrada a Barikah sería muy diferente.

Era posible que fuera diferente, pero no menos aterradora, como descubrió doce días después de que capturaran el barco. Vista a través de la tronera de su camarote, Barikah centelleaba al sol en la costa septentrional de África, la costa de Berbería, como se llamaba a la larga franja que se extendía desde Marruecos a Egipto. Era una joya blanca brillando bajo los ardientes rayos del sol de mediodía. El cuadro que se presentaba ante sus ojos era de una belleza inenarrable. Enmarcado por un cielo azul de cobalto sin nubes, arriba, y las brillantes

Librodot

aguas del puerto también azules, abajo, se apiñaban innumerables casitas encaladas de techos planos con azoteas que asomaban unas sobre otras por las laderas empinadas de las colinas, flanqueadas por el lujurioso verdor de campos de pastoreo y de labranza. Su perfil oriental era inconfundible aun en la distancia, pues descollando en ese paisaje de ensueño se veían las brillantes cúpulas con azulejos verdes de las inmensas mezquitas abovedadas, cada una con cuatro minaretes que se elevaban al cielo como puntiagudas agujas. Se destacaban también las atalayas de terminaciones cónicas, y un inmenso edificio construido en la cumbre de la colina más alta, rodeado de gruesas murallas que no podía ser otra cosa que el palacio del dey.

Más cerca del puerto se podían ver otros edificios de grandes proporciones que se asomaban por encima de las altas murallas que rodeaban la ciudad: almacenes para los cargamentos transportados por los barcos mercantes de todas las nacionalidades, que atestaban el puerto, barracas para las guarniciones de soldados que cuidaban las murallas, donde veinte baterías protegían la bahía con más de mil cañones y los bagnios o prisiones, que albergaban a la inmensa masa de esclavos.

También se veía el chapitel de una iglesia cristiana, pero, desafortunadamente, Chantelle no advirtió esto. De haberlo hecho, habría perdido, quizá, parte del terror que asomaba a sus ojos violeta, puesto que Hakeem no se había molestado en decirle que el rey de Barikah toleraba a los cristianos, que muchos que no eran esclavos vivían aquí sin problemas y que toda una comunidad europea estaba radicada en la ciudad. Una iglesia cristiana era un símbolo de santuario, un refugio fácil de encontrar cuando escapara, mientras que el consulado inglés no sería tan fácil de localizar. Pero no la vio, y tampoco vio la ciudad por mucho tiempo, al menos no toda, una vez que el barco viró para maniobrar hacia su amarradero.

Poco después, le llegó el sonido de los prisioneros que eran llevados a cubierta después de doce días de cautiverio en la bodega. Sus gemidos y el ruido macabro de las cadenas hicieron que Chantelle corriera a su lecho para cubrirse los oídos y sofocar los sollozos de miedo en los almohadones. ¿Cuánto tiempo le quedaba antes de que ella, también, fuera llevada de este refugio temporal? Sí, el barco era ahora un refugio comparado con lo que le aguardaba en tierra.

Pero pasó el tiempo y nadie vino por ella. Se secaron sus lágrimas, sus miedos dieron paso al agotamiento emocional. Estaba casi preparada a aceptar cualquier cosa con tal de concluir de una vez y dejar de estar constantemente atemorizada por lo desconocido.

Cuando Hakeem vino por fin al camarote era casi de noche. Traía una bandeja con comida para ella y algunas prendas de vestir dobladas sobre un brazo.

Chantelle echó una ojeada a la comida y pensó que vomitaría, pues su estómago se contraía espasmódicamente.

-Llévatela.

-No abandonarás el barco hasta bien entrada la noche, cuando la ciudad duerma. Mientras tanto debes comer, Lalla.

-Aborrecería decirte lo que puedes hacer con esa comida, Hakeem.

El sonrió al oír el tono áspero y arrogante de la voz, pero fue una sonrisa triste. Los ojos hinchados de la joven evidenciaban toda la aflicción y la angustia que sentía. No se debía tener lástima de los cautivos, sólo eran mercancías, nada más, aunque ésta fuera mucho más valiosa que la gran mayoría. Y con todo, Hakeem sí se compadecía de ella. La joven erii_una contradicción viviente en esos momentos, con los grandes ojos despidiendo chispas de desafío al mirarle, mientras le temblaban los labios con patética vulnerabilidad.

Desafortunadamente, Hakeem se había enamorado de ella, aunque él no lo sabía y no podía hacer absolutamente nada respecto a los sentimientos que la joven despertaba en él.

Tampoco podía hacer nada por ella. Ni siquiera sería quien la llevara a tierra, y una vez que ella abandonara el barco, jamás volvería a verla.

Lo que ella necesitaba era ánimo para no tener problemas por la mordacidad de su lengua, que parecía ser su reacción natural al miedo, y era una reacción peligrosa. Un musulmán admiraba el valor, pero no los insultos; el espíritu combativo, pero no la insolencia. Y Hamid Sharif, ante quien sería llevada esta noche, no era un hombre conocido por su comprensión o paciencia.

-¿No me dijiste que habías sido criada como una aristócrata? -le preguntó Hakeem al tiempo que dejaba la bandeja sobre un taburete, transformando así la bandeja en una adecuada mesita baja-. ¿Una heredera? ¿La hija de un noble inglés?

-Bravo -replicó Chantelle-. Te felicito, tu buena memoria te ennoblece.

-Yo no puedo decir lo mismo de tu mal genio, Lalla. -El la oyó contener bruscamente la respiración ante esta afrenta, pero continuó, inflexible-. Si no me hubieses contado estas cosas sobre ti, yo pensaría que eras una campesina. Las campesinas no saben hacer otra cosa que morder la mano que les da de comer. Una noble es más sagaz, es lo suficientemente cuerda como para saber cuándo desistir de la lucha sin perder su orgullo.

-¡No te atrevas a decirme cómo actuar cuando no puedes saber cómo me siento!

-No, no puedo saberlo -admitió él-. Solamente puedo decirte que vales mucho dinero, y por lo tanto serás bien tratada y con esmero. Pero cuando un esclavo pierde valor, ya no importa azotarle, venderle o matarle. Eso jamás podría pasarte a ti, porque tu valor no radica en una espalda fuerte o en alguna habilidad especial, sino en tu belleza y donaire. Pero los rasgos indeseables no serán tolerados, y existen muchos castigos que pueden infligirte sin dañar tu valor.

-¿Por qué me dices estas cosas? -preguntó ella, resentida.

-Para que no cometas el error de aparentar ser menos de lo que eres, y por lo tanto rebajar tu valor. Eres una dama, una dama que posee orgullo e inteligencia. Es tu derecho esperar ser tratada como tal y así será, si así es como te comportas. Un poco de temor es natural, pero la cuestión es cómo manejas ese miedo. ¿Lo exhibes para atraer sobre ti el ridículo y ser merecedora de castigos y ultrajes, o lo ocultas detrás de un porte adecuado a tu clase y posición anteriores?

-Todavía no veo...

-¡Piensa, mujer! -estalló él perdiendo la paciencia-. Se te tratará de acuerdo a lo que ellos perciban que eres. Es sabido que una aldeana está acostumbrada a las penurias y al trabajo arduo, y por lo tanto no necesita ser tratada con el máximo cuidado. ¿Por qué has de someterte a eso de manera innecesaria?

-¿Por qué me sucedería eso? Yo soy quien digo ser.

-Cualquiera puede decir que es una dama y, sin embargo, desmentir sus palabras con su comportamiento. Sé que cuando me insultas, no lo haces para herirme, sino para ocultar tu propio miedo. Pero te he tratado el tiempo suficiente como para descubrir la verdad. Hamid Sharif no te conocerá lo suficiente para sacar esa misma conclusión. Ahora ¿entiendes, Lalla?

Con el ánimo alicaído, Chantelle asintió con la cabeza, y hasta llegó a esbozar una sonrisa para Hakeem por ofrecerle estos consejos, por innecesarios que fueran. Se había encariñado con el pequeño turco. Se sentía libre de desahogar sus ansiedades riñiéndole, sabiendo que él no le causaría ningún daño. Ella no se mostraría tan suelta de lengua con un extraño. ¿O sí lo haría? No pensaba con mucha claridad, precisamente, cuando la dominaba el pánico, ni reaccionaba como desearía hacerlo. Y esto lo había aprendido de la manera más dolorosa y difícil. Una buena dosis de coraje era ciertamente muy necesaria, sólo que todavía no creía estar próxima a tenerlo.

-¿Cómo no tener miedo, Hakeem? -le preguntó en un susurro.

El le habría dicho lo obvio, que el hombre que la comprara se empeñaría en complacerla para que ella, a su vez, le complaciera a él, pero la conocía lo bastante como para saber que

eso era lo último que podría decirle, ya que uno de sus más grandes temores era tener que complacer a un amo. Su única esperanza era que, llegado el momento, ella pensara de otra manera. Pero ¿qué decirle ahora que no le hubiera dicho antes?

-Nadie espera que no tengas miedo, Lalla. Pero si recuerdas que nadie te hará daño, que eres muy valiosa, ¿no es razonable, acaso, encontrar coraje en ello? Y tú estás preparada, ya sabes qué esperar. Ahora entiendes bastante el idioma, pero con el tiempo llegarás a dominarlo perfectamente. Pocos prisioneros pueden decir lo mismo, pues la mayoría de los capitanes no se molestan en asegurarles que la adaptación sea fácil para ellos, mucho menos que las cautivas lleguen en las mismas condiciones en que fueron capturadas. Rais Mehmed fue muy sagaz al ver lo importante que era entregarte a nuestro patrón sin lágrimas y sin resistencia, y conociendo nuestras costumbres, lo cual redundará en beneficio para todos los involucrados. Hamid Sharif estara complacido, y también se beneficiará el rais, tanto como tú. Realmente no tienes motivos para temer tu llegada a la ciudad, Lalla. Todo irá bien.

-Hasta que sea vendida -no pudo resistirse a añadir. Hakeem la miró ceñudo, pero no había nada más que decir.

-Aquí tengo la ropa que te envía el rais para vestirte. Esto es lo que debes usar para abandonar el barco. Por favor, debes estar lista tres horas después de la puesta del sol.

Hakeem sostuvo en el aire cada una de las prendas para que ella las inspeccionara. Todas eran de colores opacos e indefinidos, y de algodón tosco y durable, salvo el yashmak, el velo doble usado por todas las mujeres que se aventuraban a salir a la calle, y éste estaba hecho de gasa oscura. Había unos pantalones que parecían calzoncillos largos, una túnica de mangas largas que, ella no lo sabía, el mismo Hakeem la había puesto entre las prendas para salvaguarda de su pudor, un chaleco muy breve parecido a un bolero con un único botón que se prendía sobre los senos, una ancha faja que servía de cinturón y un voluminoso caftán, la prenda parecida a un abrigo largo que, en el Próximo Oriente, la usaban tanto hombres como mujeres, pero éste era suficientemente amplio y largo como para cubrirla completamente desde los hombros hasta los pies. No le había enviado zapatos, ya que los de Chantelle todavía se podían usar, a pesar de haberse empapado en su único intento de fuga.

A Chantelle no la agradaban en absoluto los pantalones que, en su opinión, no eran mejores que una tosca prenda interior sin adornos de ninguna especie.

-¿No podría usar ese ropón y el velo encima de mi propia ropa?

Hakeem movió la cabeza, pero esbozó una ligera sonrisa al ver su expresión de disgusto. La ropa había conseguido lo que no habían logrado las palabras: apartar su mente del miedo.

-Tu vestimenta es de un estilo demasiado extraño y poco recomendable para estos lugares. La falda amplia se hincharía con la primera ráfaga de viento hasta con el peso del caftán sobre ella. Nuestra intención es que, aunque te vean salir del barco, parezcas una mujer musulmana que quizá ha venido como pasajera, y así no llamar la atención sobre ti. Hamid Sharif deseará que tu presencia se mantenga en secreto hasta estar preparado para anunciar la subasta, la cual será privada, sólo para aquellos que puedan pagar el altísimo precio que se te fijará. Y además -añadió vacilante-, tu propia ropa te será negada de ahora en adelante. En Barikah te vestirán de acuerdo con tu...

-¿Nueva posición? -interrumpió amargamente Chantelle. Hakeem enrojeció, pero dijo:

-¿Pensabas que sería de otro modo, después de todo lo que te he contado?

Ella bajó la vista hacia el suelo.

-No, pero ¿no puedo conservar mis retratos, mi propio cepillo para el cabello, mi...?

-Nada, Lalla. Una esclava va a su nuevo amo sin nada, para que lo que él elija darle, ella se lo agradezca debidamente.

La cabeza de Chantelle se alzó violentamente. Hakeem la había informado, pero al verse confrontada con la inminente pérdida de los únicos recordatorios de su hogar y de su vida pasada, la ira primitiva retornó con toda su fuerza.

-Una tradición que sirve para socavar la confianza y la dignidad, sin mencionar la valoración propia -dijo acerbamente-. ¿Deberé suplicar por mi comida también, hasta por una muda de ropa? Porque no lo haré, lo sabes. ¡No mendigaré!

-Todo te será dado sin que tengas que pedirlo -respondió él-, ¿Por qué insistes en olvidar todo lo que te he enseñado?

-¡Porque lo aborrezco! ¡Tus tradiciones están hechas para quebrantarme!

-Olvidarás tu vida anterior más pronto si no tienes nada que te la recuerde. Aceptarás...

-Jamás!

-Lo harás, Lalla -dijo Hakeem soltando un suspiro-. Es inevitable.

CAPÍTULO X

Rahmet Zadeh oyó a la mujer inglesa. Le habían enviado al puerto para preguntar por los pasajeros del barco mercante inglés que había llegado esa mañana. No era la primera vez que se presentaba allí al caer la noche para realizar la misma averiguación. Hacía tres semanas que su única tarea había sido interrogar a los capitanes de todos los barcos extranjeros que llegaban al puerto, y siempre de noche, puesto que para entonces los pasajeros, si los había, habrían tenido suficiente tiempo de descender a tierra si pensaban hacerlo. Omar Has-san les daba ese tiempo y esa oportunidad. Sólo cuando el que él buscaba no aparecía en el palacio ese día, enviaba a Rahmet al puerto.

Esta misión era impropia de la dignidad de Rahmet, o así la consideraba él. El era nada menos que el capitán de la guardia del palacio. Cualquiera de los esbirros de Omar podría haber sido enviado a formular estas preguntas sin sentido, pero Omar le había elegido a él para llevar a cabo esta misión. No se sentía honrado. Podría haberse sentido orgulloso si se le hubiera dicho por qué era importante esta tarea, pero no había sido así. El gran visir casi nunca daba explicaciones.

Malhumorado y descontento, pensando que Omar Hassan sólo estaba utilizando esta misión como una forma de castigo, cuando él no veía razón para ser recriminado por nada de lo que había hecho, Rahmet no estaba del mejor talante cuando el sonido de esa voz airada y fuerte le detuvo en su camino de regreso al palacio.

Saber que la mujer hablaba inglés era una simple coincidencia, puesto que acababa de oír hablar ese idioma en el barco que acababa de visitar. El no lo hablaba. Y el dragomán que había llevado para traducir oralmente la conversación con el capitán se había ido precipitadamente para regresar a sus asuntos, temeroso del mal genio de Rahmet, y ya había desaparecido de su vista.

La incongruencia que resultaba oír esa voz hablando ese idioma fue lo que le paró en seco. Ella estaba en el barco equivocado. La nave de donde salía la voz era una de las muchas que poseía Hamid Sharif y también había llegado hoy al puerto en medio de gran excitación, puesto que traía a bordo un gran cargamento de esclavos recién capturados. No se podía concebir ningún motivo razonable para explicar la presencia de una mujer inglesa a bordo a esta hora de la noche, cuando éste era el puerto de origen del barco y todo su cargamento ya

Librodot

había sido descargado. Y sin embargo, la cubierta estaba iluminada y las luces de varios camarotes se filtraban por las troneras, reflejándose en la superficie del agua.

Todo esto despertó la curiosidad de Rahmet. No era frecuente que se trajeran mujeres inglesas como cautivas, pero, ¿qué otra cosa podría ser ésta en un barco semejante? Luego, ¿por qué no la habían sacado de allí con el resto de los esclavos?

Parte de la tarea de Rahmet era informar cualquier cosa inusual a Omar Hassan, sin importar lo trivial que pudiera ser, especialmente ahora, con los atentados a la vida del rey sin resolver. Y esto era inusual.

Súbitamente, Rahmet se golpeó la frente con la palma de la mano. ¡Qué necio y ciego había sido! Esta podría ser la razón por la que el gran visir le había estado enviando ahí tan a menudo. El podría estar esperando noticias de esta mujer, pero no desear que Rahmet lo supiera. No había sido necesario que le dijera la verdadera razón para la misión. Omar Hassan *sabía* que Rahmet le informaría de algo así.

Habiendo sacado estas conclusiones que le resultaban más satisfactorias que pensar que estaba allí como una especie de castigo inmerecido, Rahmet continuó su camino hacia la Puerta Marítima. Al llegar allí se detuvo unos momentos para charlar con los guardias sin perder de vista el barco de Hamid Sharif, mientras recababa de ellos toda la información que pudieran darle sobre cualquier actividad extraña que se hubiera desarrollado en el puerto ese día. Pero ellos no sabían gran cosa. Les tocaba la guardia nocturna y habían llegado allí poco después de la llamada a la oración vespertina.

Pero Rahmet no tuvo que esperar mucho para presenciar cierta actividad por sí mismo. La mujer apareció sobre cubierta, y no sólo eso, sino que abandonaba el barco escoltada por dos hombres. Pero no había ruido de cadenas. No estaba sujeta de ninguna manera. Por su aspecto podría pasar por cualquier mujer musulmana envuelta en sus ropones de calle. Aun estando situado a escasos pasos de ella mientras uno de los escoltas explicaba lo que estaban haciendo allí, le resultó imposible percibir algún detalle que la señalara como extranjera, ni siquiera el color de los ojos, puesto que los mantenía modestamente bajos como era lo apropiado.

Rahmet se decepcionó, pero no debió esperar menos. Era la ruina de todos los hombres que todas las mujeres se parecieran cuando andaban por las calles. Una princesa podía visitar el bazar sin ser advertida. Una esposa podía caminar por la calle con su amante, y si pasaba cerca de su esposo, él jamás lo sabría. Y una mujer esclava podía ser escoltada por las calles en el más absoluto secreto, simplemente no demostrando que era una esclava.

Le dieron un nombre bastante común, contaron una historia que no podía ser desmentida de inmediato. Dijeron que era una residente de Argel y amiga del capitán, por lo que él había aceptado brindarle pasaje en su barco para venir a visitar a un primo en Barikah.

Las guardias aceptaron esto sin desconfiar. Rahmet, por su lado, no creyó una sola palabra, aunque prefirió no dar su opinión, ni entrar en discusión, puesto que deseaba averiguar el destino adonde la llevarían y eso sólo podría hacerlo siguiéndolos sin ser notado. Estaba más intrigado que nunca de que se tomaran todo ese trabajo por la mujer inglesa. La única razón que podría existir era que esa mujer fuera demasiado valiosa para arriesgarse a hacerla pasar entre la multitud que se había agolpado en el puerto para observar el desembarco de los esclavos napolitanos esa tarde. Si él estaba en lo cierto, la entregarían a Hamid Sharif. Si no, tendría que realizar más averiguaciones.

Si Hamid Sharif no fuera tan leal al dey, y su traficante de esclavos además, Rahmet tendría que considerar otras posibilidades debido a todo el sigilo y superchería desplegados como un complot contra el dey. Las mujeres no estaban por encima de toda sospecha. Nadie lo estaba. Sin embargo, fue el idioma inglés lo que le hizo dudar de esta posibilidad. Bra bien conocido de todos que los ingleses favorecían el reinado de Jamil Reshid y que no harían nada para ponerle en peligro. Y, además, no sería la primera vez que una esclava bonita fuera

metida de contrabando en la ciudad para una subasta privada que el subastador deseaba mantener en secreto para el público. Mujeres semejantes eran comúnmente ofrecidas, en primer término al dey, así que los pormenores de esta mujer pronto serían conocidos en el palacio, para confirmar de una manera u otra lo que Rahmed informara esa noche.

Emprendió el seguimiento de los tres, y como había sospechado, la mujer fue entregada a Hamid Sharif. Rahmet volvió al palacio para que Omar Hassan hiciera lo que quisiera con esta información. Tenía la esperanza de que ésta fuese la información que había estado esperando el gran visir, y así Rahmet no tendría que ir más al puerto después de esa noche. Pero no pudo sacar ninguna conclusión por la reacción de Omar Hassan, y durante cinco días no llegó ningún barco extranjero al puerto. Después, un barco de guerra inglés entró en el puerto por vituallas, con dos pequeños barcos escoltas, y las sospechas de Rahmet fueron confirmadas. No se requirieron esta vez sus servicios para ir de visita al puerto.

CAPÍTULO XI

A la mañana siguiente, Omar Hassan se encontró con el rey en el vestíbulo fuera de la cámara de audiencias, donde ya se había congregado una muchedumbre para tratar los asuntos del día. Este vestíbulo, al que se llegaba desde los aposentos privados del dey, estaba completamente vacío a excepción de los dos guardias nubios de su escolta personal, que no se apartaban jamás del lado de Jamil.

-Un momento, Jamil.

Omar gozaba del privilegio de llamar al rey por su nombre en todo momento, aunque sólo lo hacía en privado. Conocía a Jamil desde su nacimiento, había tenido activo interés en su educación aun antes de que fuera sacado del harén, y estaba totalmente de acuerdo con el Diván, el consejo de asesores de Jamil Reshid, en que Barikah nunca había gozado de una prosperidad tan grande como la que ostentaba ahora bajo su gobierno. Mustafá había sido un buen gobernante, que había conquistado el amor de su pueblo, pero carecía de la diplomacia y la sagacidad de Jamil para tratar con el elemento extranjero en Barikah y con los cónsules de los muchos gobiernos de su padre y de su hermano mayor.

De todos los muchos hijos de Mustafá, Jamil y su hermano Kasim habían sido los favoritos de Omar. Los dos niños habían demostrado poseer una inteligencia aguda y gran perspicacia desde edad muy temprana, pero lo más importante, a Juicio del gran visir, era el extraordinario sentido del honor y la justicia que tenían ambos. También habían sido los hijos predilectos de Mustafá, razón por la cual, quizá, su primogénito, Mahmud, a quien él casi había ignorado por completo, había desarrollado un carácter mezquino y vengativo que le valió el título de «tirano» durante su corto reinado. Pero por voluntad de Alá, Mahmud murió sin descendencia, y para beneficio de Barikah, Jamil Reshid fue el siguiente en línea directa.

Era un digno gobernante, tanto en carácter como en apariencia y prestancia, en las que ni una sola de sus concubinas encontraba motivos de queja. De su padre había heredado su excepcional estatura y el pelo negro como el azabache, oculto ahora bajo el turbante blanco, pero visible en la barba tupida, el orgullo de la mayoría de los musulmanes. Tenía los pómulos altos y la frente amplia de su madre, el mentón firme y la nariz aguileña del padre. Pero los ojos eran estrictamente los de Lalla Rahine, no eran los ojos de un turco o de un árabe, eran unos ojos que daban a Jamil la apariencia de un europeo y tranquilizaban a los diplomáticos extranjeros.

Librodot

Hacía muy poco tiempo que Jamil había dejado de recibir a los diplomáticos, y trataba todos los asuntos urgentes una sola vez por semana, dejando en manos de Omar todos los que no requirieran su presencia. Delegar su poder voluntariamente en estos momentos, era una demostración más de la gran sabiduría de Jamil, ya que la frustración que sentía por las continuas restricciones a las que estaba sometido para su propia protección, le habían agriado el carácter, un poco más cada día que pasaba. El fue el primero en darse cuenta de que su temperamento afable y su buena disposición se habían desvanecido dejando en su lugar un malhumor constante. Todo esto afectaba su discernimiento y le podía hacer tomar decisiones equivocadas u ofender a alguien indebido.

-¿Así que ahora has decidido andar a hurtadillas por los pasillos y vestíbulos, Omar? -preguntó Jamil cuando le alcanzó.

El anciano rió entre dientes.

-Así parece, por cierto.

-Bien, ¿de qué se trata ahora?

-Nada importante -admitió Omar-. Es que he pensado que tal vez quisieras considerar la posibilidad de comprar otra esclava para tu harén.

Jamil frunció el ceño.

-Mis oídos me engañan, ¿verdad? No estarás sugiriendo...

-Óyeme hasta el final, mi señor.

Omar dio un paso atrás para no verse obligado a estirar el cuello para mirarle a la cara. Por eso únicamente guardaba su distancia, ya que amaba a Jamil como amaba a sus propios hijos y le agradaba pensar que el sentimiento era recíproco. Esto no significaba que se sintiera intimidado por el ceño de Jamil.

-Sé que consideras que ya tienes demasiadas mujeres, pero, a decir verdad, no estaba pensando en ésta para ti, precisamente.

Una ceja oscura se arqueó súbitamente, y una sonrisa pareció iluminar el semblante grave e inflexible de Jamil.

-¿Deseas que te compre una mujer para ti y ocultarla en mi harén? ¿Están tus esposas dándote problemas otra vez, mi viejo amigo?

Omar rió francamente divertido.

-No, mi señor, no para mí. Estaba pensando en alguien más que bien podría hacer uso de ella. Me inclino a creer que es una inglesa y por ello se me ocurrió esa idea. Fue introducida secretamente en la ciudad anoche mismo y entregada a Hamid Sharif. El hecho de que hiciera lo imposible para ocultarla sólo puede significar que es tan fea que se avergüenza de ella, o tan hermosa que tiene miedo de que la vean. Recordarás que la última beldad que con tanto orgullo hizo desfilar por las calles casi causó un tumulto. La razón por la que lo menciono ahora es que él podría no ofrecértela esta vez, desalentado por tus constantes rechazos en los meses recientes. Si deseas comprarla, tendría que ponerme en contacto con él, y debería ser antes de que tenga la oportunidad de venderla.

Jamil consideró esta noticia sólo un minuto antes de mover lentamente la cabeza.

-No, no lo creo conveniente, Omar. Es muy amable de tu parte pensar en ello, pero en esta instancia prefiero no preparar nada de antemano, ya que bien podría ser que no tuviéramos nada que preparar. Nuestro «alguien más» no ha llegado aún, y puede que nunca llegue. Y lo último que deseo es perturbar a mis mujeres con una nueva adquisición.

Omar no hizo ningún comentario a ese respecto. Simplemente asintió con la cabeza y le saludó con una zalema, dando a entender que no detendría más al rey en su camino a la cámara de audiencias. ¿Qué podría haberle" dicho que no le hubiese recordado a Jamil sus propias deficiencias? Al menos el rey no pretendía ignorar los estragos que su irritabilidad y mal genio estaban causando en el palacio. Tenía plena conciencia de que sus esclavos

caminaban por el palacio totalmente aterrados, que sus guardias echaban a suertes quién no tendría que presentarse de servicio cada día, y que sus concubinas se quejaban constantemente de su falta de interés por ellas, en unos casos, o de su excesivo favor en otros.

Omar sabía que Jamil luchaba para recobrar el equilibrio, para dominarse, y que cuando fracasaba, su cólera aumentaba y su carácter empeoraba más. La situación se había prolongado demasiado tiempo. La paciencia de Jamil estaba a punto de acabarse. Ahora su mal genio estallaba a la menor provocación, y aunque lamentaba los castigos que ordenaba y la mayor parte de las veces los reducía a la mitad al recobrar la razón, todavía eran demasiado frecuentes.

Omar suspiró y siguió al rey al interior de la cámara de audiencias. Allí estaba aguardando, para hablar con el dey, uno de los sirvientes de Hamid Sharif, a quien Omar reconoció. Ahí se presentaba un pretexto perfecto para que Jamil perdiera los estribos esa mañana: tener que tratar dos veces el mismo asunto, ya que Omar no dudó ni por un segundo que el sirviente había venido por la nueva adquisición de Hamid Sharif. Ni siquiera debieron haberle hecho pasar, puesto que el asunto que le traía no era ciertamente urgente. Pero la culpa recaía en Omar por no haber estado presente para seleccionar a los visitantes del día, dejando en cambio la tarea en manos del acosado secretario de Jamil.

Prontamente y sin que Jamil lo advirtiera, hizo una seña al hombre de Hamid y lo sacó de allí hacia la antecámara sin darle oportunidad de manifestar el asunto que le había traído.

-El rey no desea ninguna esclava nueva para su harén.

-Pero, mi señor...

El tono fue tal que el sirviente bajó los ojos humildemente. Nadie osaba discutir con el principal ministro del dey.

-Perdonadme, mi señor. Comprenderéis, mi amo no desea ofender al vuestro no ofreciéndole la joya más exquisita que jamás cayera en su poder.

-¿Jamás? -Omar se mostró divertido.

-Es así, mi señor. La he visto yo mismo.

-Entonces mi pesar no es más grande que el tuyo. Inglesa, ¿no es así?

Los ojos del sirviente se dilataron mientras asentía con la cabeza, pero debió haber sabido que los espías de palacio averiguarían esta información en cuanto la muchacha pusiera los pies en tierra. Si no eran los espías de palacio, entonces eran los espías de los cónsules extranjeros, a quienes gustaba estar al tanto de los acontecimientos antes que los demás. En Barikah se guardaban muy pocos secretos, y por eso nadie podía entender por qué la cabeza del hombre que estaba detrás de los atentados contra el rey no se estaba pudriendo hacía tiempo colgada sobre la puerta principal del palacio.

-Puedes transmitirle a tu amo que apreciamos su ofrecimiento de esta joya al rey en primer lugar -continuó Omar-. Su consideración será bien recordada. Y aunque el rey no ha comprado nuevas esclavas desde hace algún tiempo, no significa que no lo haga en el futuro. Pero ven a mí la próxima vez. El rey no debe ser molestado con tales frivolidades.

Más tarde, Omar pensó que era una vergüenza que Jamil desdeñara la idea de que una gran colección de mujeres daba prestigio. Los turcos que podían darse ese lujo llenaban sus harenes hasta hacerlos rebosar. Trescientas o cuatrocientas concubinas no eran algo descabellado para un hombre de la fortuna de Jamil, sin embargo, él poseía menos de cincuenta, y la mitad de ellas le habían sido regaladas o habían sido compradas por Lalla Rahine en sus esfuerzos por complacer a su hijo suministrándole variedad cuando él dejó de hacerlo por sí mismo. El no se había mostrado complacido, y por último le había prohibido que comprara más.

Eso no significaba que a Jamil no le agradara la variedad o que no amara a las mujeres. Lo que le desagradaba era ver que las mujeres se desperdiciaran, y eso precisamente era lo

que les sucedía a la mayoría de las mujeres en los harenes superpoblados. Sólo podía haber un número reducido de favoritas, y el resto, aunque pudieran llamar la atención del amo de vez en cuando, pasaban sus días en ocioso hastío sin nada que esperar del futuro; y sus largas noches solas en sus lechos.

Era asombroso que esto preocupara a Jamil, pero así era. Había sentido de esta forma aun antes de que comenzara a circular el rumor de que estaba enamorado de su primera esposa, la kadine Sheelah. El era un hombre único dentro de su cultura, por la creencia de que todas las mujeres de su harén debían sentirse queridas por su amo y señor. Y él se agotaba asegurándose que ninguna de sus mujeres fuera ignorada demasiado tiempo, por lo que la idea de aumentar su número le consternaba.

Pero aun así, era una vergüenza, ya que una nueva mujer en estos momentos podría servir para distraer la mente de Jamil de todos sus problemas, y, a su vez, mejorar un carácter que se estaba volviendo insoportable para todos. Pero no podía decirle eso a Jamil.

Lo que él necesitaba era,un día fuera del palacio, pues su confinamiento dentro de las murallas era la mayor frustración de Jamil. Pero el Diván jamás lo permitiría. Simplemente, era demasiado peligroso, lo único que los asesinos estaban esperando sin lugar a dudas. Lo que se necesitaba verdaderamente era que los numerosos mensajes enviados dieran su fruto.

CAPÍTULO XII

A primeras horas de la tarde, cuatro días después, el gran visir todavía seguía recibiendo a los más importantes suplicantes para una audiencia con el dey, cuando su secretario le informó que había llegado un jeque del desierto con dos caballos pura sangre como tributo para el dey. Omar no se impresionó demasiado por ello y habría diferido su entrevista con el jeque durante algunos días si el secretario no hubiese insistido en que debía ver estos magníficos ejemplares por sí mismo. Los animales estaban siendo admirados en este mismo momento en el gran patio exterior.

Omar no pudo menos que sentirse molesto. El propio secretario de Jamil, obviamente, había considerado a este sujeto lo bastante importante como para enviar a buscar a Omar, cuando todo lo que debía hacer era aceptar el tributo y despedir al jeque sin más ni más. Pero por otra parte, él comprendía bien el dilema del secretario. La mayor parte de las tribus del desierto que pagaban tributo al rey de acuerdo con los tratados respectivos no enviaban a sus caudillos para entregarlos. El hecho de que este jeque hubiese venido en persona con sus regalos sólo podía significar que deseaba algo del dey.

Así sea. La política de Jamil era satisfacer a estas tribus del desierto siempre que fuera posible, con lo cual mantenía la paz. Era posible que el jeque del desierto ni siquiera estuviera enterado de los últimos acontecimientos que tenían en vilo a Barikah, o el motivo por el que éste no era un buen momento para que el rey recibiera personalmente su obsequio.

Dominado por la impaciencia. Omar salió de su oficina y entró a la sala contigua, donde había una ventana calada que daba al gran patio exterior. Desde allí pudo ver los caballos sin dificultad, pues aunque una multitud de funcionarios y sirvientes del palacio se había reunido alrededor de ellos, todos se mantenían a distancia prudencial, ya que los dos jóvenes árabes que los cuidaban se encontraban en aprietos para mantener bajo control a los briosos animales.

Omar, finalmente, quedó verdaderamente impresionado. Eran dos magníficos caballos pura sangre de pelaje blanquísimo. Nunca antes se habían visto ejemplares tan perfectos como éstos en Barikah. Y entonces comprendió por qué no podían ser controlados. Uno era un semental y el otro una yegua. ¡Por las barbas del profeta! Era una pareja reproductora.

Pasado el primer momento de asombro. Omar volvió a su oficina y le indicó al ahora sonriente secretario que hiciera pasar al jeque de inmediato. ¿Era posible que el hombre no conociera el valor incalculable de su obsequio, un tributo digno de un sultán? Estos no eran caballos árabes del desierto bajo ningún concepto. ¿De dónde habrían venido?

Y luego Omar gimió, apesadumbrado, cuando cayó en la cuenta de cómo afectaría este regalo a Jamil, que era un excelente jinete y caballista, y se había visto obligado a renunciar a sus cabalgatas cotidianas desde que empezaran los problemas. Iba a estar encantado con la pareja, extasiado, en realidad, hasta que comprendiera, como le acababa de suceder a Omar, que no podía montarlos ahora y que tampoco podría hacerlo en un futuro muy cercano. Esto empeoraría más su mal genio actual.

Era comprensible entonces que Omar estuviese ceñudo desde antes de que el caudillo del desierto fuera llevado a su presencia. Se había hecho anunciar corno Ahmad Khalifah, un nombre que Omar no pudo recordar de inmediato ni encontrar entre sus papeles a primera vista. Habría sido posible reconocerle si no fuera por el abultado albornoz, el capote grande, cerrado y con capucha típica del desierto, que le cubría de la cabeza a los pies, y el hecho de que mantuviera la cabeza baja permitiendo de esta forma que la capucha cayera sobre su rostro ocultándolo casi por completo. Dejándose llevar por su irritación, Omar prescindió de las acostumbradas cortesías de bienvenida y se encaró directamente con el visitante.

-Su nombre no me resulta familiar. ¿Cuál es su tribu? La respuesta del otro fue una pregunta también.

-¿Eres tú, Omar?

El gran visir se puso rígido. Esa voz la reconocía muy bien.

-¿Jamil? ¿Qué clase de juego es éste?

Ahora sus palabras fueron recibidas con una carcajada profunda y viril. ¿Cuánto tiempo hacía desde la última vez que alguien había oído reír de esta manera a Jamil? Omar frunció el ceño y se ensombreció su semblante, pues la cabeza del hombre había sido echada atrás al reír, y lo que Omar podía ver ahora debajo de la capucha era un mentón bien afeitado.

-¿Quién es usted? -exigió Omar en voz baja y amenazadora.

-¡No es para tanto, viejo! No puedes haberme olvidado. Sólo han pasado diecinueve años.

Omar quedó boquiabierto, completamente estupefacto. Nadie le hablaba en un tono tan irrespetuoso. ¡Nadie! Se puso de pie para llamar a los guardias y hacer echar a este perro arrogante. Sin embargo, se contuvo al ver que la capucha caía hacia atrás y dejaba al descubierto un par de sonrientes ojos verdes que se clavaban en los de él sin rastros de temor o arrepentimiento. Omar volvió a sentarse, mejor dicho, a caer sentado entre sus mullidos almohadones con la boca más abierta que antes.

-¿Kasim? ¿De veras eres tú?

-Ningún otro -fue la respuesta descarada.

Omar volvió a ponerse de pie de un salto esta vez y rodeó la larga mesa baja cubierta de documentos oficiales y cartas de peticionantes amontonadas en completo desorden.

-¡Has venido! ¡Que Alá sea loado! ¡Has venido por fin!

-¿Creías acaso que no lo haría? -inquirió Derek antes de ser estrechado entre sus brazos. Para ser un anciano pequeño que le doblaba la edad. Omar tenía todavía fuerza suficiente como para hacerle gruñir, tanto le apretaba ahora contra su pecho.

Librodot

-Nosotros no lo sabíamos -explicó Omar al tiempo que daba un paso atrás para llenar sus ojos con los muchos cambios que habían producido en este hombre los diecinueve años de ausencia-. No podíamos saberlo. Se habían enviado tantos mensajeros y tantos se habían encontrado muertos...

-Así me lo contó Alí ben-Khalil.

-¿Entonces él fue quien finalmente llegó a darte el mensaje? ¿El vendedor de sorbetes?

Derek asintió con la cabeza y sonrió.

-Insistió en que yo le encerrara después de haberme visto.

-Es un hombre listo. Y tú has sido lo suficientemente prudente como para venir disfrazado. Temía que no lo hicieras así, pero no había manera de advertirte en el mensaje sin que la clave, simple como es, fuera demasiado obvia.

Derek se encogió de hombros.

-Parecía que era lo que debía hacerse para evitar la confusión.

-Jamil estaba seguro de que lo comprenderías.

-¿Cómo está él?

-Ileso todavía, aunque hubo otro atentado contra su vida el mes pasado.

-¿Sabéis quién está detrás de esto?

Omar alzó los brazos al cielo para demostrar su disgusto.

-No hemos podido averiguar nada. ¡Nada! Quien está contratando a estos asesinos no les revela su identidad.

-¿Es Selim?

-No podemos pensar en ningún otro, pero, por otra parte, nadie está por encima de sospecha.

-¿Dónde está él? Omar suspiró.

-Fue visto por última vez en Estambul, en la corte del sultán. Tenemos un ejército buscándolo ahora, pero se esconde muy bien.

-¿Has considerado la posibilidad de que él ya haya sido eliminado? -aventuró Derek-. ¿Qué edad tiene ahora el menor de los hijos de Mustafá?

-Murad sólo tiene once años, y sí, hemos considerado eso, y también todos los enemigos de Jamil.

-¿Y sus esposas? Omar rió entre dientes.

-Todavía piensas corno un musulmán, Kasim.

-Puedo recordar a mi madre contándome la rivalidad feroz que existía entre las esposas de Mustafá y cómo Mahmud se salvó dos veces de ser envenenado.

-¿Y te escribió más tarde Jamil que la responsable era la cuarta esposa de Mustafá y que también fue tan necia como para atentar contra la vida de su propio esposo, mereciendo por ello una tumba en el fondo del mar?

Derek gruñó. No, no se lo había escrito, pero no le sorprendía en absoluto. Mandar encerrar en un saco con lastre a una mujer viva para luego ser arrojada al mar era el método favorito del sultán para eliminar a las mujeres de su harén que caían en desgracia por disgustarle; las mujeres se mantenían veladas ante otros hombres en vida, y también así en la muerte. ¿Por qué debía ser diferente la actitud de Mustafá? En muy contadas ocasiones se ejecutaba a las mujeres de otra forma.

Omar continuó:

-Pero, ¿las mujeres de Jamil? Desde luego que se ha pensado en ello, y también se ha aumentado la seguridad en el harén, pero Jamil no quiere oír nada en contra de ellas, y yo también me inclino a buscar allí sólo como último recurso. Primero, todas ellas adoran a

Jamil. Pero lo más pertinente de todo es que ninguno de sus hijos se beneficiaría a menos que murieran tanto Selim como Murad al mismo tiempo que Jamil, y aunque no se sabe dónde está Selim, Murad está aquí en Barikah, y no se ha atentado contra su vida hasta ahora.

-Pero ¿si murieran todos los hijos de Mustafá?

-Entonces quedaría en manos del Diván la decisión de aceptar o no al primogénito de Jamil.

-Hay precedentes de kadines que han gobernado a través de sus hijos -le recordó Derek.

-Pero él sólo tiene seis años, Kasim. Si fuera mayor... Sería más probable que el Diván eligiera un nuevo dey, y que el linaje de Mustafá dejara de regir los destinos de Barikah.

-¿Tu voto podría inclinarlos hacia uno u otro lado? Omar rió.

-Por Alá, estás trayendo nuevas ideas sobre este problema que ni siquiera yo había considerado. Sí, es verdad, que yo podría influir en la decisión del Diván. Después de treinta y cinco años de servir como gran visir de Barikah, te aseguro que mi opinión está sólo en segundo lugar después de la del dey. Pero también es verdad que nadie puede saber cómo votaría yo, y menos que nadie las esposas de Jamil, cuando ni siquiera yo mismo he pensado en esta posibilidad. Pero ven, Kasim, siéntate, siéntate. Ya tendremos tiempo de sobra para discutir quién está causando todos estos problemas. Cuéntame, ¿cómo has llegado aquí? En estos últimos días no han entrado nuevos barcos al puerto, y todos los que atracaron antes los hice investigar.

-Un amigo mío me consiguió pasaje en uno de los barcos de guerra de la Marina Real. Habría estado aquí ayer... pero tuvimos un pequeño problema con unos corsarios argelinos y quedamos separados de nuestros buques escolta. Supongo que ellos llegarán hoy un poco más tarde o tal vez mañana, una vez que se reagrupen. Yo desembarqué tarde anoche costa arriba y esta mañana he cabalgado hasta Barikah. Necesitaba una buena excusa para conseguir entrar en el palacio para verte, y ¿qué mejor que como Ahmad Khalifah, un jeque recién llegado del desierto con un tributo para el dey?

-¡Ah, los caballos! -Omar rió entre dientes-. ¿Dónde demonios encontraste unas bestias tan magníficas como ésas?

-¿Encontrarlas? -Derek curvó los labios con un gesto de orgullo-. Yo los crío. Y será mejor que Jamil siga con vida mucho tiempo más, el suficiente como para dar comienzo a un nuevo linaje en Barikah.

-*Inshallah* -respondió Omar con la mayor seriedad.

-Sí -convino Derek, con la misma seriedad-. Si Dios quiere.

CAPÍTULO XIII

Derek Sinclair, conde de Mulbury y futuro marqués de Huns-table, estaba viviendo momentos de increíble exaltación y alborozo, y los había vivido desde el mismo instante en que entró en la ciudad esa mañana. Las vistas, sonidos y olores que le recibieron le hicieron comprender lo mucho que había echado de menos esa parte del mundo y lo fácil que era volver a introducirse en la piel de un turco musulmán.

No tenían nada de ingleses los bazares por los que había pasado, donde el sándalo y el tragacanto perfumaban el aire desde los puestos de especias, donde los camellos caminaban pausada y pesadamente, acompañados de estruendosos lamentos, y las campanillas

Librodot

tintineaban en la brisa que convertía las tiendas de los mercaderes de seda en ondulantes aluviones de colores brillantes. Hra un mar de turbantes y de mujeres de ojos tiznados con kohl veladas de misterio. Era la batahola ensordecedora de mercaderes regateando los precios, y el burbujear de las fuentes en cada esquina. Era Barikah, la ciudad que Derek jamás había soñado volver a ver.

Y el palacio del dey, extendido sobre más de veinte acres de terreno en la cumbre de la colina más alta de la ciudad, trajo a su memoria un tesoro de recuerdos durante mucho tiempo olvidados. Derek se desplazaba ahora por el laberinto siguiendo muy de cerca a Omar. Al llegar, sólo había entrado hasta el gran patio exterior rodeado de altos muros que protegían el arsenal, la casa de moneda, la tahona, el cuartel del cuerpo de guardias, y otros edificios destinados a servicios. Pero Omar, al salir de su despacho, le había llevado a través de varios salones que conducían directamente al palacio interior, evitando de ese modo pasar por el segundo patio, donde únicamente entraban funcionarios y diplomáticos.

A diferencia del primer patio, al que el público tenía fácil acceso, el segundo patio era, en realidad, un inmenso jardín rodeado de magníficos claustros que le brindaban intimidad y mayor belleza. Anchas avenidas lo cruzaban hasta desembocar en puertas y edificios bajos. Gacelas y pavos reales se desplazaban a voluntad bajo altos cipreses, lujosos pabellones se erguían siempre listos para cualquier ceremonia oficial, y los esclavos se inclinaban sobre los arriates de flores, trabajando bajo el ardiente sol.

El segundo patio albergaba los despachos de los funcionarios del palacio y las cámaras del consejo, donde se reunía el Diván varios días a la semana. Allí se agasajaba a los diplomáticos extranjeros, se circuncidaba a los hijos del rey y se casaba a sus hijas, y allí era también donde se llevaban a cabo todas las ceremonias oficiales. Y a este patio daba la gran puerta tachonada de hierro que conducía al harén.

Más allá del segundo patio había otra puerta que se abría al tercer patio, con el que Derek estaba más familiarizado. Era un jardín más íntimo poblado de grandes y añosos castaños, nísperos y cipreses cubiertos de hiedra. Allí estaba ubicada la tesorería, el salón del trono y la escuela del palacio. Y pasando otra puerta más, estaban los amplios corredores ricamente embaldosados que conducían a los aposentos privados del dey, los cuales lindaban con el harén.

Omar, en cambio, guió a Derek por el mismo corazón del palacio, a través del intrincado laberinto de corredores y cámaras que rodeaban las cocinas, los baños y el harén, cuyas cúpulas resplandecían al sol, y también los atrios rodeados de pórticos, y que finalmente desembocaba en el mismo corredor que usaban las concubinas para llegar a los aposentos del dey.

Por fin se detuvieron delante de una gran puerta de madera de cedro flanqueada por dos nubios de espaldas rígidas, que parecían estatuas de ébano. Sólo porque iba acompañado del gran visir en persona, Derek no había sido detenido hasta entonces al menos veinte veces por la legión de guardias con que se cruzaron en diferentes puntos del recorrido, especialmente presentando un aspecto tan sospechoso, al continuar encapuchado y con la cabeza gacha durante todo el tiempo.

-Espero que tengas un santo y seña o algo por el estilo para alertar a estos sujetos si algo anduviera mal - comentó pensativamente Derek antes de que Omar pudiera anunciarlos.

-Te han registrado para ver si llevabas armas antes de entrar en el palacio, ¿no es verdad?

-Sí pero ¿y si alguien hubiera encontrado la manera de llegar hasta una de tus esposas o de tus hijos, y así forzarte a introducirle hasta aquí?

Omar se rió.

-Por supuesto que hay una señal que habría hecho que tú o cualquier otro fuera decapitado en un instante, pero me alegra ver que estás tornando tanto interés en nuestras medidas de seguridad. Debes sentirte libre de mencionar cualquier cosa que te preocupe.

El arqueó una ceja inquisitivamente.

-¿Tu familia está protegida? Matar al que te diga que tienen como rehenes a los miembros de tu familia no os salvará. Omar asintió.

-Mis hijos, mis nietos, mis bisnietos, todos están tan seguros como es posible en estas circunstancias. ¿Mis esposas? -Se encogió de hombros con fatalismo oriental, aunque le brillaron los ojos grises-. No sería una gran pérdida si les sucediera algo a ellas.

Derek reprimió una sonrisa, y señalando la puerta con un ligero movimiento de cabeza, dijo:

-Supongo que tienes que anunciarme, ¿verdad?

-Es lo más prudente, a menos que quieras que los guardias personales del rey se arrojen sobre ti en cuanto intentes cruzar esta puerta.

-Creo que puedo prescindir de esa experiencia -replicó secamente Derek.

-Sí, no es aconsejable sorprender al dey, pero a pesar de todo, se sorprenderá. Con tantos mensajeros asesinados, había perdido la esperanza de que alguno pudiera llegar hasta ti, Kasim. -Al oír su nombre en voz alta, Derek miró enfáticamente a los guardias, pero Omar movió la cabeza-. Todos aquellos que montan guardia en la puerta deJamil son mudos, como lo son sus guardias personales.

Finalmente, Omar dio un golpe en la puerta, luego aguardó diez segundos largos antes de abrirla y entrar con Derek pisándole los talones. Era una sala típicamente oriental, espaciosa y despojada de todo elemento superfluo. Altas columnas de ónice exquisitamente esculpidas sostenían un techo pintado con motivos florales. En las paredes se alternaban paneles estucados de diseños florales y geométricos con franjas de caligrafía árabe en relieve. Las ventanas estaban cerradas con rejillas finamente talladas, pero eso no impedía que ríos de luz inundaran el suelo de mármol, en cuyo centro se destacaba un magnífico mosaico con una escena de caza. Los escasos muebles esparcidos por la habitación, unas cuantas mesas bajas y una cómoda alta contra una de las paredes, lucían todos ellos intrincados trabajos de taracea con nácar iridiscente. No había sillones, ni sillas, ni sofás para sentarse, sólo una amplia tarima cubierta profusamente de almohadones donde estaba acomodado el rey en actitud de total abandono.

Pero la sala no estaba desierta de ninguna manera. Se encontraban allí el encargado de preparar el café, el portador del narguile de Jamil, y media docena de asistentes, todos esclavos personales del dey. También se hallaba en la habitación una de las concubinas de Jamil, quien, en los diez segundos que había esperado Omar para entrar en el aposento, había tenido tiempo de velar su rostro. Ahora estaba sentada al lado de Jamil con la cabeza gacha en actitud modesta.

-¿Acaso teníamos una cita, Omar, de la que yo me haya olvidado? -inquirió el rey rompiendo así el silencio que habían producido en la habitación con su llegada.

-En absoluto, mi señor. Pero sí rogamos mantener unas palabras en privado, si no es inconveniente. Incluso vuestros guardias deberían abandonar la sala, creo.

Jamil arqueó una ceja ante este requerimiento, pero no dijo nada. Simplemente, hizo una señal con la cabeza y los sirvientes empezaron a retroceder de espaldas saliendo de la sala, la forma acostumbrada de alejarse de la presencia del dey, saludándole con zalemas mientras se iban. Hasta la mujer se alejó de esta forma y procuró no demostrar su mortificación al ver acortada la hora que debía pasar con Jamil por la intempestiva presencia del gran visir. Jamil, de todos modos, no lo habría advertido. Tenía los ojos clavados en el misterioso acompañante de Omar. El extraño visitante también tenía su mirada fija en el dey, aunque éste no podía saberlo puesto que la capucha del albornoz le cubría casi todo el rostro.

Librodot

En cuanto el aposento quedó vacío, Jamil exigió:

-¿Bien? ¿Finalmente se ha presentado alguien con alguna información sobre este maldito complot para enviarme a la tumba antes de tiempo? ¿Qué tiene él que decir, Omar?

- Sólo que ha tenido un viaje placentero, si es que más de un mes en alta mar puede ser considerado placentero sin ninguna mujer a bordo para mitigar las incomodidades de un hombre.

Jamil miró con rostro torvo al gran visir.

- ¿Es ésta tu idea de lo que debe ser una broma, viejo amigo? Omar no lo pudo remediar; se rió con deleite, luego balbuceó algo incoherente mostrando sólo una sonrisa cuando Jamil frunció más el ceño. Volvió a Derek sus ojos lacrimosos y le pidió:

-Descúbrete antes de que piense que me he vuelto loco. Derek se llevó una mano a la capucha y la echó hacia atrás al mismo tiempo que daba un paso adelante. Jamil se incorporó de golpe, luego se puso de pie. Dando un paso, bajó de la tarima, pero no avanzó más. Derek ya estaba frente a él y quedaron cara a cara, un par de ojos verdes incrédulos, y otro par idéntico, humedecido de emoción.

-Jamil -dijo simplemente Derek, pero esa palabra estaba cargada de un caudal de significados.

Jamil sonrió lentamente, y luego dejó escapar un grito estentóreo al tiempo que estrujaba a Derek en un abrazo tan fuerte que podría haber roto los huesos de un hombre más pequeño, y gruñó cuando le fue devuelto el mismo abrazo.

- ¡Alá misericordioso, Kasim! Jamás pensé volver a verte.

-Ni yo a ti.

Y ambos estallaron en carcajadas, pues uno sólo tenía que mirarse al espejo para ver al otro. Desde luego que eso no era lo mismo que estar juntos como ahora.

-Diecinueve años -continuó Derek mientras sus ojos todavía seguían recorriendo la figura deJamil-. Dios, te he echado de menos.

-No más que yo a ti. No creo haber perdonado nunca a nuestra madre por habernos separado.

-Eso hizo muy feliz a un anciano, Jamil -dijo Derek en tono sosegado.

-¿Qué es eso para mí cuando casi me destrozó el dolor? -exigió Jamil en un estallido de resentimiento que él jamás había podido superar-. ¿Sabes que intentaron convencerme de que habías muerto, como hicieron con todos los demás? ¿A mí? Como si yo no pudiera percibir la verdad. Creí que me volvería loco, hasta con Rahine insistiendo en que estabas muerto, cuando yo sabía... lo sabía aquí -se golpeó el pecho con fuerza- que no podía ser verdad. Ella, finalmente, tuvo que admitir lo que hizo. Ese día dejé de llamarla madre.

-Debiste habérmelo dicho.

Jamil hizo un ademán desechando esa idea. Hasta que cumplí quince años no me dijo siquiera cómo podía ponerme en contacto contigo. Para entonces no quería remover sentimientos que habían estado enterrados cinco años, sentimientos que, yo lo sabía, serían leídos por otros antes de que mis cartas llegaran a tus manos.

- Y yo temía preguntar por qué nunca contestaste mis cartas durante esos cinco años, pues empecé a escribirte en cuanto llegué allí.

-Nunca las recibí. Nuestro padre se ocupó de ello, otra vez por petición de Rahine.

-¿Por qué? -quiso saber Derek con algo de su propio resentimiento a flor de piel.

-Ella no quería ningún recordatorio. Eramos dos, así que uno fue fácilmente sacrificado. Pero ella no deseaba recordatorios de ese sacrificio.

Derek desvió la mirada antes de decir:

-Recuerdo muy bien sus palabras cuando me llevó al barco:

«A mí me es imposible regresar, Kasim -me dijo-. Y aun cuando existiera esa posibilidad, yo ya no puedo tener más hijos. Tú eres el único que puede continuar el linaje de mi familia, y eso es tan importante en Inglaterra como aquí. Jamil fue el primogénito. Tu padre jamás lo dejaría partir de su lado. Pero tú, tú eres todo lo que le puedo dar a mi padre, y le amo, Kasim. No soporto la idea de que pueda morir solo, sin esperanza para el futuro. Tú eres todo lo que él tendrá de mí. Tú serás su heredero, su alegría, su razón de vida. Por favor, no me odies por enviarte con él».

-¡No tenía derecho!

-No -admitió Derek suavemente-. Pero también recuerdo sus lágrimas cuando el barco se alejaba.

Se miraron durante largos minutos en completo silencio antes de que Jamil admitiera finalmente:

-Lo sé. La oí llorar con frecuencia cuando creía estar sola, pero yo era joven e implacable entonces. Endurecí mi corazón para no aceptar que ella te echaba de menos tanto como yo. Rehusé creer que ella pudiera seguir amándote después de lo que había hecho. Y odié a Mustafá durante largo tiempo por permitirle convencerle de seguir adelante con este sacrificio.

-El tenía muchos hijos en aquella época, aun cuando nosotros fuéramos sus favoritos.

-No le disculpes ahora, Kasim. Bien merecido lo tuvo después, cuando empezó a preocuparse al ver que la mitad de esos hijos morían antes de abandonar el harén.

Ese comentario malévolo y lleno "de resentimiento los hizo sonreír a ambos súbitamente.

-No son esos tus sentimientos, ¿verdad?

- No - respondió Jamil -. Pero finalmente, él sí lamentó el hecho de que le quedaran sólo cinco hijos, uno de los cuales había regalado voluntariamente, y como todos creían que este hijo estaba muerto, daba lo mismo que así fuera. Por supuesto, podía quejarse amargamente de ello ante Omar, el único que lo sabía aparte de nosotros, y reñirle por no haberle impedido ser tan generoso con su kadine favorita.

Cuando ambos se volvieron para recibir algún comentario de Omar sobre el tema, comprobaron que había desaparecido discretamente, dejándolos solos para el reencuentro. Sonrieron por la actitud tan considerada del anciano y se dirigieron a los almohadones esparcidos sobre la tarima. Jamil le ofreció una larga pipa turca con boquilla de ámbar, pero Derek no la aceptó. Se acomodó en los almohadones en una pose netamente inglesa apoyado sobre un codo mientras la otra mano descansaba sobre la rodilla doblada. Debajo del albornoz que ahora estaba abierto se veía una camisa blanca de lino con el cuello abierto, metida dentro de ceñidos pantalones de color de ante cuyas perneras estaban metidos, a su vez, en botas de caña alta hasta las rodillas.

Los pantalones turcos de Jamil eran amplios y holgados hasta la rodilla fácilmente adaptables a la costumbre oriental de sentarse con las piernas cruzadas, como lo hacía en ese momento. Estaba descalzo, su túnica de seda verde no tenía cuello pero estaba cuajada de gemas amarillas alrededor del escote y en varias capas alrededor de las amplias mangas sin puños. Una esmeralda del tamaño de una nuez brillaba en el centro del turbante, que él se quitó ahora que estaban solos, sacudiendo la cabeza para soltar el cabello negro, que llevaba varios centímetros más largo que Derek.

Cuando volvieron a cruzarse las miradas, Jamil preguntó enfáticamente:

-¿La perdonaste tú?

-Creo que comprendí mejor sus motivos una vez que llegué a conocer a Robert Sinclair, nuestro abuelo materno. Y llegué a amarle, Jamil, exactamente como ella le ama.

-Y yo cómo le odié por ser él la causa de que te alejaran de mí. -Esto lo dijo en tono bajo y sereno, sin el acaloramiento que había desplegado anteriormente.

-Yo también, al principio. Odiaba todo lo que era inglés. Pero entonces, una niñita de no más de seis años me puso en mi lugar, preguntándome: ¿Por qué tienes que mostrarte tan engreído y atrozmente arrogante? No eres más que un muchacho y huérfano para colmo.

- ¿Huérfano?

-Es la historia que nuestro abuelo dejó correr para explicar por qué me presenté solo a su puerta. Se suponía que mi padre era un diplomático extranjero que mi madre había conocido y con quien se había casado mientras estaba lejos de Inglaterra, y que los dos habían muerto dejándome al cuidado del marqués.

Yo no compliqué las cosas y al mostrarme tan abatido como en realidad me sentía por lo que me había pasado, generé compasión. Ah, la compasión. -Derek rió entre dientes-. Cuando sólo tenía doce años, la más bonita fregona de la cocina de mi abuelo insistió en mostrarme lo compasiva que podía ser.

-¿Doce? -exclamó bufando Jamil-. Y pensar que nuestro padre me hizo esperar hasta los trece antes de permitir que las esclavas me sirvieran.

Ambos se sonrieron al recordar los primeros intentos de hacer el amor y lo vacilantes y temerosos que habían sido a esa edad tan temprana. Luego, Jamil añadió:

-¿Y la niña imprudente que te insultó? Derek soltó una carcajada.

-Se convirtió en mi mejor amiga. -Rió con más fuerza al ver la expresión de incredulidad de Jamil-. Es verdad. Ella me hizo ver qué soberano asno era yo por desahogar mi resentimiento y soledad riñendo con todos los que me rodeaban. Yo estaba allí, estaba allí para quedarme, así que empecé a sacar el mayor provecho de la situación.

-Pero, ¿una mujer, amiga tuya, Kasim? Sé que los europeos sienten y piensan distinto de nosotros en cuanto a las mujeres, pero tú sólo eres medio inglés.

-Acababa de salir del harén, Jamil. Era más natural para mí, en ese momento, tener trato con una niña que con los hombres al servicio del marqués. Y como bien dices, los europeos piensan y sienten distinto al respecto. Vaya, era natural y correcto que yo siguiera siendo amigo de Caroline, hasta cuando crecimos. Y ahora -añadió con una sonrisa maliciosa-, en cuanto regrese a Inglaterra desposaré a esa dama.

Jamil movió la cabeza.

-Has esperado mucho tiempo para casarte.

-Lleva un poco más de tiempo cuando tienes que cargar para siempre con tu primera elección.

-Sí, una esposa solamente. -Una vez más el rey movió la cabeza-. ¿Podrás estar satisfecho con una sola?

-Vamos, Jamil. Sabes muy bien que los europeos disfrutan de tanta variedad como tú. El único inconveniente es que debemos ser muy discretos al respecto. En realidad –añadió Derek sinceramente-, yo no me casaría aún si el marqués no hubiese insistido tanto. El anhela conocer a algunos nietos antes de morir.

-¿No tienes ningún hijo todavía?

-No que yo sepa. ¿Y tú? ¿Cuántos hijos tienes hasta ahora?

-Dieciséis en total, pero sólo cuatro son varones.

-¿Quieres decir que has tenido tres hijas más desde la última vez que recibí noticias tuyas? Felicidades.

Jamil estaba a punto de desechar las felicitaciones, ya que las niñas no eran consideradas importantes, excepto cuando llegaba el momento de entregarlas en matrimonio,

pero el hecho era que adoraba a sus hijitas y ellas todavía eran muy pequeñas, ninguna llegaba a los seis años.

Estaba sonriendo orgullosamente cuando respondió:

-Mi primera esposa me ha dado dos hijitas ahora, además de mi primogénito. Son unos verdaderos ángeles, Kasim, la menor sólo tiene tres meses.

-Espero poder llegar a verlos mientras estoy aquí. Soy su tío, después de todo.

- Por supuesto - afirmó Jamil algo sorprendido, puesto que si Kasim aceptaba la idea de Omar, no sólo vería a los hijos de Jamil mientras estuviera aquí, sino también a todas sus mujeres-, ¿No te ha explicado Omar...? -Calló súbitamente al ver la expresión de desconcierto de su hermano, y luego estalló:

-¡Ese hijo de una maldita boñiga de camello! No te ha dicho para qué estás aquí, ¿no es así? ¡No, me lo ha dejado a mí! Derek sonrió.

- En realidad, el tema no se ha presentado. Hemos terminado discutiendo la cría de caballos.

-¡La cría de caballos!

-Sí, por la pareja de macho y hembra de caballos pura sangre que te he traído de regalo.

El semblante incrédulo de Jamil cambió súbitamente y mostró una expresión de deleite casi infantil.

-¿De veras?

Derek volvió a reírse.

-Sí. Pero ya que lo mencionas, ¿para qué estoy aquí?

Jamil se encogió ante el recordatorio indeseado.

-Fue idea de Omar. En un principio, me negué rotundamente a considerarla siquiera, pero él no cejaba en su propósito y me importunaba constantemente, hasta que, por fin, le permití convencerme de que al menos te preguntáramos al respecto. Aun así, habría rehusado si no fuera que estoy absolutamente seguro de que Selim es quien esta detrás del complot. El me odia, Kasim, siempre me ha odiado. Era aún peor que Mahmud en su despecho y crueldad. Si consigue eliminarme y asume el poder, se encargará de enviar a la muerte a mi esposa y a todos mis hijos.

Derek recordaba bien a Selim.

-Sí, no tengo duda. Entonces, ¿cuál es la idea de Omar?

-Que tú ocupes mi lugar.

Derek no se sorprendió. Por el contrario, ya había calculado que para esto era que lo necesitaban, para lo único que él podría ser útil. Pero no iba a convertirse en el nuevo rey de Barikah por más que fuera el siguiente en la línea sucesoria. Simplemente, no deseaba esa clase de poder ni los dolores de cabeza que lo acompañaban. Había llevado demasiado tiempo la vida sencilla de un inglés, aun cuando hubiese pasado algunos años enredado en intrigas y espionajes para Marshall. Pero una cosa era correr una pequeña aventura, algunos riesgos por placer y diversión sabiendo que sólo tenía que cruzar el canal para dejar todo atrás, y otra muy distinta ésta, que se debía asumir para toda una vida.

-Yo no te sucederé, Jamil. Te lo digo ahora sin ambages. Para todos aquí, sin excepción, yo estoy muerto y olvidado, y preferiría dejarlo así. Pero temporalmente, por los pocos días que llevaría ocuparme de la seguridad de tu familia, si Selim llegara a triunfar, por supuesto que ocuparía tu lugar. No teníais ni que preguntarlo. Pero mientras estoy aquí, ¿por qué no nos ocupamos más bien de evitar que te pueda suceder nada malo?

Jamil no mostró el alivio que esperaba Derek.

-Creo que no has entendido bien, Kasim. La idea de Omar no es que asumas mi personalidad si yo muero, sino antes de que se llegue a eso.

Derek permaneció mudo unos cinco segundos y luego estalló en una andanada de palabras precipitadas.

- ¡Santo cielo! Jamil, ¿sabes de qué estás hablando? ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

La mirada dolorida de Jamil le dio a entender que sí lo sabía, pero él también interpretó erróneamente la reacción de su hermano.

-Tienes razón. Es pedirte demasiado que arriesgues tu propia vida.

-Al demonio con el...

-No, no, jamás debí hacerte venir. Y no lo habría hecho por mí. Es por mis seres más queridos... pero tienes toda la razón. El peligro sigue latente, ya sea para ti o para mí. Omar fue un necio al considerar esa posibilidad.

-Jamil...

-Todo lo que le preocupa a él es Barikah, no las vidas que pone en peligro...

- Jamil, calla de una vez! - Finalmente, Derek se vio obligado a gritar para llamar su atención.

Jamil calló. El hecho de que no hubiera una sola persona en todo Barikah, ni Omar, ni su madre, Rahine, ni su bien amada Sheelah, que se hubiese atrevido a hablarle de esta manera, era irrelevante. Jamil apenas lo había advertido, y a Derek no le habría importado nada si hubiera sido así.

-No me inquietan los riesgos -continuó Derek, impaciente-. Estoy acostumbrado a arriesgar mi vida, y por razones menos importantes que ésta. Así que no lo menciones más, Jamil, si no quieres verme perder la paciencia. ¡Pero estás hablando de semanas, de meses tal vez, durante los cuales yo debo asumir tu personalidad! ¿Cómo diablos crees que voy a poder hacerlo cuando no te he visto durante diecinueve años?

Los dientes de Jamil brillaron en toda su blancura con la amplia sonrisa de alivio que le brindó a su hermano.

-Esa es la parte más fácil. Nos tomaríamos una semana, tal vez un poco más, para que tú pudieras observarme, estudiar mis hábitos característicos, para ver cómo trato a todos aquellos que me rodean. Omar te instruiría al respecto, y él siempre estaría cerca de ti para evitar que pudieras cometer errores.

-¿Y si él no estuviera siempre allí? Si alguien me preguntara sobre lo que no tengo la más mínima idea de cómo contestar, entonces ¿qué pasaría?

-¡Vamos, Kasim, no habrás olvidado las prerrogativas del dey! Puedes despedir a todas las personas, hacerlas salir de tu presencia en cualquier momento, y nadie osaría preguntarte por qué. En estos últimos meses lo he hecho con tanta frecuencia que parecería completamente natural que ordenaras a todos desalojar una sala, salvo a mis mudos, y hasta ellos han padecido mi reciente mal genio.

Derek se rió entre dientes.

-El confinamiento te está afectando, ¿no es así?

-Desde hace tres meses -replicó Jamil con hastío.

-Muy bien, entonces eso me indica cómo podría evitar cualquier situación espinosa que surgiera, pero ¿qué me dices de la administración de tu pequeño imperio?

-Ornar está capacitado para tomar todas las decisiones. Esa es su responsabilidad cuando yo no estoy disponible.

-Entonces, ¿tú no tienes intenciones de permanecer en el palacio?

-No, mi propósito es encontrar a Selim y para lograrlo me aseguraría el apoyo de su tocayo, el sultán Selim. Nuestro medio hermano fue visto por última vez en la corte del sultán. Pero ninguno de los que están ahora encargados de buscar a Selim tiene el rango suficiente como para ser llevado a la presencia del sultán, y él no es muy afecto a las cartas. Así que iré

primero a Estambul, y si me acompaña la suerte, de allí al lugar donde se oculta Selim. Si el sultán no sabe dónde ha ido, él puede encontrarle. Mi red de espías no es nada comparada con la que él tiene.

-Me sorprende que aún no lo hayas hecho.

-Deseaba hacerlo, pero Omar ni quería oír hablar de ello, y mis consejeros estaban todos de acuerdo con él. Alá misericordioso, todos ellos no son más que un puñado de mujeres viejas y miedosas, que temen que yo dé un paso en mi patio exte-nor, y mucho menos fuera de los muros del palacio. El problema es que, con tantos miles de esclavos en el palacio, es demasiado fácil sobornar a varias decenas de mi propia gente para que me espíen e informen cada uno de mis movimientos No puedo abandonar el palacio, ni siquiera disfrazado, sin que se enteren los asesinos, y eso es todo lo que ellos están esperando.

-Sí, el palacio es demasiado fácil de vigilar desde fuera teniendo como tiene una sola puerta principal. Jamil asintió con la cabeza.

- De vez en cuando se impacientan y envían a uno o dos de sus miembros a tratar de sorprenderme y matarme. Precisamente el mes pasado uno llegó hasta mi alcoba, mató a los dos guardias de la puerta, e intentó reptar por el suelo hasta mi cama. Afortunadamente, mis guardias personales estaban más vigilantes y despiertos que los otros, y uno descubrió al perro antes de que me alcanzara.

-¿Y todos los demás guardias a lo largo del trayecto?

-La mayoría de ellos estaban drogados de alguna manera, y todavía no hemos sabido cómo lo hicieron. Por lo que hemos podido averiguar, los asesinos escalaron los muros del tercer patio después de envenenar a mis leones que dejan sueltos durante la noche.

Derek movió la cabeza y suspiró.

-Es un asunto muy desagradable, Jamil, y detestable. Preferiría tener una parte más activa en ponerle fin, pero si consideras que será mejor que yo ocupe tu lugar por un tiempo, entonces supongo que debo intentarlo.

-¿Vas a hacerlo realmente?

-¿No acabo de decirlo, acaso?

-¿Estás seguro, Kasim? En realidad, yo no tengo ningún derecho a pedirte...

-Por los mil demonios, no empieces con eso otra vez -le interrumpió Derek-. Y además, mi gobierno me pidió, extraoficialmente, desde luego, que hiciera todo lo que estuviera a mi alcance para eliminar la amenaza contra tu vida. Con riesgo de darte una ventaja absoluta en tus futuras negociaciones con Inglaterra, debo admitir que ellos te prefieren a cualquiera que pudiera sucederte. Y supongo que ocupando tu lugar, y por lo tanto alejando el peligro de tu vida, estaré haciendo prácticamente lo que ellos me han pedido.

-Es muy irritante que estos cónsules extranjeros sepan tanto de lo que sucede en el interior de estos muros y lo informen a sus respectivos gobiernos.

-Ellos no saben ni la mitad de lo que realmente quisieran saber, Jamil. Pero, dime, ¿voy a tener que dejarme crecer una así, o vas a afeitarte la tuya? -preguntó Derek tirando de la tupida barba negra.

Jamil soltó un suspiro.

-Supongo que era mucho esperar que tú te hubieras dejado crecer la barba en tu país. No habrá tiempo suficiente para que te dejes crecer una del largo de la mía. Que Alá me ayude, es casi un sacrificio demasiado grande...

Derek estalló en carcajadas al ver la expresión pesarosa de Jamil.

-Vaya, puedes ver por ti mismo cómo estarás sin ella -le dijo frotándose el mentón bien afeitado-. Y no recibo quejas de las damas.

-Sí, te hace parecer más joven que yo -respondió Jamil, pensativo.

-Y por poco tengo que luchar para rechazarlas y no sucumbir ante su asedio.

-Eres un jactancioso. -Jamil se rió-. De ninguna manera puedes llegar a tener los problemas que tengo yo con cuarenta y siete concubinas.

-¿Nada más? -se burló Derek, zumbón-. Mustafá debe haber tenido por lo menos doscientas antes de morir.

-A Mustafá no le importaba cuántas de ellas languidecían por su descuido.

Una ceja oscura se arqueó inquisitivamente.

-Me sorprendes, Jamil. Que yo pueda preocuparme por algo así después de diecinueve años entre los ingleses, es razonable... ¿pero tú?

-Quizá no seamos tan diferentes al fin y al cabo, hasta con una separación tan larga.

-Tal vez -contestó Derek-. Hablando de mujeres, ¿qué pensarán ellas cuando tú no las llames a tus aposentos durante tanto tiempo?

Jamil bajó los ojos antes de contestar con voz apagada.

-Pero ellas serán llamadas... por ti. Deberás hacer todo lo que yo hago habitualmente para que este asunto funcione perfectamente.

Derek no era tan insensible como para no percibir el dolor profundo con que Jamil había dicho esas palabras.

-¡No seas absurdo! ¡Eso es ridículo!

Jamil levantó la mirada demostrando sorpresa ante la vehemencia de esa reacción. No había esperado que esto fuera un inconveniente. El sí objetaba este asunto. Lo objetaba con todas las fibras de su ser, puesto que era el hombre más posesivo del mundo. Era posible que se quejara de tener más mujeres de las que podría necesitar o desear, pero eran sus mujeres. Lo peor que podía pasarle, la situación más difícil que podía encarar, era la de tener que abrirle su harén a otro hombre mientras su orgullo le exigía que debía entregárselas todas sin excepción. Si fuera a cualquier otro hombre, no lo haría. Pero éste era Kasim, su otro yo. No existía en el mundo nadie que estuviera tan cerca de él, hasta después de una separación de diecinueve años que casi los había convertido en extraños.

-Es la única manera -dijo Jamil ahora con suficiente dominio como para ocultar su propia renuencia-. Omar me lo hizo comprender, y yo estoy de acuerdo. Los eunucos del harén no pueden ser confinados. Ellos van y vienen a voluntad, y tú sabes tan bien como yo que muchos de ellos chismorrean más que las mujeres. Y el hecho es que yo jamás he ignorado a mis mujeres más de dos o tres días. Hasta cuando salgo de viaje llevo a mis favoritas conmigo. Así que si se llegara a saber que repentinamente estoy descuidando mi harén, todos, naturalmente, se preguntarían los motivos. Por consiguiente, me vigilarían más de cerca. El más mínimo error por mi parte, por tu parte, tendría un nuevo significado. Alguien podría recordar que yo tenía un hermano gemelo que murió misteriosamente y cuyo cadáver jamás fue visto por nadie. ¿Te das cuenta ahora por qué debes adoptar todos mis hábitos como si fueran los tuyos propios, todos absolutamente? Hasta debes simular mi frustración, y, francamente, yo les he hecho la vida imposible últimamente, por eso la cólera será tu mejor defensa en cualquier situación que se presente, porque mi mal genio en lugar de ser algo insólito ahora es lo esperado por todos.

-Supongo que no tengo alternativa -dijo Derek, con el ceño fruncido- si se trata de no comprometer tu libertad.

-Precisamente. Ninguno de los dos tiene alternativa, si aún consientes en seguir adelante con el plan.

-¿Es eso lo que realmente deseas, Jamil?

-No veo ninguna otra posibilidad.

-Yo podría ir tras Selim.

-Sí, pero no le conoces tanto como yo, Kasim. Tardarías el doble de tiempo en encontrarle, y para entonces, yo podría estar muerto. Además -agregó Jamil con una mueca irónica-, me volveré loco si no puedo alejarme de aquí, ahora que tu presencia me ofrece esa posibilidad. Creo que ni siquiera podré soportar el tiempo que tardes en familiarizarte con mis hábitos.

-Tendrás que intentarlo, hermano mío -replicó Derek-. Preferiría no arremeter contra esto a ciegas, si a ti no te importa.

Jamil se rió entre dientes del muy sosegado pero tajante humor inglés. Ciertamente, tendría que intentarlo.

CAPÍTULO XIV

Jeanne Mauriac echó una mirada curiosa alrededor del vasto cuarto al que acababa de ser escoltada. Innumerables jergones cubrían todo el suelo, la mayoría ocupados por mujeres que no tenían otra cosa que hacer que contar los minutos de cada hora que iba pasando, aunque sólo era media tarde. Tedio, apatía, temor; lo vio todo, pero no era nada nuevo para ella. Había transitado por este camino anteriormente, tres veces en el pasado, vendida una y otra vez. Lo único sorprendente para ella esta vez era la limpieza que reinaba en el *bagnio* de Hamid Sharif, el edificio donde se confinaba a los esclavos antes de ser vendidos. La mayoría de los *baguios* en los que se alojaba a los esclavos ya vendidos para emplearlos como obreros eran tan sucios e inhabitables como pocilgas. En cambio, aquí había hasta una fuente burbujeante en el centro del salón y las ventanas caladas a lo largo de las paredes permitían la libre entrada del sol y del aire fresco, lo que habría creado un ambiente muy agradable si no fuera por el tedio, la apatía y el temor.

Jeanne encontró un jergón vacío y empezó a observar a las otras mujeres. Todas ellas representaban la competencia, al menos para ella todo se reducía a una cuestión de competencia. Sabía por experiencia que el mejor hogar para ir era un hogar donde abundara el dinero, y que los compradores más adinerados pujaban únicamente por las mujeres más bonitas. Felizmente para ella, comprobó que no había tantas mujeres en la habitación, y ninguna parecía excepcional, salvo una beldad negra que exudaba hostilidad y estaba, de hecho, encadenada a la pared. Si era tan hostil como parecía, era dudoso que la presentaran en la plataforma para subastas, pero podría ser vendida en forma privada.

Jeanne esperaba subir a la plataforma. Lo había hecho antes, y era una experiencia que ella no encontraba tan degradante como la mayoría de las demás mujeres; estaba orgullosa de sus atributos, y tener el cabello dorado oscuro y los ojos azules, tan apreciados aquí, no la perjudicaba. Sabía que adoptando una postura adecuada y con unas cuantas miradas sensuales, podía inflamar de lujuria a los licitantes y así elevar su precio. También sabía por experiencia que cuanto más dinero se veía forzado a pagar por ella el nuevo comprador, más afortunado se consideraría por haberla conseguido, y tanto mejor sería tratada ella en su nuevo hogar.

Un destello de plata llamó su atención y Jeanne echó un vistazo a través del salón hasta una mujer que había desechado en un principio por considerarla demasiado vieja debido a su cabellera plateada como rayos de luna. Pero ahora que había levantado la cabeza, Jeanne contuvo la respiración, porque era una muchacha, una muchacha muy joven, una jovencita de increíble belleza. El resentimiento comenzó a aflorar, luego se desvaneció rápidamente cuando Jeanne comprendió que ésta, como la magnífica belleza negra, no subiría a la

plataforma. Beldades como éstas eran siempre subastadas en privado. Por lo tanto, no tendría que rivalizar con ella.

Jeanne miró fijamente a la jovencita sin poder apartar sus ojos de ella. Estaba pálida y parecía palidecer más segundo a segundo. Desde esta distancia sus ojos semejaban dos carbones negros contra la piel tan blanca. Estaban agrandados y redondos mientras miraba fijamente por la ventana con evidente horror.

Jeanne siguió la dirección de sus ojos y dejó escapar un gruñido de repugnancia y fastidio. En el espacioso patio cerrado contiguo a la sala donde ellas se hallaban, se estaba llevando a cabo una subasta pública. Jeanne lo había visto antes, pero no le había prestado atención, ya que le habían dicho que no sería vendida hasta fines de esa semana. Los esclavos nunca eran vendidos el mismo día de su llegada, generalmente porque llegaban en tan malas condiciones que prácticamente no tenían ningún valor. Ese no era el caso de Jeanne, pero las reglas eran las reglas.

A Jeanne también le habían dicho que dos veces por semana Hamid Sharif abría sus puertas a la ciudad para estas subastas públicas, vendiendo con frecuencia entre veinte y treinta almas a la vez, o más, si daba la casualidad de que su *baguio* estuviera atestado con nuevos contingentes. Esta era, indudablemente, la causa por la que había tan pocas mujeres en la habitación de las esclavas. Aquellas que serían vendidas hoy ya habían sido sacadas para esperar su turno de subir a la plataforma, o para muchas, subir al cadalso.

Y parecía un cadalso esa plataforma alta y cuadrada en el centro del patio, que permitía a la multitud apiñada alrededor tener una vista excelente de la mercancía que se les ofrecía. Debido a la gran abundancia de esclavos se vendían muy baratos. Hasta un hombre pobre podía ahora ahorrar lo suficiente como para comprar uno o dos esclavos que le hicieran la vida más cómoda. Una mujer joven podía ser vendida por el precio irrisorio de setenta piastras, un hombre fornido por un poco más. Los eunucos, en cambio, alcanzaban precios exorbitantes, más de doscientas piastras, porque tenían mucha demanda y los musulmanes no castraban a un hombre ellos mismos, puesto que su religión prohibía la castración. El uso de eunucos en el harén de un hombre ni siquiera era una costumbre turca, sino que había sido transmitida por los bizantinos que anteriormente habían regido los destinos de Estambul, cuando la ciudad todavía era conocida como Constantinopla.

Los esclavos baratos eran aquellos que serían destinados a pesados trabajos manuales. Una mujer de atractiva belleza era algo completamente diferente. Sería comprada como concubina y por ningún otro motivo, y su precio estaría determinado por el mayor o menor deseo de poseerla que demostrara un hombre. Jeanne había sido vendida por quinientas piastras la primera vez, cuando aún era virgen. Pero se había sabido de precios muchísimo más altos que ése por mujeres de rara belleza.

Se preguntó si la rubia de cabello plateado lo sabía. Lo más probable era que no le hubieran dicho que no sería llevada a la plataforma para las subastas, y por eso se mostraba tan consternada por lo que estaba viendo ahora. Una mujer y una criatura, probablemente emparentadas, estaban girando para que la muchedumbre pudiera verlas desde distintos ángulos. A ambas las habían despojado de toda su ropa y las dos estaban llorando lastimosamente. Jeanne se preguntaba si era mejor saber exactamente lo que le sucedería a una viendo las subastas personalmente, como podían hacerlo estas mujeres, o ser mantenida en otro lugar apartado de la plataforma para subastas de esclavos y no saber por anticipado lo que una tendría que soportar.

De pronto se decidió y cruzando la habitación, se sentó junto a la joven que estaba tendida en su jergón.

-Tú no tendrás que pasar por eso -dijo amablemente Jeanne.

-Lo sé -fue la respuesta angustiada en el mismo idioma de Jeanne, aunque con un ligero acento extranjero.

-Entonces, ¿por qué estás tan horrorizada?

- Es tan degradante, es tan humillante. No debiera permitirse. Es una costumbre bárbara y...

-Estás expuesta a muchos dolores y sufrimientos si continúas tomándote tan a pecho los padecimientos de los demás, *petite.* Estás aquí y eso no cambiará. Y la única forma de poder sobrevivir a esto es no preocuparte por nadie más que por ti misma.

La muchacha finalmente la miró a la cara, y Jeanne vio que los ojos no eran negros como había creído, sino de un brillante tono violeta oscuro.

-¿No tienes miedo?

Jeanne casi sonrió, pero en cambio se encogió de hombros.

-Soy una mujer veterana en esto. Han pasado nueve años desde que fui capturada y vendida en Argel. Mi nombre era Jeanne Mauriac en aquel entonces, aunque me han puesto otros nombres después. Ellos siempre te cambian el nombre, sólo Dios sabe por qué, pero para mí misma, mantengo el nombre con el que nací. ¿Y tú?

-Chantelle Burke.

-¿Eres inglesa o norteamericana? -Al ver que Chantelle titubeaba para responder, Jeanne se sonrió-. Debes ser inglesa. Pero no te inquietes, *petite.* Puede que yo sea francesa y que nuestros países estén en guerra, pero dejaremos la lucha para los hombres, ¿sí?

Chantelle sonrió débilmente en respuesta.

-¿Cómo es que estás aquí si ya te han vendido?

-Ah, es una historia larga de contar, pero por otra parte tengo tiempo para contártela. Mi primer amo estaba tan locamente enamorado de mí que se casó conmigo, aunque no tenía por qué hacerlo. Ah, mi vida era tan fácil entonces, todos mis deseos se veían cumplidos, sedas y joyas eran puestas a mis pies. Desgraciadamente, él tenía una primera esposa que me despreciaba, y cuando él murió, ella se encargó de venderme a un lupanar. No te escandalices tanto, *petite* -Jeanne hizo una mueca burlona-. No me iba a conformar así como así. La primera noche que estuve allí prendí fuego a la casa y escapé. Y casi estuve a punto de llegar al consulado francés, también, cuando me fui a topar con el mismísimo hijo de un perro descastado que me había capturado la primera vez.

-¿Te tomaron prisionera otra vez?

Jeanne asintió con una expresión de repugnancia.

-Y llevada de regreso al mismo *bagnio* mugriento donde me habían vendido antes. Bsta vez me compró un mercader de Estambul y pasé los dos años siguientes en su numeroso harén, completamente ignorada. Ah, eso también fue agradable, para variar un poco, al no tener que competir con todas las demás mujeres para atraer la atención del amo. El era viejo, así que yo no tenía demasiado interés en que se fijara en mí. El problema fue que no gané ningún obsequio de esa manera, y por lo tanto, cuando murió y me dejaron en libertad, no tenía dinero para pagar el pasaje a casa.

-¿Te dejaron realmente en libertad cuando él murió? -preguntó Chantelle, asombrada.

-¿No sabías que eso es posible?

-No, Hakeem no me lo mencionó -respondió Chantelle, ceñuda, y al ver que Jeanne levantaba una ceja, añadió:

- El fue quien me instruyó en el trayecto hasta aquí, el único corsario que hablaba inglés en el barco. El me enseñó un poco del idioma, y qué debía esperar.

-Ah, por eso sabes ya que no estarás en la subasta.

-Sí, pero aun así habrá una subasta -dijo Chantelle apesadumbrada-. Hamid Sharif envió mensajeros con la noticia en cuanto llegué.

-Será una subasta privada y sólo concurrirán aquellos que puedan pagarte, y no serán tantos, *petite.* No tendrás que enfrentarte a los cientos de espectadores que sólo vienen a mirar.

Ante el escalofrío visible que sacudió el cuerpo de Chantelle, añadió:

-Es verdad, no será una experiencia tan terrible, y por cierto, no será como la que estás viendo afuera. Probablemente no te desnudarán en absoluto, pues estos hombres, compradores formales si los hay, esperarán cada uno ser el que te posea, y ninguno querrá que los demás te vean. ¿Sabes ya cuándo será la subasta?

-Dentro de dos días.

-Entonces, ¿has estado aquí durante algún tiempo ya? Sí -se contestó Jeanne sin esperar la respuesta de Chantelle-, Sharif desearía dar tiempo a los compradores para que lleguen desde tan lejos como Argel y Túnez. Y conociendo el valor del botín que tiene en su poder, sin duda ha fijado una base inicial altísima. Me sorprende que no te ofreciera al rey de Barikah.

-Lo hizo -afirmó Chantelle-. Pero Rashid o Reshid, como quiera que se llame, no me quiso comprar.

- ¿No? Oh, es una lástima -Jeanne suspiró-. He oído que es joven.

-Tanto mejor, entonces, que no quisiera comprarme, si es que puedo recobrar mi libertad si el hombre que me compra muere. Preferiría un viejo, desde luego.

-No, no, *petite,* jamás digas eso. No querrás que tu iniciación con un hombre sea con un viejo verde a quien no le importe si te complace o no. Y ésta será tu primera vez, ¿no? -E1 rubor que encendió las mejillas de Chantelle fue respuesta suficiente-. Además, no siempre recobras la libertad a la muerte de tu amo. Mira lo que sucedió con mi primer esposo. Y ni siquiera te he contado todavía lo que me pasó con mi segundo matrimonio.

-¿Te casaste otra vez?

-No tenía muchas alternativas cuando me encontré sin recursos en Estambul. Pero al menos, esa vez fui yo quien eligió, aunque sin una buena dote no había mucho que elegir. Me convertí en la tercera esposa de uno de los funcionarios de categoría inferior en la corte del sultán. El era un hombre maduro también, pero atractivo por lo menos, y todavía bastante vigoroso para... de todos modos, yo estaba compitiendo otra vez para acaparar su interés y así ganar suficiente dinero para una dote o el pasaje a mi país, si algo llegaba a pasarle, y le pasó. De algún modo disgustó al sultán y terminó perdiendo la cabeza.

-¡Estás bromeando!

-En absoluto. Generalmente cuando sucede algo así, el sultán toma posesión de todas las propiedades del hombre condenado, pero dio la casualidad que el hijo mayor de mi esposo gozaba del favor del sultán, así que esto no sucedió.

-Pero tú no eras propiedad esta vez.

-Ese es un punto debatible. Yo era parte de su harén y allí todas, menos dos esposas, eran esclavas.

-¿Te devolvieron la libertad otra vez? Jeanne hizo una mueca de hastío.

-Esta vez yo había acumulado demasiadas riquezas, y el hijo de mi señor era un bastardo mezquino y codicioso. Confiscó todo lo que teníamos las mujeres y nos vendió a todas, salvo a su madre. A mí me compró un traficante de esclavos de Trípoli. Ya en camino, tropezamos con una fragata norteamericana que el rais creyó poder apresar. Se equivocó.

-¿Fuiste rescatada entonces? -jadeó Chantelle.

-Sí, pero gocé de mi libertad no más de una semana. Uno de los barcos de Hamid Sharif nos sorprendió una noche, y por eso estoy aquí, empezando todo de nuevo.

-Lo siento -dijo Chantelle-. Debe haber sido terrible encontrarte tan cerca de la libertad y perderla otra vez. Jeanne se encogió de hombros.

-Todo me da lo mismo. No tengo ningún familiar en Francia que me esté esperando. Si me quedo aquí el resto de mi vida... -Volvió a encogerse de hombros-. No es tan malo, *petite,* una vez que te acostumbras.

Chantelle consideró esto improbable, pero no hizo ningún comentario.

-¿Y los norteamericanos? ¿Qué les sucedió?

-Ah, probablemente serán rescatados. Los norteamericanos son muy quisquillosos acerca de sus compatriotas. El cónsul norteamericano ya estaba esperando en el puerto cuando llegamos, y aunque técnicamente Sharif es el dueño de todos los prisioneros, a ellos los llevaron al *bagnio* estatal donde permanecerán aun cuando serán comprados por inversores, para ser empleados en trabajos manuales. De esta manera, pueden ganar dinero hasta que se puedan negociar sus rescates.

-Sí, Hakeem me contó algo de eso.

-Normalmente es una buena inversión para el comprador, porque a veces las negociaciones pueden llevar años, si el rey o el bey que gobierna falta a su deber, como hace la mayoría. Tengo entendido que estas negociaciones avanzan mucho más rápido aquí en Barikah... al menos eso fue lo que nos dijo el capitán americano. Tienen suerte de contar con un consulado en esta ciudad. Los que no lo tienen son comprados inmediatamente, o terminan sus días en el *bagnio.*

-Los napolitanos que fueron capturados cuando veníamos hacia aquí no deben tener un cónsul -comentó Chantelle en voz queda-. Vi como fueron vendidos, allí afuera, y examinados... -Se apagó su voz y el rubor volvió a trepar por sus mejillas.

Jeanne sonrió pensando que una muchacha tan joven e inocente habría cerrado los ojos en cuanto comprendió que los hombres serían desnudados completamente delante de ella.

- Es la costumbre aquí, *petite.* Un esclavo debe ser examinado por los posibles compradores para ver si es fuerte y sano y capaz de soportar años de duros trabajos. Precisamente por eso es para lo único que son buenos los marineros, ya que al no ser eunucos no pueden esperar llevar la vida ociosa del harén.

-Sí, entiendo todo eso, por injusto que parezca. Lo que no entiendo es por qué las mujeres no pueden también ser rescatadas. Yo soy una heredera y puedo pagar la misma cantidad de dinero que Sharif espera ganar con mi venta.

-Pero las mujeres son rescatadas, *petite,* y rápidamente liberadas si son verdaderamente ricas o están bien relacionadas en su país. ¿Sabe el cónsul de Inglaterra que te encuentras aquí? Chantelle movió la cabeza.

-Me hicieron entrar en la ciudad disfrazada y de noche.

-Ah, sí, eso harían. Existe la posibilidad algo remota de que las mujeres sean rescatadas, pero eso ocurre en contadas ocasiones con mujeres tan bellas como tú.

-Pero si es una cuestión de precio...

- No lo es. Debes comprender que Sharif está en el negocio de la venta de esclavos, no de cobrar rescates. Para él eres una mercancía de rara belleza que puede aumentar su prestigio, lo que es, para él, mucho más importante que el dinero. Aun cuando hubieses sido capturada por uno de los barcos del rey en lugar de un barco privado, es probable que el rais te hubiera mantenido oculta hasta que su señor pudiera verte y decidir si te deseaba para su harén o para enviarte como obsequio al sultán.

-¿Qué sucedería si yo consiguiera hacer saber al cónsul inglés que me han capturado? -preguntó Chantelle, esperanzada.

Jeanne movió la cabeza con pesar.

-Una vez que entras en un harén, las posibilidades de ser rescatada virtualmente desaparecen, aun cuando tu cónsul llegue a conocer después tu presencia en él. Todo lo que necesita tu amo es negar que estás allí, y como ningún hombre puede entrar en el harén de otro hombre, sería imposible probar que ha mentido. La inviolabilidad del harén es universal en estas tierras. Ni siquiera el rey forzaría su entrada al harén del más humilde de sus sirvientes.

Chantelle bajó la vista y clavó los ojos en su regazo.

-Entonces debo ser liberada, o escapar.

-Petite, será mejor para ti si no pierdes el tiempo esperando esa posibilidad. Es verdad que si una concubina va a una casa importante y ha acumulado suficiente riqueza personal, podría comprar su libertad a la muerte de su amo. Pero es más probable que le encuentren un esposo y usen su riqueza como dote, y eso en caso de no enemistarse con las esposas de su amo, o con su madre, que es la verdadera autoridad en el harén. Es igualmente probable que sea revendida, porque es y siempre será una esclava, aunque su amo la haga su esposa si le da un hijo.

-¿Le diste un hijo a tu amo, el que se casó contigo?

-Mi caso fue diferente. Mi primer amo no era un hombre importante, sólo rico, y él ya tenía seis hijos de su primera esposa, así que no le importaba que yo le diera un hijo. Pero lo más probable es que tú vayas a una casa muy importante, tal vez al harén real de Argel o de Túnez, y un hombre importante rara vez se casa con una esclava a menos que ella antes le dé un hijo.

Al ver la aflicción de Chantelle, Jeanne agregó de prisa:

-Nunca se sabe, *petite.* El hombre que te compre puede estar buscando una esposa. Muchas de las mujeres más bonitas e inteligentes tienen, en realidad, mucha demanda como esposas de los hombres de este país, tanto cristianos como musulmanes.

No añadió que eso sólo sucedía si esos hombres podían pagarlas, y únicamente un selecto grupo podría pagar a Chantelle, pero había interpretado mal la expresión de la joven.

-Yo no quiero un esposo en este sitio, Jeanne. Esto sería demasiado... demasiado permanente. Creo que no soportaría renunciar a la esperanza de volver a Inglaterra.

Esas pocas palabras le arrasaron los ojos de lágrimas, incomodando a Jeanne lo suficiente como para que desviara la mirada.

-Como te he dicho, lo más seguro es que vayas a una casa importante.

-¿Y escapar? ¿Eso es posible?

Jeanne no se animó a darle a Chantelle falsas esperanzas.

-Escapar es lo menos probable de todo, *petite.* Muchos harenes tienen más eunucos que mujeres, y están allí con el único propósito de cuidarlas y vigilarlas, para mantener a los extraños fuera y a las mujeres dentro.

-Entonces, ¿a qué esperanza puedo aterrarme?

-Puedes esperar un amo guapo y joven, uno del que te enamores y adores servir.

-¿Y compartir con docenas de otras mujeres? Era la primera señal de brío que Jeanne había visto en la Joven, y se sorprendió tanto que comentó:

-Pero ésa es la costumbre aquí. Te habituarás rápidamente.

CAPÍTULO XV

Chantelle no pudo dormitar esa tarde con el resto de las mujeres. Había sido testigo de la cuarta subasta de esclavos desde su llegada, y no podía dejar de pensar en ello.

Había intentado trabar amistades cuando la llevaron a esa habitación por primera vez. Había hablado con muchas de las mujeres y descubierto que todas ellas compartían los mismos miedos. La situación se le hacía más llevadera durante un tiempo al saber que no estaba sola en lo que sentía. Pero luego había visto a esas mismas mujeres con quienes había hablado ser llevadas al patio y vendidas. Después de esa experiencia desgarradora había dejado de hablar con las recién llegadas.

La mujer francesa era la primera excepción. Y Chantelle no sería testigo de su venta. No, Chantelle sería la próxima en marcharse de allí, dentro de sólo dos días.

Se estremeció al recordarlo. Muchísimas veces había intentado considerar todo esto como una aventura, pero nunca lo había logrado plenamente. El mayor impedimento era saber que sería desflorada por algún extraño, y no podía superar el horror que eso le producía.

Por lo menos, Jeanne Mauriac la había tranquilizado respecto a uno de sus temores. Desde que vio la primera subasta pública en el patio, había tenido un miedo atroz a ser forzada a desnudarse de la misma manera y sufrir las mismas humillaciones cuando le llegara el turno de ser vendida. Una mujer hasta había sido drogada, lo cual le pareció un crimen más detestable aún, puesto que la habían privado así de su última defensa al ignorar lo que le estaban haciendo.

Al irse acortando el tiempo que la separaba del momento crucial de su subasta, Chantelle tenía tan anudado el estómago de pensar en ello que sentía náuseas cada vez que intentaba comer.

Jeanne había desplazado su jergón junto al de la joven y estaba tendida a su lado. Chantelle, por su parte, le envidiaba la despreocupación y sangre fría con que la mujer aceptaba su destino. Pero por más que se había desvanecido uno de sus temores, todavía no podía relajarse lo suficiente como para pasar el tiempo durmiendo.

Sólo dos días más. Dios, preferiría quedarse aquí, aunque este sitio se convirtiera en una prisión de la cual le resultara imposible escapar. Al menos aquí la habían tratado bien, y ya había llegado a saber qué le depararía cada día. Sufrió, sí, otro momento de horror a su llegada cuando fue sometida a otro examen personal, ya que Hamid Sharif había tenido que asegurarse de que su estado virginal no había sido alterado durante el viaje.

Pero desde entonces, nadie más la había tocado. Los eunucos que estaban a cargo del cuidado y atención de las mujeres no eran crueles ni duros mientras fueran obedecidos, y Chantelle, de todos modos, no tenía valor para discutir con hombres tan grandes de aspecto tan aterrador. Ellos hasta condescendían a responder las preguntas que quisiera formularles. Podía bañarse todas las mañanas. La comida era buena, aunque ella había perdido el apetito durante estos últimos días. Sí, indudablemente, preferiría quedarse aquí.

Jugueteó con la comida esa noche mientras Jeanne no cejaba en su alegre parloteo, soltando exclamaciones sobre la excelencia de la comida, traída en enormes fuentes que se colocaban sobre taburetes bajos y que de este modo formaban tres mesas bajas alrededor de las que se sentaban las mujeres para comer. La única excepción era la muchacha negra que había llegado ayer y que aún seguía encadenada a la pared. Como no se atrevían a soltarla ni siquiera para comer, uno de los eunucos estaba encargado de intentar alimentarla dándole la comida en la boca. Chantelle aún no la había visto comer ni un solo bocado hasta ahora. A pesar de todos los esfuerzos del eunuco, la joven se las había ingeniado para negarse rotundamente a ingerir cualquier alimento, ya fuera escupiendo lo que lograba introducirle en la boca o negándose a abrirla con todas sus fuerzas.

-¿Cuál es su historia? - preguntó Jeanne a nadie en particular de las que estaban sentadas a la mesa, mientras observaba a la muchacha africana que seguía provocando la cólera del eunuco.

Nadie le contestó, ya fuera que las mujeres hubiesen entendido o no el francés de Jeanne. Chantelle tampoco le habría respondido, pero finalmente se vio forzada a hacerlo cuando Jeanne la miró significativamente.

-Es una princesa de una tribu del remoto sur. Ella se niega a aceptar la esclavitud, según he oído comentar a los guardias cuando estaban hablando de ella.

Jeanne se rió.

-La aceptará a la larga. Todas lo hacemos.

Chantelle había anticipado esa actitud por parte de Jeanne y por eso no había querido comentar nada sobre la muchacha africana. Sabía perfectamente cómo se sentía esa jovencita porque ella tampoco podía aceptar la esclavitud. Pero estaba demasiado intimidada como para decirlo abiertamente. Ese temor le había sido infundido por Hakeem al advertirle que mantuviera en secreto su ira y resentimiento. Ahora comprendía que Hakeem estaba en lo cierto y que la había ayudado mucho para sobrellevar esta situación. A ella no le habría gustado en absoluto estar encadenada como estaba la muchacha negra, lo cual seguramente habría pasado si hubiese reaccionado como había querido hacerlo durante la segunda revisión íntima de su cuerpo.

Cambió de tema de conversación y consiguió que Jeanne relatara unas cuantas anécdotas divertidas de su vida en el harén mientras terminaban de comer. Esta actitud pasiva de la francesa la asombraba. No le llevaba tantos años de edad, tal vez tuviera veinticinco o veintiséis años, y sin embargo, sus puntos de vista eran totalmente opuestos. ¿Sería el producto de los nueve años que había pasado viviendo entre los musulmanes, o realmente no veía nada malo en esta forma de vida?

Pasaron escasamente unos minutos desde que les retiraran los restos de la comida cuando se presentaron unos visitantes.

-¿Qué es esto? -preguntó Jeanne mientras se erguía al ver que Hamid Sharif en persona entraba en el salón.

El mercader de esclavos no venía solo, detrás de él apareció un hombre alto y delgado de piel calor café intenso. Era tan oscuro como los eunucos sudaneses que custodiaban a las mujeres, aunque bastante mayor que ellos; a pesar de todo, Chantelle no podía concebir que fuera un eunuco y además un esclavo, y menos cuando vestía un magnífico manto de seda azul forrado de piel y cuajado de zafiros. Largas sartas de las mismas gemas colgaban del turbante de casi medio metro de alto.

Dejó escapar un suspiro mientras se cubría la parte inferior de la cara con el pequeño velo de gasa que completaba su sencillo tocado.

-Esto ya ha pasado antes -dijo Chantelle.

Sharif trae a los compradores que no quieren esperar hasta que se realice la subasta, o han perdido la anterior. La última vez era un hombre a quien se le acababa de morir la cocinera y esperaba encontrar una sustituía de inmediato.

No agregó que estos compradores podían tocar y examinar a las mujeres a su gusto, abrirles la boca para revisarles los dientes, o abrirles las chaquetillas cortas que les habían entregado para usar mientras estuvieran allí. Esa minúscula chaquetilla era también la única prenda que tenía Chantelle ahora para cubrirse el torso puesto que la túnica que le entregara Hakeem había desaparecido junto con las otras prendas cuando las llevaron a lavar, el primer día que fue conducida a los baños. Le habían entregado un nuevo juego de ropa limpia casi idéntica a la anterior, pero la túnica no había sido devuelta entonces ni después.

-Pero, ¿por qué te cubres el rostro con el velo?

-Me ordenaron que lo hiciera así cada vez que permitieran aquí la entrada de los compradores. Sharif no quiere que nadie roe vea antes de mi venta.

Jeanne se mostró ofendida.

-Debieron darme un velo a mí también. No me interesa que cualquiera me mire de la cabeza a los pies y me vea la cara.

Chantelle casi sonrió al oír el tono tan altanero, hasta que advirtió que el cliente de Sharif la estaba mirando sin disimulo. Y luego contuvo la respiración cuando se acercaron a ella.

-¿Es ésta la que dices? -preguntó el desconocido mientras sus ojos chocolate la examinaban de arriba abajo con absoluta frialdad.

Hamid Sharif, que era un hombre bajo y regordete de edad madura, pareció encogerse más al lado de ese impresionante gigantón. Para un hombre que siempre parecía tan dueño de sí mismo -al fin y al cabo, él era el amo aquí- esa noche se mostraba terriblemente ansioso y preocupado.

-Pero esto es tan irregular, mi señor. -Sharif no se había molestado en contestar la pregunta directamente-. Ya he mandado recados anunciando su venta. Tengo compradores que vienen de tan lejos como Argel y...

Una mano elegante se agitó en el aire para interrumpir los lamentos de Hamid Sharif.

- ¿Cuánto?

-Pero, Haji Agha, mi señor, por favor, ¿qué les diré a los compradores?

-La verdad, o proporciónales a alguien más. Ella. Haji Agha había indicado a Jeanne Mauriac, y el semblante de Sharif se relajó un poco. La mujer francesa era bonita. El ya había pensado agregarla como bonificación en la subasta privada para apaciguar a los licitadores que no consiguieran llevarse a la mujer inglesa. Era un poco mayor que la otra y ya no era virgen, pero al menos también era rubia.

-¿Cuánto?- repitió Haji Agha.

-Calculaba sacar por ella cinco mil piastras como mínimo. El negro pestañeó.

-Te daré tres mil.

-¡Imposible! No puedo aceptar menos de cuatro mil quinientas.

-Tres mil quinientas, y la gratitud de mi señor.

-Si lo presentas de ese modo, desde luego que no puedo negarme -dijo Hamid Sharif con una reverencia, y cuando se enderezó, estaba sonriendo.

-¡Bueno! Eso ciertamente no ha llevado mucho tiempo -comentó Jeanne una vez que los dos hombres se hubieron alejado en dirección a la princesa encadenada.

Chantelle no respondió inmediatamente. Estaba en estado de conmoción. Acababa de ser comprada por un hombre que podía ser su abuelo, por un hombre de piel tan negra como jamás había visto antes en toda su vida hasta llegar a la costa de Berbería.

-Yo, yo no he podido entender todas las palabras -dijo volviéndose a mirar a Jeanne con sus ojos violetas agrandados por el pánico-. ¿Acaba de comprarme realmente ese hombre?

-Sí -respondió Jeanne incapaz de contener su deleite-. Y creo que yo ocuparé tu lugar en la subasta. ¡Oh, esto es mucho mejor de lo que yo podía haber esperado! Y tú, *petite,* ya no tienes que preocuparte más por los ultrajes de la venta en subasta. Se ha terminado. Ahora ya tienes un amo y señor.

¿Terminado? Sí, era verdad. No tenía que temer ser desnudada ante los ojos de docenas de compradores por más que Jeanne asegurara lo contrario. Terminado. Vendida. Y a un viejo. Vendida. Pero él era viejo. Quizá sólo deseaba tener el privilegio de ser el único que la poseía. ¿Un hombre tan viejo como él todavía llamaba a las mujeres a su cama?

Librodot

-Me pregunto quién es él para que Hamid Sharif esté dispuesto a enfrentarse a la ira de sus clientes -especuló Jeanne-, debe de ser muy importante.

Chantelle aún seguía observando a los dos hombres que parecían haber dado término a otra transacción. Esta vez por la muchacha africana.

-¿Qué importancia tiene?

Los pocos turcos y árabes que había visto desde su llegada eran hombres de tez aceitunada y ojos oscuros, algunos bajos y delgados y otros bajos y gordos, de facciones enjutas y marcadamente aguileñas. Sólo había habido una única excepción, el hombre que había venido en busca de una cocinera. El más afable de los dos guardias que custodiaban la puerta había tratado de explicárselo cuando Chantelle hizo un comentario sobre la piel tan clara de ese hombre.

En una época remota los turcos habían sido una mezcla de sangres estrictamente orientales -tártara, mongol, circasiana, georgiana, persa, árabe y turca-. Pero después de 1350, cuando empezaron a ensanchar sus fronteras adentrándose en Europa occidental, la sangre de los griegos, servios y búlgaros se añadió a esa mezcla hasta formar una civilización tan cosmopolita como la de los griegos, romanos y bizantinos. Hakeem también había mencionado algo al respecto, ya que sucedía lo mismo aquí en la costa de Berbería. En estos últimos siglos se habían ido agregando más y más sangres nuevas, procedentes de sitios tan lejanos como Inglaterra, los Países Bajos y, más recientemente, hasta de la remota América. Pero todas ellas se debían a las esclavas blancas que terminaban en los harenes y tenían hijos con sus amos.

Ahora los hombres más ricos, los más importantes, aquellos cuyos padres y los padres de sus padres habían tenido harenes llenos de concubinas de piel blanca, tenían muy poca sangre oriental en sus venas. No causaba ninguna extrañeza que el mismísimo sultán fuera pelirrojo o de ojos azules. No resultaba nada difícil a un musulmán devoto pasar por cristiano sin su turbante puesto. Pero era menos probable ver esto en las bullentes calles de las ciudades de los estados de Berbería debido a la nueva afluencia de árabes y berberiscos recién llegados del desierto, algunos de piel tan oscura como los eunucos nubios.

Ciertamente Chantelle no le había visto entre las multitudes que llenaban el patio para comprar esclavos. Pero se alegraba de que el hombre que la había comprado pareciera extranjero. Habría odiado ser la esclava de un hombre de tal apariencia que pudiera haber pasado a su lado en algún camino de Inglaterra sin que ella se diera cuenta de su origen. No deseaba relacionarse de ninguna manera con este amo que le había tocado en suerte.

Jeanne estaba demasiado interesada en todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor como para oír la pregunta de Chantelle. Más valió que así fuera. Ella no deseaba una respuesta, no quería que le dijeran por qué debía importarle, cuando no le importaba ni le importaría. Ya fuera que la comprara un pastor de ovejas o el mismísimo sultán, aún seguía siendo comprada, poseída, una esclava. Nadie le había preguntado si aceptaba ese papel. Lo que sentía carecía de importancia.

-Ah, sería más prudente que te pusieras de pie, *pe t¿te.* Creo que eso es para ti.

Uno de los guardias se estaba acercando con un manto y un velo doble para que ella se los pusiera. Chantelle lo hizo mostrándose dócil y serena. Ahorraría fuerzas y bríos para los asuntos importantes, tales como cuando trataran de forzarla a acostarse en la cama de ese viejo.

Jeanne se puso de pie y la abrazó despidiéndola cariñosamente, aunque sólo se habían conocido durante unas cuantas horas.

-Buena suerte, amiga mía.

-Si de verdad me deseas suerte, Jeanne entonces ruega para que me pueda escapar.

-Ah, *petite,* debes renunciar a esa esperanza. Chantelle se despidió.

-Cuando esté muerta y enterrada -masculló para sus adentros, mientras seguía al guardia fuera del *bagnio.*

CAPÍTULO XVI

La cámara secreta no era de modo alguno única en su género. Se podía tropezar con una o dos en casi todas las casas grandes del Próximo Oriente, pero con muchas más en un palacio real. En el palacio del rey había varias que daban a distintos salones, una a la cámara de audiencias, otra al salón del trono, otra a la sala de clase, una más a la cámara del consejo donde se reunía el Diván, y hasta una que daba directamente a la alcoba de Jamil.

Cuando eran niños, Derek y Jamil muchas veces habían sentido sobre ellos la mirada fija de alguien que los estaba observando desde detrás de la mampara de madera artísticamente calada que estaba en lo alto de la pared de la sala de clase, y habían estado seguros de que su padre o su madre había venido a controlarles los estudios sin perturbar la rígida disciplina de la clase. Mustafá solía castigar a algunas de sus esposas forzándolas a permanecer sentadas detrás de la mampara de su dormitorio mientras él se divertía con una o dos de sus concubinas. Y uno de los pasatiempos favoritos de muchos sultanes había sido asistir a las reuniones del Diván sin que los miembros del consejo lo supieran.

Derek estaba de pie con el brazo apoyado en la mampara de madera que daba al espacioso salón donde Jamil pasaba sus ratos de ocio. El cuarto secreto era pequeño y oscuro, sin ninguna clase de adornos, y excesivamente caluroso por la tarde. Gran cantidad de almohadones grandes estaban apilados en el suelo para servir de asiento, pero Derek los usaba en muy contadas ocasiones.

Cada mañana era acompañado a una cámara secreta similar a ésta con vista al salón del trono, donde pasaba horas observando la actitud de Jamil mientras conducía los asuntos cotidianos relacionados con el palacio, disputas entre sus funcionarios, cuestiones de disciplina con los sirvientes, sentencias. Hasta sus concubinas podían solicitarle audiencia por agravios.

Había pasado una mañana entera en otra habitación similar, encima de la cámara de audiencias donde Jamil recibía a los dignatarios extranjeros y se encargaba de los asuntos de la ciudad. Lo habitual era que estas audiencias se celebraran cuatro o cinco días por semana, pero últimamente Jamil las había reducido a una sola vez por semana para tratar únicamente los asuntos más importantes, y ahora no era el momento apropiado para cambiar un hábito tan reciente.

Por las tardes, Derek sufría el calor bochornoso en este minúsculo cuarto aprendiendo la manera en que Jamil trataba a sus asistentes personales, qué cosas le divertían y cuáles le fastidiaban. También pasaba aquí las primeras horas de la noche, y Jamil no le escatimaba nada, no le ocultaba nada; si cabía, exageraba notablemente sus reacciones para beneficio de Derek. Omar, que siempre o casi siempre estaba junto a Derek explicándole todo en susurros, insistía en afirmar que la severidad y la crueldad que veía a veces Derek no eran típicas del verdadero Jamil.

-Su paciencia es usualmente ilimitada y célebre su bondad entre sus subditos. Puede ser despiadado cuando los hechos lo justifican, pero también misericordioso. Aun como lo estás viendo ahora, severo e inflexible, no llega a ser el tirano que era Mahmud. Pero esta actitud es el resultado de su confinamiento. Tu hermano es un hombre que rinde culto al aire libre. Cabalgaría sin cesar horas y horas cada día, así que cuando se vio obligado a renunciar a ello,

fue muy natural que se alterara su carácter para peor. Lo que sucede es que, simplemente, la situación ha durado demasiado tiempo. Desde tu llegada es muy factible que haya vuelto a ser el mismo de antes, pero no puede permitir que alguien lo advierta, excepto tú y yo. Ni siquiera sus mujeres deben albergar la menor sospecha de que casi ha desaparecido su frustración.

Derek entendía esto perfectamente. Pensaba que él podría reaccionar de la misma manera en las mismas circunstancias, y como iba a insertarse en esas mismas circunstancias, sólo podía esperar que no fuera durante un tiempo tan prolongado como el que había soportado Ja.mil.

Preparándose para ese momento, Derek era testigo de todos los actos en la vida de Jamil sin que nadie lo supiera, hasta en su alcoba.

Al principio, Derek se había resistido a esto. Si bien era verdad que siendo niños, él y Jamil, muchas veces habían entrado a hurtadillas en la cámara secreta para observar a su padre con sus concubinas, también era cierto que lo habían hecho como una travesura excitante y peligrosa. Como hombre, no tenia ningún deseo de asumir el papel de mirón lascivo. Sin embargo. Omar insitió en que era necesario que él conociera el comportamiento de Jamil con sus mujeres, ya que ellas eran una parte muy activa de su vida.

Hasta ahora, le había visto hacer el amor a tres de sus favoritas y a una de sus esposas. Con cada una de ellas se comportaba de distinta manera para mostrarle a Derek la complejidad de su naturaleza: tierna, vigorosa, enérgica, abrupta, hasta violenta. La violencia había repugnado a Derek lo suficiente como para enfadarse, pero Omar le había explicado que esta mujer no podía alcanzar la culminación del placer sexual sin el uso de la violencia, y por lo tanto era requerida cada vez que Jamil necesitaba desahogar sus frustraciones. Por ese motivo recientemente había sido elevada al rango de favorita. Había sido azotada, no por Jamil, sino por uno de sus mudos, y luego Jamil la había poseído brutalmente. Y para mayor repugnancia de Derek, ella había parecido gozar plenamente.

La noche que la primera esposa de Jamil, Sheelah, vino a él, fue la única vez que Omar sugirió a Derek que salieran de la cámara secreta antes de que hicieran el amor. El casi lamentó tener que irse, puesto que la mujer poseía una rara belleza, con ojos zafirinos de dulce mirar y roja cabellera que le recordó a Caroline. Advirtió, en el poco rato que los vio juntos, la diferencia en el trato que Jamil brindaba a su kadine número uno. No tenían que aclararle que esta mujer era muy especial para su hermano.

-Él la ama, ¿no es verdad? -había preguntado Derck a Omar mientras se dirigían a la habitación que le había sido asignada para dormir, y que permanecía totalmente a oscuras desde que le fuera enviada una esclava a apaciguar su larga abstinencia en el mar.

-El las ama a todas, Kasim, pero sí, está enamorado de lady Sheelah.

-Entonces, ¿fue idea deJamil que yo abandonara la cámara secreta?

-No. -Ornar se rió entre dientes-. ¿No has advertido acaso su creciente irascibilidad durante el día? El sabía que mandaría por ella esta noche y que tú la verías. Por nada del mundo interrumpiría tu instrucción, pero no le gustaba en absoluto que tú la vieras.

-¿Y se supone que yo deberé enviar por ella más adelante? -inquiró Derek, incrédulo-. ¿Cómo puedo hacerlo sabiendo lo que siente por ella?

-Tendrás que hacerlo, Kasim. El envía por ella con mucha frecuencia. Jamil hasta va a ella después de haber estado con una de sus otras mujeres. La mayoría de ellas no duermen con él sino que regresan al harén a pasar la noche. Esto es normal porque él prefiere dormir de noche junto a Sheelah y lo hace. Aunque desde que tú llegaste no lo ha hecho. Qué pretexto le ha dado para justificar esta actitud es algo que ignoro, pero no sería la verdad. Ni siquiera ella ha de saber que no eres él cuando ocupes su lugar.

-Entonces si él ya la ha preparado para que espere este cambio en su rutina, ¿no tendré que dormir con ella?

-No, no tendrás que hacerlo. Pero sí tendrás que mandarla llamar a tu presencia, como ya te he dicho. Por supuesto, lo que hagas luego con ella cuando estéis a solas, es asunto tuyo exclusivamente.

Derek se rió al oír eso.

-Eres un viejo zorro ladino. No importa herir por un tiempo los sentimientos de esa mujer con tal de preservar la tranquilidad de ánimo de mi hermano, ¿correcto? Entonces dile mañana que no la tocaré mientras él esté ausente.

-No.

-Entonces lo haré yo. Omar sacudió negativamente la cabeza.

-Aquí está en juego su orgullo. El tiene la esperanza de que seas un hombre como es él, que no tocarías a la esposa de otro por nada de este mundo. Pero por lo que te pide que hagas por él, no puede negarte nada, ni siquiera a ella. Brindarte esa opción es el riesgo que corre por dejarte en su lugar. Debe sentir que arriesga algo, como tú lo haces. No puedes privarle de eso. Además -Ornar sonrió maliciosamente-. Este es el incentivo que necesita para regresar rápidamente.

«Pero, ¿cuánta angustia sufriría mientras tanto?», se preguntó Derek.

Esa noche, media docena de *ikbals* y las tres esposas de Jamil fueron invitadas a compartir la cena con él. Algunas de ellas era la primera vez que le veían con el rostro recién afeitado, hecho que había causado considerable revuelo en el palacio y lo causaba ahora entre sus mujeres. Algunas se mostraban sorprendidas, algunas encantadas, lo cual fastidiaba naturalmente a Jamil para diversión de Derek. Pero no podía permanecer mucho tiempo enfadado rodeado como estaba por la flor y nata de sus mujeres.

La atmósfera que se respiraba en los aposentos del rey era de feroz competencia entre las *ikbals:* quién podía retener por más tiempo la atención de Jamil, encontrar el bocado de carne más exquisito y tierno para él, hacerle reír. Sus esposas competían solamente entre ellas, según daba la sensación, y sólo lady Sheelah no tenía necesidad de hacerlo, ya que se sentaba al lado de Jamil y el mismo Jamil le daba de comer en la boca.

Una de las concubinas se puso de pie y comenzó a danzar al son de la música que tocaban dos músicos ciegos. Era un cuadro para deleitar los sentidos. Estas mujeres eran las más hermosas del harén, las preferidas de Jamil. Aquí no era necesario que se velaran los rostros, pues los únicos que estaban cerca eran los asistentes personales de Jamil. Todas estaban muy ligeramente vestidas, salvo una que llevaba un caftán suelto para disimular su embarazo muy avanzado. Las otras estaban ataviadas con sedas brillantes y delgadas gasas transparentes cada una en un color diferente. Las joyas relumbraban y tintineaban alrededor de los cuellos, muñecas, tobillos, y algunas hasta alrededor de las cinturas, donde brillaban sobre la piel desnuda entre el borde inferior de las chaquetillas que les cubrían los senos y el borde superior de los pantalones amplios que llevaban recogidos en los tobillos.

-¿Te gusta alguna de ellas? -preguntó Omar a su lado.

-Todas ellas me gustan -contestó Derek, aunque con cierta vacilación.

Sin embargo, ésa era la verdad. En cuanto a belleza de facciones y a sensualidad, todas ellas eran incomparables. Si eran un poco más llenitas y con curvas más marcadas que las mujeres a las que él estaba acostumbrado, no importaba. No había olvidado el harén en que se había criado, donde la mitad de las mujeres se habían vuelto gordas debido a la vida ociosa y regalada que llevaban, y la otra mitad seguiría el mismo camino a la larga. Era una condición generalizada en los harenes y, sin duda alguna, ésta era la razón por la que los musulmanes habían cobrado afición a la gordura en sus mujeres.

Derek podría haber sido criado para admirar la belleza desde este mismo punto de vista, pero había cobrado conciencia de su virilidad ayudado por los cuerpos delgados y menudos de las sirvientas inglesas, y ahora sus gustos eran decididamente ingleses en cuanto a mujeres. Esto no significaba que cada una de las mujeres de Jamil no pudieran despertarle la libido, y

Librodot

sin duda muchas lo harían en las semanas venideras. Estas favoritas, ciertamente, lo conseguían. Lo que pasaba, simplemente, era que sus preferencias diferían de las de su hermano, y dudaba poder encontrar su ideal en el harén de Jamil.

Más valía que así fuera. Después de todo, ellas eran las mujeres de su hermano. El no podría sentirse bien llevándose a cualquiera de ellas a su cama, por más que Omar y el mismo Jamil insistieran en que era necesario.

-Mañana verás a todas sus mujeres -le dijo Omar. Deseaba poder ver la expresión de Kasim para saber exactamente lo que se sentía en lugar de tener que depender del tono de su voz, difícil de juzgar cuando debía hablar en susurros-. Han sido invitadas a pasar ta tarde entre juegos y entretenimientos en e(Jardín. Será tu oportunidad para elegir aquellas que te gusten.

Derek gruñó como única respuesta. Sí, tendría que aprender todos sus nombres si iba a verse obligado a invitarlas a su cama, y no sería precisamente Omar quien manejaría tales asuntos más tarde, sino el eunuco negro en jefe, el hombre que estaba al mando de todos los que servían en el harén.

-¿Qué les sucederá a las mujeres que yo distinga de este modo cuando Jamil regrese? -deseó saber Derek súbitamente.

Ornar no respondió de inmediato, y luego no lo hizo en absoluto cuando un sirviente entró a la cámara y susurró un mensaje al oído de Jamil. Con una sola palabra de sus labios, sus mujeres abandonaron la cámara precipitadamente. Unos minutos más tarde, el eunuco negro en jefe entró en el salón seguido de tres de sus esbirros, cada uno llevando una mujer a rastras, que fueron forzadas inmediatamente a postrarse respetuosamente, como era la costumbre tradicional al presentarse ante el dey. Una de ellas protestó por esto hasta que su guardia le clavó la rodilla en la espalda para mantenerla en esa posición.

El eunuco negro en jefe se dirigió en voz queda a Jamil, que soltó una alegre carcajada.

-Así que por una vez mi gran visir estaba equivocado. Era una afirmación, no una pregunta; y Derek oyó que Omar se agitaba a su lado.

-¿En qué estabas equivocado, Omar, que él encuentra tan divertido? -Le oyó refunfuñar y Derek casi estalló en carcajadas imaginando al anciano ruborizándose de turbación-. Vamos, adelante, no puedo oír bien lo que dices.

-He dicho -masculló Omar-, queJarnil está encantado de que me haya equivocado en este caso.

-¿En qué caso?

-Le habían ofrecido una esclava muy especial antes de tu llegada. Él la rechazó desdeñosamente, como de costumbre. Yo supuse que habría sido vendida rápidamente, así que no vi la necesidad de apresurar a Haji Agha para ir a los mercados de esclavos cuando Jamil pidió algunas mujeres nuevas, especialmente teniendo en cuenta que la siguiente caravana del sur no llegaba hasta ayer.

-¿El pidió mujeres nuevas? Tenía la impresión de que ya cree poseer demasiadas.

-Es verdad. Estas mujeres son para tí. Derek sí se rió ahora, aunque casi para sus adentros, al comprender lo que estaba pasando.

-Supongo que el harén ha de tener nuevas favoritas para que yo no me abra camino entre todas las suyas.

-Puede presumirse, sin temor a equivocaciones, que ésa es su esperanza, aunque no lo admitirá. Y obviamente, la esclava especial que él rechazó anteriormente todavía estaba disponible, demostrando que yo estaba equivocado. Afortunadamente, no ha sido vendida durante estos pocos días que han pasado, o no estaría tan alegre ahora.

Cuál de las tres mujeres era la especial estaba por verse aún, puesto que las tres estaban cubiertas con largos mantos que ocultaban sus cuerpos y espesos velos en los rostros, ya que

Librodot

venían directamente de la ciudad. Pero Derek no confiaba demasiado ni despertaban en él el más mínimo interés después de haber visto las beldades de Jamil. El concepto que tenían los musulmanes de la palabra «especial» probablemente era «agradablemente rolliza» con la tez blanquísima y los cabellos rubios tan apreciados aquí. Cualquier otra cosa sería considerada vulgar.

CAPÍTULO XVII

Chantelle había cometido una gran equivocación, pero no se dio cuenta de ello hasta que la hicieron caer de rodillas para rendir homenaje al Gran Turco, o quienquiera que fuese, y haber oído a Haji Agha dirigirse a él como «mi ilustrísimo señor». Era inconcebible que el hombre que ella creyó que la había comprado para sí mismo la llevara para enseñársela a su propio amo. No, estaba casi segura de que había sido comprada para este otro sujeto ante quien se veía forzada a postrarse ahora.

Eso, precisamente, iba contra su naturaleza, y había estado a punto de resistirse a ser empujada hacia el suelo hasta que vio lo que le sucedía a la muchacha que estaba a su lado, que sí se había resistido. Era una terrible injusticia que la fuerza bruta pudiera ganar la discusión tan fácilmente. ¿Para qué pasar por eso cuando al final saldría perdiendo y su orgullo sufriría aún más? Ya había tolerado suficientes ultrajes últimamente, así que no le parecía lógico buscarse otro más.

Habría sido agradable, sin embargo, que le hubiesen informado lo que estaba pasando en lugar de dejarla sacar sus propias conclusiones equivocadas. Cuando salió de la casa de Hamid Sharif subió a una de las cuatro literas que estaban aguardando en la calle, lo que había sido su primer desencanto. Había, tenido la esperanza de atravesar la ciudad caminando como lo había hecho antes y así tener alguna posibilidad, por remota que fuera, de escapar de este hombre. Pero con todos los esclavos encargados de llevar las literas, sin mencionar el reducido contingente de guardias montados, esa esperanza se había desvanecido rápidamente.

Intentó atisbar por entre las espesas cortinas que cerraban la litera por los cuatro costados, pero recibió el grito feroz de uno de los guardias que cabalgaban junto a ella y renunció a ver por donde iban. Era cuesta arriba. Al menos podía determinar eso. Pero luego el camino se niveló y se oyó el abrir y cerrar de puerta tras puerta, lo que le hizo pensar que estaban saliendo de la ciudad, hasta que la litera fue dejada en el suelo poco después.

Sólo al descender de su litera vio a otra muchacha en una de las literas subiendo el número a tres. Y sólo vislumbró fugazmente un inmenso patio con jardines al fondo antes de ser introducida de prisa en un edificio alto y llevada luego por larguísimos corredores, pasando entre numerosos guardias en posición de firmes a los lados de altas puertas dobles, y finalmente fue introducida en esta espaciosa cámara donde había media docena de personas. Sólo los vio borrosamente antes de que la forzaran a arrodillarse y tocar el suelo con la frente. Ni siquiera había reparado en el «ilustrísimo señora al que se dirigía Haji Agha, pero le oyó reír y mencionar algo sobre que su gran visir había estado equivocado.

¿Quién era para tener un ministro con ese título? No podía ser el rey de Barikah, porque ese alto personaje había rehusado comprarla. ¿Algún bajá, entonces? ¿O algún alto dignatario de la corte del dey? ¿Se lo dirían siquiera? La hería en lo vivo que estos musulmanes arrogantes consideraran tan inferiores a las mujeres como para no tener que explicarles nada.

Chantelle ahogó una exclamación cuando súbitamente fue puesta de pie de un tirón y vio la mano del amo en la fase final del ademán que indicaba que debían levantarse. ¡Qué

Librodot

falta de consideración! No podían molestarse diciendo: «Pueden ponerse de pie, señoras». No, eso sería demasiado pedir.

Bullía de indignación cuando sus ojos subieron de las manos enjoyadas a su rostro, y con la misma rapidez con que había surgido la cólera en ella, fue olvidada por completo. Santo cielo, había sucedido lo que más temía ella. Este hombre parecía europeo. ¡Peor aún, con esa frente tan ancha y esos pómulos esculpidos, ese mentón agresivo y nariz aguileña, parecía un maldito aristócrata inglés! Lo único que tenía de turco era su vestimenta -los pantalones holgados y la amplia túnica de mangas largas de seda estampada en rojo y blanco que caía hasta debajo de las caderas y que llevaba ceñida a la cintura por una ancha faja rematada en un gran broche de oro. La faja era de brillante seda blanca como el turbante vertical en cuyo centro se veía un inmenso rubí. Sus cejas espesas indicaban que tenía el pelo negro, pero no tenía nada a la vista, ni siquiera una barba. Eso era algo que había llegado a esperar de todos los musulmanes, una barba larga y espesa, o al menos, un bigote con las puntas caídas a los costados de la boca. El no tenía ninguna de las dos cosas, dejando al descubierto un cuello vigoroso y una boca de labios gruesos y sensuales. Los ojos eran verdes, verde oscuro, y las pestañas largas y espesas. No era bajo ni gordo, sino todo lo contrario. como comprobó cuando él se puso de pie y descendió con movimientos elásticos de la tarima elevada donde había estado sentado.

Hizo otro ademán con la mano y el velo y el manto que la cubrían fueron retirados al mismo tiempo que hacían lo mismo con las otras dos mujeres. Se sintió cohibida ahora delante de tantas personas. Además de Haji Agha y los tres guardias eunucos que permanecían detrás de cada una de ellas, había tres hombres más y una anciana arrodillada al lado de la tarima, y dos gigantes africanos con pantalones y chalecos coitos con cimitarras de aspecto escalofriante colgando de sus caderas. Avanzaron cuando lo hizo su amo hasta quedar directamente a sus espaldas a ambos lados.

Chantelle cruzó los brazos sobre el estómago. Los pantalones blancos de algodón eran lo bastante gruesos y lo bastante holgados como para ocultar sus formas, pero caían desde la mitad de las caderas dejando cerca de treinta centímetros de piel desnuda entre la parte superior de los pantalones y el borde inferior de la chaquetilla guarnecida con flecos. Empezó a relajarse cuando advirtió que nadie la estaba mirando. La atención de todos estaba fija en la alta joven africana a su derecha, ante quien se había detenido el amo.

Haji Agha se acercó a él para darle su informe.

-Afirma ser una princesa de las junglas del mediodía, pero rehusa darnos el nombre de la tribu. A diferencia de las otras dos, ella no es virgen, y todavía se rebela y lucha contra su cautiverio. Hamid Sharif se vio forzado a encadenarla.

Los ojos de Jamil recorrieron lentamente la figura de la joven sin revelar nada, aunque la encontraba magnífica. Era alta, casi de un metro ochenta de estatura, con senos grandes y erguidos, una cintura gruesa y musculosa, y lo que él imaginaba serían piernas largas y fuertes acostumbradas a correr velozmente a través de la maleza. Sus ojos eran castaños, encendidos de odio.

-Espero que puedas amansarla, ¿verdad?

-A ciencia cierta -le aseguró Haji Agha. Jamil asintió y volvió la cabeza a la joven del cabello rubio plateado.

-Supongo que ésta es la joven inglesa, ¿no?

-Sí. Ha demostrado ser dócil, pero por otra parte es muy inteligente, presuntamente pertenece a la nobleza inglesa. Ya ha aprendido el idioma bastante bien como para entender la mayor parte de lo que decimos.

Una ceja negra se arqueó súbitamente.

-¿Tan pronto? ¿Dónde fue capturada?

Librodot

-En la costa inglesa, mi señor. Uno de los corsarios de Hamid Sharif fue contratado hace unos meses para llevar un pasajero hasta allí. No habían tenido el propósito de depredar en esas aguas, pero la muchacha, al parecer, cayó en sus manos durante el corto tiempo que tardaron en dejar al pasajero en la playa.

Jamil echó una ojeada al eunuco negro en jefe y súbitamente estalló en carcajadas.

-¡Por Alá, qué ironía!

A Haji Agha no le incumbía interrogar a su amo acerca de su buen humor o qué era lo que encontraba tan irónico.

-Hamid Sharif había enviado mensajeros a todas partes anunciando su subasta -continuó él-. Esa era la razón por la que aún estaba disponible. Su venta privada estaba programada para dentro de dos días, así que, naturalmente, se mostraba renuente a desprenderse de ella.

-¿Entonces su precio ha resultado muy alto?

-Excesivamente alto.

Jamil suspiró. Al lado de la mujer africana no parecía alta, aunque era bastante más alta que la mayoría de las mujeres de su harén. Y era flaca hasta el punto de dar la sensación de estar famélica. Los senos no llenaban la chaquetilla; el estómago era cóncavo y las caderas puntiagudas, como si eso no bastara, era rubia, y personalmente, a él no le atraían las rubias, porque su madre lo era, aunque el cabello de esta joven era tan claro que parecía blanco. Pero podía entender por qué se la consideraba tan especial. Sus facciones eran las más perfectas y delicadas que había visto nunca. Ni siquiera las manchas violáceas debajo de los ojos podían hacer desmerecer esa belleza.

Aun así, no se sentía atraído por ella. Pero por otra parte, no la había comprado para él. Si la retenía o la devolvía al mercader de esclavos a tiempo para esa subasta especial, dependía de Kasim.

-¿Y la última? ¿Hamid Sharif ganó una fortuna a mi costa esta noche?

Haji Agha no se atrevió a sonreír, aunque percibió que Jamil no estaba enfadado por el gasto, que podía afrontar sin ninguna dificultad.

-No, mi señor. Uno de vuestros propios capitanes la trajo a principios de esta semana, así que no costó nada. Es portuguesa, de buena cepa campesina, y acepta con gusto su cautiverio, puesto que considera que ha mejorado su condición.

Jamil asintió sin revelar nada todavía de lo que estaba pensando. La última muchacha no era excepcionalmente bonita, pero exudaba voluptuosidad que resultaba difícil pasarla por alto, razón por la que la había escogido Haji sin lugar a dudas. Y también tenía cabello castaño, que el eunuco negro en jefe sabía era el preferido de Jamil. Pero por otra parte Haji no sabía que estas mujeres no eran para él.

Haber conseguido tres mujeres en tan poco tiempo era más de lo que esperaba. Estaba satisfecho. Pero todavía debía verse si su hermano estaba satisfecho también. Jamil no iba a agregar tres mujeres más a su harén si Kasim no las deseaba. Después de haber tomado esa decisión, volvió toda su atención a la beldad africana.

Chantelle le echaba miradas furtivas sólo cuando estaba segura de que él no la estaba mirando. Estaba demasiado mortificada y avergozada para mirarle directamente a los ojos. Que se hablara de ella como si ella no estuviera allí, como si no pudiera entenderlos, cuando Haji Agha había explicado que sí podía, era una prueba más de lo insensibles que eran estos hombres. Y el amo y señor parecía tan indiferente, como si no pudiera importarle menos haber comprado tres nuevas esclavas para su harén. Y las había comprado. Su última pregunta a Haji Agha así lo probaba. Pero, ¿por qué compraría mujeres sin verlas antes? ¿O la venta estaba supeditada a su aprobación?

Que Dios permitiera que así fuese. Que permitiera que la devolvieran a Hamid Sharif. No podía soportar que su amo se pareciera de este modo a sus propios compatriotas. Y era

Librodot

guapo. Bien lo sabía Dios que ella deseaba negarlo, pero no podía. Le encontraba extremadamente atractivo tanto de rostro como de cuerpo. Era imposible. Ya se veía cediendo, aceptando su esclavitud, todo por una atracción imprevista que ella no tenía derecho de sentir. ¡No! Tenía que hacer algo para que él tuviera que devolverla antes de quedar encerrada en el harén y fuera demasiado tarde. Pero ¿qué?

Le observó detenidamente ahora mientras rogaba que surgiera pronto una idea en su cerebro. Y entonces se dio cuenta de que el examen no había terminado aún. El estaba delante de la princesa africana, estudiándole el rostro con ojos impasibles mientras ella le devolvía una mirada llena de furia sin ningún temor de revelarle su aversión. Cuando él alzó la mano y desprendió, como al descuido, el único broche que cerraba la chaquetilla de la joven, se encendieron de rubor las mejillas de Chantelle, pero la princesa no se movió, ni siquiera para impedir que se abriera.

El contempló largamente los grandes senos redondos y erguidos. Chantelle gimió interiormente. Se había equivocado otra vez. Se había alegrado de haber sido comprada de esta manera y no tener que sufrir la humillación de ser desnudada en público, sin embargo, ahora era eso lo que estaba pasando y en una habitación llena de gente. Y de la única mujer que había pensado que se resistiría ferozmente a esta humillación, no lo hacía. La princesa no se había movido aún, permanecía erguida orgullosamente como si no la molestara ni ofendiera lo que había pasado.

Fue cuando el amo finalmente la miró a la cara para observar su reacción cuando ella sí reaccionó. Lanaó un salivazo que dio de lleno en su cara.

Chantelle, sorprendida, dejó escapar un grito, pero pasó inadvertido entre las exclamaciones colectivas de sobresalto y cólera de los presentes en el cuarto. La mujer fue rápidamente dominada no por su propio guardia, sino por los de él. Los dos gigantes nubios la hicieron caer de rodillas sin ninguna dificultad; luego su propio guardia extrajo un látigo corto de su cinturón y empezó a azotarle la espalda.

Chantelle observó todo esto con horror. El amo no había ordenado que la azotaran, pero tampoco impidió que lo hicieran. El permanecía de pie, ahí totalmente impasible, ni enfadado, ni nada absolutamente. Uno de sus sirvientes se había acercado rápidamente para limpiarle el rostro, pero él lo ignoró, prefiriendo usar el dorso de su manga, lentamente, mientras observaba cómo se retorcía la mujer en el suelo. Hasta que su orgullo hubo cedido finalmente y ella hubo gritado, no se dignó él alzar la mano para dar por terminado el castigo.

-Es una lástima -dijo él, aunque Chantelle no pudo detectar ningún pesar en el tono de la voz-. Entregadla a mi guardia del palacio. Si sobrevive a una noche con ellos, Hamid Sharif podrá tenerla de regreso mañana.

Y su atención se centró en Chantelle.

A ella se le heló la sangre y se le demudó el semblante hasta quedar tan pálido como el de una muerta. Así como así, este hombre había condenado a esa muchacha a violaciones masivas y luego la había desechado rápidamente de sus pensamientos. Y en cuanto él lo había dicho, ella había sido arrastrada fuera de la enorme sala. Pero aun así, Chantelle seguía viendo en su mente la intrincada red de marcas rojas de los latigazos, visibles hasta sobre esa piel tan oscura, en la parte de la espalda que estaba desnuda.

Chantelle, finalmente, alzó los ojos y se enfrentó a la mirada del hombre. En ese instante de miedo cerval, supo con certeza que lo despreciaba con toda su alma. La atracción que sintiera por él había muerto para siempre después de ser testigo de su crueldad. Era un hombre frío, insensible, capaz de cometer actos de inenarrable crueldad.

-Es usted despreciable.

Las palabras salieron de sus labios antes de que ella pudiera contenerlas, pero él pareció no oírlas, o no entendía inglés o no le importaba en absoluto lo que ella pudiera decirle. Ella

desconocía la palabra «despreciable» en su lengua. Desgraciadamente, tampoco conocía muchas otras que ahora empezaban a ocurrírsele para insultarle.

El seguía mirándola a los ojos, y por fin hubo un asomo de emoción en su expresión. Era de sorpresa. Jamil jamás había visto antes este color violeta, no sabía que los ojos pudieran ser de ese color. Simplemente se quedó fascinado. Eran como amatistas rutilantes, bordeados de largas y espesas pestañas doradas que armonizaban con las cejas ligeramente sesgadas de un tono más oscuro que el cabello platino.

Qué combinación más extraña. Con razón su precio había sido tan alto. Con comida abundante y sustanciosa para rellenarle las curvas, esta joven poseía en potencia todas las cualidades para rivalizar hasta con Sheelah. Y su cabello podía ser teñido...

Jamil tuvo que librarse de una sacudida, recordando su propósito en este momento. No era para él. Pero si Kasim no la quería, estaba tentado de quebrar sus propias reglas y guardarla para él después de todo. Pero fue la imagen de Sheelah lo que le decidió en contra de esto. Esta muchacha podría ser un raro hallazgo, pero él amaba a su primera kadine. Y desde el Qiismo momento en que decubriera ese amor que sentía por ella, no había incorporado a su harén ninguna mujer nueva. Sólo estas dos, si Kasim las deseaba, se unirían a su harén. Sheelah no iba a entenderlo, al menos hasta que él regresara a ella, pero no había más remedio. Nadie, aparte de Omar, debía conocer la existencia de Kasim.

-Shahar -exclamó él súbitamente. La luna. Era el nombre más apropiado al ver las finas hebras de pelo del color de los rayos de luna. Se volvió al eunuco negro en jefe-. Será conocida como Shahar, Haji.

-No -dijo Chantelle atrayendo su atención,

-¿No?

-No me ponga un nombre. No me guarde para usted. Devuélvame a Hamid Sharif.

La actitud de la joven le divirtió. ¿No se daba cuenta de que la decisión no estaba en sus manos?

-¿Por qué debo hacerlo?

-Porque no deseo pertenecerle a usted.

Los ojos verdes se entrecerraron y ella palideció más. ¡Santo Dios! ¿Acababa de buscarse un azotamiento? ¿Acaso ni siquiera podía ella plantear lo obvio en este maldito lugar?

Pero Jamil estaba enfadado consigo mismo, no con ella.

Se daba cuenta de que había sido un error permitir que azotaran a la joven negra, se lo mereciera o no. Había tenido el propósito de servir de lección a las dos jóvenes que quedaban, pero más que nada para beneficio de Kasim, quien no había presenciado hasta ahora una situación semejante, ni la rapidez y efectividad con que reaccionaban los que le rodeaban.

La joven inglesa se había mostrado dócil y resignada hasta ese momento, y ahora no era así. Vio que le temía, pero hasta dominada por el miedo, no podía ocultar la condena que brillaba en sus ojos. Kasim no le perdonaría haberse hecho odiar por un simple acto de castigo. Y Jamil estaba casi seguro de que Kasim iba a querer a esta muchacha.

Sin apartar los ojos de ella, Jamil preguntó al eunuco negro en jefe:

-¿Sabe ella, acaso, quién soy yo, Haji? Chantelle respondió primero, insistiendo:

- No me interesa saber si usted es el rey de toda esta maldita ciudad.

-Vosotros los ingleses tenéis una manera muy exótica de usar las palabras, siempre utilizando más de las necesarias. -La boca de Jamil había tomado un rictus irónico al hablar-. Si no te interesa, Shahar, entonces no te tomará de sorpresa el hecho de que yo sea, efectivamente, Jamil Reshid, rey de «toda esta maldita ciudad».

Fue una sorpresa, pero sólo por una razón.

-Usted rehusó comprarme cuando llegué, entonces ¿por qué estoy aquí ahora?

El no respondió durante un momento. Descifrar su pronunciación y comprender exactamente qué estaba diciendo era toda una prueba para su concentración. Aunque debía admitir que su dominio de la lengua que él hablaba era muy superior a lo que podía esperarse. Pero aun así, se sintió cautivado por la forma en que se había suavizado la expresión de sus ojos y de su boca. En su confusión momentánea, había olvidado su miedo y aversión repentina.

El la sorprendió más respondiéndole en perfecto francés. Suponiendo que si ella pertenecía a la nobleza inglesa como sostenía, éste sería un idioma con el que se sentiría más familiarizada.

-Uno de mis privilegios es poder cambiar de opinión cuando me place hacerlo.

-Entonces, ¿cambiará de opinión respecto a esa muchacha que ha hecho azotar?

-Es interesante que no me pidas, en cambio, que cambie de opinión respecto a ti.

-Habría llegado a eso.

El casi soltó una carcajada. Resultaba muy estimulante que una mujer le hablara con tanta audacia. Sus mujeres no discutían con él por más que desearan hacerlo. El podía mimarlas y consentirlas al máximo, pero ellas jamás olvidaban su poder y total dominio sobre sus vidas.

-Si te concedo una gracia, inglesa, ¿qué pedirías? Los ojos de Chantelle se agrandaron de asombro. ¿Hablaba en serio, o la pregunta era sólo retórica? De uno u otro modo, no había alternativa, por lo menos alguna que aceptara su conciencia. El destino de la muchacha ya estaba decidido; el suyo todavía no. Y si él era el dey, entonces su harén seria el más poblado de todo Barikah. Podría haberla comprado, pero existía la posibilidad de que la olvidara en cuanto ella se perdiera entre tantas mujeres. No, su destino no estaba sellado todavía.

-La muchacha -dijo ella.

- ¿Quieres que la conserve en lugar de enviarla de regreso?

-No, que anule el castigo adicional que ha ordenado. El se volvió y así lo hizo, y Chantelle contempló, asombrada, cómo la orden fue transmitida a un guardia del otro lado de la puerta. Volvió a mirarle, sin saber con certeza qué pensar de este gesto.

-¿Dónde está tu gratitud inglesa?

Ahora sí sabía qué pensar, y no era agradable.

-Gracias -dijo, pero su tono era cortante.

-¿Qué? ¿No me he redimido ante tus ojos?

-La ofensa de esa joven fue demasiado leve para justificar semejante paliza- fue su respuesta.

-En tu opinión -declaró él-. Pero ella injurió mi persona, y eso no se permite aquí. Tú sí quieres estar bien enterada de todo lo que no está permitido aquí, ¿no es verdad? -Era una advertencia que le hizo entrecerrar los ojos-. Ah, veo que has recordado que no me encuentras de tu agrado. Pero ya cambiarás de opinión, Shahar, si decido conservarte. ¿Decidimos eso ahora? ¿Abres tu chaquetilla, o la abro yo?

Todo su cuerpo quedó como petrificado, y ahí estaba de nuevo esa mezcla de miedo y de ira impotente en su semblante. Pero ¿estaba lo suficientemente atemorizada y acobardada como para prestar atención a la advertencia?

-¿Me escupirás también? -exigió él con voz brusca ahora. Ella no lo haría. Había deseado saber qué podía hacer para que la devolvieran de Sharif y ahora sí lo sabía, pero lo que tendría que soportar antes de eso era inaceptable.

Movió la cabeza y bajó los ojos. Y después del resentimiento que ella mostrara minutos antes, él se sorprendió al oírla suplicar:

-Por favor, ¿debo hacer eso delante de tantas personas?

-Ellos son sólo esclavos, inglesa, como tú... -empezó a decir él. Sin embargo, lo que él estaba haciendo era inusual, y sólo para beneficio de Kasim-. Muy bien -rectificó-. Si te adelantas aquí, nadie ha de mirarte salvo yo.

Jamil se encaminó a un lado del salón, mientras hacía retroceder a sus guardias personales con un ademán imperativo de la mano enjoyada. Ella creyó que era conveniente seguirle, aunque no era precisamente lo que tenía en mente. Era posible que ahora estuviera dando la espalda al salón y que nadie pudiera verla, pero todavía había mucha gente presente, y le indignó la idea de que esto pudiera pasar. El no tenía derecho, aunque estaba convencido de que tenía todo el derecho del mundo a humillarla de esa forma. ¡Dios, cómo odiaba esto!

Chantelle permaneció de pie con la cabeza gacha y los puños apretados colgando a los costados del cuerpo. El no lo permitiría, así que le alzó el mentón para que le mirara a los ojos.

- Otra vez hago lo que me pides, inglesa. Estoy esperando.

-No puedo -respondió ella simplemente, en tono lastimero.

-Muy bien.

No fue un indulto. Cuando la mano de Jamil cayo sobre su chaquetilla, la sangre de Chantelle bulló en sus venas y ardió en deseos de apartarle la mano de un manotazo. Pero si por escupirle el castigo era una serie de latigazos feroces y luego algo mucho peor, ¿qué pasaría si le abofeteaba? ¿En lugar de un látigo sacarían una cimitarra?

Gimió al sentir que la tela de la chaquetilla caía a los lados de los senos. Desvió la mirada y la clavó en la pared con mampara calada que tenía al frente, pero sin ver nada. Sólo sintió la terrible turbación que pareció derramar color por su pecho y le hizo arder las mejillas.

El se retiró a un lado de ella y le habló en voz baja.

-Puedes cubrirte, Shahar. Irás con Haji Agha. El te interrogará sobre tu vida anterior para registrarlo en sus archivos. Ella volvió la cabeza hacia él y preguntó con voz lastimera:

-Entonces ¿no me devolverá?

El no contestó. Ya había perdido el interés en ella y volvió toda su atención a la muchacha portuguesa.

CAPÍTULO XVIII

-¿Y bien? -preguntó Omar cuando se llevaron a la última joven y Jamil se retiró a su dormitorio.

-La rubia -respondió Derek sin titubeos.

-¿Y las otras dos?

-Pensé que la muchacha negra ya estaba desechada.

-No si te interesa tenerla.

-¿Y habérmelas con esa clase de hostilidad? No, gracias. Con la rubia bastará, y yo pagaré por ella.

-Jamil no querrá ni oír hablar de eso.

-Entonces, ¿qué le pasará a ella cuando esto termine? ¿Y a las otras que yo llame a mi cama? Nunca has llegado a contestarme esa pregunta.

-Se les asignarán dotes generosas y se encontrarán buenos esposos para ellas.

-¡Dios mío! -exclamó Derek sin aliento-. ¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

-Porque no puede alterar en nada las cosas. Créeme, a Jamil no le importará así uses la mitad de su harén. Probablemente te lo agradecerá por la excusa que le das para reducir la cantidad de sus mujeres a un número que no le agote. No creerías realmente que él conservaría a aquellas mujeres que tú favorecieras, ¿verdad?

- No había pensado en el futuro. Pero estoy seguro de que él no me lo agradecería si yo favoreciera a todas sus favoritas. Omar se rió entre dientes.

-¿Por qué piensas que te ha comprado una sólo para ti? Derek gruñó.

-¿Y sus esposas? ¿También se desembarazaría de ellas?

-Son las madres de sus hijos. Ellas permanecerían en el harén.

-¿Relegadas para siempre al olvido? -aventuró Derek.

-Eso no tiene que importarte...

- ¡Por Dios! Omar, deja de tratarme con guantes blancos. No voy a cambiar de idea respecto a ocupar el lugar de Jamil, pero quiero toda la verdad.

Ornar no pudo mirarle a los ojos.

-Entonces no, él jamás volvería a llamarlas a su lecho. Derek dejó escapar lentamente el aire que había retenido en los pulmones.

-Había olvidado lo posesivo que puede ser un musulmán con sus mujeres.

-¿Y tú no lo eres? -inquirió Omar con cierto escepticismo. Derek meditó sobre esto un momento, pero tuvo que admitir:

-No, no puedo decir que lo sea.

-¿Ni siquiera con tu novia?

Derek rió por el recordatorio de que él tenía una novia, porque a decir verdad no había pensado en Caroline desde hacía mucho tiempo.

-Yo la adoro, Omar, pero como no tengo la intención de ser el más fiel de los esposos, no podré quejarme si ella decidiera, a la larga, tener uno o dos amantes. Eso no alterará mis sentimientos hacia ella.

-Te has vuelto más inglés de lo que yo pensaba.

-He pasado diez años aquí y diecinueve allí. Omar. ¿Realmente esperabas que fuera exactamente igual a Jamil?

-No, pero todavía eres como él, más de lo que crees -replicó Omar.

Derek no estaba tan convencido, especialmente después de la azotaina de la que acababa de ser testigo. Se había quedado impresionado al ver que Jamil no la detenía inmediatamente.

A Omar no le había afectado de ninguna manera.

-Era conveniente que tuvieras esta oportunidad de ver con qué rapidez reaccionan sus nubios ante cualquier amenaza -le había dicho.

-Yo no llamaría amenaza exactamente a lo que ella hizo-había respondido Derek rechinando los dientes- ¿Cómo puede ser tan severo...?

-Supongo que te refieres a ser entregada a los guardias, ¿verdad? -inquirió Omar sin considerar siquiera severos esos pocos latigazos dados a la joven-. Pero eso no debe preocuparte. A lo sumo habrá un puñado de ellos fuera de servicio para recibirla, y no son tan tontos como para maltratar semejante obsequio. Curarán sus heridas y la tratarán con cuidado.

No había creído necesario agregar que como la esclava no era virgen y, por lo tanto, inaceptable para su amo, su utilidad era exclusivamente carnal, para ser ofrecida a quienquiera que su amo decidiera darla. Además, fue una lección para las otras dos.

Una lección que había repugnado y sublevado a la rubia, si podía guiarse por su reacción hacia Jamil. Le despreciaba, y ni siquiera las concesiones que había hecho por ella consiguieron modificarlo.

Derek tuvo que hacer un esfuerzo para alejar de su mente esos recuerdos.

-En cuanto a hacer desfilar a todo el harén para que yo conozca a todas sus mujeres, no será necesario. Sólo dame los nombres de las mujeres que a Jamil no le importe perder.

-A Jamil no le gustará cuando regrese y encuentre que no ha sacrificado nada, mientras que tú...

-No te preocupes. Omar -Derek interrumpió la advertencia-, Me aseguraré bien de llamar a mi cama por lo menos a una de sus favoritas. Eso habrá de bastar para calmar su conciencia.

-Y él sabía exactamente a quién llamaría, porque tenía la certeza de que una de las mujeres que había visto antes esa noche era la desaparecida señorita Charity Woods.

-Gracias -dijo Omar sorprendiendo a Derek.

-¿A qué viene ese agradecimiento?

-Por amar a tu hermano.

Más tarde, después de haberse retirado a su alcoba para pasar la noche, Derek descubrió que le resultaba imposible conciliar el sueño. La rubia ocupaba todos los pensamientos que seguían rondando en su cabeza. ¿Quién era ella? ¿Reconocería su nombre si lo oyera?

En realidad no tenía mucha importancia. Princesas, damas de la nobleza, campesinas, todas eran iguales aquí si eran tan desafortunadas como para ser capturadas; esclavas sin derechos, para ser utilizadas, maltratadas, vendidas, revendidas, y hasta matadas por su amo a su antojo. Y después de oír la explicación de Haji Agha de cómo había sido capturada esta joven, Derek sabía que, indirectamente, él era responsable de que ella se encontrara aquí. Cómo se sentía respecto a eso, era algo sobre lo que no estaba seguro en absoluto. Calificar la situación de irónica, como pensaba Jamil humorísticamente, era describirla a la ligera, especialmente ahora que le pertenecía a él personalmente.

¿Qué iba a hacer con ella? Sabía lo que le gustaría hacer. Cielos, desde que le quitaron los velos le había resultado imposible apartar los ojos de ella. Lo admitía, era demasiado delgada hasta para su gusto. A él le gustaba por lo menos un poquito de carne en sus mujeres. Pero pareció carecer de importancia cuando ella quedó de pie frente a la mampara calada, tan cerca, y él experimentó la excitación más increíble sabiendo lo que haría Jamil y esperando que él se apartara de ella. Y cuando los pequeños senos perfectos y redondos estuvieron ante sus ojos, su carne reaccionó instantáneamente, endureciéndose, hinchándose, anhelando su tacto.

Pero ¿se atrevería a hacer algo? Ella era virgen. No estaba aquí voluntariamente. ¡Era inglesa, por todos los cielos! Y lo más importante de todo, consideraba a Jamil un ser despreciable, aborrecible, después de lo que él había hecho esa noche, y Derek estaría ocupando el lugar de Jamil dentro de pocos días. ¿Cómo podría él, sin que luego le remordiera la conciencia, aprovecharse de ella sabiendo todo esto?

CAPÍTULO XIX

Librodot

Sentada sobre las piernas dobladas, las manos cruzadas y apretadas sobre el regazo, Chantelle parecía estar orando, pero los nudillos blancos revelaban la gran tensión interior que la consumía. El blanco opaco y puro de su vestimenta resaltaba sobre el raso azul intenso del almohadón que le servía de asiento. En este cuarto no había ninguna silla común, ni sillas de ninguna clase en toda Barikah, si podía guiarse por lo que había visto hasta ahora.

Del otro lado de una mesa baja, Haji Agha tomaba la segunda taza de esa infusión espesa y coronada de espuma que era café turco. La primera taza de Chantelle ya se había enfriado sin haber sido tocada. En el extremo opuesto de la habitación se hallaba un amanuense sentado sobre otro almohadón, con la mano apoyada sobre la tablilla de escribir mientras esperaba que continuara el interrogatorio. No había nadie más en esa habitación. Y esto sí era un interrogatorio, era un fisgoneo indecente en su vida desde su nacimiento hasta la noche de su captura bajo los acantilados de Dover.

Su nombre, familia, hogar, posición, hasta la fecha de su nacimiento habían sido requeridos para anotarlos. La educación que había recibido fue un capítulo aparte, aquí tuvo que detallar todas sus habilidades y destrezas adquiridas, que incluían tocar el piano, coser y bordar, excelente dominio de la equitación, del deporte de la vela, y una voz bastante aceptable para el canto. Únicamente lo relativo al deporte de la vela había despertado cierto interés en el eunuco negro en jefe, que estaba encargado de todo el interrogatorio mientras el amanuense registraba la respuesta diligentemente.

Si ella no se hubiese encontrado en un estado de absoluto agotamiento nervioso después de la penosa experiencia en presencia del dey, jamás habría cooperado de este modo, contestando distraídamente cuanto se le preguntaba mientras en su mente revivía cada instante atroz en aquel otro salón y su cuerpo se estremecía de vergüenza por las humillaciones pasadas. Cuando por fin se le aclaró la mente y comenzó a preguntarse la razón de todo este interrogatorio, ya quedaba muy poco que decir de su vida. Lo que la despertó del letargo y revivió la ira casi olvidada fue una pregunta en particular sobre su tutor legal.

-¿A qué viene todo esto? ¡Creí que se alentaba a olvidar el pasado una vez que se entraba en este infierno!

El anciano sonrió al oír la elección que ella había hecho de las palabras. Siempre le divertía la osadía y el desafío que mostraban estas nuevas esclavas al llegar, antes de aprender a temerle. A ésta le daría una semana de tiempo para que su tono se volviera respetuoso, su comportamiento servil y su actitud sumisa. Entonces no se atrevería a interrogarle ni a cuestionar su autoridad.

-Estás en lo cierto -se dignó contestarle-. Pero antes de que tu pasado se olvide, debe ser registrado para nuestra información en caso de que se hagan averiguaciones sobre tu paradero.

-Para un rescate, quieres decir, ¿así sabéis cuánto pedir? El asintió, pero agregó deliberadamente.

-Eso no es probable que suceda en tu caso.

-¿Y por qué no? -exigió ella-. Creo haberte dicho ya que soy una heredera.

-Pero ¿quién adivinaría que estás aquí? A menos que el barco de Hamid Sharif haya sido visto cerca de la costa inglesa y reconocido como perteneciente a los corsarios berberiscos, nadie conoce tu paradero.

Ella ya se había dado cuenta de esto, pero oírselo decir tan crudamente era desmoralizador en extremo. Casi hizo notar que si el cónsul inglés en Barikah se enterara de su presencia aquí, se exigiría inmediatamente su libertad, pero no deseaba que nadie supiera que todavía albergaba la esperanza de ponerse en contacto con el cónsul. Aunque a decir verdad, esa esperanza era muy débil en estos momentos. De hecho, su única esperanza era que Jamil Reshid decidiera rechazarla.

-¿No son todas estas preguntas un tanto prematuras? -observó ella con irritación-. Todavía no se ha determinado si...

Chantelle interrumpió su comentario cuando un guardia irrumpió en el cuarto y se inclinó para susurrar algunas palabras al oído de Haji Agha. El anciano asintió con la cabeza sin demostrar la más mínima sorpresa y se puso de pie.

-Ven, Shahar.

Le indicó la dirección agitando el brazo hacia la puerta. Ella no se movió; repentinamente todos sus miembros parecían de plomo.

-No me llames así.

-Es el único nombre por el que serás conocida de ahora en adelante. Chantelle Burke está muerta.

-Entonces...

No pudo terminar. No tuvo que hacerlo. El viejo eunuco volvió a asentir con la cabeza leyéndole el pensamiento.

-¿En realidad creíste que sería de otro modo después de lo generoso que se mostró contigo?

-¡Generoso! -estalló ella ganándose una mirada ceñuda.

-Suficiente -dijo suavemente él, pero con la inflexible autoridad por la que era bien conocido-. Me seguirás, o serás llevada a rastras detrás de mí. Creo que tu orgullo hace que prefieras caminar.

Tenía razón. Después de todo, era una Burke, no una cobarde llorona, y se sintió agradecida por el recordatorio. Ya era bastante malo haber suplicado a ese amo desalmado un rato antes, y ¿para qué? ¿Para poder gozar de un poco de recato? Estaba segura de que el destino le reservaba peores cosas. Pero, por Dios, no volvería a suplicar otra vez por nada del mundo.

Le siguió fuera del cuarto y ni siquiera parpadeó cuando los dos guardaespaldas de Haji se alinearon detrás de ella al pasar por la puerta. Otra vez la llevaron al exterior, al patio donde la había dejado la litera al llegar al palacio. Luego pasaron por una gran puerta al interior de otro patio con jardines, por el que caminaron hasta un par de puertas adornadas con tachones de hierro de por lo menos cinco metros de altura.

Al ver a los ocho eunucos fuertemente armados de guardia fuera de esas puertas macizas, vacilaron sus piernas y trastabilló. En ese instante supo que ésta sería la última puerta que tendría que trasponer. Era la entrada al harén del palacio, y una vez que estuviera detrás de esa puerta, no habría forma de volver atrás. Chantelle Burke estaría entonces verdaderamente muerta para el resto del mundo.

El pánico que la dominó no tenía nada que ver con la razón o sus propios deseos. Se paró en seco, dio un paso atrás, y habría corrido como si el diablo la persiguiera si un pecho duro como la piedra no hubiese chocado contra su espalda. Ahora la rodeaban estrechamente, dos de los guardaespaldas de Haji se habían colocado a cada lado de ella y otro que estaba a sus espaldas empezó a empujarla suavemente, pero con la suficiente fuerza como para hacerla avanzar otra vez. Aun así, el pánico seguía dominándola y habría luchado denodadamente, habría gritado con todas sus fuerzas y se habría degradado hasta a sus propios ojos si Haji no hubiese elegido ese momento para darse la vuelta y alzar una ceja inquisitivamente, como para recordarle lo inútiles que eran sus esfuerzos. La rodeaban seis gigantes de ébano, tenía ocho delante, dos de los cuales ahora estaban abriendo las pesadas puertas que la llenaban de horror.

Irguió la espalda y cuadró los hombros, pero las rodillas parecían de gelatina. El eunuco que estaba detrás de ella tuvo que ayudarla a caminar, y ella se dio cuenta de que la estaba ayudando a dar esos últimos pasos con la mano tomándole el codo para que se apoyara, no para forzarla. Y entonces esas pesadas puertas hicieron un ruido sordo al cerrarse, y se oyó un eco espantoso, ensordecedor, como el toque a muerto de una campana. Chantelle cerró los

Librodot

ojos, se detuvo, escuchó, y la invadió el desconsuelo de saber que ya todo había terminado. Había entrado en la Babilonia del Infierno, de donde no había escapatoria.

-¿Te parece más fácil ahora, Shahar?

Ella abrió los ojos y los clavó en Haji Agha. ¿Cómo sabía él?

Pero era obvio, ella ya estaba dentro. Ya no le quedaba nada contra qué luchar. No le respondió. El representaba la autoridad aquí. El la había escogido de entre una gran cantidad de mujeres cuando podía haber elegido a cualquier otra. Por su culpa estaba ahora allí como una pertenencia de un hombre a quien encontraba abominable.

Giró en redondo y levantó los ojos para mirar la cara del hombre que la había ayudado a no ponerse en ridículo. Era un nubio como los otros, alto y musculoso y oscuro como el ébano, pero a diferencia de los otros, sus ojos castaños eran cálidos y amables; y cuando ella se lo agradeció con una sonrisa, la entendió sin que mediara una palabra entre ellos, y un relámpago de dientes blancos y brillantes iluminó su rostro. De algún modo, él la hizo sentir más fuerte, más ella misma, y menos perdida en este mundo hostil y extraño.

-¿Cuál es su nombre? -le preguntó a Haji al seguir juntos después de haber despedido a la guardia una vez que estuvieron dentro de los muros del harén.

-El me pertenece, Shahar. Su nombre no es de tu incumbencia.

-Maldito seas, ¿por qué no puedes limitarte a contestar mi pregunta? -replicó sin pensar-. Me tienes aquí. No puedo ir a ninguna parte. ¿Te cuesta tanto trabajo contestar una simple pregunta?

Se paró en seco y ella dio de lleno contra su espalda. Chantelle saltó hacia atrás, asustada. Se daba cuenta de que su tono había sido un tanto impertinente. Pero qué demonios. Ella era la honorable Chantelle Burke sin importar cómo la llamaran aquí. Sería mejor que desde el principio dejara bien en claro que no se dejaría atrepellar, ni ser ignorada como ellos parecían preferir que fueran sus mujeres.

-¿Y bien? -preguntó en tono más sensato cuando Haji le lanzó una mirada colérica.

El no habló durante largos segundos, y luego reanudó la marcha esperando que ella le siguiera. Chantelle le oyó mascullar mientras le seguía:

-Kadar es su nombre, si necesitas saberlo. Ella sonrió.

- Gracias - reconoció con gesto delicado y altivo a la vez. El gruñó y aceleró el paso.

Se adentraron cada vez más en el harén. Cruzaron puertas con pesados cerrojos de hierro que debían ser descorridos y vueltos a correr, caminaron por un laberinto de pasillos, de pasadizos estrechos entre edificios majestuosos, y atravesaron vestíbulos con mayólicas y baldosas de portentoso colorido. Descendieron luego por escaleras estrechas que desembocaban en patios espaciosos, siguieron por los claustros iluminados con antorchas y por jardines donde confusamente se veían pequeños pabellones con techo en forma de cúpula, llamados quioscos, iluminados tenuemente por la luna.

Aun a esta hora avanzada de la noche se cruzaban con gente por el camino, en su mayor parte mujeres, y éstas en su mayoría sirvientas, o más bien, esclavas del harén reconocibles por sus pantalones y túnicas de algodón blanco que parecía ser la vestimenta común de los servidores más humildes. Pero también había eunucos y jovencitos de brillantes atuendos multicolores, que eran, según supo más adelante Chantelle llena de horror, pajes castrados.

Las concubinas miraban pasar a Chantelle con curiosidad, hostilidad, o simple sorpresa. Los sirvientes, en cambio, asumieron una actitud de absoluta obediencia al paso de Haji Agha, que con la cabeza alta y andar majestuoso no se dignaba mirar a nadie.

-¿Por qué todos se inclinan ante ti? -le preguntó Chantelle en voz alta.

-Yo soy el eunuco negro en jefe.

-¿Es posible? Eso te haría el tercer hombre más poderoso de Barikah, ¿no es así?

El le echó una mirada no exenta de sorpresa.

-¿Quién te ha dicho eso?

-Tuve un maestro muy perseverante durante el viaje. Creo que tenía la esperanza de que yo terminara aquí, así que me instruyó sobre la jerarquía del palacio en forma insistente. Yo no suelo olvidar lo que aprendo, ni siquiera lo que aprendo bajo coacción.

-¿Te enseñó la jerarquía del harén? -preguntó Haji.

-Si te refieres al sistema de castas en el cual ciertas mujeres están en peldaños más altos de la escala social que otras, sí.

-Cuéntame.

-Preferiría no hacerlo -respondió ella con desagrado-. Es degradante, si quieres mi opinión, la forma de aspirar a una casta superior...

-Cuéntame -repitió él, obstinado. Chantelle rechinó los dientes.

-Muy bien. Tienes las concubinas, u odaliscas, al pie de la escala, esas mujeres que no han atraído la atención del amo. En el siguiente peldaño tienes a la gozde, una mujer que ha atraído la atención del amo pero que aún no ha sido llamada para...

Se ruborizó y no pudo continuar.

-¿Convocada a su presencia todavía? -sugirió Haji.

-Sí, es una admirable forma de expresarlo -contestó Chantelle con alivio-. En el escalón siguiente están las *ikbals,* aquellas mujeres que han sido «convocadas a su presencia» tanto las favoritas actuales o las que lo fueron alguna vez. Y las de rango más alto son las kadines, sus esposas oficiales.

-¿Y cuál deseas ser tú?

-Ninguna de las que he descrito -declaró enfáticamente. Entonces Chantelle le oyó reír por primera vez.

-Ya eres una gozde, pero no por mucho tiempo, creo. Sin embargo, descubrirás que el sistema de castas en el harén de Jamil Reshid es bien diferente del que estabas esperando, tanto es así que las dos órdenes más bajas hace tiempo que han sido eliminadas.

Chantelle le miró boquiabierta y en su asombro no usó palabras evasivas.

-¿Quieres decir que tiene relaciones sexuales con todas? Haji asintió.

-Con algunas unas pocas veces por año, con otras una o dos veces por mes, pero ninguna es descuidada indefinidamente. Tiene sus favoritas, desde luego, a quienes convoca más a menudo, pero son sus esposas las más favorecidas por él.

Chantelle tenía el ceño fruncido al comentar:

-Entonces no debe poseer tantas mujeres.

Haji sonrió al oír ese razonamiento.

-Contigo la suma asciende a cuarenta y ocho, Shahar. Es verdad, no son muchas. Su padre poseía más de doscientas.

¿Que no eran muchas? ¡Por todos los cielos! Cuarenta y siete mujeres y él se había acostado con todas ellas. Que hablaran ahora de un animal en celo. Pero ella era mujer que no iba a aspirar a su cama.

-¿Cómo puedo hacer para escapar a su atención? -se atrevió a preguntar.

Ahora Haji volvió a mirarla ceñudamente.

-No se hace. Estás aquí para complacerlo, y cuando por fin seas convocada te esforzarás con todo lo que posees para hacer precisamente eso, complacerlo. Pero no será pronto. Todavía tienes mucho que aprender de las costumbres del harén, de las costumbres de un hombre. Tardará muchas semanas, aunque pareces ser una alumna aplicada.

¿Esforzarse para complacer a ese bárbaro? Ja! Pero ¿sería ése todo el respiro que había de tener? No; si debían pasar muchas semanas el rey quizá llegara a olvidarla, y dependería entonces de ella asegurarse de no hacerle recordar su presencia en el harén.

Hubieron de pasar a través de otra puerta más antes de llegar a un espacioso patio descubierto de purísimo mármol blanco con una fuente burbujeante en su centro. Rodeándolo había docenas y docenas de diminutos apartamentos de tres pisos de altura con balcones de madera tallada artísticamente que los rodeaban por los cuatro costados. De muchas de las habitaciones salían luces que se derramaban sobre el suelo de mármol. En los vanos de las puertas había colgaduras de ricas telas, la mayoría de las cuales estaban recogidas ahora como cortinas para dejar pasar la más mínima brisa que decidiera soplar desde el mar.

Había docenas de mujeres en este lugar, algunas estaban de pie en los balcones, mientras que del interior de las habitaciones se oía el murmullo de muchas más. Una de ellas se apartó del claro de una puerta del piso bajo y se adelantó para recibirlos inclinándose profundamente ante Haji Agha. La primera impresión de Chantelle fue que era demasiado vieja para Jamil Reshid, aunque debajo del alto turbante había un rostro que aún conservaba toda su belleza. ¿Su madre quizá?

Haji la presentó como Lalla Safiye, la dueña de este patio donde se alojaban la mayoría de las mujeres. Poco después Chantelle se enteró de que lady Safiye había sido una *ikbal* del padre de Jamil y que había elegido permanecer en el harén después de la muerte de su amo antes que encontrar un esposo a su edad o ir al Palacio de las Lágrimas, nombre que en Estambul se daba a la casa de las viudas de un soberano fallecido.

Haji la dejó entonces al cuidado de Safiye, que empezó a hablarle en turco con tal fluidez y velocidad que resultaba casi incomprensible para Chantelle. Afortunadamente, la mujer también podía hablar un francés bastante aceptable y siguieron comunicándose en esa lengua. Siguiendo sus indicaciones, Chantelle la acompañó hasta un apartamento donde subieron los tres tramos de escalera hasta el último piso. Una vez allí, Safiye corrió una cortina de la primera puerta que encontraron.

-Permanecerás en este piso hasta que te conviertas en una *ikbal* -le comunicó Safiye-. Luego te mudarás abajo con las otras. Como comprenderás, habría demasiados rezongos si te dejo con ellas ahora.

Las «otras» al parecer ocupaban los dos pisos inferiores. El último piso estaba a oscuras y desierto. En el extremo opuesto del patio, y en cada uno de los otros dos lados, comenzaron a aparecer más y más mujeres que salían de sus cubículos para contemplar a la recién llegada.

-Este lugar está muy bien -dijo Chantelle de prisa, pues deseaba retraerse cuanto antes de tanta curiosidad.

Entró en un pequeño cuarto con una sola lámpara encendida junto a una bandeja con comida. Así que la estaban esperando, pensó.

-¿Sabías que vendría?

-Por supuesto. No hay nada que suceda en el palacio que no lo sepamos rápidamente. Cuando Jamil le avisó a Haji Agha que de las tres, tú sola habías sido elegida, otro eunuco se apresuró a informárselo a su dueña, que es la tercera favorita de Jamil, y ella se lo contó a Lalla Rahine, que me avisó para que pudiera tenerte un cuarto preparado.

-Qué bien.

Safiye pareció no notar el sarcasmo.

-En mis tiempos -continuó-, este patio se usaba únicamente para las *ikbals* que habían perdido el favor del amo. Había un dormitorio colectivo para las odaliscas y otro patio más pequeño para las gozdes, pero han permanecido desiertos desde que Jamil asumió el poder.

-Sí, ya he oído cómo él favorece a todas sus mujeres en una y otra ocasión.

Esta vez Safiye no permitió que el sarcasmo pasara inadvertido. Chantelle sintió un dolor agudo en el brazo al ser apretado por la mano fuerte de Safiye y vio el rostro de la mujer mayor casi pegado al de ella con una expresión de severa desaprobación.

-No cometas la equivocación de creer que aquí se te permitirá tanta insolencia. Y no desprecies aquello que no comprendas. Las mujeres de Jamil son las más afortunadas del imperio. Ellas no saben lo que es vivir año tras año interminable sin el amor de un hombre, lo que es morir siendo virgen; sin recibir jamás la caricia gentil de un hombre. Pero otras mujeres sí lo saben. Sucede muy a menudo en esta tierra. Sucedía en el harén de su padre, donde más de cien mujeres nunca alcanzaron siquiera el rango de gozdes.

Ojalá fuera yo tan afortunada, pensó Chantelle, pero dijo en cambio, en tono más controlado:

-Puedes soltarme, Lalla Safiye.

De ordinario, Safiye la habría arrojado al suelo de una bofetada por lo que había sonado como una orden, y dicha con tanta altanería, además. Pero ésta era la primera joven que había comprado Jamil para él en varios años. Eso en sí mismo sugería que Shahar llegaría muy lejos, y Safiye era lo bastante sensata como para no enemistarse con una futura favorita de Jamil.

La soltó, pero cediendo, dijo:

- Espero que comprendas, Shahar, porque tu vida aquí no será agradable si no aprendes de prisa qué cosas se toleran y cuáles no. Tenemos métodos especiales para corregir los comportamientos inaceptables, así que no podrás decir que no se te ha advertido. Ahora, mañana Lalla Rahine vendrá a conocerte. Sugiero que la ganes como amiga ya que como la mujer más poderosa del harén ella puede hacer mucho a favor o en contra tuyo.

-¿Es la primera esposa del dey?

-Su madre.

Santo cielo, él tenía una madre después de todo. De alguna manera, Chantelle había creído que Jamil Reshid había sido desovado por el diablo sin la ayuda del bello sexo.

CAPÍTULO XX

La jovencita esperaba pacientemente sentada sobre sus piernas recogidas debajo del cuerpo sosteniendo un suntuoso manto de armiño extendido sobre los brazos. Nunca resultaba tarea fácil vestir a Lalla Rahine, pues siempre tenía su mente ocupada con demasiadas cosas a la vez, por las continuas interrupciones, por las órdenes olvidadas y recordadas súbitamente, y por el constante ir y venir de suplicantes a su cámara. Pero éste había sido un día particularmente agitado y difícil, pues la madre del rey estaba más ansiosa que de costumbre. Esa mañana debía conocer a la nueva esclava que había llegado al harén la noche anterior. Las especulaciones corrían como un reguero de pólvora por todo el harén, pero Lalla Rahine no respondería ninguna pregunta por ahora. ¿Cómo podría hacerlo sin conocer antes a la joven?

Esa mañana ya habían ido a visitarla dos de las esposas del dey, y tres de sus favoritas. Todas querían saber lo mismo: ¿Por que había comprado a esta joven? ¿Habían hecho ellas algo malo? ¿Estaba disgustado con ellas?

Tales preguntas jamás se habrían formulado si el amo y señor del harén no fuera Jamil Reshid. Pero todas las mujeres de su harén sabían que él no era como otros hombres, siempre dispuestos a buscar la variedad en la compra constante de nuevas mujeres. Sabían que hasta

su propia madre tenía prohibida la compra de nuevas esclavas por más hermosas que fueran. Todas habían estado convencidas de que las puertas del harén permanecerían cerradas para siempre.

Lalla Rahine también lo había creído así. Si bien era verdad que Jamil se había mostrado complacido con la última adquisición de su madre, tanto como para elevar a la joven al rango de favorita en poco tiempo, también era verdad que había estado muy disgustado por ello en un principio.

Los sirvientes que estaban aguardando en la cámara para terminar de vestirla podrían haber estado ocupados en otros menesteres sin que ella se diera cuenta, por la poca atención que les prestaba. En ese momento estaba arrodillada en la alfombrilla oriental, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, la imagen misma de la devoción musulmana. Pero no estaba orando. Se había convertido al islamismo hacía muchos años, pero en ciertos momentos tenía necesidad de comunicarse con otros además de con Dios, y lo hacía con tanta frecuencia que ya no era nada inusual que dejara cualquier cosa que estuviera haciendo para arrodillarse en la alfombrilla entre las llamadas a la oración.

Pero estas meditaciones improvisadas jamás le proporcionaban la paz que estaba buscando, jamás lo harían. Era una mujer atormentada por errores pasados que no podían ser enmendados. Nunca volvería a ver a la única persona que podría perdonarla por lo que había hecho, la única que podría darle la paz que tanto anhelaba. Con él hablaba, a él le suplicaba, le imploraba, por él lloraba, todo interiormente, mientras se preguntaba lo mismo una y otra vez, día tras día, sin obtener jamás la respuesta que buscaba con tanto ahínco.

Oh, Dios, Kasim, ¿me has perdonado? Tu hermano no, y nunca deja de hacérmelo notar. Su amor por mí murió el día que te envié lejos de aquí. Ni siquiera tengo ese consuelo. Y tú debes de odiarme también. ¿Me odias? ¿Sabes, acaso, cuánto sufrí, cuánto te eché de menos, qué pronto me arrepentí de lo que había hecho? Parecía tan importante entonces dejarte partir, pero es que yo era demasiado joven y necia y aún estaba demasiado aferrada a mi pasado, al padre que no podía olvidar a pesar de todos los esfuerzos de Mustafá.

Ni siquiera sé si él vive aún. Jamil no me lo diría si lo supiera. Nunca me ha dicho si le contestas sus cartas. Pero yo presiento que tú estás vivo en alguna parte, lo sé. Si no fuera así lo sentiría en mi corazón. Ojalá pudiera sentir también que me has perdonado. Ojalá tu hermano Jamil me perdonara.

Pero no puedo culpar a ninguno de los dos, porque yo tampoco puedo perdonarme.

Al verla nadie podría imaginar siquiera todo lo que sufría esta mujer, pues hacía mucho tiempo que había aprendido a guardar su gran dolor en lo más profundo de su alma, porque se lo ocultaba hasta a Jamil. Pero lo había sobrellevado durante diecinueve años, porque tanto entonces como ahora, sus dos hijos era todo lo que tenía. Mustafá la había idolatrado. Ella sólo le había' soportado. Eran sus hijos por lo que vivía, y aunque uno estaba perdido para ella, aún le quedaba Jamil. Y haría cualquier cosa por él, para asegurarle su felicidad, para compensarle por la pena que le había causado.

Estas cavilaciones trajeron a su mente a la nueva esclava. La vería primero antes de tratar el tema con Haji. Ya había oído que era una joven de belleza incomparable, pero eso sólo explicaría por qué la había elegido Jamil, pero no el motivo por el que había enviado a Haji a recorrer los mercados en busca de nuevas mujeres en estos momentos.

¿Y qué pasaría con Sheelah, a quien había llevado anoche a su cama? Rahine estaba encariñada con Sheelah, pues era todo lo que aparentaba ser: bondadosa, amante, comprensiva. En todo el harén no había otra mujer igual a ella y ésa era, indudablemente, la razón por la que él se había enamorado perdidamente de ella. Y desde que reconoció su gran amor por Sheelah, no había vuelto a comprar ninguna mujer nueva para su harén.

Entonces, ¿por qué había cambiado de opinión súbitamente? ¿Era sólo por el desasosiego que le causaba el confinamiento tan prolongado en el palacio, o por algún otro motivo?

Era posible que Haji lo supiera, pero ella lo dudaba. Jamil era muy reservado y discreto en lo relativo a sus sentimientos. El único en quien confiaba plenamente era en su gran visir, y Omar Hassan jamás revelaba nada sin la autorización expresa de Jamil. Rahine temía ahora que la única explicación fuera que los sentimientos de su hijo por la adorada Sheelah ya no fueran los mismos. Tenía la esperanza de que no fuera así. Tal vez debiera hablar con Sheelah primero antes de conocer a la nueva esclava.

Chantelle devoró la comida que acababan de traerle. Apenas había tocado la comida que habían dejado allí por la noche y la bandeja había desaparecido misteriosamente antes del amanecer. No había cerraduras en las puertas. En realidad, no había ni una sola puerta. Eso no le gustaba en absoluto, y menos que personas desconocidas pudieran entrar en su cuarto cuando estaba dormida.

Hakeem le había advertido que algunas concubinas podían ser muy peligrosas, que los celos y la cruel rivalidad que existía en todos los harenes eran fuertes motivaciones, y las lesiones, agravios y hasta asesinatos, los resultados comunes. Y ella tenía que admitir que por más aborrecible que encontrara a Jamil Reshid, era probable que sus muchas mujeres no opinaran lo mismo. Era casi seguro que existía una gran competencia entre todas las habitantes del harén, menos ella.

Pero ¿le creería alguien por más que insistiera en que no deseaba nada de Jamil, o la verían siempre como una rival más? Dios, esperaba que no. Iba a tener suficientes dificultades en las próximas semanas sin tener que enemistarse con las de su propio sexo.

-¡Shahar! ¿Cómo te atreves a no asumir una actitud de reverencia y sumisión cuando te hallas en presencia de Lalla Rahine?

La cabeza de Chantelle se alzó bruscamente al oír la primera palabra, ese nombre que le habían dado y que tanto detestaba. Se vio frente a dos mujeres que estaban de pie en el vano de la puerta, una irritada, la otra con una expresión idéntica a la de su hijo, inescrutable.

-Podría haberla asumido si tan siquiera me hubieseis dicho que estabais ahí -se disculpó Chantelle con marcada calma, pero arruinó el efecto al agregar-: ¿Vosotras no tenéis la costumbre de llamar a las puertas?

Vio cómo se azoraba Safiye. La mujer estaba tan enfadada que no pudo hablar durante un momento, y la madre de Jamil la despidió antes de que pudiera, salvando a Chantelle de lo que creía podría ser un buen tirón de orejas o algo peor.

-No es aconsejable provocar la hostilidad de tu guardiana en ninguna circunstancia.

Chantelle se puso de pie para estar en un nivel más parejo con la dama. No funcionó. Lalla Rahine era tan alta, si no más, que la princesa africana. También era una mujer de extremado buen aspecto para sus años, y debía de tener cuarenta y cinco, por lo menos, para tener un hijo de la edad de Jamil. Y no aparentaba más de treinta. Realmente era increíble. Y esos ojos, iguales a los de su hijo, de un color verde esmeralda oscuro bordeados por largas y espesas pestañas, pero sin el *kohl* que había visto en todas las demás mujeres del harén, hasta en los ojos de las siervas.

También existía una ligera semejanza en los altos pómulos marcados, en la barbilla firme que sugería determinación, en la misma curva de las cejas, aunque las de Rahine eran doradas, pero bastante más oscuras que las de Chantelle. ¿Sería rubia? Era imposible saberlo, pues llevaba el cabello recogido debajo de un magnífico turbante de seda azul intenso que, además, lucía una fortuna en sartas de diamantes que colgaban sueltas en un lado. La hacía parecer también mucho más alta y majestuosa. Era una mujer elegante, alta y esbelta, otra característica que tenía en común con su hijo.

Librodot

Vestía un manto de rico brocado forrado de piel sobre un caftán de seda brillante azul y blanca con tres fantásticos collares de diamantes de diferente largo alrededor del cuello. El atuendo ceñido a la cintura desmentía la teoría de que todas las mujeres en el harén tendían a la obesidad. Más diamantes brillaban en las muñecas, en los dedos, en las orejas. Chantelle rehusó mirarle los pies para ver si también ahí llevaba diamantes.

Teniendo todo esto en consideración, ella debió haberse sentido intimidada. Se habría sentido así si Rahine hubiese reaccionado como Safiye, pero no lo hizo. Su tono de voz era sereno, tan inexpresivo como su semblante.

-¿Eso es lo que ella es para mí? -preguntó Chantelle- ¿Mi guardiana?

-Es una forma de hablar.

-¿Y usted?

-Yo soy la madre de Jamil Reshid. Chantelle agitó una mano en el aire, impaciente.

-No, no me refería a eso.

-Si lo que deseas saber es cuánto poder tengo, querida mía, es absoluto. Yo gobierno todo el harén, de común acuerdo con Haji Agha, desde luego. Las esposas de mi hijo, sus favoritas, todas sus mujeres, están, en última instancia, bajo mi custodia.

Safiye ya le había explicado a Chantelle que Rahine era todopoderosa. Supuso que lo que había querido que le aclararan era el significado de «bajo mi custodia». Safiye podría ser su guardiana, pero Rahine tendría siempre la última palabra en todo aquello que fuera importante. Era natural que Safiye le sugiriera que se ganara su amistad.

Pero Chantelle no podía imaginarse tratando de ganarse su amistad. Lalla Rahine parecía tan fría como su hijo. Los dos estaban cortados por el mismo patrón. Y si él era un ser cruel y desalmado, ¿cómo sería su madre que lo había criado?

Mientras Chantelle estaba pensando esto, Rahine la estudiaba de la cabeza a los pies, y lo que veía la confundía aún más. Era posible que no estuviera muy cerca de su hijo, pero conocía sus gustos en cuanto a mujeres más que nadie en el palacio, y esta joven no poseía nada que pudiera atraerle. No era más que piel y huesos. Tenía las mejillas hundidas y el vientre también. Por Alá misericordioso, ¿estaría enferma esta muchacha? Y era rubia. No había ni una sola rubia entre todas sus mujeres, y no por falta de disponibilidad. Jamil prefería las pelirrojas, pero cualquier color era aceptable, mientras no fuera rubio. Cada una de las tres rubias que Rahine le había comprado en estos años había sido rápidamente regalada a otro. Y ella sabía por qué. Le dolía terriblemente, pero no podía negarlo. Aborrecía a las rubias porque ella misma era rubia.

Estaba más confundida ahora por esta muchacha de lo que había estado antes de conocerla. Sheelah no había podido brindarle ninguna pista. Fuera del hecho de que Jamil no había dormido con ella recientemente, debido al gran desasosiego que le atormentaba por las noches, su afecto por ella no se había alterado en absoluto. Entonces ¿por qué había elegido a esa joven? ¿O no era para él?

Rahine se habría golpeado la frente con la mano si hubiese estado sola. ¡Por supuesto! La muchacha estaría destinada a ser un obsequio para alguien, quizá hasta para ser incluida en el tributo anual al sultán. Eso lo explicaría todo.

Cuando se aclaró su confusión, Rahine empezó a vislumbrar algunas posibilidades en la jovencita. Poseía facciones exquisitas. Eso era innegable. Buena estructura ósea, gracia en sus movimientos, un cierto orgullo en su porte airoso que la mantenía erguida aun en la adversidad, pero eso no era malo. Y con una dieta estricta se realzaría su silueta, la haría realmente deseable. Las rubias eran muy apreciadas por los hombres de estas latitudes. Sí, ella podría convertirse en una verdadera belleza tanto de rostro como de cuerpo, un regalo digno de un sultán.

-Eres inglesa, ¿verdad? -le preguntó Rahine de repente.

Librodot

-Y yo que pensaba que mi francés era excelente. Rahine no tuvo más remedio que sonreír.

-Tu ingenio es estimulante, criatura, pero ten mucho cuidado con quien lo empleas. Pocos musulmanes poseen un sentido del humor para entender o apreciar lo que raya en la impertinencia.

Era la regañina más sutil que había oído.

-Lo tendré bien presente.

-Me alegro. Ahora Safiye te proporcionará una sirvienta personal, y tendrás también un tutor para comenzar tu instrucción. No obstante, sugeriría que primero te disculparas con Safiye, o es muy probable que busque la esclava más haragana de todo el harén para que te sirva. Entrégale esto. -Rahine metió la mano en un bolsillo y extrajo una bolsa pequeña llena de monedas-. Unas cuantas monedas deben apaciguar el enfado que tiene contigo ahora. Guarda el resto para cuando las necesites otra vez.

-¿Un soborno?

-El soborno aquí es un modo de vida que ha existido desde hace tanto tiempo que el imperio no puede funcionar sin él. No es diferente en un harén, aunque nosotras lo consideramos como el «regalo forzoso». No visitas a alguien sin llevarle un pequeño recuerdo. Si deseas que hagan algo por ti, debes pagar por ello.

-Entonces, ¿cómo puedo encargarme de conseguir una puerta sólida con una cerradura para remplazar esas cortinas?

Rahine sonrió, un acontecimiento notable, aunque Chante-lle no lo sabía. Casi deseó que esta inglesita se quedara en el harén. Había otra inglesa más aquí, pero carecía de ese ingenio fresco y mordaz que tantos recuerdos traía a su memoria.

-No puedes, querida mía, al menos no en este patio. Sólo en el patio de las favoritas encontrarás puertas con cerraduras, pues se han ganado el privilegio de tener un poco de privacidad.

Y todavía seguían pagando por él, con sus cuerpos. Chante-lle tendría que resignarse a no tener puerta. No tenía objeto enemistarse con esta mujer haciéndole saber que aborrecía este lugar, o a su hijo, al menos hasta que no fuera absolutamente necesario.

CAPÍTULO XXI

-¡No lo creo! -estalló Rahine.

Se levantó y empezó a pasearse por el saloncito donde el eunuco negro en jefe tomaba siempre su café, uno de los numerosos cuartos con que contaba su apartamento, situado cerca de la puerta del harén. Pero era un cuarto reducido que no había sido construido para pasearse de un lado a otro con tanta agitación. El piso de mármol era pulido y resbaladizo, y el diván bajo junto con la mesa redonda también baja, ocupaban la mayor parte del espacio.

Ella renunció a descargar su sorpresa de esta forma cuando su espinilla dio de lleno contra la mesita y derramó el café sobre la bandeja de pasteles de nueces y miel que no habían sido probados, próxima a su pipa. No hizo ningún comentario cuando ella se sentó de nuevo en el diván junto a él, aunque esta exhibición de sus sentimentos era impropio en ella.

-¿Y bien? -exigió Rahine-. ¡Dime que no te he entendido bien!

Librodot

Haji sonrió. Este era el fuego de la joven Rahine, a quien él había protegido y brindado su amistad hacía más de treinta años, no el dominio sereno e inalterable de la mujer más poderosa de Barikah.

-Dudo que me hayas entendido mal, Rahine. Jamil desea que el tiempo de instrucción de esta joven sea reducido a la mitad. La quiere preparada para él en cuanto sea posible.

- Todavía no lo creo -replicó ella, pero con menos convicción esta vez.

- ¿Pensabas que no era para él?

Rahine hizo una mueca.

-Eso es exactamente lo que pensé después de verla por mí misma ¿No te pasó lo mismo al principio?

Haji se encogió de hombros y estiró el brazo para tomar el largo cañón de su narguile.

-Tal vez -admitió-. Pero él me llamó temprano esta mañana. Ni siquiera confió la orden a un mensajero.

Rahine se recostó sobre los almohadones con las borlas plateadas.

-No lo entiendo, Haji. ¿Ese cabello tan brillante me cegó impidiéndome ver algo especial en esa muchacha?

-Está desnutrida, eso es todo. Una buena cantidad de pan empapado en almíbar remediará eso en poco tiempo.

-A mí me gustó muchísimo -reflexionó Rahine-. Posee el ingenio sardónico de la aristocracia inglesa que me trajo tantos recuerdos... pero tú sabes a qué me refiero.

Le clavó la mirada de sus ojos esmeralda.

-Ella es rubia, es delgaducha...

-Y él le disgusta a ella.

-¿Cómo?

-Es verdad. -Haji rió entre dientes-. Puede que al principio ella le encontrara atractivo, pero eso fue antes de que una de las otras muchachas fuera tan imprudente como para escupirle. Después de ver el castigo que siguió, Shahar sintió verdadera repugnancia por Jamil. Le dijo con la mayor franqueza que no quería que él fuera su dueño. Le pidió que la enviara de regreso a la casa del mercader de esclavos.

-¿Y cómo reaccionó él?

-Estaba intrigado, supongo.

-¡Entonces es eso! Nunca se había enfrentado a una mujer que no se enamorara instantáneamente de él. Ella no es más que un desafío.

-No sé -dijo Haji, pensativo-. Por algún motivo él estuvo muy paciente con ella. Le permitió argumentar con él y le habló largamente. Hasta le concedió dos peticiones que hizo. Pero a sus ojos no asomaba siquiera una chispa de ardor mientras la miraba. Era evidente que la tercera muchacha le resultaba más apetecible, sin embargo escogió a la rubia.

-¿Y ahora está impaciente por tenerla?

-No tan impaciente, Rahine. No noté eso. Hasta tuve que recordarle que había enviado a por mí. Por un momento no recordaba la razón por la que lo había hecho. Y cuando lo hizo, me dio la orden escueta con absoluta frialdad y reanudó la discusión que mantenía con Omar.

-Muy bien. -Rahine suspiró dándose por vencida-. Así que no hemos de saber por qué la desea o qué ve de especial en ella. Esta jovencita le distraerá una o dos noches a lo sumo.

-Ella es diferente de las otras -advirtió Haji.

-Lo sé.

-Esa joven es muy terca y nos hará la vida imposible.

-¡Eso también lo sé! -replicó Rahine, irritada-. ¿Por qué crees que estoy tan alterada. Pienso en todas las molestias y problemas que causará y todo por un capricho pasajero.

-Quizá ha llegado a la conclusión de que es ridículo poner un límite al número de sus mujeres -sugirió Haji.

-¿Te parece? -preguntó Rahine, esperanzada, pero al segundo se dio por vencida-. Ah, Haji, ¿qué más da? Nuestro deber es complacerlo y brindarle placer. Desee lo que desee, cualquiera que sea la razón lo tendrá.

En el mismo momento en que Rahine se lamentaba por las posibles molestias que causaría la joven, los problemas ya habían comenzado. Safiye, después del generoso regalo que le había dado Chantelle, decidió ser magnánima con la jovencita y llevarla a los baños esa mañana antes de que estuvieran atestados de mujeres. Consideró que Chantelle apreciaría un poco de intimidad mientras se acostumbraba al ritual de los baños, en lugar de tener que soportar la curiosidad de docenas y docenas de ojos observando cada uno de sus movimientos.

Y Chantelle se mostró agradecida cuando supo que ese día sería una excepción y que desde el siguiente tendría que concurrir a los baños por la tarde junto con las demás mujeres.

-Pero llegarás a disfrutarlo cuando pierdas tu recato. Muchas de las mujeres pasan toda la tarde en los baños y hasta cenan allí.

Al llegar, Chantelle comprendió por qué las mujeres se resistían a abandonar el lugar. El *hammam* del harén no se parecía en nada a la única habitación espaciosa que se utilizaba para bañarse en el *baguio* de Hamid Sharif. Era un sitio apacible e inmenso, con incontables cuartos todos comunicados entre sí. Había cuartos de vapor, cuartos con duchas de agua fría y caliente, cuartos con piscinas de agua fría, y cuartos de masajes.

La primera habitación, pasando el vestíbulo donde tuvo que dejar toda la ropa, era la más espaciosa de todas. Era octogonal, con altísimo techo abovedado en forma de cúpula y cientos de diminutas aberturas por las que se filtraba la luz solar transformada en largas y finas barras de oro dirigidas en todas direcciones, y que al chocar contra las paredes recubiertas de brillantes azulejos verdes producían la sensación de estar sumergidos en el agua. Era aquí donde se reunían las concubinas para chismorrear mientras sus esclavas se afanaban por embellecerlas. Allí se sentaban sobre tapetes turcos que habían llevado con ellas o sobre fríos bancos de mármol, o se acostaban sobre la gran losa redonda de mármol en el centro de la habitación que recibía calor desde abajo.

Sin embargo, ella no había de quedarse en esta habitación. Safiye la había entregado al cuidado de cuatro asistentes de los baños y éstas la guiaron hasta uno de los cuartos más pequeños, donde la lavaron minuciosamente, esta vez con un jabón abrasivo, hasta que la piel le ardió. Ella permaneció allí sin quejarse y las dejó hacer, principalmente porque se sintió mortificada cuando ellas insistieron en bañarla sin que ella interviniera.

Ni siquiera objetó con demasiado ardor cuando le depilaron todo el vello del cuerpo con una sustancia especial. Todas las mujeres pasaban por el mismo procedimiento, le informaron. ¿Esperaba ella ser diferente?

No, por supuesto que no. Ella quería ser igual a todas, no diferenciarse en nada, perderse entre ellas para pasar inadvertida y ser olvidada. Y si se hubiesen detenido allí, todo habría salido bien, y habría terminado su proceso de purificación. Pero no se conformaron con quitarle el vello suave y rubio que le cubría todo el cuerpo, y Chantelle armó un escándalo cuando mostraron la intención de arrancarle todas las hebras rizadas que le cubrían el pubis.

Cuando Safiye llegó, después de ser llamada con urgencia, encontró a Chantelle arrinconada contra una pared sosteniendo 'el pote con cera caliente en una mano y en la otra el brasero con carbones encendidos que habían usado para calentarlo.

-¿Quieres decirme qué ganarás con esto? -exigió Safiye-. Yo sólo tengo que llamar a uno o dos eunucos para que te dominen y obedezcas.

Librodot

-Ellas no quieren dejarme en paz -replicó Chantelle, furiosa, lanzando miradas feroces a las nerviosas esclavas que habían rehusado escuchar sus objeciones.

-¿Así que piensas quemarlas?

-Haré lo que sea necesario, señora.

La réplica tan serena hizo que Safiye barbotara:

-¡Estás loca! ¡Loca! ¿Qué crees que estás protegiendo, niña estúpida? ¡Se te quitará el vello, no el himen! Chantelle se sonrojó, pero no cedió.

-Ya les he permitido quitarme suficiente vello del cuerpo. Nada más.

-Eso no depende de ti. ¡Tu cuerpo ya no te pertenece, y el vello del pubis es pecaminoso! Debe de...

-¿Quién lo dice? -exigió Chantelle-. Mi cuerpo es como Dios quiso que fuera, entonces ¿cómo puede ser pecaminoso algo que crece en él?

-Ese es un argumento muy bueno -dijo Lalla Rahine con voz serena desde el vano de la puerta. Había llegado sin ser advertida por nadie-. Y cuando aprendas nuestras costumbres, Shahar, también verás nuestro punto de vista. Pero no ahora, es innecesaria toda esta agitación y disputa por bagatelas.

Luego frunció el ceño, añadiendo en tono de reproche:

-Te has quemado las manos, ¿no es así? -Chasqueó los dedos y una esclava corrió en busca de un ungüento-. Vamos, Shahar, deja en el suelo esas cosas y déjanos atender tus quemaduras antes de que salgan ampollas.

Chantelle casi no había sentido el ardor en los dedos.

-No me arrancarán más vello del cuerpo -insistió con obstinación.

-No, no lo harán. Terminarás tu baño y regresarás a tu cuarto, donde comenzará tu instrucción.

-Pero... -empezó a decir Safiye, pero fue inmediatamente silenciada por una mirada penetrante de los ojos de esmeralda.

Cuando se calmó todo el alboroto, Chantelle se dio cuenta de que había estado allí completamente desnuda con dos armas ridiculas, por lo inservibles, en las manos.

-¿Podría ponerme un manto o algo por el estilo...?

-Desde luego, querida mía. -Rahine hizo un leve gesto con la mano y otra esclava fue corriendo por un manto-. Pero debes de olvidar por todos los medios ese molesto recato que te han inculcado, especialmente aquí en el *hammam,* donde la mayoría de las odaliscas se pasan la tarde tumbadas completamente desnudas. Vete ahora con las asistentes y deja que terminen su tarea.

En cuanto Chantelle fue llevada a otra habitación, el tono de Rahine cambió a uno de frío disgusto al enfrentarse a Safiye.

-¡Eres una necia! Hay tiempo de sobra para encargarse de estas cosas antes de que sea llamada a la cama de mi hijo, y bastante tiempo para que se adapte a los cambios que se esperan de ella. No tenía objeto hacer que llegara a molestarse y trastornarse tanto como para sentir que debía combatirnos. En el futuro, si ella se resiste a algo, notifícamelo y déjalo en mis manos.

Y salió majestuosamente de la habitación sin permitirle a Safiye ninguna defensa.

CAPÍTULO XXII

-Bien, ¿qué te parece? -preguntó Adamma.

Chantelle tomó el espejo de mano y se estudió el rostro pensativamente. No se sorprendió demasiado de no poder reconocerse casi, debajo de tantos cosméticos. Era el *kohl* que delineaba sus ojos lo que le daba una apariencia tan exótica y al que le llevaría mucho tiempo acostumbrarse.

-Parece como si alguien me hubiese dado puñetazos en ambos ojos.

Adamma soltó una risita nerviosa. í -Es verdad, ¿no es así? Eres demasiado rubia y blanca. Creo que todo lo que necesitas es una línea muy fina, sí, lo suficiente para enfatizar tus ojos.

Chantelle prefería que no le pusiera nada.

-¿Para qué se necesita todo esto?

-Deseas ser hermosa, ¿no es verdad?

-No, no lo quiero en absoluto.

-Pero todas las mujeres quieren embellecerse.

-Yo no soy como todas las mujeres, Adamma -respondió Chantelle con suma paciencia.

-Ah, ya veo. Deseas ser diferente, destacarte...

-No -la interrumpió Chantelle apresuradamente, eso era lo último que deseaba-. Sigue adelante y haz lo que debas.

Adamma sonrió satisfecha, pensando que había ganado. Chantelle dejó que pensara lo que quisiera. Ya había descubierto que no era fácil discutir con Adamma. La jovencita era demasiado alegre y plácida. Nada la perturbaba.

Le habían asignado a Adamma esa misma mañana antes del desafortunado incidente en los baños. Era experta en la aplica ción de cosméticos, o así lo afirmaba. Su madre era una esclava nigeriana que trabajaba en las cocinas. Su padre era uno de los guardias del palacio, aunque ni su madre ni ella sabían exactamente cuál de ellos era. No era sorprendente que eso no molestara a la joven. Sólo era otra de las muchas diferencias que existían entre sus puntos de vista y a las que le llevaría tiempo acostumbrarse.

Era bonita, con la tez de un tono exótico y delicadas facciones. Podría no conocer a su padre, pero él tenía que haber sido de piel bastante blanca para legar a la niña africana ese color dorado de la piel y los ojos ambarinos. Y era dulce, complaciente, y se mostraba extasiada con su nueva posición. A Chantelle le había caído en gracia de inmediato.

Adamma había trabajado antes en el *hammam* cumpliendo las tareas de criada, corriendo de los baños a las cocinas y de vuelta a los baños con refrescos para las concubinas que pasaban allí la mayor parte del día holgazaneando. Quizás eso explicaba por qué su cuerpecito era tan flaco y desgarbado todavía a pesar de sus dieciséis años. Chantelle, seguramente, no la haría trajinar de ese modo, pero ésa no era la única razón por la que Adamma estaba tan encantada de pertenecerle ahora. Ser la esclava personal de una de las concubinas del rey era una posición muy codiciada por las esclavas que no eran tan afortunadas como para ser llamadas a compartir la cama del amo.

Todo esto le había explicado Adamma a Chantelle mientras le aplicaba los cosméticos. Por su lado, Chantelle consideró que Adamma era mucho más afortunada por no tener que compartir el lecho del dey, pero no se lo dijo. Jamás entendería esta jovencita que ella preferiría mucho más ser una simple sirvienta, así que no tenía objeto tratar de explicárselo.

Adamma acababa de limpiarle casi todo el *kohl* que bordeaba los ojos de Chantelle, cuando entró otra jovencita a su cuarto. Sin embargo, ésta no era una sirvienta, o así lo daban

a entender su vestimenta y sus joyas. Chantelle se fastidió de inmediato por el hecho de que hubiera entrado directamente sin pedir permiso para hacerlo.

-Estoy aquí para explicarte qué es el sexo.

-Debes estar bromeando -replicó Chantelle, tajante, pues la muchacha parecía mucho más joven que ella.

-Esto es normal, Lalla -dijo Adamma con voz aflautada-. Ella te explicará todo lo referente a las relaciones sexuales.

Chantelle frunció el ceño al verla sentada allí esperando ávidamente que empezara la instrucción. Podría ser que Chantelle tuviera que escuchar esta información escandalosa, pero una virgen de dieciséis años no debía hacerlo.

-Puedes irte, Adamma.

-Pero...

-¡Vete!

Chantelle lamentó instantáneamente el tono que había usado con la niña pues ésta se escabulló fuera del cuarto tan de prisa y con una expresión tan compungida que ni siquiera le dio tiempo para explicarle que no estaba enfadada con ella, sino con esta lección que tendría que soportar. Se disculparía más tarde. No iba a tener una sirvienta viviendo con el miedo constante de disgustar a su ama como les pasaba a todas las esclavas en el palacio. Cuando el resultado de tal disgusto podía ser la muerte, este miedo era comprensible, pero Adamma aprendería que ése era un miedo que no necesitaba tener más, al menos mientras le perteneciera.

Volvió su atención a la muchacha que se había desplomado sobre los almohadones del otro lado de la mesa baja. Varias ajorcas tintinearon en la muñeca de la joven cuando extendió el brazo para tomar una confitura de la bandeja que había traído Adamma un rato antes. Actuaba con un insufrible aire de superioridad y condescendencia que era aún más evidente en el gesto petulante de la boca de labios blandos y carnosos. Tenía una figura redondeada y corpulenta que estaba más cerca de la obesidad que de otra cosa, con senos grandes y pesados, muslos gruesos, caderas redondas y cintura ancha. Chantelle encontró divertido que esta figura se considerara deseable y casi perfecta en estas tierras. Safiye ya le había advertido que no albergara ninguna esperanza de ser llamada a la cama del rey hasta que ganara un poco más de peso.

Naturalmente, Chantelle no había tocado ni una sola de las confituras con que Adamma había tratado de tentarla. Sabía que había perdido bastante peso desde que comenzara su calvario, y tenía intención de recuperar lo que había perdido, pero ni un solo gramo más. La clave para ello era el ejercicio, y se lanzaría de lleno a practicarlo todas las noches cuando estuviera al fin sola. Dejaría que se preguntaran, con asombro, por qué no surtía efecto la dieta rica en grasas y dulces que habían planeado para ella. Mantendría en secreto sus ejercicios y seguiría teniendo la silueta esbelta que le impediría ser llevada a la presencia del dey.

-Me estabas esperando, ¿no es verdad?

-Supongo que sí -respondió Chantelle con un suspiro. Cuanto antes terminara eso, mejor.

-Me llamo Vashti -se presentó, añadiendo con altanería-:

Significa «la hermosa».

Y lo era, tuvo que admitir Chantelle, pero la actitud de esta muchachita la estaba sacando de quicio.

-Qué bonito.

Vashti se encogió de hombros con indiferencia, confundiendo el sarcasmo con un cumplido, pero nada lograría congraciar a esta inglesa con ella. Ya la despreciaba desde antes de conocerla porque había sido comprada por el rey en persona, mientras que a ella la había

adquirido la madre del rey y sólo había disfrutado de la cama del amo una sola vez en todos estos ocho meses que había estado en el harén. Tenía celos de sus esposas, de sus favoritas, y de esta recién venida que era la causa de tantas especulaciones y agitación en el harén.

La embargaba un profundo resentimiento por haber sido elegida para esta tarea de instruir a la virgen acerca de lo que debía esperar en el lecho del dey. Ella misma necesitaba más instrucción porque, obviamente, no había complacido a Jamil lo suficiente como para ser llamada otra vez, pero ¿había tenido Safiye eso en consideración? No. Simplemente le había ordenado en tono airado que le dijera a la perra inglesa de qué se trataba. Muy bien, se lo diría, y tenía la esperanza de atemorizarla al extremo de ponerla enferma con anticipación al acto sexual, como le había pasado a ella, Vashti, después de que ese malévolo Yasmeen, su propio tutor, le hiciera creer que el sexo era tan horrible y doloroso.

Vashti sonrió complacida consigo misma al pensar en ello. Lo que no sabía era que su propia falta de experiencia era lo que había inducido a Safiye a elegirla para esta tarea: la mujer mayor estaba furiosa con Shahar después de lo sucedido en el *hammam* y el desaire que había recibido de Rahine por su culpa. Si no le hubiese asignado a Adamma esa mañana, le habría asignado la esclava más holgazana e inútil que pudiera encontrar. Vashti era lo mejor después de esto, ya que sus horribles celos y su despecho atroz eran bien conocidos.

CAPÍTULO XXIII

En cuanto Derek entró en su nueva alcoba, se arrancó de un tirón el pesado turbante y lo arrojó a un lado antes de quitarse el caftán recargado de joyas. Omar, que le seguía, sonrió al verlo despojarse con tanto fastidio de la desacostumbrada vestimenta inherente al papel que finalmente había asumido.

-Ha sido una distracción coronada por el éxito, ¿no estás de acuerdo? -observó Omar.

-¡No me digas! -resopló Derek-. Para alguien que argumentó en su contra en voz tan alta y por tanto tiempo como tú lo hiciste, ahora pareces extremadamente satisfecho.

La distracción había sido idea de Derek, y Jamil la había apoyado, aunque Omar se opusiera con todas sus fuerzas. Pero había funcionado espléndidamente, con Derek presentándose en el patio exterior como Jarnil, al parecer para examinar la nueva pareja de caballos pura sangre y permaneciendo allí bastante tiempo para atraer la atención de todos los presentes, para que Jamil, vestido con el mismo albornoz que había usado Derek al entrar al palacio la primera vez, pudiera escabullirse por la puerta principal sin que nadie lo advirtiera.

Todo lo que se necesitaba era que Derek se mostrara en público para ser el centro de atención de todos los presentes, puesto que hacía meses que Jamil no se dejaba ver. Pero Derek había ido más lejos aún, montando el semental blanco y pasando casi una hora poniéndolo a prueba y dándole ocasión de mostrar lo que valía, para deleite de la muchedumbre asombrada, y así darle a Jamil tiempo de sobra para alcanzar el puerto y el barco que le llevaría a Estambul. Pero esto también había brindado a cualquier asesino en potencia la oportunidad para matarle, si alguien era tan fanático como para intentarlo con tantos guardias en el lugar. Pero no había habido nadie tan fanático como para llevar a cabo semejante cosa y a Omar no le había quedado nada de qué quejarse.

Pero sí se sonrojó levemente al recordársele que sus predicciones habían resultado erradas, y se defendió:

-Era peligroso, y todavía digo que podría haberse montado otra distracción sin que estuvieras involucrado en ella.

-Sí, pero ésta ha servido para más de un propósito. Jamil ha salido del palacio sin dificultad, el público ha visto bien y durante largo tiempo la cara sin barba del dey, y los asesinos tienen la prueba de que su blanco todavía está aquí. Además, ha asegurado que ninguno siguiera a Jamil, lo cual era una posibilidad muy firme si yo no me hubiese exhibido como lo he hecho para distraerlos.

-Es verdad, es verdad, todo es verdad -dijo el gran visir soltando un suspiro.

-Y, Omar...

-¿Sí?

-Me he divertido muchísimo. Esta vez Omar resopló.

-Esperemos que encuentres formas de divertirte menos peligrosas en los días venideros.

-Oh, ésa es mi intención. -Derek sonrió-. Empezando inmediatamente. ¿Has dicho que no tengo nada importante que atender hoy?

-Nada que requiera tu presencia.

-Me alegro. Entonces, ¿envío por Haji Agha, o servirá un mensajero para traerme a Shahar ahora mismo? Omar quedó boquiabierto.

-¿Ahora?

-¿Sucede algo malo con la hora? -quiso saber Derek.

-No, por supuesto que no, pero... ella no estará preparada para ti tan pronto, Kasim. Sabes bien lo prolongado que es el período de instrucción.

-No me importa -insistió Derek-. A diferencia de Jamil, yo estoy acostumbrado a las mujeres inexpertas.

-Pero ella sólo ha estado aquí cuatro días...

-¿Fue comprada para mí o no, Omar? Omar se encogió al oír la brusquedad del tono, tan parecido al que empleaba Jamil en estos últimos tiempos.

-Sabes de sobra que es así.

-Y si la quiero hoy, ahora mismo, ¿por qué debo esperar? Existían numerosas razones para desaconsejar semejante paso, pero Omar percibió que Kasim no deseaba oírlas. Omar no podía acordarse de la última vez que había estado él tan impaciente por una mujer. No podía recordar haber estado alguna vez tan impaciente como Kasim por esta jovencita. Pero por otra parte, él ya no era ni tan joven ni tan vigoroso y sensual, ni se había privado, deliberadamente, de una compañera en la cama estas últimas cuatro noches, como sabía que había hecho Kasim imprudentemente. Aun así, consideró conveniente señalarle:

-Hay docenas de mujeres para elegir...

-Omar.

El viejo se dio por vencido.

-Entonces será mejor que mandes llamar a Haji Agha. Esta particular llamada a tu presencia jamás sería creída si saliera de otros labios que de los de Haji Agha.

Haji Agha no se había movido con tanta rapidez en veinte años. Inmediatamente, había dicho Jamil. ¿Cómo interpretar «inmediatamente»? ¿Había tiempo para vestir a la joven adecuadamente? Imploró a Alá que la joven ya estuviera bañada. Pero eran las últimas horas de la tarde, así que el baño era, o así lo esperaba, la menor de sus preocupaciones.

Irrumpió en el apartamento de Rahine tan falto de resuello que le tomó varios segundos recuperarlo y poder hablar.

-El la desea ahora.

-¿A quién?

-Shahar.

-¿Qué dices?

-No hay tiempo para especulaciones, Rahine. Ha dicho inmediatamente.

Rahine abrió la boca para discutir, pero la palabra «inmediatamente» la hizo cambiar de opinión. Jamil nunca había exigido que una concubina fuera a su presencia inmediatamente.

Respiró profundamente para serenarse, luego se volvió a las mujeres que la rodeaban.

-Ya habéis oído a Haji Agha. No hay tiempo que perder. Kalila, ve a la dueña del vestuario. Dile que te dé algo color lavanda para armonizar con los ojos de Shahar. Saril, tríeme uno de mis cofres de joyas, el que contiene las perlas, creo. Orna, mis aceites perfumados, de prisa. Vamos, Haji.

El viejo sonrió mientras la seguía.

-Lo estás tomando muy bien, Rahine. Ella pasó por alto el comentario.

-¿Al menos has intentado decirle que ella no estaba preparada aún?

-Desde luego.

Y no obstante él había dicho inmediatamente, no lo podía creer.

-Pero ¿por qué la prisa? A ella se le negará el ritual preparatorio que es tan importante para su amor propio. Ser la elegida es un honor...

-¿Crees sinceramente que ella lo considerará como tal? Rahine se paró en seco, empalideciendo.

-Que Alá nos ayude, ¿qué pasará si ella se resiste?

-Eso es más que seguro.

-Debí haberle hablado yo misma, debí haberle advertido lo que podría suceder si le disgusta.

Haji siguió caminando, y dijo por encima de su hombro:

-El ha mandado a buscarla antes de que esté preparada, Rahine. Tendrá que tener eso en cuenta y ser muy paciente con ella.

Rahine apretó el paso para alcanzarle.

-Pero... ¿lo será? Sabes lo irascible que ha estado...

-Por eso mismo no tenemos tiempo para esta especulación. Solamente tenemos tiempo para vestirla de manera apropiada.

Después de una breve averiguación sobre el paradero de Shahar en esos momentos, encaminaron sus pasos al *hammam.* Gracias a Alá por los pequeños favores. Pero ahora Rahine recordó que Shahar aún conservaba el vello del pubis. Decidió no mencionarle a Haji este hecho realmente aterrador, ya que ahora no se podría hacer nada al respecto. Era absolutamente imposible saber cómo reaccionaría Jamil, pero por otra parte, tendría que aceptarla tal cual estaba, ya que no les había dado tiempo para su preparación.

Rahine suspiró interiormente. Ni siquiera podía enojarse con Jamil por romper la tradición debido a esta inaudita impaciencia por su parte. Vivía acosado por las tensiones. No era el mismo, y no lo había sido durante meses. Si Shahar pudiera distraerle la mente de todos sus problemas durante un tiempo, Rahine le estaría agradecida. Pero lo que más temía era que esta muchacha tan particular y extraña aumentara las frustraciones de su hijo en lugar de apaciguarlas.

La encontraron tumbada sobre un banco de mármol en la cámara principal del *hammam.* Tenía la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados y los ojos cerrados. La esclava que le había sido asignada para servirla estaba a su lado, arrodillada, cepillándole la larga y lujuriosa cabellera de platino que se derramaba sobre la espalda y las caderas. Si Jamil pudiese verla así, no podría ponerle peros a pesar de su actitud tan hostil y levantisca, pues el caftán que la

cubría por entero y caía a ambos lados del banco hasta el suelo disimulaba su excesiva delgadez. Era la imagen misma de la sensualidad, con esa sonrisa soñadora curvándole los labios de líneas perfectas.

Ya le habían aplicado una ligera capa de cosméticos en el rostro, una capa muy liviana, observó Rahine, y se dio cuenta de que realzaba su belleza tan rubia. Tomó nota mentalmente para recompensar a la sierva por tenerla preparada aun cuando todavía estaba en el período de instrucción. Esa circunstancia había cambiado abruptamente. Ahora tenía que enfrentarse a la batalla que Rahine consideraba inevitable.

Chantelle abrió los ojos de golpe al oír murmullos de sorpresa a su alrededor y los saludos dichos precipitadamente dirigidos a la madre del rey y a su eunuco negro en jefe. Pero luego gimió al ver que la pareja se encaminaba directamente adonde ella estaba. ¿Qué pasaba ahora?, se preguntó irritada. ¿Se había quejado Vashti de su displicencia y mal humor? Pero ella no tenía la culpa en realidad, pues esa boba descarada y altanera le fastidiaba en extremo cada vez que se presentaba para las «lecciones en el arte del amor» que supuestamente debía darle.

Al incorporarse en el banco echó un rápido vistazo a la culpable en cuestión y vio a Vashti muy pagada de sí misma en lo que se suponía debía ser una postura provocativa, desnuda de la cintura para arriba, sus grandes senos como melones se veían grotescos con los pezones teñidos con alheña, como lo estaban los de muchas de las mujeres; ellas usaban alheña no sólo en los pezones sino también en manos y pies. Una mujer se había puesto el tinte rojo alrededor de la región del pubis sin vello. Al verla, Chantelle había tenido que pellizcarse para no echarse a reír por lo ridículo que quedaba.

La desnudez en los baños no era inusual, puesto que la mitad de las mujeres que estaban en ese momento en la habitación también estaban a medio vestir, y había alrededor de veinte concubinas presentes. Chantelle casi había conseguido no sentir tanta turbación ese día, así que suponía que era algo a lo que se estaba acostumbrando de prisa, aunque se negaba a caminar o tumbarse en tal estado de indecencia.

-Lalla Rahine, Haji Agha -los saludó Chantelle inclinando levemente la cabeza en señal del respeto debido-. ¿Me estabais buscando?

-¿Qué perfume tienes puesto? -preguntó abruptamente Rahine.

-Esencia de rosas.

-Yo habría preferido algo más sensual, pero está bien así, supongo. -Rahine despidió a Omar con un gesto cuando la esclava se acercaba corriendo con su propia caja de perfumes, y dirigió la siguiente pregunta a Adamma-. ¿La has bañado cuidadosamente hoy?

Adamma estaba en un estado de parálisis total y también de mudez por el hecho de ser interpelada por primera vez en su vida por Lalla Rahine en persona. Chantelle entrecerró los ojos al oír estas preguntas sin sentido. En cuanto le tocaba a ella, su limpieza era de su propia incumbencia y de nadie más. ¿Tenían que meterse en todo aquí?

La irritación la aguijoneó y después de haber oído nada más que alusiones al sexo durante estos últimos tres días, exclamó arrastrando las palabras:

-Caramba, Lalla, estoy tan limpia que se podría comer de mi cuerpo. ¿Es eso todo lo que deseaba saber?

Los labios de Rahine se crisparon con un esbozo de sonrisa a pesar de sí misma.

-Debes informarle a Jamil que tiene esa opción, Haji.

-El podría considerarla una experiencia única en su género -concordó el viejo eunuco con una sonrisa más evidente.

-Ahora, un minuto, por favor...- empezó a decir Chantelle, pero la distrajo otra sirvienta que corría hacia ella con los brazos cargados con la seda más diáfana y fina que había visto en su vida, en el más exquisito tono lavanda.

La tela fue depositada cuidadosamente sobre el banco al lado de ella, y entonces Chantelle descubrió que no era una tela simplemente, sino un producto terminado, un atuendo del mismo diseño de los que ella ya estaba acostumbrada a usar. Los pantalones de seda estaban jaspeados con hilos de plata que los hacían brillar al más mínimo movimiento. Y quedó boquiabierta al ver que la chaquetilla cortísima estaba guarnecida de amatistas en engastes de plata. También había velos transparentes en el mismo color, pero de gasa; una magnífica diadema de plata con perlas y amatistas mucho más grandes, para sostener los velos; y unas babuchas de raso con más piedras preciosas color púrpura.

Jamás hasta ahora había visto un atavío de tal magnificencia en ninguna de las mujeres del harén, un atavío digno de... la preferida del dey. Miró a Rahine, con horror, pero no advirtió nada en la expresión de la mujer mayor que pudiera atemorizarla. Además, le habían asegurado que no sería llamada a la presencia del rey hasta que no se completara su instrucción, y ésta apenas había comenzado. También le habían asegurado que no la llamaría hasta que no subiese un poco de peso, y a lo sumo había recuperado uno o dos kilos, lo suficiente como para que su rostro no se viera tan demacrado.

-¿Este traje es para mí? -preguntó a Rahine. No había escapado al ojo avizor de Rahine la fugaz expresión de horror de Shahar. Pero por otra parte, ella había estado esperando una batalla campal, sólo que era una batalla que Shahar no podía ganar.

Durante unos momentos, Rahine consideró seriamente la idea de mentirle a Shahar acerca del lugar adonde la llevarían. Eso le permitiría tenerla vestida más de prisa, llevarla hasta el aposento de Jamil sin incidentes, y también evitar que la jovencita la odiase, y se dio cuenta, no sin gran sorpresa, de que no quería que Shahar la odiase.

Rahine suspiró, sabía que sólo se estaba engañando. De ninguna manera podían dejar la inevitable batalla a las puertas de Jamil. Los resultados de una acción semejante afectarían a todos los que residían en el palacio, y eso era algo que ella no podía arriesgarse a hacer, aun cuando estuviera dispuesta a disgustar a su hijo, lo cual ni se le pasaba por la cabeza. Además, si le mentía a la joven, de todos modos se ganaría su odio tarde o temprano.

Pero al menos podrían hacerla vestir primero.

-¿Te gusta? -le preguntó Rahine con una sonrisa-. Supe que el color te sentaría bien en cuanto lo vi. Y pensé que merecías tener algo bonito ahora que te has establecido en el harén sin más alborotos.

Chantelle echó un vistazo a Haji, recelosa de esa afirmación inverosímil, pero cuando él no la refutó, le devolvió la sonrisa.

-Entonces, se lo agradezco. Es realmente adorable.

-Bien, entonces, ¿qué estás esperando? Ve a probártelo para que yo pueda ver cómo te queda. Mis mujeres te ayudarán.

-No -rechazó Chantelle, cortés pero firmemente-. Ahora -tengo a Adamma para asistirme.

Rahine miró a la jovencita que seguía arrodillada junto al banco.

-Muy bien, pero, Adamma, date mucha prisa -le advirtió Rahine añadiendo para beneficio de Shahar-, dispongo de escaso tiempo.

Si Chantelle no entendió, Adamma ciertamente lo hizo, y le tenía demasiado miedo a la madre del rey como para advertir a su ama por más que deseara hacerlo. Por ciertos comentarios de Shahar en estos últimos días, Adamma comprendía por qué Lalla Rahine evitaría la verdad hasta el último momento. Ni siquiera cuando se encontraron a solas en una de las pequeñas cámaras contiguas al salón principal para gozar de un poco de intimidad, se atrevió a comentarle algo; sólo rogaba en silencio, puesto que se daba cuenta de que Shahar iba a resistirse a lo que había llegado mucho antes del momento esperado.

Librodot

Estimulada por la advertencia de Rahine, Adamma cambió a Shahar en unos pocos minutos, después se quedó mirándola con el asombro pintado en el rostro. No podía creer cómo cambiaban la apariencia de la joven unas cuantas prendas finas hasta el punto de realzar de esa forma la belleza pálida de su ama.

-¿Tan mal me queda? -preguntó Chantelle, sonriente. Adamma se sobresaltó.

-¡Oh, no, Lalla! Su alteza te encontrará más hermosa que el canto del colibrí, más hermosa que todas las flores de su jardín...

-Oh, no empieces con todas esas tonterías, Adamma. Y la opinión de su alteza no cuenta de todos modos, ya que no va a verme. Pero a mí me gustaría mucho verme ahora. ¿No me dijiste que había un gran espejo en el aposento de Safiye? ¿Cuánto me costará sobornarla para que me deje contemplarme en él?

-Yo... yo...

-Oh, no tiene importancia. Quizá Lalla Rahine pueda solucionarlo.

Y con la intención de pedirle ese favor, Chantelle retornó a la cámara principal. Sólo que quedó desconcertada al encontrar el gran salón casi desierto, pues habían desaparecido todas las concubinas y sólo quedaban Rahine, Haji, y otros dos eunucos que habían entrado cuando ella estaba ausente. Uno era Kadar, pero Chantelle ni siquiera se molestó en sonreírle fugazmente. Tenía los ojos clavados en la mirada esmeraldina de la madre del dey.

-Ese color realmente te sienta muy bien, Shahar. Chantelle siguió avanzando.

-Gracias, pero ¿le molestaría mucho decirme por qué ha desalojado todo el salón? Usted lo ordenó, ¿no es así?

Rahine dio el último paso que la acercó lo bastante a Chantelle como para poder besarla en la mejilla.

-Lo siento, criatura, pero Haji te llevará a Jamil ahora.

-¿Es esto normal? Pensé que no debía verle hasta... -Las palabras se apagaron mientras el color desaparecía del rostro de Chantelle.

-No. -Fue apenas un susurro.

Con fingida indiferencia, Rahine declaró:

-Jamil es tu dueño. Ese es un hecho que ni siquiera tú puedes refutar. Y él ha decidido no esperar hasta que se complete tu instrucción. Es su deseo que vayas a él ahora.

-No iré. -Todavía eran susurros.

-Sí, irás -insistió Rahine-. No tienes libertad de elección en este asunto.

Las palabras «no tener libertad de elección» fueron las que atravesaron el horror de Chantelle y encendieron su cólera.

-¡Como el mismísimo demonio! -gritó ella, olvidando los modales y hablando en inglés-. No iré a ninguna parte cerca de ese... ese... ¡ese hombre! Tendréis que arrastrarme hasta allí y atarme para su práctica corrupta...

-Eso puede solucionarse -replicó fríamente Rahine.

-No lo haría usted -balbuceó Chantelle.

-Al contrario.

Los ojos de Chantelle se dilataron acusadoramente al exclamar:

-¡Usted está hablando en inglés!

-Soy inglesa.

-Entonces, ¿él es medio inglés? ¡Oh, Dios, eso empeora aún más las cosas!

-No veo por qué...

-¡Usted no ve nada! Ha estado demasiado tiempo aquí. Usted ahora piensa como ellos, actúa como ellos. Ya no es inglesa, ¡o no me forzaría a esto!

-No soy yo quien te está forzando, Shahar, sino las circunstancias que te trajeron aquí. Perdiste tu libertad de elección cuando fuiste hecha prisionera y luego esclava. Ahora debes hacer lo que desee tu amo, o sufrir las consecuencias.

-Rahine -la interrumpió Haji finalmente-. No hay tiempo para esto.

-Lo sé. -Rahine suspiró y le volvió la espalda a Chantelle-. Llevadla. Si ella encoleriza a Jamil por resistirse a él... otras mujeres han muerto por menos.

CAPÍTULO XXIV

Mágicas palabras, «obedecer o morir». Hasta que Chantelle pudiera determinar si era verdad, tenía que ceder. Podría estar furiosa y aterrorizada, pero no era necia. Quedaban muchísimas cosas que podía hacer para conservar su virginidad. Morir no era una de ellas.

Apenas si oía a Haji Agha mientras la apresuraba por el largo corredor hacia los aposentos privados del dey. Las instrucciones y advertencias de último minuto cayeron en oídos sordos. Ella estaba demasiado consciente de lo que iba a suceder. Vashti le había detallado todo paso a paso, y ésas eran las palabras que seguían resonando en su cabeza.

-Todo se termina rápidamente. El clavará su masculinidad en tu cuerpo y sentirás un dolor terrible cuando desgarre tu himen. Si está de buen humor, podría llegar a darte tiempo para que se calme tu dolor, pero lo más probable es que no lo haga, ya que lo que tú sientas no es de su incumbencia. Luego él embestirá y embestirá y finalmente soltará un grito de placer. Luego él se apartará de ti, y ése es el fin de todo. Simple. Todo pasa muy de prisa, y él te enviará de regreso al harén. En muy contadas ocasiones retiene a una concubina con él para pasar la noche, ya que prefiere dormir con sus esposas.

Esas palabras habían perseguido a Chantelle desde que las oyera, entremetiéndose en las otras lecciones, en las que había empezado a instruirse en las artes de la incitación y la seducción, pero en especial del placer. Cómo complacer a un hombre. No a cualquier hombre, sino a uno en particular.

Chantelle se había visto obligada a ver el lado gracioso de todo esto, o ya estaría camino de perder la razón. Era el colmo de lo absurdo que tantas personas se ocuparan y preocuparan únicamente por los deleites sexuales de un solo hombre, sin embargo, eso era, precisamente, lo que sucedía aquí. Todas las mujeres del harén, todos los eunucos, todos los esclavos y esclavas, se preocupaban por una única cosa, el placer del dey. Pero ahora no resultaba tan ridículo cuando ella estaba a punto de convertirse en el plato principal del menú de esta noche.

Había llegado el momento. Estaba sucediendo efectivamente. No, no es verdad. Es sólo un sueño.

-No debes levantarte hasta que él te lo ordene.

-¿Levantarme?

Estaba delante de una puerta. Lentamente giró la cabeza y vio la mirada ceñuda de Haji Agha clavada en ella.

-Shahar, ¿no has oído nada de lo que he dicho?

-Yo... yo lo siento, pero creo que no. Si deseas repetirlo...

-No podemos perder ni un momento más -replicó él, irritado al ver que ella estaba tratando de ganar tiempo-. Sólo recuerda que debes postrarte ante él y permanecer en el suelo hasta que él te ordene que te levantes. Haz exactamente lo que él diga y todo saldrá bien. Nosotros sólo podemos rogar para que no se haya molestado por la demora.

-¿Qué demora?

El te quería aquí inmediatamente.

-¿Por qué? Haji suspiró.

-Sólo Alá lo sabe.

Bruscamente, le arrancó el velo corto que le había cubierto la parte inferior del rostro, luego abrió la puerta y la escoltó hasta el centro del gran salón. Como no se fiaba de que ella siguiera sus indicaciones, Haji tiró con fuerza del brazo de la Joven hasta que ella cayó de rodillas. Satisfecho al comprobar que su frente rozaba el suelo, Haji se retiró del salón.

Pero Chantelle no se había postrado por respeto. Había mantenido la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo desde antes de entrar al salón y continuaría en esta posición durante todo el tiempo que pudiera, porque, simplemente, no tenía ningún interés en mirar al dey. En esta posición no podía hacerlo, y eso le convenía por el momento.

Ella no sabía dónde estaba él. Hasta podría no estar en la habitación -no le oía, no podía percibirle. ¿O sí podía? Sí, sentía que alguien la estaba vigilando, y no era una sensación agradable.

Derek permanecía callado, sin poder confiar en su voz por el momento. Parecía como si hubiese estado esperando este instante desde hacía una eternidad, aunque sólo habían sido cuatro días. Cuatro días de padecimientos y desdicha y esperando poder reírse más tarde de sí mismo por haber hecho una montaña de un grano de arena. Pero ahora era ese más tarde y no había nada de qué reírse. Ella era más adorable de lo que la recordaba: etérea, cimbreante... y suya.

Pero virgen. Tenía que pensar en eso antes que en otra cosa, o la llevaría directamente a su lecho

-Incorpórate y mírame.

No había dicho: «Déjame que te mire»; él ya lo estaba haciendo con sus malditos ojos.

Chantelle se había tensado al oír su voz, pero no se movió. Eso no significaba que no deseara hacerlo, pero el pánico la inmovilizaba. Si alzaba los ojos a él, estaba segura de que procedería a desvirgarla inmediatamente.

- Sabes que debes obedecerme en todo, Shahar, aunque todo lo que pido es que me mires. ¿Es acaso una petición poco razonable?

Su tono era sereno, hasta amable, y con todo, era la misma voz que recordaba, ligeramente ronca y de timbre grave, una voz que podía condenar a una muchacha a la violación en masa en un momento y después revocar la orden y preguntar sin ningún interés real si no se había redimido ante sus ojos. Este hombre jamás podría redimirse ante sus ojos, hiciera lo que hiciera.

Pero ahora que había traído a su memoria aquel incidente donde él demostrara todo lo cruel e insensible que era, sintió que podría enfrentarse a su mirada sin demostrarle miedo. Lo que en realidad temía era no poder ocultarle su desprecio.

Cuando se sentó sobre sus talones, vio no sólo a Jamil sino también a sus dos guardaespaldas, de pie contra la pared a ambos lados de una enorme cama imperial de cuatro postes que sostenían un dosel y cortinas. Jamil se encontraba a los pies de la cama, con las caderas apoyadas contra ella, las piernas extendidas y cruzadas por los tobillos y los brazos cruzados sobre el pecho. Su postura era tan típicamente inglesa por su informal negligencia que Chantelle apenas pudo ahogar un grito de sorpresa. Agradeció a Dios por la vestimenta

oriental que hacía que el efecto resultara incongruente y le recordaba que Jamil no tenía nada de inglés. Como había sido criado como un infiel bárbaro, la sangre no contaba.

-Tienes permiso para hablar, ¿lo sabes?

Ella volvió a bajar sus ojos al suelo. Sus dedos retorcían una de las cuatro sartas de perlas que Rahine le había colgado al cuello al salir de los baños.

-No tengo nada que decir.

-No te retraigas, Shahar. Vuelve tus ojos a mí, o mejor aún, acércate más.

-¿Puedo caminar?

-No seas impertinente. Si yo quisiera que te arrastraras, te lo diría.

Le ardieron las mejillas. Y él lo haría sin lugar a dudas, el muy canalla. Pero el tono brusco de la voz le advirtió que debía guardar para sí su petulancia e impertinencia por el momento.

Dominada por el miedo que aceleraba su pulso, Chantelle, lentamente, se puso de pie y acortó la distancia que había entre ellos. Sin embargo, se resistía a mirar otra vez sus ojos verdes. Mantenía la cabeza gacha y no podía saber si él se estaba fastidiando más con ella por su prolongada resistencia y desobediencia.

Al acercarse a él vio que se apartaba de la cama y quedaba de pie a un paso de distancia. Había descruzado los brazos y estaba con las piernas bien separadas en una postura del todo arrogante. Poco después, sintió sus dedos deslizándose por su mejilla.

Los dedos estaban tan calientes que tuvo la sensación de ser acariciada por fuego. Se asombró por su propia pasividad, y por no haberse encogido al sentir la caricia, pero mantuvo la mirada fija en el profundo escote en V de la túnica blanca y en el gran medallón de ágata que pendía sobre la piel bronceada. Sí, bronceada y salpicada de vellos negros y crespos cerca de la punta de la V. Sintió resurgir su indignación y furia al ver que él no debía someterse a la dolorosa depilación del vello de su cuerpo. Para colmo de males, recordó que ella tampoco había quedado libre de todo el vello de su cuerpo, aunque se suponía que así debía ser. ¿Cuál sería su reacción?, se preguntó, y al hacerlo, comprendió que ya había aceptado que dentro de muy poco tiempo él estaría en condiciones de descubrir su aparente estado pecaminoso.

-¿Cenarás conmigo?

La incongruencia de la pregunta, cuando ella había esperado ser arrojada sobre la cama en cualquier momento, hizo que sus ojos se alzaran al rostro de Jamil.

-¿Cenar?

-Si tú quieres -dijo él suavemente.

Mantenía la mirada fija en la boca de Chantelle y el pulgar le acarició el labio inferior. Después, los ojos verdes se clavaron en los de ella. Bsmeraldas ardientes. No había nada de indiferencia en esta mirada.

-Cenar sería agradable... digo, maravilloso... En realidad, estoy famélica -concluyó ella con lo que esperaba fuera una nota de sinceridad.

El soltó una carcajada, asombrándola más. El sonido fue profundo y agradable, y ella imaginó que podría sentir la reverberación dentro de su propio pecho.

-Eres tan transparente, Shahar. ¿Creías que yo te violaría en cuanto atravesaras la puerta?

Exactamente, pero no se lo dijo. No tenía que hacerlo. El rubor llegó hasta el nacimiento del pelo esta vez y era visible hasta con la cabeza inclinada como la tenía.

-Esta timidez está permitida, pero tus ojos son exquisitos, pequeña luna. Quiero verlos.

¿Y consigues todo lo que deseas?, pensó ella con enojo, después arrojó la cautela al viento y lo dijo en inglés.

Los ojos esmeralda se entrecerraron levemente.

-El inglés es inaceptable aquí, Shahar. Tu francés es excelente, pero no todos están familiarizados con ese idioma.

Puedes usarlo mientras estás conmigo, pero de lo contrario practicarás la mezcla de turco y árabe que es la lengua corriente en el palacio. Con el tiempo, ésa será la única lengua que hablarás.

Ella permaneció en silencio. ¿Qué podía decir? Eso era equivalente a una orden. Y supo una cosa. Su madre podría ser inglesa, pero obviamente, no le había enseñado a hablar en inglés. El lo probó con las palabras siguientes.

-Ahora, ¿qué es lo que me has dicho?

Por una fracción de segundos consideró la posibilidad de mentirle. Pero su mano se había deslizado debajo del mentón de Chantelle forzándole la cabeza hacia arriba, forzándola a mirarle a los ojos. Se decidió por la verdad, esperando que le enfadara tanto como para apartar la mano de ella.

-He preguntado si conseguías todo lo que deseabas -contestó, atreviéndose a tutearle mientras esperaba su reacción, pero él no le prestó importancia al hecho.

No apartó la mano, por el contrario, la otra también se alzó para sostenerle la cara entre ambas palmas. Obviamente, no se había ofendido, pero el instinto de conservación le había indicado que debía dejar de lado el tono irónico esta vez.

-Por supuesto -replicó él, ronco-. Todo, Shahar. ¿Por qué sería de otro modo si todo lo que ves me pertenece, incluso tú misma?

Ella trató de apartarse. El no se lo permitió, sosteniéndola con más fuerza y dando un paso adelante hasta que sus caderas rozaron las de ella. Las aletas de la nariz de Chantelle se agitaron al sentir el perfume que emanaba de él, almizcle y sándalo, agradable, muy agradable.

Ella entornó los ojos. Dios, este hombre la hipnotizaba con esos ojos verdes tan cerca, con el aliento cálido acariciándole los labios. Gimió, e inmediatamente se sintió libre.

-Comeremos aquí -dijo él alejándose de ella, como si no hubiese estado a punto de besarla en los labios, como si ella no hubiese estado a punto de desear que él lo hiciera.

«Aquí», según pudo comprobar al seguirle, era un pequeño)ardín cerrado contiguo a los aposentos del dey. El sol ya se había ocultado detrás de los altos muros que rodeaban el pequeño espacio, pero todavía refulgía contra el palacio encima de sus cabezas dejando este idílico espacio verde sombreado y fresco. Abundantes tulipanes, claveles y rosas ponían su nota de color en exóticos grupos armónicos. Un único árbol bajo cuyas ramas se encontraba un banco de mármol blanco ofrecía más sombra y frescura al área que lo rodeaba. En un rincón, una fuente cantarína y burbujeante derramaba sus aguas en un estanque íntegramente recubierto de pequeños mosaicos azules, donde se deslizaban graciosos pececillos anaranjados en llamativo contraste.

Grandes almohadones cuadrados ya habían sido colocados artísticamente alrededor de una mesa de bronce tallada apoyada directamente sobre el césped. El sitio era apacible, hasta romántico, y el efecto que producía al asemejarse tanto a un picnic al estilo inglés la calmó más, por resultarle tan conocido.

Le permitió que la condujera hasta uno de los almohadones, pero no se dejó caer pesadamente en él hasta saber dónde se situaría él, pues con tantos almohadones para elegir, ella podía inclinarse a uno u otro lado para poner más distancia entre los dos. No tenía por qué preocuparse. El rodeó la mesa baja hasta quedar en el otro lado, frente a ella.

-¿Qué te parece? -preguntó él cuando empezaron a llegar las bandejas con la comida.

-Creo que no habría importado mucho que yo quisiera comer o no.

No debía haber dicho eso. ¿Quería que él se enfadara? Pero no se enojó. Despidió a los sirvientes con un gesto y comenzó a llenarle el plato personalmente.

-Es verdad -admitió él, tras un momento en que pareció rumiar sus palabras-. La invitación ha sido una mera cortesía en consideración a ti.

-¿Y si la hubiera rechazado?

-Yo habría insistido.

-Ya veo.

El la miró y sonrió al ver la expresión tensa y alerta de Chantelle.

-No, no creo que lo entiendas. Yo puedo insistir como el dey, y nadie se atreve a desafiarme. O puedo insistir como un hombre, Jamil, y ver lo persuasivo que puedo ser. Ella arqueó una ceja, escéptica.

-¿He de creer, entonces, que tengo algunas alternativas? Se me ha dicho que no tenía ninguna.

-En algunas cosas... quizá.

No cobró suficiente ánimo como para preguntarle si una de esas cosas era compartir su cama. Dudó que así fuera, y le causaría indigestión introducir este tema en este momento.

Una vez que empezaron a comer, la cena se desarrolló en silencio. Si hubiera estado convencida de lo contrario, habría pensado que Jamil estaba tan nervioso como ella. Por su parte, Chantelle intentó ignorarle, concentrando toda su atención en la comida que él le había servido en el plato. El plato principal consistía en carne de cabrito y de gallina de Guinea asados y también *pideli kebab,* un gran emparedado de pan ázimo de forma oval con carne de cordero en el centro. Y si nada de eso resultaba lo suficientemente tentador, también había un pavo relleno de arroz, hígado, pasas de Corinto y piñones. Los platos adicionales que acompañaban al principal eran igualmente numerosos -pimientos morrones rellenos de arroz y carne muy condimentados, corazones de alcachofas, sesos de cordero, habas tiernas, espárragos, y dos ensaladas diferentes.

También había varias bebidas para que pudiera elegir entre ellas: *kanyak,* el único vicio de los musulmanes, que era una combinación de coñac y vino; leche de almendras extraída de almendras machacadas con agua endulzada y extracto de azahares; un vino dulce de Chipre; y un jugo de cerezas acidas. Chantelle advirtió que Jamil elegía la leche de almendras, la primera indicación que tuvo ella de que este hombre era un ferviente seguidor de las regias estrictas del Islam, que prohibían las bebidas alcohólicas. Ella prefirió el *kanyak,* cualquier cosa con tal de que la ayudara a pasar el resto de este calvario, y habría bebido toda la botella, pero Jamil sólo le permitió tomar una copa y media.

Cuando se sirvieron los postres, Jamil nuevamente se encargó de atenderla llenándole el plato con una porción de cada uno de ellos. Había hojaldre envuelto en forma de rollo y bañado en almíbar; *helva,* una masa comprimida de sésamo molido, mantequilla, miel, y nueces molidas; y por último, las gelatinas dulces llamadas *rahat lokum,* o «dando reposo a la garganta», y oh, Dios, sí que lo brindaban. También se sirvió ahora el café turco, preparado por el encargado de hacerlo allí mismo en la mesa; dulce, caliente, con una gruesa capa de espuma. A Chantelle estaba empezando a gustarle.

Al mirar en derredor, Chantelle se dio cuenta de que había comido más en esta cena que lo que había comido en varias semanas, pero no estaba pensando en ese momento en bajar de peso. Era demasiado tarde para eso. Habría comido otro plato completo o dos más con tal de impedir que terminara esta cena. Los sirvientes que habían desfilado trayendo las pesadas bandejas cargadas de exquisiteces ahora volvían a desfilar para retirarlo todo.

Poco después trajeron el narguile de Jamil, pero él no mostró ningún interés en fumar en ese momento. Estaba reclinado sobre varios almohadones, apoyado en un codo y mirándola fijamente. La leve brisa que pasaba trabajosamente sobre los altos muros había desordenado la cabellera negra de Jamil y algunos mechones rizados caían ahora sobre la frente. Chantelle jamás había creído que pudiera tener un cabello tan grueso y abundante teniendo que usar

constantemente un pesado turbante como los que él usaba. Deseó que estuviera con el turbante puesto ahora, ya que sin él parecía demasiado inglés para su gusto.

Como si los propios pensamientos de Jamil fueran por los mismos derroteros, dijo:

-Deseo comprobar si tu cabello es tan sedoso como parece. ¿Quieres acercarte un poco más, Shahar, y permitirme que lo toque?

Habría sido una grosería decir que no. ¿Cómo negarse cuando la petición eran tan simple e inocente? Chantelle rodeó la mesa deslizándose por los almohadones y se detuvo en uno que estaba junto al de Jamil.

De inmediato, la mano derecha de Jamil se tendió para quitarle la diadema enjoyada que había descansado hasta ahora sobre su frente y que aún sostenía el velo más largo que cubría a medias su larga cabellera suelta. La arrojó a un lado, y luego ella sintió los dedos deslizándose por el cuero cabelludo, pero sólo por un momento. El alzó la mano dejando que las largas hebras plateadas se deslizaran por entre sus dedos antes de retorcer la muñeca y coger un mechón sin tirar de él.

Chantelle volvió la cabeza y lo vio frotando el cabello entre sus dedos. Se sintió hipnotizada por un momento. Le pareció algo tan íntimo, esos largos dedos oscuros acariciándole el cabello, y eso era lo que él estaba haciendo, acariciando, memorizando el tacto y la textura de un solo mechón. Ella se inclinaba hacia él para facilitarle la tarea. Tenía la opción de echarse hacia atrás en cualquier momento, así lo creía.

-Estaba equivocado -afirmó él atrayendo nuevamente la atención de la joven a esos increíbles ojos verde oscuro-. Es aún más suave que la seda. ¿Es también tu piel así de suave?

Oh, Dios, ¿quería ahora tocarla? Trató de incorporarse, pero Jamil seguía apretando el mechón de pelo y no lo soltaba.

-Ven, Shahar, deslízate sobre mi almohadón -la instó él-. Puedes apoyar la cabeza sobre mi rodilla. -Cuando vio que ella no se movió, añadió-: Debes acostumbrarte a tumbarte junto a mí, pero por el momento sólo me interesa tu piel. Y tienes tanta al descubierto que no necesitaré pedirte que te quites ninguna prenda.

Eso debió haberla tranquilizado, pero no lo consiguió. Sabía que, en realidad, no podía negarle estas demandas triviales porque todo su cuerpo le pertenecía a él. Jamil no tenía que solicitar nada en absoluto. El podía tomar lo que quisiera. Si ella podría permitirle que él le clavara su «masculinidad», como la había llamado Vashti, cuando llegara el momento, sin ofrecer ninguna resistencia, era algo que no podía decir todavía, pero no tenía necesidad de dejarse dominar por el pánico en este momento, por lo menos hasta que él sugiriera que entraran en su aposento.

Para un hombre que había deseado que ella fuera a su encuentro inmediatamente, estaba demostrando mucha paciencia y se estaba tomando su tiempo con ella. Estaba agradecida por esto y porque hoy él no se parecía en absoluto al hombre que había conocido la primera noche.

-Shahar... -insistió él sin impaciencia, pero haciéndole saber que su vacilación no la salvaría. Estaba esperando.

Chantelle se movió retorciendo el cuerpo para deslizarse sobre la almohada que estaba enfrente de Jamil. Pero no pudo apoyar la cabeza sobre su rodilla doblada como él había sugerido. Esa posición era demasiado íntima para ella. En cambio se apoyó sobre los codos, consciente de que esta postura le empujaba los senos hacia adelante, pero incapaz de remediarlo. No tenía senos muy grandes, pero tampoco los consideraba demasiado pequeños. En comparación con los enormes senos de las otras mujeres, los suyos sí eran pequeños, así que tuvo la esperanza de que él ni se fijara en ellos.

No lo hizo. Tenía la mirada fija en la franja de piel desnuda del torso, y Chantelle gruñó interiormente. Supuso que había sido demasiado esperar que pensara en los brazos desnudos cuando había mencionado la piel al descubierto. La mano viril de Jamil cayó lentamente sobre

Librodot

su vientre, y cuando finalmente descansó allí, ella contuvo el aliento bruscamente. La mano estaba tan caliente que sintió como si la marcasen al rojo vivo.

-¿Qué sucede? -preguntó él y cuando Chantelle le miró vio que sus ojos se clavaban en los de ella atraídos por el ruido que había hecho al contener la respiración.

-Nada -dijo ella en voz chillona y, al oírla, se sintió más avergonzada aún.

-No resultarás lastimada por mi mano, Shahar, pero debes relajarte.

-No puedo.

-¿Por qué?

Los dedos se habían extendido y abierto sobre todo el vientre, cubriendo casi toda la franja. Y la mano se movía ahora en círculos lentos y tranquilizadores. Pero no tranquilizaban. Los músculos se contraían, como si quisieran escapar a saltos del contacto de la piel de Jamil con la de ella. Hasta sus entrañas parecían estar brincando en un intento de escape...

-¿Por qué? -repitió él con mayor insistencia-. ¿Te he dado alguna razón para que me temas?

Luego agregó con un toque de fastidio:

-¿Hoy?

Ella pensó un momento, pero sólo había una respuesta sincera.

-No.

-Entonces, ¿qué hay de malo?

Absolutamente todo, pensó ella, pero únicamente dijo:

- Ningún hombre me ha puesto nunca sus manos encima de esta manera.

-Lo sé -dijo él, sorprendiéndola-. Tu inocencia es la razón por la que aún estamos aquí en lugar de allí dentro. -Y él hizo un gesto con la cabeza en dirección a la alcoba.

Chantelle inmediatamente se aferró a la esperanza de que el día decisivo no había llegado todavía, que este encuentro era para que ella se fuera habituando a él y nada más. Pero Jamil se apresuró a sacarla de su error.

-No me interpretes mal, Shahar. Iremos dentro... cuando estés dispuesta.

Ella jamás estaría lista. Casi se lo dijo, pero cambió de opinión. De todos modos, ¿cómo podría él saber cuándo estaría ella dispuesta? No tenía ninguna intención de demostrárselo, fuera lo que fuese.

El suspiró entonces y le tomó la mano que tenía más cerca de su cuerpo y tiró de ella.

-No puedes relajarte sino te recuestas.

-No quiero...

-Acuéstate, Shahar.

Era una orden dada en tono tan imperioso que la obedeció inmediatamente, temerosa de las consecuencias si le desobedecía. ¿Y qué otra cosa podía hacer estando él tan cerca que podría hacerla obedecer a la fuerza? Pero si él pensaba que se relajaría, estaba completamente loco.

Apoyó la cabeza en el mismo borde de su rodilla manteniendo la mayor distancia posible entre ellos. Tenía plena conciencia de la proximidad de las caderas de Jamil a su hombro, y una de las cosas que Vashti le había explicado que era una de las formas de complacerle y hacerle gozar volvió en ese instante a su mente, y con ella un rubor abrasador. Pero la posición de Jamil no cambió. Las caderas estaban casi planas sobre el almohadón. Sólo el torso estaba retorcido para poder estar frente a ella.

-Voy a probarte ahora, Shahar.

La advertencia apenas murmurada la hizo incorporarse de golpe, pero él la empujó nuevamente sobre los almohadones. Pasaron por la mente de Chantelle horribles visiones

Librodot

donde él le mordía la carne, y ella trató frenéticamente de recordar si había visto las marcas de sus dientes en el cuerpo de algunas de sus otras mujeres. Pero antes de terminar siquiera de pensarlo, la mano de Jamil se cerraba sobre el costado de su cuerpo y la boca se abría sobre el ombligo. Ella se sacudió violentamente mientras subía un grito a su garganta, pero sólo sintió la lengua caliente de Jamil en lugar de sus dientes.

Su cuerpo se aflojó tanto entonces que él se rió entre dientes.

-¿Has creído que te devoraría, pequeña luna? Debo confesarte que sí siento el impulso de hacerlo, aunque te prometo que no te lastimaría. En otro momento, tal vez.

La boca retornó al ombligo haciéndole desear desesperadamente dar un salto y escapar de él. Pero no podía, pues el brazo derecho de Jamil estaba cruzado sobre su torso ejerciendo suficiente presión como para impedirle todo movimiento. Intentó cerrar fuertemente los ojos y pensar en otra cosa. Mas los abrió inmediatamente, pues con los ojos cerrados percibía más intensamente cada caricia de la lengua sobre el ombligo y el vientre. Pero a pesar de haberlos abierto todavía sentía una gran agitación en sus entrañas debajo de la boca de Jamil, como si toda ella estuviera temblando por dentro.

Chantelle no reconocía las sensaciones que él le hacía experimentar. Quería apartarle la cabeza lejos de su vientre. Quería apretarla contra su cuerpo. Todas estas reacciones eran absolutamente irracionales... Dios, ¿qué le estaba pasando?

Le oyó suspirar y su aliento tibio se esparció sobre la piel húmeda haciéndola estremecer.

-Todavía no te relajas, ¿no es así?

-Lo siento, pero no puedo -gimoteó ella, intimidada después de haber sido prevenida de no provocar su disgusto.

-Si yo dejara de probarte aquí. -Y su lengua se internó una vez más en el ombligo-. ¿Aceptarás mis labios en un lugar más ¿convencional?

-Sí. -Cualquier cosa con tal de apartar su boca del vientre.

Demasiado tarde se preguntó cuál sería ese lugar más convencional, y no hubo tiempo para preguntarlo. Antes de que ella pudiera respirar una vez más, él la había levantado en sus brazos y la había colocado sobre sus rodillas cubriéndole los labios con un beso ardiente que resultaba doloroso por su intensidad. No podía aminorar la presión pues él había deslizado la mano cogiéndola por la nuca debajo del cabello para mantenerle inmóvil la cabeza mientras la besaba.

Y entonces, aparentemente desde muy lejos, ella le oyó gemir y volvió a aterrorizarse creyendo que lo había disgustado, o lastimado de alguna manera, cuando era ella en realidad la que estaba sufriendo con su beso tan apasionado. Pero no dejó de besarla. Por el contrario, el otro abrazo la rodeó por la espalda aplastándole el torso contra su pecho hasta que ella sintió mareos por la falta de aire.

Y súbitamente, toda la presión terminó.

-Lo siento, Shahar, pero tú no puedes saber...

Derek calló abruptamente cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo. Cielos, ¿qué le estaba pasando? Jamil jamás se habría disculpado, por ninguna razón, y se suponía que él era Jamil en persona. Chantelle no debía conocer la verdad bajo ninguna circunstancia, sin embargo él no se había comportado como el rey desde que ella entrara a sus aposentos.

Jamil nunca habría esperado tanto para llevarla a su lecho. Lo habría hecho en el mismo instante en que sintiera el impulso de hacerlo, y Derek lo había sentido desde antes de que ella llegara. Pero no se había dejado arrastrar por ese impulso, al menos no por completo. No pudo cobrar suficiente ánimo para precipitarla a esa experiencia, su primera experiencia con un hombre. Su inocencia exigía más consideración por su parte. Y sin embargo, él tampoco

consideraba la posibilidad de esperar otro día más. No podía desviarse tanto del temperamento de su hermano -o así se dijo para tranquilizarse.

También se había dicho que estaba haciendo todo esto por la joven. Era verdad que él sacaría provecho de su dilema, pero no perdería mucho sueño por ello, porque ella también se beneficiaría a la larga. Había meditado profundamente y durante largo tiempo sobre esto la primera vez que la había visto, y finalmente había llegado a la conclusión de que si no la tomaba para él, Jamil lo haría a su regreso. Entonces ella sería una más de tantas, una condición que sabía, resultaría absolutamente abominable para cualquier inglesa con un poco de orgullo. Luego, también, Jamil ya había entregado su corazón. Y Derek no podía admitir que una joven de una belleza tan exquisita como la de Chantelle ocupara el segundo lugar de nadie. Ella merecía ser amada y apreciada por lo que valía, y de esta manera le encontrarían un esposo apropiado. Derek insistiría en que fuera un hombre sin otras esposas. Era todo lo que podría hacer por ella.

Pero eso era para el futuro. En este momento probablemente la había asustado terriblemente, y él sólo quería explicarle que nada había sido intencional, que simplemente había perdido el control de su pasión. Sólo que Jamil no explicaría sus actos y menos a una mujer. Pero Derek podría reparar lo qué había hecho de varias maneras.

Suspiró y apoyó la frente sobre la de ella. La respiración de Chantelle se había normalizado, pero estaba tensa entre sus brazos.

-¿Quieres que probemos esto una vez más? Ella se tensó más contra él.

-No, por favor...

-Shhh, pequeña luna. También puedo ser gentil. Rodéame el cuello con tus brazos y te lo demostraré.

-Yo no quiero...

-Hazlo, Shahar.

El lamentó el tono que había usado y que la había hecho saltar para obedecerlo, pero cielos, esto era una tortura imposible de aguantar, no podía seguir negándose a sí mismo durante más tiempo. Mucho tiempo más, y él olvidaría sus buenas intenciones. Tenía que llegar a ella. Tenía que hacer que ella le deseara, ahora, antes de que prevalecieran sus instintos sobre la razón.

Chantelle se preparó para el asalto violento de su boca al ver que él bajaba la cabeza. En cambio, sintió su aliento, y luego su lengua, acariciando suavemente la curva del labio superior, después la del labio inferior, calmando la piel dolorida por el beso anterior. Una mano le sostenía otra vez la cabeza, pero la otra mano le acariciaba suavemente la mejilla.

El se echó hacia atrás y ella pudo captar toda la potencia de su mirada esmeraldina. Por alguna razón, esta vez la hizo sentirse extraña, como si la boca de Jamil todavía estuviera posada sobre su vientre, haciéndola temblar interiormente.

Y un momento después, el dedo de Jamil estaba recorriendo el mismo camino que había recorrido la lengua.

-Abre, Shahar. Quiero que sientas cómo es tener una parte de mí dentro de tu cuerpo.

-Pero...

El dedo se deslizó dentro de la boca en cuanto ella la abrió para protestar. La primera reacción natural de Chantelle fue cerrar los labios con fuerza y empujar el dedo con la punta de la lengua para expulsarlo de allí.

-Quédate quieta. -Los labios de Jamil se apoyaron en la comisura de su boca. El dedo se movía alrededor de la lengua, familiarizándola con su sabor salado-. Deseo que lo chupes... no, Shahar, no preguntes cuáles son mis motivos. Olvida todo lo que te han enseñado en la instrucción. Lo que deseo que aceptes en tu boca es mi lengua, nada más que eso. Pero debes saber qué hacer con ella cuando esté allí. -Al oírla gemir, sonrió-. Nadie te ha enseñado a

besar todavía, ¿no es verdad? Me imagino que sólo estuvieron preocupados con una sola cosa. Pero primero están los besos, Shahar... ¿o preferirías que sí pasáramos directamente a las lecciones que has aprendido?

Ella inmediatamente empezó a chuparle el dedo. Oyó la risa contenida de Jamil, pero no le prestó atención. Y entonces, antes de darse cuenta, la boca de Jamil le había cubierto los labios y ella le estaba chupando la lengua.

-Despacio -dijo él después de un momento-. Sí, ahora intenta apresarla. -El comenzó a hundir la lengua y a sacarla y a hacerla rodar para que ella no pudiera apresarla-. Ahora dame la tuya.

Los sonidos que escapaban de la garganta de Chantelle sólo podían ser oídos por él. Ella le estaba obedeciendo sin pensar, arrebatada por algo sobre lo que no tenía ningún control. No supo cuánto tiempo duró, pero finalmente tuvo conciencia de algo más que el torbellino de sensaciones turbulentas dentro de su ser. Tuvo conciencia de la mano de Jamil en un lugar donde no debía estar.

-¿Cómo es posible que hayas podido conservar este suave vellón, pequeña luna?

Ella gimió de vergüenza, tratando de ocultar la cara en el hombro de Jamil. Y sintió los dedos enredándose en los rizos rubios del pubis, tocando esa parte tan íntima de su ser. Era demasiado. Se volvió insensible recordando todo lo que despreciaba en él. ¿Cómo era posible que le dejara hacerle estas cosas a ella? Debía haberse resistido desde el principio, y que el diablo cargara con las consecuencias.

-¡No lo hagas! -exclamó ella tratando de alcanzar el antebrazo de Jamil para arrancarle la mano de allí.

El se lo permitió, pero cuando ella intentó levantarse de sus rodillas, la envolvió con sus brazos de acero.

-¿Qué sucede, Shahar?

-¡No puedo hacer esto! -gritó ella retorciéndose para librarse de los brazos-. Tuve la esperanza de poder soportarlo, pero me resulta imposible, no puedo contigo. ¡Por favor, suéltame!

Si ella no hubiese dicho «no puedo contigo», Derek habría intentado calmarla. Pero él estaba recordando lo mismo que ella, su primer encuentro con su hermano, y cómo Jamil y sus acciones la habían consternado y repugnado. Se iba a necesitar más de una reunión con ella para hacerle olvidar su primera impresión. Sólo que eso implicaba dejarla salir ahora mismo de su alcoba, cuando él estaba ansiando tanto tenerla, poseerla, tanto que casi no podía pensar correctamente.

Era muy comprensible entonces que su voz sonara áspera como se sentían sus manos sobre los brazos desnudos de Chantelle cuando la alejó.

-Vete, y hazlo pronto, antes de que cambie de opinión.

CAPÍTULO XXV

En el otro lado del corredor, enfrente de los aposentos de Jamil, un eunuco estaba esperando a Chantelle sentado en el suelo a la manera turca. Se puso de pie trabajosamente cuando la vio irrumpir en el corredor y extendió un brazo para detenerla. Era Kadar.

No hizo ningún comentario acerca de la prisa que llevaba.

-Te llevaré con mi amo.

Ella asintió con la cabeza. Al menos no le preguntaba qué había pasado. Haji probablemente lo haría, y por ese motivo ella estaba arrastrando los pies antes de llegar al harén.

Kadar la condujo al apartamento de Safiye, donde se encontraba Haji en animada charla matizada con los últimos chismes del harén mientras la aguardaba. Pero no había esperado ver a Chantelle tan pronto.

-Así que él estaba verdaderamente impaciente, ¿no es así? Chantelle se detuvo en el vano de la puerta, humillada y esperando oír las carcajadas de Safiye por ese comentario. Enredó los dedos en las sartas de perlas alrededor de su cuello, y las utilizó como pretexto para eludir la respuesta.

-¿Le puede devolver estas perlas a Lalla Rahine con mi agradecimiento por haberme permitido usarlas?

Haji Agha recibió las perlas que ella le entregaba, pero su expresión se tornó pensativa al advertir su actitud tan obviamente evasiva.

-¿Todo ha ido bien, Shahar?

Ella inclinó la cabeza para evitar la mirada escrutadora de sus ojos.

-Preferiría no hablar de ello.

El aceptó esto pensando que la joven estaba turbada por la pérdida de su virginidad.

-Muy bien, puedes retirarte a tu cuarto ahora. Tal vez hablaremos de esto más tarde.

Dios, ella esperaba que no, pero se apresuró a marcharse de allí antes de que él cambiara de opinión y decidiera interrogarla en ese momento. Antes de llegar a su cuarto, Chantelle estaba temblando. Despidió a Adamma con una palabra seca e imperativa y se acurrucó sobre su estrecho jergón. Su cuerpo se sacudía ahora con los temblores que habían ido en aumento.

Oh, Dios, ¿qué había hecho? ¿La siguiente persona que aparecería a su puerta sería el verdugo? ¿Valía la pena perder la vida por su estúpida virginidad? ¡Cielos, no! Ya había descubierto que podría sobrevivir a su pérdida. Se había creído violada a bordo del barco. Se había sentido desgraciada y avergonzada, pero no había sido el fin del mundo.

Pero éste tal vez lo fuera. ¡El se enfadaba tanto! Si encolerizaba a Jamil por resistirse a él... Y había hecho ambas cosas.

¡Estúpida, sí, tan estúpida! Si sólo pudiera volver a sus aposentos y repararlo. Bien, le despreciaba. También sabía que era un bárbaro cruel e insensible. Pero ¿qué importaba todo eso al lado de su vida? Pero no podía volver. Únicamente podía abandonar el harén si él la llamaba, y probablemente nunca más volvería a suceder. Después de todo, ¿para qué necesitaba a mujeres que le despreciaban cuando tantas le adoraban?

En este preciso momento tal vez había otra mujer en su cama; Chantelle no se había engañado respecto a ese bulto rígido sobre el cual hab"a estado sentada. Jamil no esperaría mucho tiempo más para aliviarlo, puesto que su deseo desenfrenado había sido la verdadera razón de su enfado por la resistencia de ella.

Aun cuando él no decretara su muerte, aun cuando la castigaran solamente por su obstinación de hoy, era dudoso que volviera a encontrarse cara a cara con él después de haberle dicho claramente que era a él a quien ella le ponía objeciones. Por lo tanto, perecería aquí en este maldito lugar, olvidada, abandonada, despreciada por todos.

Las lágrimas que había derramado lamentándose de su destino ya se habían secado cuando Rahine irrumpió en su cuarto media hora más tarde. En realidad, Chantelle había llorado hasta caer rendida por el sueño, así que era muy comprensible que estuviera desorientada al ser despertada abruptamente.

Librodot

-¡Criatura necia e imprudente! ¡En todos los años que he vivido aquí jamás he visto a nadie con tal falta de instinto de conservación! -Cuando Chantelle palideció al oír esas palabras, Rahine añadió rápidamente-: No, no has de morir aún, aunque me pregunto si ésa no sería la respuesta. Se le podría decir a Jamil que habías sucumbido a alguna extraña enfermedad, y entonces él no tendría que enfurecerse más contigo, como si ya no tuviera suficientes cosas para encolerizarle.

-Yo-yo no pude remediarlo.

-No me vengas con disparates, Shahar. Puede que seas estúpida, pero yo no lo soy. Se te había advertido, sin embargo, le negaste a mi hijo lo que en derecho le corresponde. ¡Y, ahora está de tan mal talante que ha ignorado a sus consejeros y ha abandonado el palacio para ir a cabalgar! ¡Cabalgar! ¡Exponiendo su propia vida al peligro! Y todo porque tú crees que eres demasiado buena para el rey de Barikah.

-Esa no es la razón -insistió Chantelle.

-¿No lo es? ¿O es que te consideras mejor que todas las otras mujeres que hay aquí? Todas llegaron vírgenes a mi hijo. ¿Es tu virginidad más valiosa que la de ellas?

-No, por supuesto que no.

-Entonces, ¿para qué creías que la estabas conservando? -exigió Rahine montando nuevamente en cólera que se mezclaba con la ansiedad que sentía por la vida de su hijo-. ¿Tan pronto has olvidado que estás aquí para quedarte? El único hombre que puede tomarla es Jamil, y si piensas que él todavía la desea después de lo que ha pasado, estás muy equivocada.

-Me doy cuenta de ello -susurró Chantelle.

-¿De veras? Entonces estarás de acuerdo en que ya no eres digna de honrar este patio, sin mencionar el patio de las favoritas, al cual fácilmente podrías haber aspirado. Veamos si encuentras las cocinas más de tu agrado.

-¿Ese ha de ser mi castigo?

-Será tu sentencia de cadena perpetua, si Jamil es lo suficientemente sensato como para olvidarte. Pero eso será si él regresa ileso al palacio esta noche. Si no, entonces puedes estar segura de que pagarás con tu vida por ser la causante de su imprudencia.

Derek cabalgaba resueltamente por la planicie, pudiendo al fin dar rienda suelta a su pura sangre para galopar a toda velocidad. No se había molestado en vestirse para la excursión, aparte de calzarse sus propias botas de montar. Había estado demasiado impaciente por escapar del palacio, por alejarse lo más posible hacia cualquier parte. No se preocupaba por el pánico que dejaba atrás. Había dejado de lado el papel de su hermano temporalmente. Era Derek quien necesitaba espacio, quien necesitaba el viento en su pelo, la agitación bullente de un animal poderoso debajo de él, la distancia para abstenerse de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde, porque había estado a punto de ordenar que Shahar fuera llevada de nuevo a su presencia y forzarla a hacer su voluntad.

Maldita sea la fuerza de voluntad de Chantelle por permitirse negar la potente sensualidad que él había despertado en ella. Y maldito sea Jamil por la mala impresión que le había causado y que ahora la inducía a negarla. Ella había disfrutado de sus besos. Se había fundido entre sus brazos dando todo de sí inconscientemente, y tomando todo lo que él le ofrecía. No estaba equivocado acerca de la respuesta total y espontánea que había revelado su verdadera naturaleza, y estaba convencido de que era una naturaleza extremadamente apasionada, si pudiera salvar el obstáculo de la aversión y la desconfianza que sentía por él.

Pero sólo temporalmente. La más ligera distracción había despertado su resistencia y su determinación a rechazar cualquier placer que él pudiera brindarle. Obstinada perversidad inglesa en toda su irritante magnificencia. Si su nacionalidad fuese cualquier otra, ¿perseveraría con tal tenacidad? No. Solamente los ingleses se plantaban en sus trece aun en las causas perdidas.

Librodot

Derek moderó el paso del semental cuando finalmente el desierto se extendió ante ellos, y luego lo detuvo. Apenas si advirtió la belleza de ese vacío estéril iluminado con matices azulados por los rayos de la luna. Permaneció sobre la silla sin moverse, por un momento dejando que sus pensamientos avivaran aún más el fuego de su mal humor en lugar de enfriarlo.

Si era sincero consigo mismo debía admitir que no estaba tan enfadado con Shahar como lo estaba con él mismo. Esta impaciencia lujuriosa por su parte era una nueva experiencia, y no le gustaba en absoluto. No se podía culpar a Shahar por su manera de reaccionar ante él, o por su renuencia a perder la inocencia. Si pudiera decirle que consumar la relación era lo mejor para ella, y lo que le depararía el futuro si ella lo aceptaba, podría ceder y entregarse con garbo y hasta con gratitud.

Pero él no podía decirle nada de esto a Shahar. Y cuando pensó cuánto tiempo iba a llevar quebrar su resistencia valiéndose de sus propios medios sin la verdad para facilitarle la tarea, gimió de frustración. ¿Cómo podría soportar todo ese tiempo sin desfallecer? Ciertamente había una gran cantidad de mujeres que podría llevar a su cama, pero su anhelo más ferviente era por Shahar, y hasta que lo aliviara, dudaba que cualquier otra mujer pudiera servirle, al menos no completamente. Al diablo con hacer las cosas a medias. La esperaría.

Mientras tanto, pondría a prueba sus dotes histriónicas haciendo llegar a su presencia a sus tres cuñadas y a los muchos sobrinos y sobrinas que tenía. Esas llamadas eran esperadas y sería mejor quitárselas de en medio ahora en lugar de aguardar a hacerlo más adelante. De todos modos, Shahar necesitaría estar a solas unos cuantos días para reflexionar sobre el disgusto que le había causado. Si el miedo la volvía más complaciente y agradable, él no obstaculizaría su manifestación, aunque tampoco haría nada para aumentarlo. Le probaría más tarde que jamás había existido un motivo válido para que ella le tuviera miedo.

Con esa resolución tomada, dio la vuelta y enfiló de regreso a la ciudad. Había galopado unas cuantas yardas cuando advirtió las figuras vagas de dos de sus guardias que finalmente parecían estar dándole alcance. Se rió entre dientes, y mejoró su humor. Sus cabalgaduras criadas en el desierto nunca habían tenido la más mínima oportunidad de emular a un pura sangre inglés procreado por un campeón de carrera. Estaba en la sangre del semental dejar a todos sus perseguidores mordiendo el polvo.

Derek debería estar contrito por sus actos precipitados e imprudentes, pero no lo estaba. Había necesitado este momento a solas sin otra cosa que las estrellas y el viento y el silencio para hacerle compañía a su mal humor. El peligro de salir solo fuera del palacio había sido el asunto de menor importancia entre todos los que le inquietaban. De hecho, le habría dado la bienvenida a un aspirante a asesino -había estado con ánimo de herir, de lastimar. Pero eso ya había pasado ahora que se habían enfriado sus ijares-. Le resultaba increíble verse dominado por el sexo. Eso también era una nueva experiencia que encontraba desconcertante y turbadora.

Derek tiró de las riendas cuando los jinetes que venían en su busca se acercaron más. En ese momento divisó los ondulantes mantos grises que no eran precisamente el uniforme de los guardias de palacio por lo que él los había tomado en un principio. Frunció el ceño, preguntándose si a fin de cuentas no se cumpliría su deseo de enfrentarse a algunos enemigos de Jamil. Eso no significaba que le importase. Pero habría sido conveniente que llevara un arma o dos para esta loca carrera por la planicie. Pero no lo había pensado precisamente cuando abandonó el palacio. Había salido impulsado por una violenta emoción de frustración y nada más. Una acción bastante estúpida por su parte, después de todas sus temporadas en el otro lado del canal como uno de los espías de Marshall. El viejo y querido Marsh se pasmaría de asombro por semejante negligencia.

Los jinetes no aminoraron la marcha hasta el último momento dándole a Derek el tiempo suficiente como para comprender que, efectivamente, tenía una pelea entre manos. Lo

Librodot

más lógico sería dar rienda suelta a su caballo y galopar hasta perderlos en la distancia. Sus cabalgaduras no tenían ninguna posibilidad de alcanzar al semental blanco. Pero no lo hizo.

Tomó la decisión de enfrentarse a ellos una fracción de segundo antes de que una cimitarra cortara el aire delante de sus narices con la intención de rebanarle la cabeza. Se agachó al tiempo que advertía que los asesinos no eran lo bastante listos como para arremeter contra él desde ambos lados a la vez. Cuando pasó el primer hombre, después de su ataque infructuoso, apareció el otro por el mismo flanco, sólo que éste intentó saltar sobre Derek y derribarle del caballo. Para su gran sorpresa se topó con el pie de Derek, que le dio en la mitad del pecho haciéndole regresar a la silla y casi pasar por encima de ella y caer al suelo. En la refriega dejó caer su arma al tratar de recuperar el equilibrio y la respiración al mismo tiempo.

Derek lo consideró incapacitado por el momento y fuera del combate y se volvió de inmediato para enfrentarse al otro hombre, que había tenido tiempo para girar y volver al ataque. Cuando todavía se encontraba a varios metros de distancia, Derek logró parar al semental sobre sus patas traseras y esperó el momento crucial para dejar que las manos volvieran a caer. El alarido que oyó le indicó que los cascos del semental habían dado en el blanco en su descenso. El otro caballo también había recibido el golpe y había resultado herido. Se le doblaron las patas delanteras y despidió a su jinete por encima de la cabeza. El hombre no intentó ponerse de pie sino que se quedó tendido en el suelo retorciéndose y apretándose el hombro derecho con la mano al tiempo que aullaba de dolor.

Derek giró en redondo para ver qué estaba tramando el otro individuo, pero sonrió al comprobar que ya era sólo una sombra en la lejanía huyendo a todo correr. Desmontó entonces y recogió la cimitarra que había dejado caer el que ahora huía, antes de acercarse al hombre caído. El individuo empezó inmediatamente a balbucear pidiendo piedad, pero Derek no tenía intención de matarle, sino de llevarle hasta el palacio y entregarlo a Omar. Era poco probable que este sujeto supiera algo más que los otros que ya habían caído prisioneros.

Repentinamente dejó caer la empuñadura de la cimitarra sobre la cabeza tocada con turbante y el silencio fue inmediato. Derek se acercó entonces al otro animal para examinarlo. Ya se había levantado y permanecía dócilmente junto al hombre caído. Indudablemente, el animal estaba lastimado, pero parecía capaz de cargar un cuerpo echado boca abajo sobre el lomo hasta la ciudad. Si no, Derek arrastraría al infortunado sujeto detrás de su propia cabalgadura. Pues alguien que acababa de intentar matarle no podía esperar muchas consideraciones.

CAPÍTULO XXVI

Las otras esclavas no sabían cómo actuar ni qué pensar de la presencia de Chantelle entre ellas. Algunas se mostraban desdeñosas, otras compasivas, y algunas hasta temerosas de hablarle. Al parecer, nunca se había condenado a una concubina del harén real a desempeñar las tareas de fregona en las cocinas del palacio. Y por los pocos comentarios despectivos que acertó a oír, se distinguía entre todas como un espécimen raro por no desear ganarse los favores del dey. No era de extrañar que un castigo tal como en el que ella había incurrido fuera excepcional cuando todas las mujeres se desvivían por complacer al rey de cualquier modo que fuese posible.

Se la consideraba una curiosidad, un fenómeno, y horrendo su crimen. Cielos, qué cosa tan absurda. Ella no había hecho nada malo de acuerdo con su conciencia. Desde luego que no

pensaba así dos días atrás, cuando fue llevada a las cavernosas cocinas y entregada a la cocinera principal, que ahora la tenía bajo su mando. En aquel momento había estado verdaderamente aterrorizada, cuando esta mujer enorme y dictatorial le había echado un vistazo y había vuelto la cabeza, disgustada, al tiempo que despotricaba contra ese espectro pálido y esmirriado que no serviría para hacer ninguna tarea en sus cocinas.

Pero el miedo de Chantelle fue muy real después de las palabras de despedida de Rahine. No sabía por qué la vida del rey había de estar en peligro si abandonaba el palacio, pero que lo había hecho, y sí estaba en peligro y eso la horrorizó, puesto que se creía responsable, y también creía a pie juntillas que si no regresaba, ella lo pagaría con su propia vida.

No durmió aquella noche, porque nadie se molestó en avisarle que Jamil sí había retornado sano y salvo al palacio. Se enteró al día siguiente, cuando una de las sirvientas de Noura, la segunda esposa de Jamil, atravesó las cocinas jactándose ante quien quisiera escucharla de que su ama había sido invitada a los aposentos del rey esa noche. Chantelle sintió tal resentimiento en ese momento que se sorprendió. Se dijo que era por la noche en vela que había pasado, y todo por nada, por la falta de consideración de Rahine al no hacerle avisar que su vida ya no estaba en peligro, aun cuando su castigo no sería anulado. Su resentimiento no se debía, ciertamente, al hecho de que Jamil fuera a pasar la noche con una de sus esposas. Por lo que a ella le importaba, podía disfrutar de toda una orgía siempre y cuando ella no estuviera incluida. Y tenía la impresión de que nunca más sería incluida. El la había enviado a trabajar como esclava en las cocinas y seguiría alegremente con su libertinaje acostumbrado, el muy cerdo. Rahine probablemente estaba en lo cierto, Chantelle permanecería olvidada para siempre en este sitio deprimente y hostil.

Tanto mejor. Era lo que ella había querido desde un principio, ¿no era así? ¿Terminar como cualquier cosa menos como concubina del dey? Pero habría sido mejor si no hubiese pasado esos primeros días como concubina, motivo por el cual todas las mujeres que compartían ahora su nueva existencia le mostraban tal resentimiento. Aunque debía reconocer que no eran todas. Había conocido a la madre de Adamma el día anterior y había descubierto con alegría que era tan amable y simpática como su hija.

Payólo era una hermosa nigeriana que parecía demasiado joven para tener una hija de la edad de Adamma, pero con el mayor desenfado le explicó a Chantelle que ya a los trece años había empezado a atraer la atención de los guardias del palacio. La noticia de que las esclavas de la cocina tuvieran libre acceso a otras partes del palacio interesó vivamente a Chantelle, hasta que la cocinera principal le dijo, irritada, que ella no gozaría de ese privilegio por orden expresa de Rahine, lo cual sólo le añadió una dosis más de resentimiento.

Esa enorme caverna oscura y febril sería su prisión y, con el jergón sobre el suelo frío, también su alcoba. Jamil la había enviado allí, no le cabía ninguna duda. Obviamente había dejado la orden antes de salir como una tromba del palacio. Si el castigo hubiese sido dejado en manos de Rahine, le habría encantado mandarla a azotar, por lo furiosa que estaba. No, Jamil la había puesto aquí pensando que la humillaría más que cualquier otra cosa, que así ella lamentaría haber perdido su situación privilegiada en el harén y desearía haberse mostrado más agradable y dócil con él. Ja! El había hecho por ella lo que ella jamás habría podido imaginar. La había puesto fuera de su alcance. Bien, no exactamente, pero si pasaba suficiente tiempo, tal vez la olvidaría. Y como ya había sacado en limpio antes ¿para qué se iba a ocupar de nuevo de ella teniendo tantas mujeres deseosas que rogaban llamar su atención?

Debía pensar en los muchos beneficios que tenía. Era posible que el lugar no fuera demasiado agradable para trabajar en él, pero gracias a su temporada con la tía Ellen, la cocina era al menos un terreno conocido. Y ellas se habían preparado y cocinado sus propias comidas. La cocinera tan jactanciosa y dictatorial, siempre propensa a dar bofetadas y gritos, podría ser una supervisora exigente y rigurosa, pero Chantelle estaba segura de que, a la larga, congeniaría con la mujer así le costara la vida. Lo más importante era que aquí no tenía que

Librodot

temer ser llevada a los aposentos de su amo para compartir su lecho. Por ese alivio podría soportar casi cualquier cosa, la hostilidad, el ridículo, el trabajo constante, hasta una bofetada de la cocinera principal cuando hiciera algo mal. También tendría más facilidades para escapar de las cocinas que del harén, donde todas las puertas estaban estrechamente vigiladas. Pero eso sería más adelante, cuando ya estuviera aclimatada y dejara de ser moti-. vo de curiosidad para casi todos los que ahora la observaban constantemente.

El anterior fue un día de trabajo normal, sin embargo, a pesar de tantas esclavas a mano, Chantelle había estado muy ocupada, puesto que esta cocina alimentaba a todas las concubinas y favoritas del dey. Fayolo le informó que únicamente otra cocina, la de los eunucos, que estaba en el edificio contiguo, tenía tanto trabajo como ésta, ya que el número de eunucos era más del triple que el de las mujeres, pero que la cocina ideal para trabajar era la de Lalla Rahine, que se ocupaba únicamente de su comida.

-Pero ¿qué me dices de los guardias del palacio y los esclavos? -había preguntado Chantelle-. ¿Acaso no son mucho más numerosos?

-Mucho más -le dijo Payólo-. Pero la comida que se les da es muy sencilla y requiere menos preparación.

Ese día Chantelle descubrió cuánta preparación podía necesitarse para una sola comida, y ésta para diez personas solamente. La habían despertado antes del alba para que ayudara a Fayolo a tener un corderito listo para ser asado. El plato se llamaba *mechoui,* y Chantelle, acostumbrada como estaba a comprar la carne ya preparada para la venta en el mercado, al ver a Fayolo clavar un cuchillo en la carótida del animal y luego la sangre saliendo a borbotones, vomitó las sobras de pastel que había engullido como único desayuno. Sin embargo, tuvo tiempo para recobrarse, puesto que debieron esperar a que el animal se desangrara completamente. Pero eso no fue todo, de inmediato Fayolo tuvo que hacer un agujero con la punta del cuchillo encima de la articulación de la rodilla de una de las patas traseras y desprender la piel en ese sitio. Cada vez con más náuseas, Chantelle tuvo que alternarse con Fayolo soplando a través de ese agujero hasta que el aire llegara a las patas delanteras, para que el cordero pudiera hincharse y mantenerse rígido.

Fayolo se compadeció de ella y procedió a desollarlo, pero la cocinera principal insistió en que Chantelle participara en el raspado y lavado de las tripas y también en las tareas de chamuscar y limpiar la cabeza y las patitas. Vomitó dos veces más antes de terminar, por lo que la cocinera y la mitad de las mujeres se rieron de ella a carcajadas; pero finalmente el cordero fue empalado de la cola a la garganta para ser asado muy lentamente y untado con aceite de oliva.

Llevaría cinco horas de cocimiento a fuego lento conseguir que la piel quedara crujiente y quebradiza y la carne jugosa, pero a Chantelle no le dieron ni un minuto de respiro. También debió ayudar a cortar carne de camello para el *fajín,* un guisado tan espeso que debía comerse con los dedos, mientras Fayolo preparaba el *couscous,* un plato de aroma delicioso hecho de sémola y carne de pollo con legumbres y verduras cocidas hasta quedar reducidas a una pasta y dos salsas, una para humedecer la sémola y otra para sazonar con especias el plato ya terminado.

Pero la tarea más ardua fue ayudar a la cocinera principal para preparar el *bstila* que completaría este banquete para diez. Jamás había visto Chantelle un plato tan complicado para sólo diez personas. Se necesitaron tres libras de mantequilla, treinta huevos, cuatro libras de harina, seis pichones, doce onzas de azúcar, una libra de almendras, y luego las medidas exactas de canela, jengibre, pimienta de Jamaica, cebollas, azafrán y co-riandro. Todo esto se convirtió al final en un enorme pastel hojaldrado relleno, con ciento cuatro capas individuales de masa costrosa.

La preparación del *bstila* llevó todo un día, pero Chantelle sólo tuvo que ayudar por la tarde, con las cortezas de masa, después de que la asistente anterior se desmayara por el intenso calor. Durante las pocas horas que estuvo bajo el ojo avizor de la cocinera, recibió dos

bofetadas separadas al romper dos de las finísimas capas cuando las estaba colocando sobre una mesa. Fayolo intentó cambiar de puesto con ella, puesto que estaba encargada de untar el cordero con aceite, una tarea mucho más fácil, pero también recibió una bofetada por su ofrecimiento. Chantelle consideró que la cocinera lo hacía por maldad; hasta que oyó a una de las otras mujeres comentar riéndose que Noura había pedido expresamente que Chantelle tuviera intervención en cada una de las preparaciones. Y luego se enteró de que este banquete había sido idea de Noura, una sorpresa para el dey, al cual asistirían únicamente las esposas y las favoritas.

Por un brevísimo instante Chantelle deseó tener a mano un poco de veneno. Pero cuando el banquete iba ya camino de los aposentos del dey, en lo único en que pensaba Chantelle era en poder tenderse cuan larga era sobre su jergón. Estaba agotada, el cabello y la ropa empapados con el sudor que había derramado todo el día, y tan somnolienta que apenas podía mantener los ojos abiertos. Ciertamente, estaba demasiado cansada hasta para comer su propia cena, que tardaría bastante tiempo en serle servida, ya que las esclavas de la cocina no podían descansar hasta que se hubiera alimentado a la última concubina.

Afortunadamente, la cocinera debió de encontrar una onza de piedad en su enorme cuerpo, porque envió a la cama a Chantelle, en lugar de mandarla a otra mesa donde todavía se preparaba más comida para las otras damas del harén. O tal vez se había dado cuenta de que Chantelle no podría hacer nada más por ese día sin caer desvanecida. La razón no tenía importancia. Chantelle se durmió en cuanto su cabeza tocó la almohada. Sus últimos pensamientos estuvieron dirigidos a la segunda esposa de Jamil y cómo le habría gustado verla asándose en lugar de ese pobre corderito con el que tenía la esperanza de que todos se atragantaran, especialmente Jamil.

hasta para comer su propia cena, que tardaría bastante tiempo en serle servida, ya que las esclavas de la cocina no podían descansar hasta que se hubiera alimentado a la última concubina.

Afortunadamente, la cocinera debió de encontrar una onza de piedad en su enorme cuerpo, porque envió a la cama a Chantelle, en lugar de mandarla a otra mesa donde todavía se preparaba más comida para las otras damas del harén. O tal vez se había dado cuenta de que Chantelle no podría hacer nada más por ese día sin caer desvanecida. La razón no tenía importancia. Chantelle se durmió en cuanto su cabeza tocó la almohada. Sus últimos pensamientos estuvieron dirigidos a la segunda esposa de Jamil y cómo le habría gustado verla asándose en lugar de ese pobre corderito con el que tenía la esperanza de que todos se atragantaran, especialmente Jamil.

CAPÍTULO XXVII

-No estoy segura de querer invitarte a pasar con esa cara larga que traes, Haji -comentó Rahine cuando su viejo amigo apareció en su puerta-. ¿Acaso a Jamil no le ha gustado la sorpresa preparada por Noura?

-Pareció complacido.

-¿Pero no lo suficiente como para mejorar su humor?

-Al contrario, parecía de muy buen talante -respondió Haji mientras enroscaba su enorme cuerpo sobre el almohadón al lado de Rahine.

Ella suspiró, exasperada, cuando él no añadió nada más.

-¡Dilo de una vez, entonces! ¿Qué es lo que no ha pasado como se esperaba?

-Se preguntó por qué Shahar no estaba entre sus favoritas para disfrutar del banquete con él.

-¿Qué? -jadeó Rahine-. ¡Pero ha tenido que estar bromeando! Una concubina no puede alcanzar esa posición de favorita hasta que haya encontrado favor en su cama.

-Él lo sabe, Rahine. Pero esta situación es bastante excepcional, debes admitirlo. Hasta ahora ninguna concubina que fuera llevada a su presencia regresaba virgen al harén. En lo que a mí me toca, esa primera llamada cambió la situación de Shahar, sin tomar en consideración cómo terminó esa velada.

-¿Más desviaciones de la costumbre?

-Así parece.

-¿Pero no se da cuenta de la confusión y el resentimiento que causará esto entre las otras mujeres? Tú sí se lo has señalado ¿no es verdad?

-Ciertamente.

-¿Y?

-Ha dicho que corregiría la situación esta misma noche. Rahine gimió.

-¡No! ¿Cómo me puede hacer esto a mí? ¿Acaso creía que yo no haría nada cuando la muchacha le desafió y le enfureció al extremo de cegarlo y hacerle arriesgar su vida imprudentemente? Sólo por la gracia de Alá y su propia destreza regresó ileso aquella noche. ¿Piensa acaso que Shahar ha estado languideciendo rodeada de comodidades a la espera de ser nuevamente llamada por él? ¡Me conoce mejor que eso!

-Quizá con todos los otros problemas que ocupan su mente en estos días, simplemente no consideró la posibilidad de que la castigarías -aventuró Haji.

-¡Posibilidad! -Rahine gritó la palabra-. No podía haber ninguna duda. La muchacha merecía un castigo. Me sorprende que Jamil no se haya encargado él mismo de ordenarlo.

-Tal vez eso sólo debió habernos hecho vacilar, Rahine. El hecho de que Jamil no la castigara él mismo, especialmente cuando en los últimos tiempos ha sido tan rápido para dar un trato severo a la más ligera ofensa, al menos debió habernos hecho dudar...

-¡Estuviste de acuerdo conmigo en ese momento! -le reprochó Rahine, mordaz.

-Lo sé, lo sé, y lo que está hecho no puede remediarse. Al menos, ella ha estado en las cocinas sólo dos días. ¿Cuánto daño puede haber sido hecho en tan poco tiempo?

-Pero él no lo sabe, ¿verdad? ¿O tuviste el valor de decirle dónde la había puesto yo? Haji movió la cabeza.

-Quizás ella no lo mencione -respondió él, esperando.

-No cuentes con ello, Haji. Tendré que informarle yo misma.

-No seas tonta, Rahine. ¿Qué necesidad hay de atizar las ascuas para que surjan llamas? Si ella lo menciona, ya llegará el momento de soportar todo el impacto de su furia. Y tú sólo obraste en su beneficio. Tal vez estos pocos días han cambiado la disposición de esa muchacha. Si es así, él tendrá motivo para mostrarse agradecido, no furioso.

-Tal vez -suspiró Rahine-. Pero por Alá,Jamil no ha sido el mismo desde que posó sus ojos en esa muchacha. Se ha vuelto completamente impredecible.

-Lo cual no es malo en este momento -apuntó Haji-. Si nosotros no podemos predecir lo que hará la próxima vez, tampoco pueden hacerlo sus enemigos. Con toda seguridad los sorprendió la otra noche.

-Pero Omar no pudo sacar ninguna información de ese criminal que Jarnil trajo con él al palacio. Todavía me estremezco al pensar lo cerca que estuvieron de matarle. ¡El no llevaba ninguna arma, Haji! ¿Cuándo Jamil ha dejado el palacio sin coger un arma?

-Lo cual sólo prueba el poder que tiene esta muchacha sobre él, si pudo perturbarle hasta ese extremo. Creo que sería prudente ser muy cuidadosos en nuestro trato con ella de ahora en adelante.

-Yo me encargaré de que tenga todo lo que desee si se lo merece -replicó Rahine con irritación-. No cambiaré mi norma de conducta para tratar a sus mujeres sólo porque él lo ha hecho.

Haji sacudió la cabeza ante tanta obstinación, pero Rahine no seria Rahine sin ella.

-¿Procurarás recurrir, al menos, a tu célebre dominio de ti misma, en todo lo que le atañe a esa niña? Parece tener la virtud de hacértelo perder, tanto como a tu hijo.

Rahine hizo un ruido absolutamente impropio de una dama, que hizo sonreír al eunuco antes de que ella exigiera:

-Supongo que ya has puesto las cosas en marcha y enviado a alguien para traerla a los baños.

-Desde luego. El festín no durará más de unas pocas horas.

-Una vez más se espera de nosotros que obremos milagros. Que así sea. ¿Qué color has elegido para ella?

-Azul, para calmar sus nervios y el mal genio de Jamil, por si llegara a surgir de nuevo, que Alá no lo permita.

Los labios de Rahine finalmente se curvaron en un esbozo de sonrisa.

-Muy apropiado, pero por otra parte siempre se puede contar contigo para pensar en esas cosas. Haré traer mis zafiros para que sirvan de accesorios adecuados a tu elección. Esperemos que la próxima vez que él la llame a su alcoba ella tenga ya sus propias joyas.

-Tu actitud ya está mejorando, Rahine.

-Reguemos que también esté mejorando la de ella.

Sus ruegos no habían de ser escuchados. Una de las asistentes de los baños salió al encuentro de ellos antes de que llegaran al *hammam.*

Sin casi resuello por la carrera, la muchacha gritó temerosamente:

-¡Debe darse prisa, Lalla! ¡Kadar está teniendo problemas para sujetar a la muchacha inglesa sin lastimarla!

-¿Sujetarla? ¿Por qué?

-Está luchando con él, Lalla.

El semblante de Rahine se ensombreció.

-¿Ha sido alguien tan imbécil como para decirle que había sido requerida por el dey?

La expresión horrorizada de la jovencita fue respuesta suficiente.

-No puedes culparlos, Rahine -acotó razonablemente Haji, aunque también su mirada era ceñuda-. Es un honor, al fin y al cabo, que cualquiera supondría...

-¡Todo el harén sabe por qué se la desterró a las cocinas! No se pueden tener secretos aquí. -Pero luego Rahine continuó con voz quejumbrosa-: Oh, no tiene importancia ahora. Lo hecho, hecho está. Ya se ha acabado la esperanza de que ella pueda ser más complaciente esta vez. -Y luego con determinación, agregó-: Haji, será mejor que vayas a traer algo para

Librodot

calmarla, y pronto. Con todo lo que tenemos que hacer para prepararla, no hay tiempo para estas tonterías. Te espero en los baños.

Rahine corrió el resto del trayecto al *hammam* que, afortunadamente, se encontraba vacío a esta hora de la noche, excepto por unos pocos sirvientes. El cuadro que se presentó a sus ojos a primera vista fue un abrazo, pues el esclavo de Haji, Kadar, rodeaba con sus brazos el cuerpo de Shahar por la espalda.

Cuando Rahine vio las manos de Kadar sujetando las muñecas de la joven que tenía las manos cruzadas sobre el pecho, las dos rayas sangrantes en las mejillas de Kadar y algunos arañazos menores en sus brazos, la ilusión se desvaneció. El rostro de Shahar era una llamarada por el esfuerzo desesperado que hacía para librarse de los brazos de Kadar. Parecía estar sorda a todas las palabras tranquilizadoras y a las súplicas que el esclavo le susurraba al oído.

-Así que hemos recurrido otra vez a la violencia, ¿verdad? Chantelle levantó la cabeza y al ver la mirada de desaprobación en el semblante sombrío de Rahine, estalló:

-¡Vayase al infierno, señora! Rahine chasqueó la lengua.

-Espero que no vayamos a repetir una y otra vez los mismos argumentos, porque todavía rigen las mismas consecuencias por resistirte a tu amo, como sabrás.

-Mi así llamado amo no está aquí, pero si estuviera, usted puede estar absolutamente segura de que yo...

El riesgo de esa afirmación tempestuosa fue acallado por los brazos de Kadar que la dejaron sin respiración. Rahine se acercó y alzó la barbilla de Chantelle con un dedo, pero se encontró con la mirada más llena de odio y de furia que había visto en su vida, en esos oscuros ojos violetas. Si los ojos pudieran matar...

-Así que, obviamente, eres incapaz de aprender de tus errores. ¿No estás lista para ser devuelta a un alojamiento más cómodo y tranquilo?

-Jamás! -Luego Chantelle la acusó-: ¡Usted me dijo que él me olvidaría!

-Ilusiones mías, me temo -replicó Rahine, tajante.

-¿Qué sucederá esta vez cuando me resista a él?

-Sinceramente, no lo sé, querida mía. Ya has puesto su paciencia a prueba de una manera increíble. El no está acostumbrado a esperar lo que desea.

-Es una lástima -dijo ella tan despectivamente que Rahine tuvo que reírse entre dientes a su pesar. Esto sólo acrecentó la indignación de Chantelle-. ¡Yo no voy esta vez! ¡Decidle que me he caído en un cubo de guisado y me he ahogado!

-No seas ridicula. Tú sabes muy bien que no tienes...

-¿Ninguna alternativa? -exclamó-. Ja! ¡Esta vez tendréis que llevarme allí a la fuerza, y juro que también pondré un ojo morado a Jamil, si llega a ponerme una sola mano encima!

-¿También? -repitió Rahine, divertida, al tiempo que levantaba la vista para mirar la cara del eunuco, que contestó a la mirada con una mueca-. Vaya, Kadar, ¿es realmente hinchazón lo que veo alrededor de tu ojo?

El, estoicamente, rehusó contestar, pero en realidad había un leve abultamiento, aunque por su piel tan oscura no se veía ninguna magulladura. Rahine movió la cabeza sorprendida.

-Eres un cofre de sorpresas, ¿no es así, Shahar? Pero, en realidad, esto no puede continuar así, ¿sabes?

-No, de ninguna manera -dijo Haji a sus espaldas. Había oído lo suficiente como para darse cuenta de que Rahine era sensata al recurrir a las drogas. Rahine nunca había aprobado el uso de drogas, aunque tampoco había sido necesarias desde que Jamil asumiera el poder.

Pero por el bien de Chantelle y de Rahine, probó primero otro plan de acción, esperando aterrorizar tanto a la joven que aceptara ser sumisa-. En tanto tengamos que llevarla en brazos a los aposentos de Jamil, no tendrá demasiada importancia si le hacemos probar primero una sesión de bastonazos.

No funcionó, pues Chantelle giró para clavarle la mirada llena de odio, gritando al mismo tiempo:

-¡Adelante! ¡Ya no me importa nada lo que me hagan! No puede ser peor que someterse a ese monstruo que todos adoráis y reverenciáis, a ese alcahuete de dos caras, a ese maldito tir...

Las palabra quedó truncada cuando Haji, aprovechando la boca abierta de Chantelle le introdujo una redoma casi hasta la garganta. Afortunadamente, la redoma no era de vidrio, porque Chantelle la mordió con tal furia que la habría roto con los dientes y se habría cortado horriblemente la boca y la lengua. Pero Haji fue el que salió dolorido de la refriega cuando ella se resistió tenazmente y sacudió la cabeza con violencia para expulsar la redoma de la boca. Un pie dio brutalmente contra la canilla de Haji haciéndole retroceder a saltos. Chantelle inmediatamente escupió la redoma.

-Eres un bas.. tardo. -Sus ojos se cerraron, luego se abrieron de golpe-. Maldito... -Los ojos se cerraron otra vez.

Rahine, alarmada, agarró el brazo de Haji, observando cómo Chantelle luchaba para mantener los ojos abiertos.

-Por las barbas del profeta, ¿cuánto le has dado? ¡Nunca ha surtido un efecto tan inmediato! Haji también se mostró alarmado.

-No más de lo necesario -aseguró.

-¡Has tenido en cuenta su fragilidad y delgadez?

-¿Fragilidad? -resopló él, mientras se frotaba la canilla antes de arrugar la frente-. No, en realidad, yo tenía demasiada prisa para recordar su flacura en comparación...

-Perdonadme por interrumpir, amo -intervino Kadar mientras Chantelle se desmadejaba entre sus brazos-, pero una de las mujeres de la cocina me ha dicho que la muchacha había trabajado desde el alba hasta el anochecer preparando el banquete del dey. Cuando he llegado la he encontrado durmiendo en un rincón, tan exhausta que el ruido producido por dos docenas de mujeres parlanchínas no podía mantenerla despierta.

-Por Alá, y todavía ha luchado como un demonio -exclamó Haji con admiración-. ¿Cómo lo hace?

-Es inglesa, Haji -fue la respuesta de Rahine, como si eso fuera una respuesta en sí misma.

Haji soltó un bufido de disgusto por el orgulloso tono de Rahine.

-Inglesa o no, no podemos confiar en que permanezca inconsciente mucho tiempo, por más cansada que esté.

La voluntad de esta muchacha es demasiado fuerte para sucumbir al mero agotamiento, hasta con la ayuda del relajante que le he dado. Será mejor que aprovechemos su incapacidad de reacción y la hagamos bañar y estar lista mientras podamos.

-Hizo una señal con la cabeza a Kadar para que llevara a Shahar al compartimiento de baño más cercano, indicándole con un gesto a los sirvientes encogidos de miedo y a Adamma que iba detrás con la caja de cosméticos, que le siguieran.

-Puede que tengamos menos problemas para prepararla ahora -comentó Rahine-, pero comprenderás que Jamil se enfurecerá si ella llega en estas condiciones.

-Nos veremos obligados a hacerle tomar bastante café para contrarrestar los efectos de la droga -fue todo lo que pudo sugerir Haji.

Librodot

-¿Dará resultado?

-Debiera darlo -respondió él, aferrándose a la esperanza de que así fuera.

Su seguridad tranquilizó a Rahine, lo suficiente como para que sus pensamientos tomaran otro camino.

-Al menos puedo aprovechar esta oportunidad para depilarle el resto del vello que aún queda en su cuerpo. Gracias a Alá, Jamil no llegó más lejos la última vez para descubrir su estado pecaminoso...

-Rahine -la interrumpió Haji-, llegó hasta allí. Hasta me lo mencionó, deseando saber cómo era posible que ella conservara los rizos entre las piernas.

-¿Se lo dijiste?

El asintió con la cabeza, aunque su semblante tenía ahora una expresión divertida.

-Incluso llegó a reírse. Rahine se mostró sorprendida.

-¿Reírse, como si le divirtiera?

La miró con ceño, desaprobando la frivolidad de Rahine.

-Sí, como si le divirtiera -replicó-. Y me ordenó, específicamente, que me encargara de que esos rizos de plata fueran dejados en paz.

Rahine no halló nada humorístico en eso.

-Pero está prohibido.

-Nada está vedado al rey -le recordó él sin necesidad.

-Las otras mujeres lo verán cuando se bañen con ella.

-Sí, y desearán dejarse crecer el propio vello otra vez para emular a la favorita del momento. Rahine soltó un largo suspiro.

-¿Realmente piensas que Shahar alcanzará esa condición, que se convertirá en su primera *ikbaR*

Haji frunció los labios antes de responder.

-Si Jamil no la mata en un arranque de furia antes de tener relaciones sexuales con ella.

CAPÍTULO XXVIII

Haji y Kadar tuvieron que guiar a Chantelle a lo largo de todo el recorrido del ancho corredor sosteniéndola con manos firmes por los codos. Sus pies se movían por propio impulso, pero era completamente ajena al hecho, y no parecía recordar hacia dónde la llevaban. Pero esto carecía de toda importancia para ella; sus pensamientos saltaban de un tema nada inquietante a otro, entre momentos de blanco total durante los cuales prácticamente dormía de pie.

El café que la habían forzado a beber le había devuelto cierta lucidez, y le había dejado un estado de plácida languidez. Hasta cuando la sacudieron para despabilarla y le informaron que había llegado ya a la puerta de Jamil, no pudo encontrar inucho interés en la noticia, y mucho menos sentir miedo. ¿Quién es Jamil?, se preguntó fugazmente antes de ser empujada

hasta caer al suelo de rodillas; después, su cabeza cayó hacia adelante y se quedó profundamente dormida.

Derek esperó que Shahar se moviera después de que Haji y Kadar salieran haciendo reverencias, pero cuando habían pasado varios minutos sin que hubiera ni el más mínimo movimiento en el cuerpo de la joven, suspiró. Así que tendría que empezar otra vez desde el principio, se vería obligado a arrancarle cada una de las concesiones de su parte. Pero ¿había creído realmente que esta noche podrían comenzar desde donde habían abandonado la última vez? Su cuerpo, ciertamente, había abrigado esa esperanza.

-Shahar, puedes levantarte... y de ahora en adelante, no quiero volver a verte de rodillas nunca más. Así se lo informaré a Haji. -Si Derek pensaba que este privilegio sólo otorgado a Sheelah por Jamil, la complacería, no obtuvo ninguna reacción inmediata que así lo indicara-. ¿Shahar? -repitió y al no recibir ninguna respuesta todavía, gritó-: ¡Shahar!

-¿Qué? -replicó ella, irritada, al tiempo que trataba de levantarse, con tanta prisa y tanta mala suerte que perdió el equilibrio y cayó de bruces.

Derek la observaba mientras la oía soltar una risita tonta y preguntar:

-Veamos, ¿cómo ha pasado esto?

Derek no le respondió, pero acortó la distancia entre ellos y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. Ella la asió inmediatamente, sorprendiéndole más aún, y una vez más la oyó reírse tontamente.

-¡Muchísimas gracias, señor!

-¡No hay de qué! -respondió él con cierta vacilación y mirándola con suma curiosidad-. ¿Te sientes bien?

-No podría sentirme mejor. -Le brindó una sonrisa que le quitó el aliento.

Instintivamente, Derek intentó seguir la línea de esos labios sonrientes con un dedo. Pero en cuanto la tocó, ella se echó hacia atrás, apartándose bruscamente.

-¿Qué piensa que está haciendo? -exigió ella, indignada, al tiempo que de una sacudida liberaba la mano que Derek aún retenía en la de él.

Chantelle dio otro paso atrás, pero, desafortunadamente, se le enredaron los pies y se tambaleó peligrosamente antes de recobrar el equilibrio. Había desaparecido su indignación y una vez más estaba riéndose tontamente.

-Caramba, qué torpeza de mi parte, ¿verdad? Creo sinceramente que me conviene sentarme. -Paseó la mirada por toda la habitación mientras volvía a tambalearse. Derek le tendió las manos para estabilizarla pero se detuvo cuando los ojos violetas se posaron en él y ella susurró confidencialmente-:

Odio tener que decir esto, señor, pero necesita usted un buen decorador. ¿Ni una sola silla? ¿Dónde ha de sentarse una persona, le pregunto yo?

Las cejas de Derek ya se estaban uniendo al sugerirle:

-Podrían probar la cama.

-¡Me niego rotundamente! -Había vuelto la indignación. Fue el colmo. El le agarró la mano y de un tirón la llevó a la cama donde cayó de espaldas soltando un chillido. El se quedó de pie mirándola con cólera apenas contenida, pero quedó estupefacto al ver que los ojos de Chantelle se cerraban lentamente y oír el suspiro satisfecho que soltó al acomodarse mejor en el colchón mullido.

-¡Oh, no, no lo harás! -gruñó él inclinándose y sacudiéndola por los hombros-. ¡Mírame! -le ordenó con rudeza, y cuando ella lo hizo así, él le preguntó-: ¿Sabes quién soy yo?

Ella le miró fijamente con mucha atención durante casi medio minuto, recorriendo con los ojos cada milímetro de su rostro, antes de responder:

Librodot

-Sí.

Eso no fue suficiente.

-¿Quién soy yo?

-Eres ese maldito desalmado que condena a mujeres inocentes a destinos peores que...

Lo dijo sin rencor, pero aun así, Derek le cubrió la boca con la mano para callarla. Cielos, Jamil la habría dejado inconsciente de una bofetada antes de que llegara a la palabra «maldito», aunque ahora no se necesitaría mucho esfuerzo para dejarla inconsciente. Sus ojos ya se estaban cerrando de nuevo otra vez.

Derek la soltó maldiciendo por lo bajo, luego la agarró y volvió a sacudirla furiosamente.

-¿Qué demonios has tomado para que esto te resulte más fácil? ¡Contéstame maldita sea!

Chantelle le miró con los ojos entornados.

-¿Tomar?

-¡No juegues conmigo, mujer! ¡Quiero saber qué has bebido y quién te lo ha dado!

Ella volvió a descubrir su indignación olvidada.

-¿Me está acusando usted de estar bebida, señor? Tendré que hacerle saber...

- ¡Arghhh! - El gruñido de fastidio y cólera estalló desde sus pulmones.

Se alejó de la cama enajenado de furia. A duras penas recordó el lenguaje silencioso de los mudos que había aprendido de niño para enviar a uno de ellos en busca del eunuco negro en jefe. Siguió un rosario de epítetos y maldiciones mientras esperaba el regreso de Haji paseándose como un león enjaulado delante del lecho donde descansaba Chantelle. A cada instante lanzaba a Shahar una mirada feroz como si quisiera fulminarla, pero ella seguía dichosamente ajena a todo, puesto que estaba profundamente dormida.

Derek tuvo deseos de retorcerle el cuello. ¿Cómo se atrevía a intentar escapar de esta manera? Demonios, Jamil le haría arrancar la piel de la espalda por semejante osadía, y también la de su cómplice, puesto que jamás habría podido obtener por sí sola lo que fuera que hubiera tomado. Y sabiendo lo que podría haberle pasado si su hermano estuviera aquí se puso más furioso contra ella.

Haji irrumpió en los aposentos del rey sin aliento, echó una mirada a Shahar con medio cuerpo sobre la cama y las piernas abiertas y colgando y luego la expresión asesina de Derek, y cayó de rodillas.

-¡Fue necesario, mi señor, lo juro! Estaba tan fuera de sí que temimos que se hiciera daño. Yo sólo le di suficiente relajante como para calmarla. No sabía que ya estuviera tan agotada...

-Entonces, ¿ella no lo hizo adrede?

-No, Jamil, no. Yo asumo toda la responsa...

-¿Por qué estaba tan fuera de sí?

A pesar de que la pregunta resonó como un latigazo, Haji pudo volver a respirar. Había desaparecido la mirada asesina de sus ojos y había sido reemplazada por una de irritación, aunque tampoco ésta era para sentirse demasiado tranquilo. En estos últimos meses era lo mismo que Jamil estuviera levemente irritado o enajenado de furia, pues siempre reaccionaba ordenando castigos severos por la más leve ofensa. Y Haji temía que la respuesta a ese «por qué» inclinaría de nuevo la balanza.

- No te agradará el motivo - advirtió Haji para atemperar la reacción, que sería violenta sin duda.

-Supongo que no, pero dímelo de todos modos... No, no lo hagas. Puedo imaginármelo sin mucho esfuerzo. -Echó otra mirada triste al cuerpo desmadejado de la joven antes de gritar

llamando a un sirviente que, afortunadamente, apareció de inmediato-. Quiero *kanyak* y en abundancia. -Al ver la mirada de asombro de Haji, le comentó-: Lo necesito. -Y realmente era así.

Cielos, qué error había sido pensar que el miedo podría convencer a Shahar. ¿O ya no le tenía miedo? Tal vez debería haberla castigado de alguna manera inofensiva y no simplemente enviado de regreso al harén, lo cual, obviamente, le había hecho creer que no se pagaba muy caro resistirse a él. Pero, maldición, no podía resignarse a castigarla de ninguna manera. No podía culpársela por lo que sentía por él. Era perfectamente natural después de lo que Jamil la había obligado a presenciar. El hecho de que él no fuera Jamil carecía de importancia, ella creía que sí lo era.

-¡Hijo de puta!

-¿Mi señor?

-Oh, levántate, Haji -estalló Derek-. Eres demasiado viejo para seguir gastando tus rodillas en el suelo.

Haji se puso en pie con vacilación sin comprender en absoluto el actual estado de ánimo de su señor. Jamil nunca bebía licores fuertes, jamás. Su hermano Mahmud sí lo había hecho y había sido famoso por ordenar la ejecución de víctimas inocentes mientras estaba bajo sus efectos. Mustafá también había bebido alguna que otra vez, en sus últimos años de vida, pero siempre de manera moderada. Pero ¿Jamil? Que ahora tuviera la intención de alcoholizarse hasta perder el sentido con todo el *kanyak* que había ordenado no sólo era alarmante por lo inusual sino peligroso para todos dado su genio tan caprichoso últimamente. Y que él creyera que lo necesitaba...

-Permíteme llamar a Sheelah, mi señor. Ella aliviará...

-No -le interrumpió Derek con amargura-. Ella es la única que apetezco ahora. -Agitó una mano en dirección a Shahar y la siguió con otra mirada a su cuerpo relajado, lo cual sólo sirvió para aumentar su frustración-. ¿Así que esta vez ni siquiera ha esperado a estar aquí para dar rienda suelta a su terca oposición y resistencia? ¿Sabías que las inglesas fuesen tan obstinadas, Haji? -Volvió a mirar el viejo eunuco y soltó una carcajada áspera al ver su estupor-. Claro que lo sabes. Has vivido todos estos años con la inglesa más terca y testaruda de todas, ¿no es asi?

Haji sabía que no era nada conveniente defender a Rahine delante de Jamil.

-La presencia de Shahar te fastidia mi señor. Permíteme ordenar que la lleven de regreso al harén.

-Ella se queda.

Haji no discutió al oír el tono imperioso.

-Desde luego, mi señor.

-Pero tú puedes irte... en cuanto me digas exactamente lo que ha hecho mi pequeña *ikbal* para que temieras que pudiera causarse algún daño.

Haji no pudo creer a sus oídos al oír llamar a Shahar la favorita de su señor, pero deseó que la pregunta no hubiese sido formulada de esta manera precisamente. Tuvo un respiro sin embargo, cuando varias botellas del tortísimo *kanyak* llegaron con presteza antes de escabullirse fuera del aposento. Después se le saltaron los ojos al verlo vaciar la copa de un trago y volver a llenarla él mismo.

-¿Y bien?

Haji carraspeó. No tenía más remedio que hablar.

-Ha luchado con todas sus fuerzas en cuanto ha sabido que la habías mandado llamar...

-¿Contra quién ha luchado?

Librodot

-Contra mi esclavo, Kadar, y él ostenta las marcas de la resistencia de Shahar. Pero te juro que él ha sido tan gentil como ha podido en esas circunstancias mientras trataba de sujetarla, mi señor. Ella rehusaba renunciar a la pelea.

-¿No has pensado en informarme en lugar de drogaría? Si ella va a oponer resistencia, prefiero que sea conmigo.

-¡Pero mi señor! -Haji estaba pasmado por la sugerencia-. Entonces, te habrías visto forzado a castigarla...

-¡Ni hablar! -estalló Derek, furioso. Y luego, suspiró-. ¡No importa! Puedes retirarte, Haji. Y compensa a tu Kadar por su contratiempo.

-El jamás lo aceptaría mi señor -protestó Haji, explicando-:

Quiere a la muchacha.

Derek tuvo que recordarse que se trataba de un eunuco y no de un hombre completo al oír que quería a Shahar, aunque siquiera pensar en eso, lo fastidió.

-¿De veras? -gruñó agregando-: Envíamelo aquí, Haji.

-¿Ahora, mi señor? -preguntó Haji temeroso de que su esclavo recibiera todo el peso del disgusto de Jamil esta noche, ya que evidentemente estaba determinado a dirigirlo a cualquiera menos a la joven.

-Sí, ahora.

-Como gustes.

Derek había vaciado otra copa más de la combinación de coñac y vino antes de que el joven eunuco golpeara a la puerta para ser admitido a su presencia. La puerta se abrió con cierta vacilación después de que se oyera la orden de entrar, dicha con voz áspera, pero el gigante negro que entró no demostró ningún temor, aunque sus ojos se negaban a enfrentarse a los de Derek. Se inclinó con mesurada dignidad antes que postrarse. A Derek no podría haberle importado menos, pues estaba demasiado fascinado con la cara magullada de Kadar.

-Por Alá, es toda una gata salvaje, ¿no es así? -Y soltó la carcajada sorprendiendo a Kadar, que alzó los ojos y encontró su mirada.

-¿La inglesita, mi señor?

-Sí, la inglesita -respondió Derek, sonriendo ahora a pesar de estar moviendo la cabeza con incredulidad-. ¿Ha sido ella realmente quien te ha puesto morado ese ojo?

-Ella no tenía esa intención -se apresuró a protestar Kadar.

-Oh, estoy seguro, como tampoco quería dejarte esas estrías en la mejilla.

-En verdad...

Derek le hizo callar inmediatamente.

-No tienes que protegerla de mí con pretextos, Kadar, pero me complace ver que lo intentaras. De hecho, voy a hacer que ésa sea tu única responsabilidad, protegerla.

-No te entiendo, mi señor.

-Creo que podré persuadir a Haji Agha para que te entregue corno esclavo de Shahar. ¿Te gustaría eso?

-¿Servir a la inglesita? -Kadar rebosó de alegría-. Será el honor y el placer más grande para mí, señor. ¡Muchísimas gracias!

-Yo en tu lugar no lo agradecería. Dudo que resulte una tarea fácil servir a una mujer tan díscola como ella, pero no era eso lo que tenía en mente. Ella tendrá otros que la sirvan. Tu tarea será ocuparte de que no corra ningún peligro cuando no esté conmigo.

¿Y cuando esté con usted?, deseó preguntar Kadar, pero no se atrevió.

-La protegeré con mi vida -aseguró él en cambio.

-Eso es todo lo que puedo pedir. Pero asegúrate de protegerla también de ella misma.

-¿Mi señor?

- Esta noche se ha dejado dominar por el pánico. No quiero que eso vuelva a suceder. Cuanto antes me acepte, antes aceptará su vida en este sitio y encontrará cierto grado de felicidad. ¿Nos entendemos?

Kadar tuvo miedo de que así fuera, aunque no sabía muy bien cómo podría persuadir él a la inglesita a aceptar a su amo y señor cuando ningún otro había sido capaz de hacerlo, ni siquiera el mismo Jamil Reshid.

CAPÍTULO XXIX

Derek despertó lentamente. Un extraño cosquilleo en el pecho y un peso desacostumbrado sobre él habían logrado sacarle de su sopor. Reaccionó mal al principio ya que no recordaba nada que pudiera explicar lo que estaba pasando, hasta que al levantar la cabeza vio los rizos platino derramados sobre su pecho. Volvió a apoyar la cabeza en la almohada extrañamente satisfecho y feliz.

Al menos Shahar no le odiaba mientras dormía. No estaba acurrucada contra él precisamente, pero usaba su pecho como almohada, tenía las rodillas dobladas y apoyadas contra sus caderas, una mano apoyada sobre su costado y la otra, de algún modo, se había deslizado debajo de su espalda. La mano de Derek también había estado posada sobre el costado de Shahar apenas debajo del seno. No la movió, no se movió en absoluto, temiendo que despertara y se apartara de él.

No había tenido la intención de dormir con ella. En algún momento durante la velada la había metido debajo de las mantas quitándole sólo las joyas para que no la lastimaran. Había sido imposible pensar siquiera en quitarle alguna otra cosa sintiéndose Derek como se había sentido. Ella no se había despertado entonces y él se había quedado largo tiempo sentado en la cama contemplándola, hasta que había recordado que no estaba a solas con ella.

Los siempre presentes nublos habían estado en sus sitios habituales a cada lado del lecho, tan silenciosos e inmóviles que no había sido extraño que olvidara por completo la presencia de esas estatuas de ébano. Podrían no oír las conversaciones que mantenía con Shahar, pero tenían ojos, y podían comunicarse con cualquiera que conociera el lenguaje silencioso de las manos y los movimientos del cuerpo, lo cual abarcaba a casi todos los que se habían criado y crecido en el palacio. Por eso mismo había decidido en el último momento que pasaría la noche con Shahar. Era eso o hacer que la llevasen de regreso al harén, ya que Jamil jamás había renunciado a su lecho, aun cuando estuviera ocupado por una concubina desvanecida. Y Derek había estado poco dispuesto a que se la llevaran por más inquietante y perturbadora que fuese su presencia junto a él.

Pero había pasado mucho tiempo antes de que pudiera dominar su cuerpo lo suficiente como para poder acostarse al lado de ella. El *kanyak,* debía reconocerlo, no le había prestado ninguna ayuda y había dejado de beber cuando aún estaba sobrio, a pesar de haber vaciado la primera botella. Gracias a eso ahora no sufría los efectos secundarios de una borrachera, pero por la noche no se había sentido tan agradecido a su templanza, pues le había costado muchas horas de angustia hasta caer finalmente dormido, como así también dominar a la fuerza de voluntad la tumescencia que había resurgido una vez más con la proximidad del cuerpo tibio y sensual de esta beldad que dormía olvidada de todo. Ahora podía sentir que estaba ocurriendo nuevamente, con más fuerza que nunca. Derek gimió y no advirtió que se había crispado su mano apretando el costado de Chantelle lo suficiente como para despertarla.

La reacción de Chantelle al despertar fue mucho peor que la de Derek. Se sintió francamente horrorizada a la vista de una piel desnuda debajo de su mejilla, pero no tuvo que preguntarse a quién pertenecería. Lo supo instantáneamente. Lo que no podía explicarse era cómo había llegado allí.

-¿Así que ya estás despierta?

¿Se había movido acaso? Creía estar demasiado paralizada hasta para mover un solo músculo. ¿O la había denunciado el hecho de haber dejado de respirar por unos segundos?

La mano de Derek abandonó el costado y se deslizó por la larga cabellera plateada.

-Sé que estás despierta, Shahar. Es inútil que finjas.

Ella levantó la cabeza lo suficiente para volverla hacia él, pero no encontró respuesta en su semblante.

-¿Nosotros hemos hecho... me has hecho...?

-Cuando lo haga -la interrumpió él, sonriente-, no tendrás que preguntar.

-No te creo -se atrevió a decir ella, mortificada por no poder acordarse de nada.

-Todavía tienes toda tu ropa puesta, si quieres mirar debajo de las mantas. ¿Piensas que me tomaría la molestia de volver a vestirte después de haberte hecho el amor? Te aseguro que no lo haría.

Ella se miró el pecho. Todos los botones de la chaquetilla azul estaban prendidos y ahora podía sentir el roce de la tela de los pantalones sobre las piernas debajo de la sábana. Volvió a mirarle con los ojos todavía entrecerrados y acusadores.

-Entonces, ¿qué estoy haciendo aquí? El le sonrió.

-¿En mi habitación o en mi lecho?

-¡Oh, Dios!

La risa de Derek hizo que la barbilla de Chantelle rebotara contra su pecho. Se incorporó inmediatamente y le fulminó con la mirada.

-Yo no veo...

Al segundo siguiente Chantelle estaba acostada de espaldas y él casi encima de ella, aunque no demasiado cerca como para aterrarla... todavía.

-Tú no ves nada, Shahar, porque no recuerdas nada, ¿o sí? ¿Qué demonios estuviste haciendo ayer que te dejó tan agotada?

Como si él no lo supiera bien. No tenía que ser justa. Podría ser que él la hubiese enviado a las cocinas, pero había sido su segunda esposa la que se había ocupado de no darle ningún respiro ayer. El día anterior había podido dormir y descansar por cortos períodos durante todo el día para resarcirse de la noche en vela. Pero ayer... se preguntó si Noura había sabido que Jamil enviaría por ella a la noche, o si sólo lo había hecho por pura maldad. ¿Qué importaba, sin embargo, a la luz de lo que había sucedido en los baños?

Todo estaba volviendo lentamente a su memoria, y con esos recuerdos, un terror que la helaba hasta los huesos. Si no hubiese estado tan exhausta jamás habría reaccionado de esa manera al llegar al *hammam* y enterarse de por qué estaba allí, pero ésa no era una excusa. En realidad, se había resistido y luchado para no ser devuelta a la presencia de Jamil. Dios, podría haber sido lastimada seriamente por semejante comportamiento, azotada o peor. Había olvidado completamente la conclusión lógica a la que había llegado antes, de que no valía la pena perder la vida por su virginidad.

¿Cuál había sido la reacción de Jamil? Debió de haber estado furioso. Tenía que haber exigido alguna explicación por las condiciones en que ella se encontraba. Entonces, ¿por qué no había amanecido atada al poste de flagelación en vez de acostada en su lecho y usando su pecho como almohada?

Le había estado mirando fijamente con los ojos redondos de asombro, tratando de leerle los pensamientos y recoger alguna información, cualquier cosa, pero no había nada, sólo esos grandes y oscuros ojos verdes observándola. Esa mirada trajo a su memoria aquel primer encuentro y que cuando estaba así era capaz de cualquier cosa. Pero también recordó que él había sonreído antes, y también que se había reído. Su talante no podía ser tan peligroso, aunque su última pregunta hubiese sido bastante áspera. Y no la contestaría. Aun cuando él no supiese la razón por la que el de ayer había sido un día particularmente agotador para ella, sí sabía que había estado trabajando dos días seguidos, así que no tenía por qué interrogarla acerca de su fatiga. No sacaría a relucir su último castigo cuando no sabía aún cuál sería el siguiente.

-¿Te has enfadado?

Era como si él sólo hubiese estado esperando que ella hablara para que su semblante se relajara y se suavizara la mirada de sus ojos.

-Mucho.

-Sin embargo, no me siento como si hubiese sido azotada. Derek se rió entre dientes.

-Tal vez porque no te han azotado.

-¿Todavía?

- No, pequeña luna. - El estaba sonriendo al hablar en tono bajo y tranquilizador-. Sería un crimen estropear esta piel tan tierna y delicada.

Mientras lo decía su mano acariciaba el brazo. Al llegar a la muñeca, la levantó y se llevó los dedos de la mano de Chante-lle a los labios. Los besó gentilmente uno por uno, y luego los mordisqueó suavemente. Chantelle sintió que se le erizaba la piel del brazo y la espalda.

-¿Recuerdas lo que te enseñé sobre besar? Pon tu dedo en mi boca, Shahar.

El no esperó que ella lo hiciera sino que le tomó el dedo corazón con los labios y lo chupó hasta introducirlo en la boca. La sensación extrañamente placentera fue inmediata y turbadora. Desconcertada, Chantelle retiró la mano de un tirón.

-Estoy de acuerdo -comentó él inclinándose más sobre ella-. Las lenguas son mucho mejor.

Las manos de Chantelle volaron a los hombros de Derek para impedirle que avanzara más, pero no llegaron a tiempo pues ya la boca se había apoderado de sus labios. La lengua pugnó por atravesar la barrera de los labios apretados que ella se negaba a entreabrir. Dereck echó la cabeza hacia atrás y la miró con un semblante entre mortificado y divertido a la vez.

-Veo que lo has olvidado después de todo -concedió en lugar de mencionar la resistencia que le oponía-. Pero recuerda dónde te encuentras, cariño, y también que yo podría divertirme fácilmente con otras cosas.

Súbitamente, una mano se deslizó por detrás de la cabeza de Derek impulsándola hacia adelante para hacer que su boca cubriera los labios que ahora sí la esperaban entreabiertos. Pero no pudo complacerla por completo, ya que se estaba riendo por la reacción tan rápida a la amenaza apenas velada.

-Estoy... encantado.. con tu... entusiasmo, pero... El pensamiento quedó olvidado cuando la mano temblorosa de Chantelle le acarició la mejilla tentativamente. Derek gimió y reclamó su boca por completo para un largo y encarnizado duelo de lenguas que le dejó ardiendo de necesidad. La inocencia de Chantelle era lo último en que pensaba en ese momento. Esta misma llama le había consumido una vez más de lo prudente. Ahora se apoderó del control de su cuerpo vibrando y pulsando en las ingles hasta que creyó que moriría si no podía obtener más de ella.

Chantelle se estaba derritiendo bajo este ataque sensual. Los brazos y piernas parecían haberse licuado, las fuerzas se escapaban del cuerpo dejando detrás un fuego que la asustaba

Librodot

y, no obstante, no quería interrumpir su curso. Lejos de ello. Las sensaciones que experimentaba eran tan deliciosas, tan embriagadoras, que no podía cuestionarlas. Sólo quería que continuaran siempre.

Con todos sus sentidos aturdidos en la vorágine de descubrimientos, no advirtió la mano que se deslizó debajo de la chaquetilla para acariciar y apretar la carne suave que ocultaba. La mano estaba caliente, pero también lo estaba el vientre apretado contra su cuerpo, la pierna que cubría la de ella y la boca que había asumido el control de su voluntad. Bn ese momento, la boca abandonó la de ella y estalló en frenético ardor sobre su seno.

Fue demasiado para ella. Esta nueva sensación fue la gota que colmó el vaso, especialmente por ser tan potente y avasalladora. Los labios rodeándole el pezón, la lengua dando suaves estocadas contra el botón endurecido le produjeron tal emoción que reaccionó tomándole la cabeza con las manos para apartarla violentamente de allí.

-No lo hagas.

El gruñido grave la detuvo por un instante. También puso rigidez en su cuerpo. Lo único que ahora sentía era miedo, pero volvería a detenerle si él intentaba posar la boca otra vez sobre su seno.

Derek no lo intentó siquiera. Comprendió que el deseo que había encendido en ella se había apagado. Otra vez había ido demasiado lejos y demasiado rápido, para una inocente como ella. Pero entenderlo no mitigó su angustia.

Derek dejo caer la frente sobre el pecho de Chantelle, luchando consigo mismo y con el deseo apremiante de olvidar que ella se había vuelto fría e inconmovible, de poseerla simplemente y terminar esta tortura. Iba a suceder con el tiempo, ¿por qué demonios tenía que sufrir de esta manera?

Porque no quería que ella lo odiara más de lo que ya le odiaba. Porque la quería suave y dispuesta y esperándole con igual fervor. Si no fuera así se sentiría defraudado. Pero saber esto tampoco enfrió su cuerpo más de prisa.

Sentía las manos pequeñas sobre sus hombros empujándole muy suavemente, pero con insistencia. Ella quería poner un poco de distancia entre ellos. Por su parte, él sólo deseaba acercarse más. Consideró por un momento que en el papel que estaba asumiendo lo único que importaba eran sus deseos. El problema era que no podía desempeñar ese papel sin enajenarla más aún. No tendría ninguna importancia con cualquier otra persona, pero con ella y sólo con ella, porque no conocía al verdadero Jamil, él podía ser diferente, más él mismo. Pero no demasiado diferente. Las mujeres murmuraban y comparaban notas, después de todo, y todas las demás mujeres del harén conocían íntimamente a Jamil. No podía permitir que Shahar se preguntara acerca de su trato preferencial con ella o lo mencionara a cualquiera

-Estoy haciendo lo imposible para pasar por alto el hecho de que te tengo exactamente donde quiero que estés, Shahar. Pero si no puedes tener un poco de paciencia y quedarte quieta en lo posible, para facilitarme las cosas, voy a renunciar al esfuerzo.

Las manos cayeron de los hombros, pero por alguna razón inexplicable, esta vez él resintió su obediencia inmediata. Era absolutamente obvio que ella haría cualquier cosa con tal de que no le hiciera el amor y eso hacía añicos su ego. Se preguntó hasta dónde lograría llegar para postergar lo inevitable. También se preguntó si él podría soportar el ponerla a prueba.

Se echó hacia atrás y la atravesó con su mirada penetrante.

-Daré por sentado que te opones a que te haga el amor a plena luz del día, antes de pensar que encuentras mi contacto repulsivo. ¿Estoy en lo cierto?

Su disgusto era tan evidente para ella que temió aceptar el pretexto que le ofrecía, menos aun negarlo con la verdad, que no era que su contacto fuese repulsivo, sino que el efecto que le producía era terriblemente inquietante y perturbador.

Librodot

Simplemente no entendía qué le pasaba cada vez que él la tocaba, por qué se sentía tan bien cuando él la besaba, por qué su piel se tornaba tan sensible que la sentía como abrasada, por qué él tenía que afectarla de este modo.

-No respondes.

Ella gimió interiormente. Aborrecía esta nueva disposición de su ánimo que le permitía atacarla con tanta calma y deliberación.

-Por favor, ¿no podría irme ahora?

-No, vamos a hablar, tú y yo, para discutir temas que me interesan, por ejemplo, ¿cómo puedes ser tan ardiente y cariñosa conmigo en un momento y volverte fría al siguiente?

-Yo no era... yo no he hecho...

-Oh, sí lo has hecho, y deseo conocer tu secreto, Shahar. Quizás entonces yo también pueda controlar mi pasión con la misma facilidad. Yo no puedo, ¿comprendes?, al menos no lo consigo en lo que respecta a ti. Así que dímelo. Sinceramente quiero conocerlo.

Por su manera de decirlo, ella supo, instintivamente, que nada le complacería excepto la verdad. Y no eran secretos lo que deseaba. Ella lo sabía bien. El quería saber por qué ella había interrumpido sus requerimientos de amor.

-Me he asustado.

-¿De que? -Su voz se suavizó un tono-. ¿No te has dado cuenta todavía de que yo no te haré ningún daño?

-Pero sí me has hecho daño.

-¿Qué ha sido lo que te ha hecho daño?

-El calor.

El la contempló largamente y con curiosidad.

-¿Tu piel es realmente tan sensible, Shahar? ¿Acaso esto te quema?

Ella contuvo la respiración y empezó a retorcerse cuando la mano de Derek se posó sobre su seno. Ella no se había dado cuenta de que había permanecido desnudo todo este tiempo desde que él levantara la chaquetilla para probarlo.

-Por favor...

-¿Te ha quemado? -repitió él, aunque alzó la mano y hasta estiró la diminuta banda de tela fina para cubrirlo.

-No -admitió ella y cerró los ojos para ocultar la vergüenza que sentía por este tema-. Ha sido... ha sido tu boca. El le sonrió, aunque ella no vio la sonrisa.

-Se sabe que la boca es una parte bastante caliente del cuerpo, pequeña luna. Tal vez sólo te has sobresaltado por su calor, puesto que todavía no estás muy acostumbrada a él. Pero te aseguro que no estás quemada y que lo que has sentido es absolutamente natural, si bien en un grado extremo. No te causará el mismo impacto la próxima vez.

Los ojos violetas se abrieron de golpe al oírlo.

-¿La próxima vez?

Se lo pensó dos veces antes de sonreír por su consternación.

-El sabor de tu boca y de tu piel es la dulzura misma, Shahar. ¿Crees acaso que me privaré de tu néctar ahora que lo he descubierto?

-Yo...

-Shhh. Cuéntame lo que has sentido antes de que yo te sobresaltara. Te gustaba cuanto de estaba besando, ¿no es verdad?

Ella empezó a mover la cabeza, pero él la detuvo otra vez.

-No me mientas, Shahar.

Librodot

Le hirió en lo más vivo que él ya supiera la respuesta.

-¡Entonces no me preguntes qué he sentido! Derek se sorprendió por su vehemencia, pero no había motivos para esa sorpresa. No iba a ser fácil hacerle confesar cualquier placer que experimentara con él, al menos mientras le tuviera tanta inquina.

- Entonces te lo diré yo. - Murmuró él al tiempo que posaba la mano sobre su vientre-. Te has sentido caliente y débil y temblorosa. Tu pulso se ha acelerado, tus sentidos han palpitado y pulsado y un extraño calor se ha extendido por tus órganos vitales.

-¿Cómo has sabido...? -Se contuvo antes de terminar esa pregunta reveladora, pero demasiado tarde.

-Porque yo también lo he sentido -respondió él mientras la mano le acariciaba el vientre con movimientos circulares-. Eso se llama deseo y tiene voluntad propia que no puede ser desconocida ni negada. ¿Lo sientes ahora?

Bajó la mirada a la mano sobre la piel de la joven y ella lo hizo también, y se alarmó, porque sí sentía ese calor expandiéndose dentro de ella otra vez.

-¡No!

Estiró el brazo para apartarle la mano de su vientre, pero él le aprisionó los dedos. Intentó retirar ahora su propia mano de un tirón y terminó teniéndola sujeta a la cama. Comenzó a luchar francamente entonces, hasta que oyó la risa profunda y contenida de Jamil y se dio cuenta de que no estaba consiguiendo nada.

-Si crees que puedes luchar conmigo como lo hiciste con Kadar, puedes intentarlo. Pero te advierto, él estaba muy limitado en lo que podía hacerte para sujetarte. Yo no. -Entonces se unieron sus cejas al ver el temor reflejado en el rostro de Shahar-. No me mires de ese modo, mujer. ¿Te he causado daño alguna vez? ¿Te castigué cuando me rechazaste la otra vez? No, y tampoco lo haré esta vez. ¿No te prueba nada eso?

Chantelle contuvo la respiración. ¿Lo había oído bien? Claro que sí. Así que él no era responsable de su destierro a las cocinas del palacio. La responsable era su madre y obviamente él no estaba enterado. ¿Y si lo supiera? Tuvo el presentimiento de que no le agradaría, porque por algún motivo estaba tratando de impresionarla con su benevolencia, y los castigos mezquinos arruinarían esa impresión. Pero alguien más podría contárselo si se atreviera. Chantelle no se arriesgaría a sufrir su cólera, aun cuando no estuviera dirigida a ella, especialmente en su actual posición tan precaria tendida en su cama y casi debajo de su cuerpo.

-Pareces sorprendida, Shahar. -La estaba observando pensativamente-. ¿No me crees?

¿Creerle? ¿Qué había dicho? Ah, sí, que él no le había causado ningún daño. Sí, suponía que era verdad... hasta ahora. Pero este hombre tenía más de una cara, y ella ya había visto la cara que podía aterrorizarla.

-No, y yo no estoy sorprendida... sólo confundida... sí, confundida. Lo único que se me ha repetido es que no puedo negarte el uso de mi... bien, que no puedo rechazarte. Ahora me dices que está bien. ¿A quién debo creer?

-A mí, por cierto -replicó él con una sonrisa seductora que la dejó con la mirada clavada en su boca durante lo que pareció una eternidad. Cuando por fin alzó los ojos encontró los de Jamil, que también parecían estar sonriéndole-, Ah, dulce muchachita, ¿qué voy a hacer contigo? No puedo permitirte que pienses que está bien negarte a mí. Desbarataría todo el equilibrio de mi harén. Yo no he dicho que estaba bien, sólo que no se te castigaría.

-Entonces...

-Déjame terminar. No siempre te negarás a mí. Me aceptarás espontáneamente cuando llegue el momento apropiado. -Le puso la mano en la mejilla para evitar que moviera la cabeza para negarlo-. Ya lo verás, Shahar, te lo prometo. Yo he despertado tu deseo esta

mañana. Lo sentiste la otra noche. No es algo que puedas ignorar mucho tiempo. -Le acarició la garganta donde latía su pulso-. Hasta en este mismo momento mis caricias te excitan.

-Eso es miedo -murmuró ella casi sin aliento. El se rió entre dientes.

- Que pequeña mentirosa eres. Por supuesto que debo admitir que es fácil confundir una emoción por otra cuando son tan similares. Pero creo que ahora ya conoces la diferencia que hay entre ellas. Por favor, no te engañes mucho tiempo, Shahar. Lo que habrá entre nosotros será hermoso, si tú permites que suceda.

El le estaba diciendo, sin expresarlo abiertamente, que su paciencia era limitada. Supuso que debía estar agradecida de que tuviera al menos algo. Ciertamente no lo había esperado de él. Por otra parte, tampoco había esperado que fuera tan considerado respecto a sus sentimientos. ¿Cómo haría para habérselas con un ser tan caprichoso e inconstante?

No sabía cómo contestarle, así que no lo hizo. Pero él esperaba que hiciera algún comentario después de las últimas afirmaciones tan perturbadoras. Quizá ella podría ponerle a la defensiva para variar.

-¿No parecerá extraño que me tengas aquí tanto tiempo? Me dijeron que sólo pasabas las noches con tus esposas. El le volvió la espalda y se sentó en el borde de la cama.

Ella comprobó con alivio que aunque se había quitado la túnica, había conservado los pantalones para dormir. ¿Por ella?

Ahora casi lamentaba haberle molestado con su pregunta, y ciertamente lo había hecho. Tenía los músculos de la espalda tensos y podía verle una mano con los nudillos blancos por apretar el borde de la cama. ¿Por qué le molestaría tanto esta pregunta en particular?

-Nadie pregunta lo que yo hago, Shahar -dijo sin mirarla-. No se atreverían. Tú tampoco me preguntarás.

Llamearon los ojos violetas y ardió de cólera. ¡Qué maldito descaro autocrático el de este hombre!

-En otras palabras, tú puedes preguntarme cualquier cosa, sin importarte si es indecoroso o no; pero yo no puedo preguntarte absolutamente nada, ¿no es así?

-Exactamente.

Estupefacta por la respuesta, estuvo a punto de quedar boquiabierta, pero cerró la boca de golpe y rechinó los dientes. Sintió un fuerte impulso de golpearle de lleno en esa espalda dura y fornida que todavía le daba, pero la cólera no había anulado su sentido común.

Apretando más los dientes, preguntó:

-¿Puedo retirarme ahora... su alteza?

No iba a decirle «mi señor», como casi todos los demás porque eso sólo reforzaría sus respectivas posiciones. Y sabía que «alteza» era uno de tantos títulos aceptables para dirigirse a él, aunque se le ocurrían muchísimos otros que preferiría usar.

Vio cómo dejaba caer los hombros casi cansadamente, aunque su tono siguió siendo brusco.

-Sí, vete.

Gracias a Dios que estaba vestida. Habría sido humillante tener que esperar hasta ponerse toda la ropa, pero habría sido más humillante aún despertar y encontrarse desnuda en su cama junto a él. Y ésa había sido una posibilidad evidente, considerando que había perdido el conocimiento en su lecho.

Comprender de pronto que él podría haber hecho lo que quisiera con su cuerpo inconsciente, pero que no lo había hecho, redujo un tanto su indignación. Finalmente, se puso de pie y al ver por primera vez a los nubios quedó alelada.

Dios mío, ellos habían estado allí todo el tiempo, hasta cuando Jamil estaba... cuando él...

La sangre afluyó a sus mejillas. ¿Cómo podía haber olvidado o no percibido su presencia estando tan cerca? Pero, por supuesto, toda su atención estuvo centrada en Jamil desde el momento en que despertó, con exclusión de todo lo demás. Y ellos podían no estar mirándola ahora, manteniendo la vista fija en un punto directamente al frente de ellos, podrían no haberle lanzado miradas mientras ella estaba acostada al lado de Jamil, permitiéndole...

Dejó escapar un gemido de consternación antes de dirigirse directamente hacia la puerta. Para llegar a ella debía rodear la cama y pasar delante de Jamil, que estaba sentado mirando en esa dirección.

-¿Shahar?

Se paró en seco refunfuñando interiormente. Podría haberlo desterrado temporalmente de sus pensamientos, pero aparentemente él no la había desterrado a ella de los suyos, aun cuando le hubiera parecido.

-Estás olvidando algo.

Su voz no sonó tan brusca ahora, pero ella aún se sentía insegura al darse la vuelta para mirarle. Cuando lo hizo se encontró súbitamente con su poderosa imagen, la de un hombre casi desnudo sentado en la cama. En realidad no había mirado antes su pecho desnudo, pero ahora no podía menos que hacerlo. Su cautela retrocedió y dejo lugar a la fascinación. Por primera vez veía sus poderosos músculos bien trabajados, y el vello negro y crespo que le cubría el esternón. Aunque el torso estaba ligeramente inclinado hacia adelante no había ninguna ondulación de piel sobre el estómago firme. Y sus hombros parecían mucho más anchos ahora en esa posición, con los brazos abiertos y las manos apoyadas haciendo fuerza sobre el borde de la cama a ambos lados del cuerpo. Eran brazos poderosos que engañaban cuando estaban cubiertos por las ricas túnicas, pero tan evidentes ahora como para resultar desconcertantes. Cuando pensaba en el poder de Jamil era siempre con relación a su autoridad, no a su físico. Su estatura podía ser imponente, pero parecía tan delgado y sus movimientos tan garbosos que ella ni siquiera había imaginado que pudiera haber tanta fuerza y robustez bajo la superficie.

En este momento le veía como un hombre, no como el dey, y para colmo de males como un hombre magnífico. Una vez más sintió la abrumadora atracción que ejercía sobre ella, y la misma que experimentara a la primera vez que posó sus ojos en él. Afortunadamente, era ese mismísimo cuerpo el que despertaba esta nueva atracción y a la vez ayudaba a aplastarla, pues ahora era descaradamente obvio que había suficiente fuerza allí para forzarla a obedecer su voluntad si no lo conseguía con su autoridad.

Fastidiada consigo misma por dejarle ver la fascinación que ejercía su cuerpo, Chantelle levantó los ojos con gran esfuerzo y los clavó en los de Jamil, ofreciendo a su vista la contradicción de las emociones que la embargaban, presentando ojos llameantes y el labio inferior tembloroso que aquietó mordiéndolo suavemente antes de preguntar:

-¿Qué me olvidaba... su alteza?

La breve pausa fue suficiente para fruncir el entrecejo de Jamil. Su negativa a llamarle de una forma menos impersonal era deliberada y ahora él lo sabía. No le importó. Lo único que podría haber olvidado era inclinarse ante él reverentemente antes de salir de la habitación, y si él iba a ser tan arrogante como para exigirlo, estaba segura de ponerse a gritar.

El dijo simplemente:

-Ven aquí.

-¿Es preciso?

-Ven aquí -repitió él sin levantar el tono de voz. La única razón por la que no consideró la idea de negarse fue que él pasara por alto su impertinencia. Avanzó hacia él, aunque muy lentamente, pero se detuvo a varios pasos de distancia.

-Allí -dijo él.

Chantelle bajó la vista al sitio que indicaba la mano de Jamil y vio un bulto de tela en el suelo, al lado de sus pies. Supuso que era ropa que él se había quitado antes de meterse en la cama.

Pero encima del bulto, como si descansaran en un lecho de seda blanca, había un montoncito de zafiros. No recordaba haberlos visto nunca antes, y sólo podía pensar que quería pagarle por dormir en su cama, aunque no hubiese sacado ningún provecho de ello.

Ardió de indignación y volvió a mirarle a los ojos.

-Yo no los quiero.

El arqueó una sola ceja ante esta reacción.

-Es interesante -comentó y luego, después de una larga pausa-: pero improcedente. -Se inclinó para recoger las joyas y una vez que estuvieron colgando de sus dedos, pudo ver que estaban montadas en plata. Eran tres hileras de distintos largos y gemas de diversos tamaños, tallados formando un magnífico collar que debía de valer una fortuna.

Al suponer que él quería comprar su afecto, la sangre afluyó a sus mejillas y repitió con hielo en la voz:

-No las quiero.

El la sorprendió más al sonreírle tranquilamente como si encontrara muy divertido este desplante de indignación. Y ella pronto comprendió que era así al oír sus siguientes palabras.

-Se podría obsequiar un collar como éste a una mujer por el nacimiento de un hijo, pero no por lo que tú estás pensando. Da la casualidad que llegaste aquí luciéndolo alrededor del cuello y, por lo tanto, saldrás de aquí con él puesto para devolvérselo a su legítima dueña.

-Tu madre -dijo Chantelle sonrojándose más al comprender su error-. Ella me prestó las perlas, así que debe de haber... Tú puedes devolvérselo con la misma facilidad que yo -terminó. No quería acercarse ni un paso más para recuperar el collar que él tenía en las manos.

Pero Derek tenía otros planes. Se inclinó hacia adelante, la tomó del brazo y la acercó hasta tenerla entre las rodillas. Cuando ella trató de retroceder, él le apretó más el brazo.

-¿Es tanto el miedo que me tienes? Chantelle oyó la irritación en su voz y el enojo en la pregunta, pero no le importó. Su orgullo le hizo replicar:

-No -aun cuando no era verdad.

-Entonces, quédate quieta -le ordenó-. Sólo quería ponerte el collar, ya que fui yo quien te lo quitó. Saldrás de aquí como entraste, Shahar.

La soltó desafiándola a que retrocediera, pero ella no lo intentó siquiera. Sus palabras habían evocado una imagen vaga que iba tomando forma. El quitándole el collar y tocándole la piel mientras ella dormía plácidamente sin tener conciencia de nada. El súbito calor que sintió en el vientre la sorprendió tanto que contuvo la respiración bruscamente. ¿Cómo era posible que una simple imagen la afectara de este modo?

-Estoy esperando.

Las palabras la volvieron a la realidad. Todavía perpleja por lo que le había pasado no comprendió qué estaba esperando él. Cuando se le aclaró la mente, volvió a indignarse. Como él no se había puesto de pie para colocarle el collar en el cuello, obviamente deseaba que ella se arrodillara delante de él. Era demasiado, demasiado servilismo, demasiada humillación.

-No tengo que llevar el collar para devolverlo. -Extendió la mano para que él se lo entregara.

-Yo insisto.

-Bueno, entonces puedes irte al mismísimo... El exacto lugar donde ella pensaba mandarle se confundió con un gemido de asombro cuando uno de los pies de Jamil le rodeó las piernas y dio contra las corvas doblándole las rodillas mientras las manos la sostenían y la

Librodot

obligaban a caer de rodillas sujetándola en esa posición. Ella tenía que alzar los ojos para mirarle, y lo hizo, fulminándole con su mirada.

-¿Te sientes feliz ahora? -quiso saber con voz estridente.

-Me sentiré feliz cuando dejes de resistirte -contestó con cierto pesar, y luego añadió suavemente-. No lo he hecho para humillarte, pequeña luna. Usaré cualquier pretexto para rodearte con mi cuerpo, para sentir...

-¡Has dicho que podía irme! -gritó ella con un brillo de odio en los ojos.

-Y puedes hacerlo. Mi intención todavía es colocarte el collar. Levántate el pelo y lo haré.

Ella no sabía qué pensar de todo esto. No entendía. ¿Envolverla con su cuerpo? Dios, qué débil la hacía sentir esa imagen...

De prisa, para terminar con todo esto de una vez, Chantelle levantó la espesa cabellera y dejó libre el cuello. El recogió el collar de donde lo había dejado caer sobre la cama. Y luego la contempló por largo rato antes de deslizar el frío metal, lenta, muy lentamente, alrededor de su cuello.

Chantelle se estremeció, no tanto por el frío sino por el calor de sus dedos al rozarla. Luego él se inclinó para asegurar el broche, y ella ahora sí se encontró rodeada por su cuerpo, por los brazos, el pecho y las rodillas y muslos presionando a ambos lados de sus caderas.

El frío, el calor, el contacto de la mejilla con su pecho desnudo, todo se confabuló para hacerle olvidar su enfado. Era como estar envuelta en un suave capullo, tibio y reconfortante, seguro. ¿Seguro? Sí, de alguna manera se sentía segura por el momento. El había dicho que podía retirarse, así que no tenía que temer nada de este abrazo, excepto quizá, a sus propias reacciones.

El pesar que sintió cuando él retiró las manos de su cuello fue genuino. Levantó los ojos a él y le encontró sonriendo.

-¿Ha sido tan difícil y molesto?

Se negó a contestar, su orgullo desplazó lo que él le había hecho sentir y preguntó:

-¿Puedo irme ahora?

-Sí. -Pero su mano sobre el hombro de Chantelle le impidió levantarse cuando ella lo intentó-. En cuanto tenga tu palabra de que vendrás esta noche cuando envíe por ti.

-Pero...

-Tu palabra, Shahar, o no me dejarás ahora.

-Nada ha cambiado -le dijo ella simplemente.

-Yo no lo creo, pero vendrás aquí de todos modos, y veremos qué sucede. ¿Tu palabra?

Se mordió el labio, indecisa, pero finalmente asintió con la cabeza. Esto llevó la mano de Derek a la mejilla de Chantelle para una suave caricia y una advertencia aún más suave.

-Reserva toda tu belicosidad para mí, pequeña luna. Por si no lo has notado todavía, he aceptado tu reto.

Cuando ella salió apresuradamente de su aposento, fue con cieno grado de temor, pero también con algo más. Aún no estaba lista para admitir que podría ser anticipación.

CAPÍTULO XXX

A Chantelle no le despertaba mucho interés su nueva «celda» de esta prisión de lujo. Ahora poseía dos habitaciones en lugar de una, y ambas eran tres veces más amplias que su antiguo alojamiento. Muy bonitas, suponía, con paredes recubiertas de azulejos de la isla de Rodas y suelo de mármol en la antecámara, donde grandes almohadones rodeaban una mesa baja en uno de los rincones. Hasta había una fuente pequeña en el centro de la habitación y ventanas enrejadas que daban a un gran patio de mármol rosado.

En su alcoba tenía una cama endoselada de color rosa en lugar de un jergón, y un arca de gran tamaño llena ya con una docena de esos atuendos tan escasos de tela y tan transparentes que para ella no eran otra cosa que ropa interior. Una artística mampara lacada ocultaba varios anaqueles con cosmética, aceites y perfumes. Una magnífica alfombra turca con arabescos intrincados en carmesí y oro cubría casi todo el suelo. Aquí también había otra ventana, pero ésta daba al jardín de las favoritas rodeado de altos muros y en cuyo centro se veía una fuente más grande entre cuadros de claveles, tulipanes y lirios morados y púrpura. Debajo de las ventanas crecía un jazmín de Arabia cuyas flores perfumaban intensamente la brisa antes de entrar en la alcoba.

La habían traído directamente aquí desde el apartamento de Jamil, donde Kadar había estado esperándola en el corredor, como de costumbre. Ella se había sentido demasiado avergonzada para mirar al eunuco gigante, por ser la responsable de su cara amoratada y, por tanto, no había notado hacia dónde la conducía hasta que se detuvo en la puerta de su nueva morada.

Adamma ya estaba allí, esperándola, rebosando alegría y felicidad, pero también se encontraba Haji Agha, así que a Chante-lle no le pareció nada fuera de lo común ser conducida a ese apartamento.

Fue Kadar quien entonces le informó de los cambios.

-Esto es ahora tuyo, Lalla, así como yo también te pertenezco desde ahora.

Chantelle giró en redondo y le vio sonriendo de oreja a oreja. Sus propias facciones fueron un muestrario de emociones fugaces; culpa, ante la prueba evidente en la cara y brazos del eunuco de la violencia de la que ella era capaz; ira, porque Kadar pudiera ser regalado con tanta facilidad; recelo, en cuanto a la razón para ello; y finalmente, regocijo, pues su sonrisa era tan contagiosa que ella no pudo menos que devolverla. Pero sólo fue una sonrisa fugaz cuyo único destinatario era Kadar.

En cambio, Haji Agha recibió todo el impacto de sus recelos.

-¿Es verdad eso? ¿Me pertenece ahora Kadar? El eunuco más viejo asintió con cierta vacilación. Le desconcertaba la dureza del tono de Chantelle. No estaba acostumbrado a ser interpelado de manera tan directa en una sociedad que insistía en el intercambio de circunloquios antes de entrar de lleno en cualquier discusión por seria que fuese. Y ciertamente, jamás había sido atacado antes por una concubina a la que se le comunicaba su nuevo rango en el harén.

-¿No estás contenta? -Más que una pregunta fue una afirmación de lo obvio.

Chantelle agitó un brazo en el aire desechando las palabras con impaciencia.

- ¿Qué tiene que ver eso con nada, cuando nunca ha importado a nadie si estaba contenta o no? Quiero saber por qué me dan a Kadar ahora.

-Fue el deseo de Jamil -respondió él simplemente.

-¿Su deseo? Oh, por supuesto -se burló Chantelle-. Qué tonta soy por olvidar que tu gran amo puede hacer cualquier cosa, hasta forzarte a regalar a tus propios esclavos.

-Ha sido muy bien recompensado -trató de decirle Haji.

Adamma ya estaba allí, esperándola, rebosando alegría y felicidad, pero también se encontraba Haji Agha, así que a Chante-lle no le pareció nada fuera de lo común ser conducida a ese apartamento.

Fue Kadar quien entonces le informó de los cambios.

-Esto es ahora tuyo, Lalla, así como yo también te pertenezco desde ahora.

Chantelle giró en redondo y le vio sonriendo de oreja a oreja. Sus propias facciones fueron un muestrario de emociones fugaces; culpa, ante la prueba evidente en la cara y brazos del eunuco de la violencia de la que ella era capaz; ira, porque Kadar pudiera ser regalado con tanta facilidad; recelo, en cuanto a la razón para ello; y finalmente, regocijo, pues su sonrisa era tan contagiosa que ella no pudo menos que devolverla. Pero sólo fue una sonrisa fugaz cuyo único destinatario era Kadar.

En cambio, Haji Agha recibió todo el impacto de sus recelos.

-¿Es verdad eso? ¿Me pertenece ahora Kadar? El eunuco más viejo asintió con cierta vacilación. Le desconcertaba la dureza del tono de Chantelle. No estaba acostumbrado a ser interpelado de manera tan directa en una sociedad que insistía en el intercambio de circunloquios antes de entrar de lleno en cualquier discusión por seria que fuese. Y ciertamente, jamás había sido atacado antes por una concubina a la que se le comunicaba su nuevo rango en el harén.

-¿No estás contenta? -Más que una pregunta fue una afirmación de lo obvio.

Chantelle agitó un brazo en el aire desechando las palabras con impaciencia.

- ¿Qué tiene que ver eso con nada, cuando nunca ha importado a nadie si estaba contenta o no? Quiero saber por qué me dan a Kadar ahora.

-Fue el deseo de Jamil -respondió él simplemente.

-¿Su deseo? Oh, por supuesto -se burló Chantelle-. Qué tonta soy por olvidar que tu gran amo puede hacer cualquier cosa, hasta forzarte a regalar a tus propios esclavos.

-Ha sido muy bien recompensado -trató de decirle Haji.

Su réplica fue rápida y mordaz.

-¡Felicidades!

Haji movió la cabeza sin entenderla.

-Si no deseas a Kadar... Ella le interrumpió.

-Todavía no me has dicho por qué me lo han dado.

-Todas las favoritas tienen su propio eunuco personal. Ya debes saber eso. -Haji demostró sorpresa. Chantelle le sorprendió aún más.

-Yo no soy una favorita, Haji. Estaba demasiado furiosa para tratarle con el debido respeto. Sé muy bien cómo se hacen las cosas aquí, y sé que ninguna concubina puede aspirar al rango de favorita hasta que ella primero no haya... -La turbación y la vergüenza la sofocaron-. Baste decir que yo todavía no he cumplido los requisitos.

-Entonces, no has...

-No, en absoluto.

-Yo pensaba que seguramente esta mañana... -se calló al ver que ella negaba enfáticamente con la cabeza-. Esto es asombroso -añadió, incrédulo.

-Nada de eso -bufó ella-. Has sido presuntuoso, es todo.

-No exactamente, Shahar.

A ella no le agradó el evidente placer que encontraba él en contradecirla.

-Te he dicho...

-No tiene importancia. Estás aquí porque Jamil me ha ordenado que te mude a este apartamento. Ahora eres su primera *ikbal* a pesar de que no hayas compartido su lecho todavía. Todo este asunto es algo inusual, es cierto, pero nosotros no debemos cuestionar en ningún caso los deseos del dey.

Librodot

-¿Y si no quiero quedarme aquí? No, olvídate de que lo he preguntado. Estoy harta de que me digan que no tengo alternativa. -En medio de su rencor se le ocurrió otro pensamiento-. Si Kadar me pertenece, entonces puedo liberarle, ¿no es así? -Pero quedó perpleja cuando Haji y Kadar, al unísono gritaron: «¡No!»-. Oh, por Dios, está bien. ¿De dónde he sacado esta ridicula idea de que podía hacer algo que deseara?

-Lalla, si tú no deseas, Haji Agha te encontrará otro. Se volvió a Kadar y se avergonzó de que su mal humor le hubiera herido cuando él no tenía nada que ver con todo esto.

- No, Kadar, si debo tener mi propio eunuco, estoy contenta de que seas tú, sinceramente lo digo, aunque no veo cómo puedes tú sentirte feliz con este cambio.

Pero era así. Y Chantelle lo confirmó al ver su renovada sonrisa. Y Haji también parecía satisfecho ahora al despedirse de ellos, pensando, sin duda, que había capeado este temporal sin sufrir demasiados daños.

Chantelle trató de ocultar su desagrado cuando Adamma insistió en enseñarle todo rebosando de entusiasmo. Pero Chantelle no estaba interesada en su casa. No podía menos que llegar a la conclusión de que Jamil estaba demasiado seguro de sí mismo, de que la había mudado aquí porque sólo era una cuestión de tiempo que ella se entregara a él. ¿No le había dicho que había aceptado el reto? Pero el maldito jugaba sucio. Dejaba que todo el harén pensara que su desfloración era un hecho consumado, pues ¿quién creería que la elevaría de rango antes de haber mantenido relaciones sexuales con ella?

-Las únicas cosas que tienen las esposas y tú no tienes son uno o dos cuartos más y tu propio jardín privado -estaba explicándole Adamma llena de entusiasmo-. Este es el mejor apartamento del jardín rosado. Lo tenía nada menos que Mará.

-¿Ya ella qué le ha pasado?

-La han llevado de vuelta al jardín de las *gozdes.* ¡Y qué escándalo ha armado! -Adamma soltó una risita nerviosa-. Pero aquí hay espacio para seis favoritas únicamente.

-Así que era la menos favorita, pero tenía el mejor alojamiento -comentó Chantelle con escepticismo.

-Mará sólo había llegado a esta posición recientemente, pero como servía para un propósito específico, se le brindaba un trato especial y conseguía todo lo que pedía.

-¿Qué propósito? -preguntó Chantelle, pero Adamma volvió la cabeza y trató de cambiar el tema. Mas, Chantelle no aceptaría evasivas esta vez-. ¿Qué propósito, Adamma? -La jovencita seguía renuente a contestarle-. ¿Debo preguntarle a la madre de Jamil?

- ¡No! No debes hacer eso. Mará jamás le ha caído en gracia a Lalla Rahine.

-¿Y bien, entonces? Adamma agachó la cabeza.

-Su... Mará, esto es... su apodo es «el poste de flagelación». Adamma esperaba que eso sólo lo explicaría. Y lo hizo.

-¿El... quieres decir que Jamil la azota?

-No él en persona -se apresuró a replicar Adamma, y luego, tras una pausa, añadió-: pero lo hacen sus mudos.

-¿Por qué, por Dios? -estalló Chantelle-. ¿Acaso la muchacha causa dificultades?

-En absoluto -le seguró Adamma-. Es que ella es precisamente rara en que no puede gozar sexualmente si primero no la castigan violentamente y le hacen daño.

-¡Eso es absurdo!

-Es la verdad, Lalla. Ella va sonriendo al encuentro del rey y regresa también sonriendo. Los cardenales no son nada para Mará. Mi madre dice que es porque la primera experiencia de Mará con un hombre fue violenta, pero ella todavía encuentra placer sólo de esa manera.

-¿Quieres decir con Jamil?

-No. Mará fue violada por el capitán del barco de esclavos que le trajo a Barikah.

-Pero yo creía que todas las mujeres de Jamil tenían que ser vírgenes para entrar en el harén.

-Mará todavía era virgen -respondió Adamma-. A ella la violaron de otra manera.

Chantelle sintió repugnancia ante la imagen que surgió en su mente.

-Pero Jamil todavía la hace azotar por su eunuco antes de que él... antes...

Adamma asintió ahorrándole tener que terminar la frase.

Ella no puede experimentar placer sexual de otro modo. Y el rey la manda a buscar solamente cuando su carácter es realmente terrible e insoportable. Ella es feliz así y se alivia la cólera del dey. ¿Comprendes ahora qué función cumple ella?

Él no descarga su cólera en sus otras mujeres, y Mará también consigue lo que quiere.

-Es despreciable y ruin -dijo Chantelle, aunque en voz muy queda.

-¿Pero a quién daña esto, Lalla?

A nadie, aparentemente, pero Chantelle no podía menos que sentirse asombrada. Con todo, no tenía por qué sorprenderse. Había visto con sus propios ojos que hacer azotar a una mujer era una nadería para Jamil. Si hasta se sentía agradecida de que le hubieran recordado lo cruel que podía ser. Por haberle olvidado casi había gozado peligrosamente del abrazo esa mañana. Pero no volvería a suceder.

-¿Lalla?

-¿Sí?

-Ahora podrás elegir tres esclavas más para ti. Si puedo sugerirte...

-Aguarda un momento -la interrumpió Chantelle, asombrada-. ¿Quién ha dicho que he de tener más sirvientes?

-Es lo acostumbrado. Chantelle la miró con severidad.

-Tú me has oído decirle a Haji Agha de que mi presencia aquí contraviene a la costumbre, Adamma. Yo no he ganado, digamos, ningún privilegio especial, ni tengo la intención de ganarlos.

-No debes decir eso, Lalla. Si el rey deja de invitarte a sus aposentos, entonces nos veremos obligadas a regresar con las concubinas sin importancia.

Por la expresión de Adamma, esa mudanza debía evitarse a toda costa. Chantelle comprendía el deseo de la muchacha de permanecer donde estaban. Cuando una concubina ascendía en la escala de rangos en el harén, sus sirvientes también subían en la jerarquía de los esclavos. Pero los sirvientes no tenían que habérselas con el dey. Ojalá Adamma pudiera entender su deseo de no permanecer allí.

-¿Lalla Shahar?

¿No tendría ni un momento de tranquilidad para cavilar sobre esta nueva situación y tratar de solucionarla? Se volvió y clavó la mirada colérica en el recién llegado que estaba en el vano de la puerta. No le había visto antes, pero no cabía duda de que era un eunuco, ya que ningún otro hombre tenía acceso al harén, sirvientes o no. Sólo que este hombre era de piel blanca y su atuendo lujoso y el turbante alto le daban la apariencia de un alto dignatario.

Por las ventanas veía a varias *ikbals* que habían salido al patio a mirarle. No podían ocultar la curiosidad que sentían. Tampoco podía hacerlo Adamma. También había reaparecido Kadar y ahora estaba directamente detrás del individuo, pero Chantelle no percibió ninguna curiosidad en él, tan sólo se mostraba alerta y vigilante, lo que la inquietó sin poder explicarse el motivo.

-¿Qué desea? El hombre se inclinó respetuosamente.

- Me envía Jamil Reshid. -Extendió las manos sobre las que descansaba una caja delgada de palo de rosa de por los menos de un pie cuadrado y bordeada de nácar-. Con los saludos del dey, Lalla.

Librodot

Chantelle seguía con el ceño fruncido al tomar la caja, pero no fue nada comparado con la expresión de disgusto que mostró al abrirla. Dentro, extendido sobre terciopelo blanco para resaltar cada una de las gemas, había un collar de dos hileras de amatistas con una piedra preciosa del tamaño de una bellota en el mismo centro. Era un collar tan magnífico como el de zafiros que aún tenía puesto, e indudablemente, tan valioso como éste, precisamente por el enorme tamaño de esta gema púrpura que pendía en el centro.

¿Qué le había dicho Jamil? Que un collar como éste sólo se obsequiaba a una mujer por el nacimiento de un hijo. Entonces, ¿qué estaba haciendo al honrarla con este obsequio? Obviamente, la primera conjetura que había hecho esa mañana era la correcta. El rey iba a tratar de comprar su cariño ahora.

Empezó a extender la mano para devolver la caja cuando el sirviente dijo:

-También hay un mensaje, Lalla, si me permites. El rey me encomendó que te dijera: «Probablemente no serás tan olvidadiza con tus propias joyas, pero...». -El hombre arrugó la frente, cerró los ojos, se mordió el labio con fuerza y luego se le abrieron de golpe al recordar súbitamente el resto del mensaje-. ¡Oh, sí! «Pero tengo la esperanza de que sigas olvidándolas».

¿Por qué había de ruborizarla este mensaje? Nadie podía entenderlo excepto ella, pero temía haberlo comprendido demasiado bien. ¿Era la forma de Jamil de comunicarle que sabía que a ella no le había disgustado en absoluto el último abrazo a pesar de haber sido tan íntimo? ¿Cómo podía saberlo?

Ahora sí Chantelle quiso devolver la caja extendiéndosela al hombre que la había traído, pero descubrió que el mensajero ya había desaparecido.

CAPÍTULO XXXI

No tardó mucho en correr la voz por todo el harén de que Chantelle había sido elegida para esa noche. En realidad, no fue una gran sorpresa para nadie, ya que era habitual que una nueva favorita fuera convocada a la presencia del rey durante varios días seguidos. Sobre lo que sí se especulaba era la razón por la que no se había convertido en favorita la primera vez que había visitado al dey, puesto que sólo un minúsculo grupo selecto sabía que no había perdido su virginidad en aquella ocasión. Sólo esos mismos sabían, además, que todavía no la había perdido, pero ésta no era una información para pasarla de boca en boca.

Si Chantelle creía que esta vez no se movilizaría todo el harén por ella, estaba muy equivocada. Siguieron escoltándola al *hammam,* ahora bajo la supervisión de Lalla Savetti, una servia de mediana edad que era la dueña del Patio Rosado. Haji Agha también estaba presente allí aguardándola, acompañado de varios de sus eunucos, obviamente con la intención de no correr ningún riesgo. Kadar también acompañaba a Chantelle, aunque ésta no sabía de qué lado se pondría él si volviera a dominarla el pánico. Pero no estaba aterrada. Al menos no lo demostraba exteriormente. Y le había dado su palabra a Jamil. Tenía que someterse pacíficamente a los dilatados preparativos y a ser presentada ante la puerta de Jamil. Después de eso sería otro asunto.

Desgraciadamente, los baños no estaban vacíos esta vez. Era bastante temprano todavía y por lo que pudo ver Chantelle al entrar, parecía que todo el harén, o casi todo, se había dado cita en la sala principal. A diferencia de Safiye, que era parca de palabras y reservada de

Librodot

carácter, Lalla Savetti era expansiva y demasiado sociable, y no se le ocurrió nada mejor que presentar a Chantelle a todas las demás favoritas y a las tres esposas de Jamil.

Chantelle estaba completamente desprevenida para un enfrentamiento semejante. Había visto a algunas de las favoritas en los baños en otras oportunidades, pero verlas ahora a todas juntas, pues Savetti las llamó para que se acercaran, resultaba esclarecedor y desconcertante al mismo tiempo. Eran todas tan hermosas como se podía esperar de la flor y nata del harén. Una tenía el cabello negro, otra castaño oscuro, pero las otras seis ostentaban seis matices diferentes de cabello rojizo. No le fue difícil llegar a la conclusión de que éste era el color preferido de Jamil. Una rápida ojeada al resto de la sala le reveló que más de la mitad de las otras mujeres presentes también eran pelirrojas.

Las ocho mujeres que la rodeaban eran realmente bellísimas y la hacían sentir inferior, descolorida y sin ningún atractivo, por no decir enfermiza en comparación. Su cuerpo parecía una estaca al lado de los otros. Ninguna era gorda en lo más mínimo, sólo depresivamente curvilíneas. Y cielo santo, jamás en toda su vida había visto tantas joyas como las que destellaban sobre los cuerpos de estas mujeres aun en los baños.

Era una suerte que no hubiese tiempo para parlotear, pues Chantelle había quedado prácticamente muda de asombro y confusión ante todas estas mujeres. No podía decir que fuera porque detectara alguna animosidad o siquiera un poco de celos en ellas, lo que podría esperarse. No, todo lo contrario. En realidad, todas parecían muy amigables, incluso Noura, la de cabellos negros y sensuales ojos oscuros que hacían juego con su espléndida melena. La actitud de Noura podría ser sospechosa, pero todas las demás parecían desear darle la bienvenida al grupo selecto con toda sinceridad.

No sabía cómo relacionar todo esto. Obviamente estas mujeres amaban a Jamil y al mismo tiempo parecían dispuestas a compartirlo abnegadamente. ¿Qué se podía decir a mujeres como éstas? «Creo que estáis locas. ¿Cómo podéis amar a semejante bestia?» Ni una sola de ellas podría entenderla.

Pero fue rescatada por Haji Agha al hacer un comentario sobre lo tarde que era ya y luego llevada a toda prisa para el tratamiento completo. No sabía si había pasado por todo esto la noche anterior sin tener conciencia de lo que pasaba, pero esta vez no sólo la bañaron, depilaron y lavaron el cabello, sino que además le dieron masajes con aceite y perfumes, le pulieron los dientes, revisaron sus encías, le perfumaron el aliento y le pintaron las uñas. Se habrían encargado también de su cabello y cara si ella no hubiese insistido con vehemencia en que fuera Adamma quien se hiciera cargo del peinado y del maquillaje.

Haji tuvo que ceder a sus deseos ya que ella se mostraba tan sumisa. Chantelle sabía que él estaba esperando dificultades por su parte, tal vez había tomado precauciones al respecto, pero no sabía que ella había dado su palabra y no tenía ganas de tranquilizarlo diciéndoselo.

Cuando regresó a su aposento, la dueña del guardarropa estaba allí esperándola con una nueva creación de «ropa interior» en rosa y brillantes rayas plateadas. Chantelle sí protestó ahora, pues ella ya había elegido un atuendo menos revelador de su cuerpo entre su propia ropa nueva, pero se le informó, de manera arrogante y despectiva, que lo que poseía era demasiado ordinario para presentarse ante el dey, que sus ropas eran para ser usadas únicamente en el interior del harén. No valía la pena discutir el tema, especialmente después de pedir un caftán para completar el traje, que le fue entregado, aunque a regañadientes. Al verlo sólo pudo soltar un suspiro, pues era tan transparente que casi ni se notaba que lo tenía puesto.

Adamma comentó alegremente que el color de este atuendo hacía juego perfectamente con las amatistas y Chantelle tuvo que preguntarse si el regalo que había recibido esa mañana no sería conocido ya por todos. No había tenido la intención de lucir las joyas de Jamil esa noche y deseó que el ladrón del que había oído decir que estaba robando efectos de valor en el harén la hubiese visitado hoy, porque cuando Adamma trajo el collar y todos esperaron ver

Librodot

cómo lucía en su cuello, ¿qué otra cosa podía hacer? Habría sido romper su palabra si provocaba una escena, pero que le llevara el demonio si volvía a dar otra vez su palabra.

Estaba casi lista para salir cuando apareció Rahine. Se asombró de que la mujer mayor se atreviera a mirarla a la cara, ¿o acaso Rahine no sabía que ella estaba al tanto de que se había excedido en su autoridad al castigarla?

-Si nada más te complace, Shahar, ¿estás al menos feliz al tener una puerta ahora que puede cerrarse con llave y que es realmente sólida?

-Tiene razón, señora -admitió Chantelle-. La puerta es lo único que me complace aquí. -Adamma todavía estaba repasando con exceso el peinado, pero Chantelle la despidió con un gesto y esperó hasta estar a solas con Rahine antes de preguntar-: ¿Sabía usted que Jamil no quería que me castigaran?

Ni un sólo músculo se movió en el rostro de porcelana de Rahine.

-No lo sabía entonces, pero lo sé ahora. ¿Por qué no se lo dijiste?

Chantelle usó la excusa del espejo de mano para evitar esos ojos verdes.

-¿Qué le hace pensar que no lo hice? -preguntó en tono brusco.

-Todos habríamos oído los resultados de su mal genio si lo hubieses hecho. No vas a decírselo, ¿verdad?

La pregunta fue formulada con tal seguridad y confianza que no tenía sentido negar la verdad.

-No.

-¿Por qué?

-Habría preferido permanecer en las cocinas, si quiere saberlo. No se hizo ningún mal.

-¿Permanecer en las...? ¿Le odias tanto?

El tono de incredulidad encendió la ira de Chantelle.

-¡No quiero ser su próxima prostituta!

-Querida mía, tú nunca podrías ser eso -respondió Rahine, afable-. Ninguna concubina podría serlo cuando está limitada a recibir las atenciones de un único hombre. Pero debes saber que Jamil ya te aprecia en demasía puesto que por ti rompe las prácticas establecidas por la costumbre. Parece obsesionado contigo. ¿En realidad no experimentas ningún sentimiento tierno por él?

-¿Por qué hace usted esto? -gritó Chantelle.

-Porque vivo para su felicidad. ¿Para qué más tengo que vivir?

Oh, Dios, qué patético. Chantelle no podía seguir enfadada con la mujer después de oír esto.

-¿No puede volver a su hogar? ¿Por qué se encierra usted aquí cuando no tiene que hacerlo? Usted es su madre. El no la retendría aquí si usted deseara marcharse, ¿no es así?

-No, pero no tengo adonde ir. Este es mi hogar ahora, Shahar, Jamil, sus hijos, sus mujeres, todos ellos son mi familia. Esta es mi vida. No hay nada para mí en ninguna otra parte.

- Usted no es una mujer vieja. Todavía podría encontrar un esposo.

Rahine sonrió al oír eso.

-Puedo hacerlo aquí, Shahar, si lo deseara. Chantelle se rindió.

-Muy bien, así que a usted le gusta estar aquí. Por favor, acepte entonces el hecho de que a mí no y que nunca me gustará.

-Me pregunto si todavía sentirás de esa manera, digamos de aquí a una semana.

Rahine no esperó y dejó sola a Chantelle para que cavilara sobre lo que podría pasar en una semana para cambiar su actitud. No se necesitaba mucha inteligencia para imaginarlo. Rahine le estaba advirtiendo que la paciencia de Jamil no duraría mucho más de ese lapso. Así sea. Ella había sabido, en lo más profundo de su ser, que él, a la larga, se saldría con la suya, de una forma u otra. Sabía que sus días estaban contados. Pero se resistiría hasta el final y sus sentimientos no iban a cambiar cuando ese final llegara.

CAPÍTULO XXXII

Si Chantelle no hubiera sabido la verdad sobre su situación en el palacio, habría jurado que él la estaba cortejando con el mejor estilo europeo. Durante los últimos cinco días había sido llamada a presencia de Jamil para pasar la velada con él, y siempre era igual. El se mostraba seductor, hasta ocurrente. Le contaba anécdotas de su infancia en el harén y algunas hasta le hacían reír. A veces paseaban por el jardín o jugaban algunas partidas de naipes, y una sola vez hasta se leyeron mutuamente trozos escogidos de los muchos libros que poseía Jamil.

Todo era muy correcto y decoroso, según el criterio por el que se regía Chantelle, y por eso mismo estaba aprendiendo a relajarse en su compañía, al menos durante la mayor parte de cada visita. Pero, inevitablemente, antes de que la velada terminara, él hacía su jugada, y ella, inevitablemente, la resistía, aunque sólo Dios sabía que cada vez se le hacía más difícil. Cuando Jamil se ponía tierno y amoroso era absolutamente franco y no utilizaba medias palabras para decirle todo lo que deseaba hacerle. Entonces, ella no sólo tenía que habérselas con sus manos sino también con sus palabras y con lo que le hacían sentir. Pero prevalecía su fuerza de voluntad a despecho de la reacción traicionera de su cuerpo.

Para su asombro, no volvió a ser testigo ni víctima de otro arranque de cólera por parte de Jamil, aun cuando rechazara sus requerimientos de amor. Chantelle casi deseaba que fuera de otro modo, porque la imagen que se había formado del tirano cruel y despósito se iba desdibujando cada vez más, especialmente cuando llegaban pequeños obsequios durante el día o esquelas para recordarle que estaba pensando en ella.

La última velada había sido igual a las otras, excepto que él estaba bebiendo cuando ella llegó. Esto la había puesto terriblemente nerviosa hasta que descubrió que él no estaba ebrio, sólo diferente, más relajado, más... bueno, la verdad era que parecía más inglés que nunca. Su manera de «cortejarla» esta vez también le pareció más inglesa que nunca. Si no hubiera tenido que regresar al harén lleno de mujeres que le pertenecían a él, casi podría haber olvidado quién era ese hombre y dónde estaba ella.

Pero las mujeres, sus muchas mujeres, nunca podían ser olvidadas. El podría pasar sus veladas con ella, pero Chantelle no sabía con quién pasaba él sus noches. Nadie más era conducida a sus aposentos; cualquier enemiga que se hubiera hecho en el harén se aseguraría de que ella se enterara si era así. Pero todo el mundo estaba enterado de que Jamil solía pasar las noches con una de sus esposas, que iba a su aposento en lugar de mandar a buscarla. Esto podía hacerse en secreto y, por ende, Chantelle no sabía qué hacía cuando le dejaba solo.

La enfadaba e inquietaba el hecho de preguntarse y sentir curiosidad al respecto. No debía preocuparla con quién dormía él en tanto no fuera con ella. Pero iba a ser honesta, al menos consigo misma, tenía que admitir que no le gustaba la idea de que la paciencia que le demostraba Jamil pudiera ser el resultado directo de conseguir sus placeres con otra.

Esto hizo que empezara a tratar con más displicencia a sus esposas, quienes para entonces ya la habían visitado varias veces. Noura le había disgustado desde antes de conocerla personalmente, y esa opinión fue corroborada y fortalecida en el segundo encuentro, cuando la hermosa mujer de pelo negro le mostró su verdadero carácter. Asumía una actitud de superioridad que era más marcada aún por su engreimiento y sus modales autoritarios. Podría tener motivos para ser condescendiente, ya que, según Adamma, Noura era la única mujer de todo el harén que no era esclava, habiendo sido entregada en matrimonio a Jamil para sellar un tratado con un bajá del desierto. Pero eso no era excusa para tal arrogancia y presunción, ni para sus hirientes comentarios. Noura podía dirigir su rencor a cualquiera que por su desgracia se ganara su atención.

Las otras dos esposas eran completamente distintas. En especial Sheelah, una mujer realmente agradable y amable. El colibrí que le había regalado la primera *kadine* revelaba lo generosa y amigable que era. De hecho, Chantelle no podía encontrar una sola razón para sentir antipatía con ella, excepto que era la primera esposa tan amada de Jamil, y ese razonamiento era tan ilógico que no resistía a un examen profundo.

Ese día, mientras Chantelle se preparaba para su sexta velada consecutiva con Jamil Reshid, se sintió dominada por cierta ansiedad y anticipación que atribuyó a sus nervios, pues sabía que se le estaba acabando el tiempo. Ni por un momento consideró la posibilidad de estar esperando con ilusión el reencuentro con Jamil.

Por la noche la vistieron con un delicado traje de muselina rosada que suavizaba el color de sus ojos y armonizaba con su cabellera plateada, que Adamma seguía dejando suelta y sujetando sólo algunos rizos para despejarle la frente. Ahora entre sus joyas había pendientes, dos brazaletes, horquillas de oro para el cabello y un anillo con una amatista enorme para hacer juego con el collar, todos regalos que Jamil le seguía enviando a pesar de no habérselos ganado de la manera tradicional.

-Esta noche lo dejarás sin resuello, Lalla -le aseguró Adamma alegremente.

-Entonces, ¿piensas que morirá por sofocación? -fue la réplica esperanzada.

Adamma soltó una risita tonta. Ya no hacía caso de los comentarios despectivos de Chantelle sobre Jamil, quizá porque la misma Chantelle sólo decía estas cosas por hábito ahora. Una semana atrás podría haber considerado la muerte de Jamil como su salvación y no haber sentido ningún pesar. Ahora era todavía posible que rogara escapar de todo esto, pero no a costa de la vida de Jamil.

Era Kadar quien la llevaba a los aposentos del rey cada noche y la esperaba para acompañarla de regreso al harén. Se había convertido en su sombra, escoltándola adonde quiera que fuese, vigilando su puerta cuando ella estaba en el apartamento y durmiendo con Adamma en la antecámara por las noches. Se había preguntado muchas veces de qué lado se pondría él si ella llegara a rechazar la llamada de Jamil otra vez. Parecía completamente leal a ella, pero todavía no estaba preparada para poner su fidelidad a prueba. Una vez que hubiese pergeñado algún plan para escapar, iba a necesitar ayuda para llevarlo a cabo, y tenía la esperanza de que Kadar se la proporcionara. Pero era demasiado pronto todavía para confiar ciegamente en él.

Esa noche encontró a Jamil de pie junto a las puertas que daban al jardín. Nunca la recibía en otra habitación que no fuera ésa, con la cama siempre amenazadora demasiado cerca para su tranquilidad. Pero él había hecho traer grandes almohadones que se habían apilado formando un cómodo lecho junto a la ventana por donde se filtraban los rayos de la luna. Desde luego que ésta no era la única fuente de luz. La habitación estaba siempre muy bien iluminada al principio, sin embargo, por alguna razón extraña, la luz parecía amortiguarse antes de terminar la velada, como si sirvientes invisibles vinieran a apagar las lámparas una a una. Chantelle no podía afirmar que fuera así, ya que Jamil siempre reclamaba su atención por completo, tanto que un ejército podría cruzar la habitación sin que ella tuviera conciencia de lo que pasaba a su alrededor.

Librodot

Esa noche Jamil llevaba una túnica de suntuoso brocado veneciano del color del oro oscuro, destacando su pecho y hombros. Los típicos pantalones amplios de seda persa blanca estaban metidos en botas de caña alta de diseño netamente europeo. La ancha faja que le rodeaba la cintura era de un tejido de hilos de oro y de ella colgaba una daga de apariencia más letal por su estudiada simplicidad y falta de adornos. Las únicas joyas que llevaba ese día eran sus anillos, una gran piedra de ámbar y la esmeralda que usaba siempre. Y como de costumbre, estaba sin turbante. No le había visto tocado con turbante desde aquella primera vez, cuando se conocieron.

Deseó que fuera de otro modo, porque con el rostro perfectamente afeitado y el espeso cabello negro partido en medio y cayendo en suaves ondas hasta los hombros, no tenía nada de oriental en su apariencia de cintura para arriba. Cuántas veces lo había contemplado pensando qué normal sería verle en un salón inglés. Se lo había imaginado con una chaqueta de corte perfecto, ceñidos pantalones cortos hasta la rodilla, con una corbata de seda al cuello, y sabía que causaría una magnífica impresión con su porte gallardo y su cuerpo elástico. De todos modos, Jamil causaba una magnífica impresión ahora mismo, maldita sea.

A petición expresa y repetida de Jamil ella ya no se postraba al entrar en sus aposentos, pero tampoco se acercaba a él, permaneciendo junto a la puerta hasta que él le llamaba a su lado. Hsa noche él no dijo nada al principio, aunque le clavó la mirada de esos penetrantes ojos verdes. Tal vez sólo estaba esperando que terminara el recitado. Un lector del Corán estaba sentado en un rincón leyendo en voz alta un libro que sostenía sobre sus rodillas.

Cuando la voz del pequeño musulmán se elevó de súbito, Chantelle se volvió a él incapaz de ignorarle por más tiempo.

Aquellos que temáis pudieran ser rebeldes, reprended/os; desterradlos a sus cubiles _y azotad/os. Si luego os obedecieren, no busquéis nada más contra ellos;

Alá es el Altísimo, el Misericordioso.

Vuestras mujeres son vuestros campos;

cultivadlas todas las veces que os plazca;

consagradles vuestros corazones. Alá es el Omnipotente, el Sabio.

Chantelle contuvo el aliento y volvió la mirada a Jamil, que todavía la estaba observando. Despidió al lector del Corán con un gesto brusco, sin apartar los ojos de ella.

Chantelle esperó hasta que el hombrecito salió después de hacer una reverencia hasta el suelo; entonces, una ceja plateada se arqueó inquisitivamente.

-¿Estaba dirigido a mí?

-Por supuesto.

Su sonrisa repentina fue tan maliciosa que ella no pudo menos que reírse.

-Olvidas que soy una Cristina infiel que no sigue las enseñanzas de tu profeta.

-Ni por un momento olvido lo que eres, Shahar. -Avanzó hacia ella mientras hablaba y se llevó los dedos de Chantelle a los labios antes de terminar con-: Todo lo que eres es mío.

Podría ser que la mente de Chantelle se asustara y negara la atracción que sentía por él, pero no así su cuerpo, que respondió instantáneamente a su tacto y tono posesivo. Pero antes de que ella pudiera siquiera replicar, él la estaba conduciendo al lecho de almohadones. Se dejó caer allí y la hizo caer a su lado.

Nunca se habían sentado tan cerca uno del otro al principio de la velada, aunque no podía decirse que estuvieran sentados ahora. Los almohadones eran tan grandes que al estar unidos formaban una enorme cama mullida. Jamil se reclinó, apoyándose sobre un codo con una rodilla doblada hasta quedar parcialmente inclinado sobre ella. Ella se apoyó sobre los

dos codos. El siempre se las había ingeniado para irse acercando a ella gradualmente, advirtiéndole, en consecuencia, cada vez que estaba a punto de hacer algún movimiento hacia adelante. Era desconcertante entonces que las reglas estuvieran cambiando tan repentinamente.

Muy despacio, a fin de que no resultara tan obvio, Chantelle se fue moviendo hacia atrás hasta que su espalda descansó sobre los almohadones que estaban apoyados contra la pared. Al menos de este modo las caderas de ambos no se rozaban y ella tenía la ventaja de mirarle desde arriba, lo que le tranquilizó levemente los nervios, hasta que vio su sonrisa. En realidad, su maniobra no había sido tan sutil como había esperado.

El prefirió no hacer ningún comentario acerca de la incomodidad de Chantelle, diciendo en cambio:

-¿Qué haremos esta noche?

-¿Dar un paseo por el jardín?

Chantelle trató de incorporarse rápidamente, pero un brazo fornido se cruzó sobre sus caderas, impidiéndole moverse.

-¿Qué te gustaría hacer... aquí? -le aclaró, y para alivio de Chantelle, retiró el brazo.

-Yo-yo no sé. ¿Qué te gusta...? -El levantó la cabeza y la miró con una sonrisa tan maliciosa que ella no tuvo necesidad de terminar la pregunta.

-Además de eso -añadió en tono cortante.

El se encogió ligeramente de hombros bajando la vista y recorriéndole el cuerpo lentamente hasta clavar los ojos en el regazo de Chantelle que estaba al nivel de su cabeza.

-¿Ya has aprendido a bailar?

Sabía a qué clase de danza se refería, pues había visto a una de las *ikbals* practicando las danzas orientales en el patio y no se parecían a nada que hubiese visto antes o que pudiera imaginar siquiera. Era una danza cuyo único propósito era despertar las pasiones masculinas, con movimientos sinuosos de vientre y pelvis que no eran simplemente seductores; según su opinión, eran francamente obscenos.

-Vuestras danzas orientales son demasiado... exóticas para mi gusto -dijo Chantelle.

-Pero a mí me gustaría muchísimo verte bailar, Shahar -replicó él y deslizó la yema de un dedo desde la cintura de Chantelle por la cadera y el muslo hasta la rodilla, donde pasó la mano-. ¿Aprenderás para mí?

Levantó la vista esperando la respuesta. El calor que emanaba de la mirada esmeraldina anuló la voz en la garganta de la joven. En su vientre ya sentía un extraño aleteo debido al leve roce de la mano.

-Yo-yo no podría.

-Oh, sí que podrías -murmuró él con la voz pastosa, y el dedo empezó a recorrer el sendero de regreso a la cintura-. Prefieres no hacerlo. Pero no es algo que pueda imponerse. Tú tienes que desear inflamar mis pasiones...

-¡Jamil!

Le agarró el dedo antes de que pudiera subir más. El la sobresaltó arrancándolo violentamente e incorporándose de golpe. Cuando volvió a mirarla, ella supo que lo había disgustado por la tensión que advirtió en sus facciones. Supuso que era porque le había detenido en el avance hacia la cintura. Pero fue una sorpresa descubrir que era por algo completamente distinto.

-Puedes llamarme cualquier cosa menos Jamil.

-¿Cómo dices?

-Llámame Derek.

-¿Qué? -exclamó ella, incrédula.

Librodot

-Quiere decir «querido».

Ella parpadeó. ¿Qué demonios le estaba pasando a este hombre?

-¿En qué lengua? -inquirió ella, escéptica.

-¡No importa en qué lengua! -Se elevó su voz por la irritación-. ¿Me llamarás Derek?

- No - respondió ella simplemente y vio que se endurecía la quijada de Jamil.

-En otra lengua también significa «bastardo». Ahora, ¿me llamarás Derek?

Fue demasiado. Ella sonrió y luego siguió la risa, hasta dejarla sin aliento y apretándose los costados del cuerpo. Cuando finalmente se echó hacia atrás le vio observándola con el semblante relajado y un esbozo de sonrisa en los labios.

-Oh, Dios -suspiró ella al tiempo que se enjugaba las lágrimas-. Si no se me permite llamarte Jamil, sólo tenías que decírmelo. Derek, claro está. El nombre es tan inglés como yo.

-También lo es mi madre, Shahar -señaló él-. Tal vez ella me puso ese nombre.

-¿Lo hizo?

-No -respondió él sinceramente, pues había sido su abuelo quien le había puesto ese nombre.

El volvió a reclinarse, pensativo por su reacción irracional al oírla llamarle por el nombre de su hermano. ¿Qué era un nombre, al fin y al cabo? Sólo porque pertenecía a otra persona...

Chantelle le estaba observando con suma curiosidad.

-¿A qué se ha debido todo eso, entonces, si no te molesta que te pregunte?

El alzó la cabeza y al mirarla comprendió súbitamente que las risas compartidas le habían debilitado la guardia. Sin embargo, la situación cambiaría si él reclamaba la prerrogativa de no responder.

Se alzó de hombros con indiferencia.

-Mi frustración, saliendo a la luz para sorprendernos a ambos. Ella podía creerle, pero era reacia a proseguir con ese tema.

-Oh, bueno.

El se rió entre dientes.

- ¿Dónde está tu coraje, inglesita? ¿No sientes curiosidad por saber por qué me siento frustrado?

-¡No!

-No es lo que piensas.

-¿No?

-Quiero tenerte en mi cama, sí, pero también deseo otras cosas.

Antes de que Chantelle comprendiera cuáles eran sus intenciones, él había enganchado los dedos en la pretina de sus pantalones y tirado lo bastante suave como para no hacerle saltar los botones que sujetaban la pretina sobre las caderas, pero con fuerza suficiente como para deslizarle el cuerpo hacia abajo por los almohadones de seda, hasta dejarla tendida de espaldas muy junto a él. Ella alzó instintivamente los brazos para protegerse y rechazarlo, pero él no se inclinó sobre ella como había pensado.

-Así está mejor -dijo él-. Me estaba dando tortícolis por tener que mirarte ahí arriba.

Si la explicación estaba destinada a tranquilizarla con respecto a su nueva posición, no logró su objetivo.

-Yo no creo...

-Shhh, ¿no deseas saber lo que quiero hacerte? -Ella movió la cabeza enfáticamente y él le devolvió sus propias palabras-. Además de eso.

-No importa. Me resulta imposible hablar de ello.

-¿Cómo lo sabes? ¿Y cómo sabes que no te agradará lo que quiero hacerte?

Ella cerró los ojos y soltó un débil gemido, más los volvió a abrir de golpe al sentir que él se inclinaba. Su rostro estaba ahora sobre el de ella, casi rozándolo. La mano que aún retenía la pretina de los pantalones se movió y ella pudo sentir la palma sobre la piel; pero no era tan caliente como el fuego abrasador de su mirada penetrante.

-Quiero meter mis dedos dentro de ti, Shahar.

-¡Oh, Dios! -pudo exhalar antes de que la boca sensual le cubriera los labios para añadir más fuego al torbellino de sensaciones que habían desatado sus palabras.

Aun así, trató de asirle el brazo y consiguió enroscar los dedos alrededor de su muñeca, pero no fue sorprendente que le flaquearan las fuerzas para tirar de él.

-Si no me das algo, mujer, voy a volverme loco -dijo él contra los labios entreabiertos de Chantelle.

El beso se tornó impetuoso, violento y posesivo, como si se propusiera devorarla. Las fuerzas de Chantelle se debilitaron más aún bajo esta embestida violenta y sensual y aflojó los dedos, dejando que la mano cayera sin ofrecer más resistencia. La mano viril se deslizó prestamente dentro de los pantalones, los dedos se abrieron camino entre los vellos crespos y sedosos avanzando hacia abajo, hasta que finalmente lograron realizar lo que él le había dicho que quería hacer.

Ella reaccionó arqueando el cuerpo hacia arriba hasta casi rozar el de él, lo que permitió que los dedos presionaran más, introduciéndose más profundamente. Chantelle se quedó abrazada a él, aturdida por la sensación más deliciosa que había tenido en su vida, sin importarle nada excepto ese placer.

-Oh, amor, eres tan ardiente, estás tan mojada. Chantelle al oír estas palabras se fundió contra el cuerpo varonil y fornido, lo abrazó con más fuerza y le devolvió los besos con desesperación y frenesí. Estaba tan enardecida que el hecho de que él le hubiera hablado en inglés no penetró en su conciencia. Y él continuó obrando su magia, sin permitir que la fiebre que había creado cediera ni por un instante.

Y entonces, súbitamente, él estaba tendido entre las piernas abiertas de Chantelle y ya no había ninguna ropa entre ellos. Cómo se las había ingeniado él para lograr esto, era un misterio para la joven. Tampoco estaba segura de lo que le había hecho tomar conciencia de ello. Tal vez el calor de toda su piel adherida a la de ella, vientre contra vientre y pecho contra pecho. Quizá su propia vulnerabilidad al tener las piernas separadas para dar cabida a su cuerpo. Tal vez porque él había dejado de besarla por un instante para recobrar el aliento.

Pero no hubo tiempo para que el pánico o el miedo arraigara en ella. El sólo le había dado tiempo para que ese conocimiento cristalizara en su mente, había esperado el tiempo suficiente para verlo reflejado en el brillo húmedo de los ojos violetas y al quedar satisfecho, volvió a besarla apasionadamente hundiendo una y otra vez la lengua en la boca dulce y expectante. Al mismo tiempo, ella percibió el placer exquisito que le prodigaban los dedos dentro de ella una vez más... no, no eran sus dedos esta vez sino él, esa parte de su cuerpo que ella había temido tanto y que ya no temía.

La penetró lenta, muy lentamente, pero con absoluta naturalidad, pues ella estaba ardiendo por la espera y húmeda de urgencia. Hubo entonces una plenitud distinta a la de sus dedos, una tensión y dureza que le brindaban mayor deleite por el hecho de saber qué era, y luego, una sensación extraña, como si algo hubiese irrumpido dentro de ella para formar parte de su ser. No fue algo que le causara dolor, sino más bien estupor antes de experimentar la última sensación de una plenitud aún mayor en lo más profundo de su ser.

El gemido de Derek se mezcló con los de ella mientras continuaba besándola, con más ternura ahora pero no con menos ardor. Derek permaneció inmóvil por un momento, pero a ella no le importó, saboreando como estaba este nuevo sentimiento mientras instintivamente,

Librodot

supo que habría más. Y lo hubo. Cuando las caderas de Derek comenzaron una lenta embestida contra ella, los latidos de Chantelle parecieron adquirir el mismo ritmo, cobrando velocidad cuando él lo hizo, más y más rápido cada vez, hasta que fue sacudida por una descarga de sensaciones líquidas tan extrema que le arrancó un grito. Sus brazos le rodearon con más fuerza mientras él la estrechaba más contra su cuerpo al tiempo que llegaba a su propia culminación pulsante al unísono con ella.

CAPÍTULO XXXIII

Chantelle se había deslizado a un limbo maravilloso donde ningún pensamiento tenía cabida, donde sólo existía una plétora de sensaciones puras y sentimientos recién conocidos, todo ello muy placentero. Piel estremecida contra piel estremecida, un agradable peso sobre el cuerpo, un calor húmedo en los senos y latidos pausados en las ijadas, tan placentero todo. Podría haberse quedado así indefinidamente, si Jamil no hubiese empezado a atormentarla dulcemente. Su lengua trazaba círculos alrededor del pezón y luego soplaba aire frío sobre él hasta que se encogía y arrugaba convirtiéndose en un duro botoncito rosado.

Esta nueva oleada de sensaciones, aunque seguía siendo agradable, no era tan enervante. Por el contrario, pareció forzarla a llevar las manos a esa cabeza que estaba a centímetros de sus senos para que la boca caliente volviera al pezón.

-¿Estás despierta...?

Ella sonrió vagamente mientras él empezaba a besar y chupar suavemente el pezón.

-No estaba durmiendo.

Sus dedos se hundieron en la mata de pelo negro y se maravilló al palpar su suavidad. Estaba tendido sobre ella con el vientre apretado contra sus ingles. Al darse cuenta de ello, una dulce sensación serpenteó por todo su cuerpo.

Repentinamente, las manos le cubrieron los senos y él apoyó el mentón entre ellos.

-¿Estás enfadada conmigo, pequeña luna? Ella levantó un brazo para sostenerse la cabeza y así poder mirarle a los ojos. ¿Enfadada? ¿Estaba hablando en serio?

-¿Parezco enfadada?

-Me he aprovechado de ti.

Se le crisparon los labios de risa, pero la contuvo.

-¿De veras?

-Creo que tú estabas segura de que esto no sucedería a menos que estuviéramos en mi cama.

-¿No estamos en tu cama? El le sonrió.

-Estás dándome la razón.

-Muy bien, con que te has aprovechado de mí.

-¿Y te ha gustado?

-¿Mandarás que me saquen de aquí y me descuarticen si no respondo correctamente? -Un suave pellizco en cada seno le hizo olvidar la idea de seguir haciendo bromas-. Sí, hombre presumido. ¿Es eso lo que deseas oír?

La sonrisa que le brindó casi le derritió el corazón.

-¿Sabes cuánto placer me causa saber que me perteneces, que eres solamente mía?

Librodot

-Podría saberlo, si tú también fueras únicamente mío. -Después de un momento, un intenso rubor se esparció por sus mejillas. Dios, ¿de dónde había salido eso?-. Lo que quiero decir...

-No, no dejaré que te retractes -la interrumpió él conteniendo la risa-. Yo tenía razón. Vosotros los ingleses no podéis compartir, ¿no es verdad?

Que ella pudiera compartir o no, no tenía importancia, pero al menos no compartía su humor en este momento.

- Si eso significa que creemos en un hombre para una mujer, sí, claro está, creemos en eso ciegamente -estalló ella-. ¡Pero un hombre que posee cerca de cincuenta mujeres no entendería eso!

-¿Estás celosa, pequeña luna?

-¡De ninguna manera!

-Entonces, ¿por qué tiene que molestarte el número de mujeres que poseo?

-¡Es indecente!

-Según tu criterio. De acuerdo con el mío, el número es en realidad muy pequeño.

No podía discutirle eso, al menos no cuando su misma religión autorizaba la poligamia para los hombres de ese país. El jamás entendería sus puntos de vista y de todos modos los ignoraría, así que ¿para qué gastar el aliento? Pero la enfurecía, por Dios que la enfurecía, que la infidelidad fuese algo rutinario y natural en este lugar, pero que Dios librara a una mujer de mirar siquiera a otro hombre o de ser vista por él.

-Creo -dijo ella con rígida altanería-, que debo regresar al harén.

-Ahora estás enfadada conmigo.

-En absoluto -insistió ella, aunque el rictus de sus labios desmintió las palabras-. Yo sólo estaba anticipando tus deseos, puesto que se me ha dicho que cuando has terminado con una de tus mujeres la devuelves inmediatamente al harén.

Chantelle no supo cómo se había atrevido a decir esto cuando todo lo que le había dicho Vashti sobre esta primera vez había sido mentira. Y tampoco a Jamil parecía gustarle lo que estaba oyendo. Sus manos la apretaron inconscientemente al echarse hacia atrás mientras su expresión se tornaba sombría.

-¿Quién te ha dicho semejante cosa?

La irritación de Chantelle languideció al oír el tono de su voz. Podría no gustarle Vashti y menos ahora que sabía que la muchacha le había mentido deliberadamente, pero jamás desearía que cayera sobre ella la ira y el justo castigo de Jamil, conociendo plenamente, como conocía, las formas de castigo que podría haber ordenado sin inmutarse siquiera.

-¿Qué importancia tiene? -le eludió ella.

-¿Quién?

-No lo recuerdo.

El entrecerró los ojos más aún ante su obstinación.

-¿Y qué más te han dicho?

-Nada. -Y después con más firmeza-: De verdad. Pero bien podría haberse ahorrado el aliento.

-¿Cosas para hacer que me temieras? -sugirió él acertadamente-. ¿A quién debo dar las gracias por prolongar mi frustración? ¿A quién te asignaron para instruirte?

Sabía que él podría averiguarlo fácilmente sin que ella se lo dijera. Si iba a estar furioso con alguien, sería mejor que fuera con ella. Las mentiras de Vashti, al fin y al cabo, no habían sido la única razón de sus temores.

-Estás equivocado, alteza. -Recorrió nuevamente a la formalidad en el trato olvidando momentáneamente la posición tan íntima que compartían-. Nada de lo que me dijeron podría haberme hecho temerte más de lo que me hicieron temerte tus propias acciones.

-¿Todavía piensas que yo podría hacerte algún daño? -exigió él más sorprendido que enfadado.

-Me estás haciendo daño ahora -replicó ella mansamente. Finalmente él se dio cuenta de que sus manos estaban apretando inconscientemente la carne tierna de los senos debido a la agitación que le dominaba, y los soltó, mostrándose contrito. Pero ella no le dio oportunidad de disculparse.

-Sin embargo -continuó ella-, ésa no era la verdadera causa de mi renuncia a compartir tu cama. Fui educada en la creencia de que ninguna mujer virtuosa daría su virginidad a ningún hombre que no fuera su legítimo esposo y que cualquier otro comportamiento sería causa de vergüenza.

-Yo soy tu legítimo amo.

-Eso no importa.

-Soy el único hombre disponible para ti, Shahar, lo mismo que un esposo para ti.

-No, no es lo mismo. Tú me compraste. No te casaste conmigo.

-¿Quieres que me case contigo? Ella quedó pasmada por la sola idea.

-¿Y convertirme en tu cuarta esposa? ¡No!

Quedó más pasmada aún al darse cuenta de que le acababa de insultar de la peor manera posible. Pero afortunadamente, él optó por no ofenderse, diciendo solamente:

-Así que todavía existe otra razón más para esta renuncia tuya a hacer el amor conmigo, ¿verdad?

Chantelle desvió la mirada antes de responder con un hilo de voz.

-La causa decisiva es... mi esclavitud. La voz de Derek se suavizó, comprendía bien lo que ella había querido decirle con esas pocas palabras.

-Se hizo inevitable el día que fuiste capturada, Shahar. Seguramente no te engañaste pensando que podría ser de otro modo.

-Hasta que ha sucedido efectivamente, siempre existía la esperanza. Tienes un harén lleno de bellísimas mujeres. Y como entras en él con frecuencia, fácilmente podrías haberme olvidado.

El sonrió, con la mano en la mejilla de Chantelle le volvió la cara para que le mirara a los ojos.

-No eres el tipo de mujer que pueda albergar la esperanza de vivir ignorada, pequeña luna. Un hombre sólo tiene que posar sus ojos en ti una sola vez para no poder olvidarte nunca. ¿No lo sabes acaso?

Ella negó con la cabeza.

-Según vuestro criterio, mi cuerpo es demasiado delgado para resultar atractivo.

Un brillo malicioso iluminó los ojos de Derek.

-Es posible que carezcas de relleno, pero lo que tienes es todo lo que yo podría desear.

-¿No quieres que engorde?

-Quiero que sigas exactamente como estás.

-Entonces, ¿si yo engordara no me desearías ya? El se rió entre dientes siguiendo la dirección de sus pensamientos.

-Podría jurar haberte oído decir que te ha gustado lo que acabamos de hacer. ¿O acaso ya has olvidado tan pronto que no tienes que proteger más tu virginidad, puesto que la has perdido?

Librodot

Chantelle se sonrojó, porque efectivamente había olvidado que esta terrible transformación había ocurrido para alterarle todo, especialmente su propio punto de vista. Todavía no estaba segura de cuál sería su reacción, pero una cosa era desconcertante, ella no había esperado gozarlo tan plenamente. Pero además, fue una necedad confesarlo, especialmente a él. Este hombre la tenía en una posición de bastante desventaja, tal como estaban las cosas, sin necesidad de esto.

También resultaba muy desconcertante haber pasado de la languidez satisfecha a la cólera, al abatimiento y por último a la confusión. No deseaba otra cosa que marcharse de allí cuanto antes para poder estar a solas y pensar con más claridad sobre la pérdida que había sufrido. Ciertamente no podía pensar con claridad teniendo a Jamil todavía acomodado entre sus piernas. ¿Por qué estaba ahí ella todavía? Vashti no le había mentido respecto a que él sólo dormía con sus esposas, puesto que era algo que había oído de numerosas fuentes. Por supuesto, él no parecía estar listo para ir a dormir.

-Te has quedado pensativa, pequeña luna. -Su voz la arrancó de sus pensamientos y le hizo volver la mirada a esos inquietantes ojos esmeralda-. No te permitiré lamentar tu entrega total.

Su arrogancia era casi divertida.

-Puede que seas dueño de mi cuerpo, alteza, pero todavía tengo dominio sobre mis sentimientos.

-¿De veras? ¿Y tus sentidos, también tienes dominio sobre ellos?

Derek bajó la cabeza y le chupó el pezón con labios ardientes. Chantelle cerró los ojos cuando la deliciosa excitación corrió del seno a su vientre y de allí a sus ijadas. El otro pezón recibió la misma atención que el primero, hasta que los dedos de Chantelle se introdujeron en la cabellera de Derek respondiendo a su pregunta con más claridad que las palabras.

Abruptamente, él dejó de acariciarla, pero en seguida la levantó en sus brazos y la llevó a la cama. Con este respiro momentáneo que daba a sus sentidos, Chantelle salió de su aturdimiento lo suficiente como para que esa cama trajera un recuerdo a su mente y de inmediato miró hacia atrás. ¿Cómo podía haberse olvidado de los guardias? Pero el rubor no tuvo tiempo de extenderse. La pared detrás de la cama estaba vacía.

-¿Dónde están tus mudos? -preguntó al volver la mirada a Jamil. Al hacerlo contuvo la respiración, pues él la estaba devorando con los ojos recorriendo lentamente toda la extensión de su cuerpo desnudo.

-Desterrados al jardín en consideración a tu pudor. El personalmente estaba haciendo estragos con su pudor, puesto que hablaba sin terminar el examen cuidadoso de su cuerpo. Ese mismo pudor le prohibía a ella examinarle de la misma manera. Aunque él estaba de pie al lado de la cama a plena vista de ella, los ojos de Chantelle no se moverían más abajo de su mentón.

-¿He... he de entender que no has terminado conmigo aún?

Ni siquiera esa pregunta logró que la mirada de Derek volviera a los ojos de ella.

-Oh, no, pequeña luna -dijo él con convicción-. ¿Cómo has podido pensar eso? Una frustración como la que me has causado tardará mucho tiempo en ser mitigada.

-Encuentro difícil creer en esta frustración de la que no te cansas de hablar, cuando tienes a tantas mujeres a tu disposición.

Fue finalmente el tono conciso lo que captó la atención. El sonrió y se acostó en la cama, estirándose junto a ella para que sintiera el calor de su cuerpo a lo largo de todo el costado. Una mano le cubrió las mejillas y luego se deslizó entre la larga cabellera para acercarle la boca a sus labios. El beso que siguió fue inquietantemente tierno.

-¿Crees que otra podría apagar el fuego que tú has encendido? -Los labios se deslizaron por el lado del cuello de Chantelle para terminar junto a la oreja, causándole una explosión de

Librodot

placer líquida y caliente que se expandió por todo el cuerpo-. No me ha sido posible pensar en nadie sino en ti desde que mis ojos te contemplaron por primera vez. ¿Cómo podría entonces invitar a otra a mi cama, Shahar? Sólo tú servirías.

Ella eligió creerle, porque esas palabras la inflamaban de pasión tanto como la lengua que exploraba su oreja. Una vez más todos los pensamientos racionales la abandonaron cuando se rindió al placer de sus caricias.

CAPÍTULO XXXIV

-¿Te molesta que te acompañe?

Chantelle se encogió de hombros sin levantar las mejillas de la losa de mármol caliente.

-En absolu... -alzó la cabeza de golpe pues lo que acababa de oír era su propia lengua dicha con claridad y precisión-. ¿Eres de Inglaterra también?

Era Jámila, una de las otro cinco *ikbals,* quien sin mostrar ninguna inhibición, se abrió la túnica y se acostó junto a Chantelle sobre la losa de mármol en el centro de la cámara comunal. Debajo de la túnica completamente desnuda y sus pechos jóvenes y turgentes se proyectaron hacia adelante cuando se apoyó sobre los codos. Precisamente por estar desnuda para gozar del calor, Chantelle ni soñaba en adoptar esa postura.

-Creía que lo sabías -comentó Jámila con una sonrisa-. Mi familia es de Gloucester, aunque puedo decir que pasé bastante tiempo en Londres durante mi infancia y adolescencia.

-No, nadie me lo mencionó. Pensaba que Rahine era la única inglesa aquí. ¿Porqué no me dijiste nada el otro día, cuando fuiste a visitarme con lady Sheelah?

-Fue Sheelah quien me enseñó a hablar en turco, pero me ha costado tanto aprenderlo que ella aún insiste en que hable nada más que en turco hasta que consiga dominarlo. Es muy paciente conmigo, pero yo nunca he sido muy buena para los idiomas. Mi pobre profesora de francés casi había perdido la esperanza de que lo aprendiera.

-Pero es realmente maravilloso volver a oír otra vez la lengua materna. Estoy tan contenta... -Chantelle se encogió-.

No quiero decir que esté contenta de que te encuentres aquí. No le desearía esta esclavitud a nadie.

-No, te comprendo. Yo también me entristecí al verte llegar, y por la misma razón.

-¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

-No mucho, en realidad. Apenas un poco más de seis meses. Fui la última mujer en entrar al harén hasta que tú llegaste. Y se armó un alboroto tan grande por eso que estaba segura de que no entraría ninguna otra mujer. Todos lo creyeron así también, y por eso mismo causaste tanta sorpresa.

- ¿Alboroto?

-Oh, sí. -Jámila sonrió maliciosamente al recordarlo-. Puedo reírme ahora, pero estaba aterrada entonces. El rey estaba tan furioso con su madre que ni siquiera esperó a estar a solas con ella para regañarla, sino que vino directamente al harén para hacerlo. Yo estaba más que segura de que me volverían a vender otra vez o algo peor.

-Pero ¿por qué te volverían a vender si él te compró? ¿Por qué estaba tan enfadado?

-El no me compró. Lalla Rahine lo hizo. -Y entonces, Jámila frunció el ceño-. Creí que lo sabías. El rey no ha comprado una sola mujer para él desde hace cinco años, desde que se dio cuenta cuánto significaba Sheelah para él. Más de la mitad de las mujeres que hay aquí le fueron dadas o compradas por su madre. Cuando me compró a mí, él finalmente habló con toda su autoridad y le prohibió comprar ninguna más. -Se rió nerviosamente-. El no es como todos esos otros turcos y árabes que creen que cuantas más, mejor. El efectivamente se desvive y llega al agotamiento físico para asegurar que ninguna de sus mujeres sea descuidada por mucho tiempo. Así que puedes imaginarte por qué podría inquietarle que su harén creciera desmesuradamente.

Chantelle se abstuvo de soltar carcajadas al oír este comentario. ¿Qué estaba haciendo ella aquí entonces, si él no quería más mujeres para que no le agotaran? Recordó el primer encuentro y la indiferencia que le había demostrado en aquel momento. Si hubiese seguido así con ella, Chantelle podría entender lo que le decía Jámila. Pero ahí estaba la semana pasada. Ahí estaba la noche anterior. Ella había creído sus palabras y todavía las creía, creía que él no le había hecho el amor a ninguna de sus otras mujeres desde que la había visto por primera vez.

Sí, anoche. No le había permitido marcharse hasta el alba y ninguno de los dos había dormido ni un minuto durante las largas horas de la noche. Había perdido la cuenta de las veces que habían hecho el amor, de las veces que su voz y sus caricias habían avivado las ascuas que jamás dejaba apagarse del todo. Ella había regresado a su cuarto completamente exhausta y había dormido toda la mañana para recuperar las fuerzas. Sí, había estado exhausta, pero con un contento que todavía no había tratado de analizar. Todavía no había pensado en ello, realmente, prefiriendo gozar un poco lo que estaba sintiendo antes de hurgar en su mente para comprender por qué no estaba perturbada o siquiera un poco decepcionada por su propia rendición incondicional.

-Puedes entender por qué se hacen tantas conjeturas desde que él te compró -continuó Jámila mientras jugueteaba con un bucle de cabello castaño oscuro, dándose golpecitos en la mejilla y los labios-. Todos se preguntan si él simplemente no pudo resistirse a ti o si tu venida significa un cambio y que vendrán muchas más detrás de ti para llenar las filas.

Chantelle no iba a considerar ese tema cuando había tantas preguntas más importantes que estaba eludiendo. Se imponía un cambio de tema.

-¿Echas de menos tu hogar. Jámila?

-Oh, sí. No me puedo acostumbrar a la inactividad a la que me veo forzada aquí. Siempre estaba muy ocupada en casa, ya sabes, haciendo visitas a mis amistades. Nunca parecía tener tiempo suficiente para cumplir con todos mis compromisos. Aquí hay demasiado tiempo sin nada que hacer. Estaba convencida de que el aburrimiento me mandaría de cabeza al manicomio, pero claro, eso era porque el rey tardó mucho tiempo en olvidar su enfado y reparar finalmente en mí. -Se acercó más y bajó la voz para confesarle-: Sólo he sido una *ikbal* este último mes, pero esto es otra cosa. Ahora está la anticipación de no saber nunca cuándo podría llamarme de nuevo a su presencia, pero sabiendo que lo hará porque el rey jamás pasa por alto a sus favoritas. La espera es excitante y el día que efectivamente me llame será emocionante, con todas tan envidiosas de mi suerte. Pero ya conoces eso ahora. El es un amante maravilloso, ¿verdad?

Sí, maravilloso. No podía negárselo a sí misma, y tampoco a cualquiera de sus mujeres que ya lo sabían por experiencia propia. Chantelle apartó ese pensamiento de su mente, aferrándose a las palabras de Jamil, que le había asegurado que no había estado con ninguna otra mujer.

Jámila no había esperado la confirmación de su último comentario. Todavía seguía divagando.

-La pobrecita Sheelah no sabe qué pensar como puedes imaginarte. Le ama tanto.

-¿Y tú? -no pudo resistirse a la pregunta. La morena se encogió de hombros.

-En realidad, no lo sé. Cada vez que estoy con él pienso que debo de amarle. Me sentí tan aliviada cuando le conocí, al ver que no era ni viejo, ni gordo ni feo. Y después de haberle visto, creí que moriría esperando que él advirtiera mi presencia. En realidad, no puedo pensar en un solo hombre que haya conocido en Inglaterra que pueda comparársele. Es tan guapo... pero... -Hizo una pausa y miró en torno suyo para asegurarse de que nadie podía escucharla antes de susurrar-: Si pudiera ser rescatada mañana, no me sentiría desilusionada por abandonar este lugar. El rey es maravilloso y bueno, y muy erótico y excitante y he sido muy afortunada al haber sido comprada para él en lugar de para otro, pero preferiría tener un hombre a quien pudiera considerar mío y que estuviera disponible para mí en cualquier momento que yo le deseara. Supongo que soy un poco egoísta.

-De ningún modo -le aseguró Chantelle-. Es la manera en que hemos sido criadas.

-Entonces, ¿a ti también te disgusta tener que compartirle? Chantelle no se molestó en contestar esa pregunta. En cambio, dijo:

-Siempre hemos dado por sentado que nos casaríamos, y naturalmente esperábamos ser el único amor de nuestro esposo.

-Exactamente. -Jámila rebosaba de alegría-. Nadie más admitirá eso. Pero por otra parte han estado aquí mucho más tiempo y se han acostumbrado a esta solución. Supongo que a nosotras nos sucederá lo mismo también cuando los años empiecen a pasar uno tras otro. Pero es una vergüenza. -Se rió tontamente y puso los ojos en blanco-. Con lo que he aprendido aquí, no creo que ningún esposo se aburriese y saliera a buscar una amante demasiado pronto.

Chantelle sonrió a pesar de sí misma.

-No, yo tampoco lo creo posible.

-Pero es probable que nunca lo averigüe. -Jámila apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados y dejó escapar un suspiró-. Sheelah fue la afortunada. Yo estaba convencida de que el rey la amaba. Oh, al resto de nosotras nos entrega su cuerpo, pero a ella se entregaba de corazón. Era tan romántico verlos cuando estaban juntos. -Otro suspiro-. Sin embargo, se pudo ver la diferencia la semana pasada, cuando él nos reunió a todas para la fiesta que preparó Noura. Fue la primera vez que le veía repartir su atención con tanta equidad entre todas nosotras estando Sheelah presente. Ella estaba anonadada.

Chantelle frunció el entrecejo. Había hablado varias veces con la primera *kadine* desde aquella fiesta insultante que había ayudado a preparar, pero ni una sola vez había advertido en ella que se sintiera desgraciada.

Jámila tenía ahora los ojos cerrados, por lo que no advirtió cómo le había afectado a Chantelle su último comentario. Siguió hablando despreocupadamente.

- No me sorprendería nada que Noura hubiese esperado que sucediera algo así. Siempre ha odiado a Sheelah por ser la primera esposa del rey y haría o diría cualquier cosa para herirla. Por si nadie lo ha hecho hasta ahora, debo advertirte que tengas mucho cuidado con Noura. Todos juran que ella intentó matar al hijo de Sheelah después de nacer el suyo, pero nunca pudo probarse.

-¿Hablas en serio. Jámila?

-Mmm. -Abrió los ojos de repente-, ¡Oh! No fue mi intención atemorizarte. Tú no tienes nada que temer, al menos por un tiempo. La inquina mayor de Noura está reservada para aquellas que le han dado hijos al dey. Yo sólo quería advertirte para que no tomes a pecho nada de lo que ella diga.

-Te lo agradezco, pero ya la tengo bien medida. Jamás he conocido a una mujer más vengativa que ella.

-Esa es Noura. -Jámila sonrió irónicamente-. Tienes que aprender a ignorarla como hacen todas las demás.

-Lo haré -respondió Chantelle-. Pero ¿qué me dices de Sheelah? ¿Por qué ha estado tan amable conmigo cuando debería odiarme...?

-¡Oh, no! No debes pensar eso. Ella es incapaz de odiar a nadie, ni siquiera a Noura. Ella simplemente no es así.

¿Por qué ese comentario la abrumó tanto en lugar de aliviarla?

-Si tú lo dices.

-Oh, caramba, te he enfadado, ¿no es así? No era esa mi intención, te lo aseguro.

-Está bien, Jámila.

-¿Estás segura? ¿No lo estás diciendo para conformarme?

-De ninguna manera.

-Me alegro, porque tenía la esperanza de que pudiéramos ser buenas amigas. Pero no debes sentirte culpable con respecto a Sheelah. Ella no lo querría. Y no es exactamente como si tú fueras la «otra mujer». -Jámila se rió entre dientes después de esto-. ¿Cómo podrías serlo cuando hay tantas otras mujeres?

-Pero ella es su esposa.

-Una de sus tres esposas, y nosotras somos sus favoritas y él tampoco descuida a las otras concubinas por mucho tiempo. Así es la vida aquí. Quienquiera que reciba sus atenciones por el momento es la afortunada. Debes disfrutarlo mientras dure.

¿Quería decir que no duraría? Chantelle no formuló la pregunta en voz alta.

-No me agrada ser la causa del dolor de otra.

-Oh, pero no lo eres -le aseguró la muchacha-. Vaya, Jamil convocó a Sheelah el día anterior al que te hizo llevar a su presencia la primera vez. Y probablemente ella será la primera que él desee en cuanto te dé un descanso, así que no debes preocuparte por ella. Aun cuando él llegara a favorecerte por encima de ella, Sheelah siempre será la que te siga en sus favores. Después de todo, ella le dio su primer hijo y él adora al niño. Sheelah sólo se ha sentido molesta por la diferencia en el trato que ha recibido de él desde que tú has comenzado a visitarle. Es que ella no lo esperaba.

Chantelle no había oído casi nada después de la segunda frase.

- ¿Quieres decir que él le hizo el amor a Sheelah después de haberme comprado?

-Bueno, claro que sí - respondió Jámila, sorprendida-. A ti te estaban instruyendo, si lo recuerdas, así que no podía llamarte, aunque ciertamente, acortaron mucho tu instrucción, ¿no es verdad? Pero por lo que recuerdo, él también llamó a Sheelah la misma noche que te compró. Y en realidad yo estuve la noche siguiente, lo cual fue un alivio para mí, porque creía que sería la primera en irme cuando fueras su favorita. Pero en cambio resultó que Mará fue enviada de regreso. Sin embargo, él no ha vuelto a llamar a ninguna más después de convocarte la primera vez. No sabes lo afortunada que eres, Shahar, tenerle todo para ti sola durante una semana entera. Yo conseguí sólo dos días seguidos la primera vez, antes de que Sheelah volviera a su cama.

Chantelle cerró los ojos y contó hasta diez en silencio. No debía permitir que estas noticias la perturbaran. Sólo porque parecía que Jamil le había mentido no quería decir que efectivamente lo hubiese hecho, o que hubiese sido deliberadamente. Él no había dicho exactamente que no había hecho el amor a ninguna otra. Le había preguntado cómo podría invitar a otra a su cama. Bien, obviamente podía. Sólo había querido darle a entender que no era probable.

No, no, no debía pensar que él había querido engañarla deliberadamente. Tal vez él quería decir que no había podido pensar en nadie sino en ella desde la primera vez que la había llevado a sus aposentos, y no desde la primera vez que la vio, y Jámila acababa de corroborar que eso al menos era verdad. Y además, ¿no había dado por sentado ella misma

Librodot

que Jamil todavía seguía durmiendo con sus esposas hasta mientras la estaba recibiendo a ella? Y no había dejado que eso le impidiera entregarse a él. Oh, pero había sido tan romántico oírle decir que únicamente ella podía saciar su deseo desde el momento en que sus ojos la habían contemplado por primera vez.

Esas palabras eran las culpables de gran parte de su contento de la mañana y habían hecho mucho para hacerle olvidar que no era la única concubina de Jamil. Todas aquí le compartían con ella, pero ella aún no le había compartido con ninguna, y ésa era la gran diferencia. En realidad, era como el día y la noche.

Simplemente, tendría que preguntarle sobre ello cuando se reuniera con él esa noche. Si podía asegurarle que no había habido ninguna otra...

-¡Oh! -chilló Jamilia súbitamente y terminó con un tono menos exaltado-. Ay, querida. ¿Estás segura?

Chantelle miró en su dirección y vio una sirviente agachada junto a Jámila susurrándole al oído.

-¿Qué sucede?

-He sido convocada para esta noche -exclamó la morena, asombrada-. No estaba esperando... bien, nadie habría esperado... debe de estar enfadado con Sheelah por algún motivo para ignorarla de este modo. Sí, eso debe de ser. -Se incorporó sonriendo con deleite-. Oh, pero yo no puedo quejarme.

- Pensaba que pasarían semanas y semanas para volver a tener mi turno, más aún contigo aquí ahora. -Apoyó una mano temblorosa sobre el brazo de Chantelle-. Alégrate por mí, Shahar. Me gusta mucho esto de hacer el amor. -Y luego partió, llevándose consigo a su sirvienta hacia los baños.

Chantelle no se movió, ni siquiera respiró por un momento, hasta que descubrió que sus estúpidos ojos estaban empezando a humedecerse. ¡Oh, Dios, no os atreváis a llorar!

Bajó la cabeza y consiguió enjugarse las lágrimas rebeldes con los antebrazos antes de levantarse de un salto. Tenía que salir de este cuarto atestado de gente de inmediato, y no se atrevía a arriesgarse a recorrer el largo camino de regreso a su apartamento por senderos igualmente atestados. Nadie, nadie en absoluto, iba a poder decir que había visto a Chantelle alterada en lo más mínimo por lo rápidamente que el rey había perdido interés en ella. ¿Rápidamente? No, casi todos creían que él había estado compartiendo su cama durante toda la semana, lo cual empeoraría aún más las cosas, ya que las mujeres pensarían que está molesta por perder ese privilegio. ¡Privilegio, ja! ¡Dios, qué necia había sido!

Se quedó allí durante un momento, desesperada por no poder pensar en algún lugar donde estar sola el tiempo sufien-cie para recobrar el dominio de sus emociones. Y entonces, se le ocurrió que bien podría ir a la cámara de vapor donde, aunque no estuviera sola, nadie podría verla claramente para discernir sus emociones.

Rápidamente, Chantelle emprendió el camino a las cámaras de vapor, tragando saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta, rogando que nadie advirtiera su partida al menos no pudiera ver sus ojos llorosos. Una de las cámaras de vapor estaba vacía, gracias a Dios. Se tendió sobre un banco que estaba en un rincón y hundió la cabeza en los brazos. Era imposible contener las lágrimas.

¡Ese sodomita abominable, pérfido y lascivo! Le odiaba, le despreciaba. Oh, Dios, cómo sufría, y todo por su propia culpa. ¡Qué estúpida era! Pensar por un momento que él pudiera sentir algo por ella que no fuera simple lujuria. ¿Hasta dónde podía llegar su ingenuidad? Y qué pronto ha mostrado él su verdadera naturaleza en cuanto ha conseguido lo que quería. Pero nunca más. Si los Burke tenían algo bueno, era aprender de sus errores. Así que había sido seducida. Así que era lo bastante tonta como para haberse hecho ilusiones románticas con ese hombre. Gracias a Dios que esas ilusiones vanas podían ser cortadas de raíz antes de que la relación se hiciera más formal y ella se imaginara estar enamorada de él. No quería ni

pensar cómo se sentiría ahora si ése fuese el caso. Así como estaban las cosas ya era algo terrible.

Lo más pasmoso de todo era que ella se había dejado engañar verdaderamente y con gusto. Tenía que haber esperado una cosa así. ¿No había recibido suficientes advertencias? Casi todo el mundo le había dicho lo mucho que él amaba a Sheelah, ¿pero era fiel a su primera esposa? Ni siquiera un poco. Entonces, ¿qué demonios le había hecho creer que sería diferente en su caso? No la amaba. Aunque lo hiciera, no renunciaría a sus otras mujeres por ella, a las madres de sus hijos, a su Sheelah. Ella había estado albergando sueños imposibles, así que no podía culpar a nadie sino a sí misma por todo lo que estaba sufriendo ahora.

Un momento más tarde, Chantelle oyó voces fuera del cuarto que se iban alzando cada vez más. Que se vayan, por favor. Pero si no lo hacían...

Se incorporó y se secó la cara rápidamente con la manga de la túnica. Debía estar agradecida por las cosas insignificantes, aunque sólo fuera porque Adamma no le había aplicado los cosméticos todavía, y por lo tanto su rostro no tenía las señales reveladoras que hubiese dejado el *kohl* diluido por las lágrimas. ¿Cómo se atrevía a llorar por ese hijo de un camello del desierto? Una risita tonta escapó de su garganta. Tendría que limitarse a usar las imprecaciones inglesas. Carecía del estilo y el gracejo que poseía Adamma para las blasfemias turcas.

El vapor en la cámara no era tan espeso ahora, así que era probable que alguna de las sirvientas entrara... no, ese tono era demasiado imperioso para una asistente.

-... no toleraré más excusas ¡Nunca debió haber tardado tanto tiempo! -Se oyó la voz de un hombre más suave y como si intentara calmarla, pero hablaba en voz demasiado baja para que Chantelle pudiera oír lo que decía. La voz irritada de la mujer era mucho más clara al continuar-. Toma esto y véndelo. Si eso no compra algún coraje, tendré que... -La interrumpió el hombre-. ¿Qué se hace con el niño? -Otra interrupción mascullada y luego la mujer-: Sí, adelante con eso y soluciónalo. Nada más ha sido capaz de sacarle del palacio, así que tal vez eso lo logre. Pero si es así, será mejor que haya resultados. No más chapucerías o te sacaré de tu pellejo. ¡Y no te atrevas a hacerme callar, Alí! Nadie es...

Chantelle apenas pudo oír lo último pues se habían alejado por el corredor. Una pena, porque la discusión se estaba poniendo interesante. No significaba eso que ella pudiera entender de qué se trataba, pero le había servido para distraerla de sus propios problemas por un momento y ahora creía poder regresar a sus habitaciones sin pasar vergüenza.

No advirtió que dos personas estaban de pie al final del corredor cuando abandonó la cámara de vapor, pero a ella sí la vieron salir.

-¿Piensas que puede habernos oído? -preguntó al eunuco.

-No, pero por si acaso...

-Me encargaré de ello personalmente, Lalla.

CAPÍTULO XXXV

La tarde siguiente Chantelle entró en los baños con los ojos nublados, pero nada podría haberla mantenido lejos de allí, ni su estómago débil, ni las advertencias de Adamma de que todos estarían hablando de ella hoy, y menos aún su propio deseo de esconderse. Era demasiado orgullosa para eso, y además, ya tenía sus emociones bajo control. Nada en su apariencia dejaba traslucir que estuviera molesta en lo más mínimo por lo que había sucedido el día anterior.

Pero Adamma no había exagerado. Era el centro de atención de todos los presentes. Si Jamil la hubiese favorecido uno o dos días seguidos, habría sido algo normal y digno sólo de algún comentario fugaz. Pero no sólo había sido convocada mucho antes de que se terminara su instrucción, sino además durante seis noches seguidas, lo cual, al parecer, era bastante inusitado en el comportamiento de Jamil y establecía una nueva marca para él. Por esa razón, todas estaban esperando alguna reacción concreta por parte de ella.

Y bien, ella había reaccionado, y lo había hecho exactamente como todas habían esperado que reaccionase, especialmente las más envidiosas. Pero se dejaría matar antes que permitir que lo supieran. Por lo tanto, soportó las miradas despectivas de algunas, y la satisfacción perversa que veía en otras, los susurros maliciosos casi a escondidas y las risotadas francas de casi todas cuando pasaba cerca de ellas. Pero si tenía que ser justa, debía admitir que no todas las mujeres eran tan mezquinas, celosas o envidiosas. Sin embargo Chantelle se las ingenió para sonreír al toparse cara a cara con Noura, la cual no pudo esperar para contarle que Jámila estaba tan agotada que todavía seguía durmiendo a pesar de la hora tan avanzada.

Eso le había dolido, porque se había sentido de la misma manera el día anterior por la mañana. También ese día estaba exhausta, pero la razón era muy distinta. No había encontrado ningún placer en la última noche pasada en vela. Toda la yelada había sido una pesadilla. Había rehusado recibir visitas y sólo había tenido que tolerar la compañía de Adamma, que se había mostrado abatida y con la cara larga como si ella fuera quien hubiese caído en desgracia con el dey.

La desdicha gusta de compañía, pero Chantelle hubiera preferido pasarse sin ella. No había podido comer más que unos cuantos bocados de la cena, debido a su estado de aturdimiento emocional, y ni siquiera ese poco de comida había permanecido mucho tiempo en su estómago. Todavía sentía náuseas y ningunas ganas de comer, lo que era otro punto en contra de Jamil. El maldito sodomita le había producido indigestión.

Chantelle acababa de abandonar los baños y estaba a punto de entrar en la cámara comunal cuando Adamma irrumpió allí, con el rostro radiante de sonrisa, para decirle que había sido convocada para esta noche. Y la muchachita no podía haberlo dicho en voz baja. No, tuvo que gritarlo casi a voz en cuello, deliberadamente, según supuso Chantelle. Pero la tía Ellen habría estado orgullosa. Chantelle ni pestañeó, no hizo nada más que asentir y salir serenamente del *hammam* para volver a sus habitaciones, dando la impresión de que aceptaba la invitación como algo natural. Pero no era así. No, de ninguna manera.

Una vez en sus aposentos, fue directamente a su alcoba y no volvió a salir de allí. Podía oír a Adamma paseándose de un lado a otro detrás de la cortina que separaba las dos habitaciones. No le había dicho una palabra a la muchacha, así que no cabía duda de que estaría ansiosa por empezar con los preparativos. Pero Chantelle no tenía nada para qué prepararse.

Adamma esperó no más de veinte minutos antes de asomar la cabeza por la cortina. Al hacerlo, descubrió a su ama delante de la ventana con la mirada fija en el jardín.

-¿Lalla?

-¿Sí?

-¿No deberíamos empezar...?

-No.

-No voy a ir, Adamma.

Shahar no había vuelto la cabeza y seguía contemplando el jardín. No había levantado la voz en lo más mínimo. Adamma se mordió el labio inferior. Debía haber esperado algo así, pero no lo había hecho.

-¿Estás enferma, Lalla? -preguntó en tono vacilante. Chantelle le echó una ojeada por encima del hombro.

Librodot

-¿Enferma? -Forzó una sonrisa-. No, pero ese pretexto servirá tanto como cualquiera para evitar una batalla campal. Envía a Kadar para que se lo informe a Haji Agha, así el rey podría hacer otros planes para esta noche.

Adamma gimió y corrió a la puerta del frente en busca del eunuco negro, que se encontraba en su puesto acostumbrado junto a la puerta del lado de afuera.

-¡Ella no va a ir! -tartamudeó la muchacha. Kadar se puso de pie inmediatamente.

-¿Está enferma? -fue la pregunta instantánea, que copiaba la de Adamma.

-No, pero debes decirle a Haji Agha que lo está.

-No dará resultado, muchacha.

-Será mejor que ruegues que te crea, porque lo dice en serio. No irá.

Kadar gruñó y corrió por el corredor. Debía haber sabido que la inglesita no permanería dócil por mucho tiempo. Era demasiado orgullosa esa muchachita, y también demasiado voluntariosa para su propio bien. Tal vez Haji Agha creyera que estaba realmente enferma.

-No lo creo -dijo el eunuco negro en jefe después de que Kadar le diera el mensaje-. ¿Qué le pasa a esa muchacha?

-Yo diría que es obvio, mi señor.

Los ojos de Haji Agha se encapotaron. Sí, era obvio. Sin duda, Shahar estaba molesta por haber sido ignorada la noche anterior. Las europeas siempre tardaban un poco más en aclimatarse a las normas que regían. Estaría enfadada y celosa y sus celos serían peores de lo que había sido su anterior desafío.

-El rey jamás creerá que está enferma -dijo Haji más para sí mismo que para Kadar, puesto que había llegado a la conclusión de que al menos tendría que probar suerte con su amo. Sin poder usar las drogas, sólo le quedaba la fuerza, y a Jamil no le agradaría que se la «entregaran» de esa manera.

-Quizá lo acepte aunque no lo crea -sugirió Kadar-. El ya conoce su temperamento a estas alturas.

-A nosotros sólo nos queda esperar que así sea -masculló Haji-. Por las barbas del profeta, la muchacha da más trabajo de lo que vale -añadió al partir en dirección a los aposentos del dey.

El debió haber sabido que no resultaría.

-¿Está enferma? -preguntó Derek, suspicaz. Haji sólo pudo tartamudear.

-Yo-yo no la he visto personalmente, pero...pero sus sirvientas me aseguran...

-Enferma o no, tráela aquí a la hora indicada, Haji. Y eso fue todo.

CAPÍTULO XXXVI

Chantelle era quien se paseaba ahora. Todavía se encontraba en su alcoba, pero ya no estaba serena ni tranquila. Tanto Kadar como Adamma habían estado intimidándola con amenazas durante los últimos treinta minutos. Se le había informado a Jamil que estaba enferma, pero no le importaba. Insistía en que debía presentarse ante él. Ella se negaba.

-Si no vas, el rey vendrá aquí -le dijo Adamma.

-No, no lo hará. Tú misma me dijiste que él raramente se molesta en entrar en el harén por la conmoción que causa.

-Pero ¿si lo hace? Y si lo hace, estará furioso.

-Me alegro -bufó Chantelle-. La ira gusta de compañía tanto o más que la desdicha.

Ambos sirvientes hicieron muecas simultáneamente por el sentimiento que ella expresaba. Se les había advertido que consiguieran resultados o si no... Era el «o si no» lo que los impulsaba a seguir intentándolo, pero no lograban nada.

Haji Agha esperaba en la sala exterior, estaba demasiado viejo y aferrado a su métodos para recurrir a la mera lisonja o engatusamiento con una concubina cuando tenía tantas otras opciones a mano. Pero en este caso todo lo que podían hacer era discutir después de que el rey había dado la orden de no castigar más a la muchacha.

-Pronto estará aquí el guardián de las Joyas -dijo Kadar ahora-. La dueña del guardarropa también llegará dentro de pocos minutos. ¿Quieres que ellos crean que estás enfurruñada porque no fuiste llamada anoche?

Eso enfureció a Chantelle. ¿Enfurruñada? ¡Qué idea descabella!

-Tendrán que saber...

-No importa mucho lo que digas, Lalla. El harén sacará sus propias conclusiones.

-No me importa en absoluto.

-¿No te importa? -inquirieron ambos al unísono. Chantelle los fulminó con la mirada. ¿Cómo demonios habían llegado a conocerla tan bien en tan poco tiempo? Maldición, pero el orgullo podía resultar muy embarazoso.

-Muy bien -exclamo ella, irritada-. Pero si me cortan la cabeza esta noche, vosotros seréis los culpables por forzarme a verle.

-Eso no sucederá, Lalla.

-¿Estáis seguros? -estalló ella-. Si él llega nada más que a tocarme, le arrancaré los ojos. Ya veremos cuanto tiempo se mantiene mi cabeza sobre mis hombros después de eso.

Adamma palideció tomándolo en serio. Kadar reprimió una sonrisa. La inglesita estaba furiosa, pero no era estúpida. Y además, el rey no era un hombre insensible. Sabía de sobras que ella no deseaba verle, y por lo tanto estaría esperando lo peor.

Derek, estaba, ciertamente, esperando lo peor, y lo había estado esperando aún antes de que Shahar hubiese intentado ofrecerle una excusa de enfermedad. Lo mejor hubiese sido darle a la joven unos cuantos días de descanso hasta que superara su resentimiento y eso precisamente era lo que había intentado hacer en un principio. Pero eso había sido ayer, cuando decidió enviar por Charity Woods, cuando había creído estar saciado de Shahar por un tiempo. Esa noche la realidad era otra. Había tenido a la adorable Charity a mano, fácilmente podría haber gozado de sus encantos, y vaya si eran encantos tentadores los de la inglesa, pero en lugar de eso, había pasado toda la velada jugando al ajedrez con ella, y además, perdiendo, porque en todo lo que podía pensar era en Shahar y en su reacción a esta supuesta perfidia por su parte.

Pero no tuvo otro remedio que hacerlo. Había tenido la opción de posponer la llamada de Charity Woods hasta más adelante o quitársela de encima ahora. Más adelante podría haber sido demasiado tarde, ya que no se sabía cuándo volvería Jamil. Y a menos que estuviese registrado en los libros del harén que la favorita conocida como Jámila había sido convocada a su cama, no sería liberada cuando todo acabara.

Si no hubiese sido una de las favoritas de Jamil, Derek podría haberle pedido simplemente que la liberara. Pero tal como estaban las cosas, con Omar insistiendo en que tenía que hacer el amor a una de las mujeres de Jamil por lo menos, había resultado una solución ideal. Pero quitarse el problema de encima le había hecho retroceder al punto de partida con Shahar.

Había estropeado todo en realidad. Shahar no estaría molesta ahora si él se hubiese ocupado ante? del caso de Charity Woods. Pero no, él había dejado que su cuerpo le gobernara entonces, y lo estaba haciendo otra vez hoy, ¿y por qué? ¿Qué poseía Shahar que le hacía hervir de impaciencia? Ella le embotaba el pensamiento. Controlaba su cuerpo más de lo que él podía controlarlo. ¿Por qué ella, precisamente, cuando había docenas de otras beldades disponibles para él que se mostrarían más que dispuestas a saciar este apetito que había despertado esa única rubia platino?

Derek no podía explicarlo, pero una sola cosa era deslumbradoramente clara. Ella había llegado a obsesionarlo por completo, y tenía que dominarse, terminar con ella de un modo u otro antes de que volviera Jamil. Su propio futuro ya estaba trazado de antemano, y no incluía una bellísima concubina que, técnicamente, ni siquiera le pertenecía. Podía hacer uso de ella temporalmente, pero eso era todo. Así que no podía hacer otra cosa que revolcarse en los placeres que le brindaban sus encantos mientras pudiera, y esperar que el exceso de los mismos placeres y del uso de su cuerpo llegaran a hartarle pronto y así liberarle de esta maldita obsesión.

Derek despidió a los guardias nubios antes de tiempo y también a sus otros asistentes. Había hecho preparar una cena para dos, y ya estaba servida. Un ramo de rosas ponía la nota de adorno en la mesa baja ubicada delante de las puertas que se abrían al jardín, un toque típicamente inglés en consideración a Shahar. La brisa traía las notas apagadas de una dulce melodía desde el otro lado de los altos muros que rodeaban el jardín.

En cuanto ella llegara quedarían a solas. Derek no deseaba testigos de la terrible discusión que anticipaba, especialmente cuando todos creían que era Jamil en persona, y Jamil no toleraría ninguna discusión. Derek iba a ser más que tolerante con ella, haría cualquier cosa menos rebajarse y humillarse por .completo para apaciguar a la dama que quería tener en su cama.

Chantelle se mostró mansa y hasta sumisa al entrar. Se asombró, pues había esperado verla entrar a gritos pataleando, llevada a la fuerza por los eunucos. Pero debía haber sabido que tendría más control sobre sí misma de lo que él esperaba. De hecho, había asumido una postura rígidamente majestuosa, como si estuviera envuelta en un manto de dignidad antes que en la finísima gasa plateada con que la habían vestido. Desde la larga cabellera hasta las sandalias, Shahar era un solo destello cegador con cenefas de lentejuelas en el escaso atuendo y diamantes rodeándole el cuello, las muñecas y los tobillos. No se había puesto ni una sola joya de las que él le había regalado, lo cual ya era un detalle revelador de su disposición de ánimo. Con todo, le dejó sin aliento con su deslumbrante belleza.

Se quedó de pie en el centro de la habitación, la cabeza en alto y los brazos colgando a los costados del cuerpo con los pequeños puños apretados. Tenía la mirada fija al frente sin siquiera molestarse en situarle en la habitación. Parecía una estatua que podría quebrarse si él hablaba en voz demasiado alta.

Se acercó a ella por detrás. -Confío en que hayas mejorado de tu enfermedad, ¿no es así?

Ella no respondió de inmediato.

-En realidad... me siento un poco indispuesta. Derek sonrió por la mentira tan descarada.

-¿Estás demasiado indispuesta como para compartir una comida conmigo?

La negativa a cenar con él estaba en la punta de la lengua de Chantelle, pero la verdad era que estaba desfallecida de hambre ahora que se había asentado su estómago.

-Una comida no me sentaría mal -admitió Chantelle.

La rodeó y se puso frente a ella. La rodeó con los brazos y la condujo a la mesa baja que estaba detrás de ellos. Ella rehusaba mirarle, excepto para seguir sus indicaciones. Y una vez sentada en el enorme almohadón mullido contempló solamente la gran cantidad de fuentes llenas de exquisiteces que tenía delante.

Librodot

El se sintió descorazonado al no recibir ningún comentario sobre la carne de res asada y la masa horneada en la salsa natural del asado, llamado Yoskshire pudding, que había obtenido del consulado inglés especialmente para ella, como el cocinero para prepararlos. Indudablemente, sir John Blake se estaría preguntando qué estaría tramando Jamil Reshid, pero por otra parte, el rey no tenía que dar explicaciones de su proceder al consulado inglés, que ni soñaría negarle un favor tan insignificante como un asalto a su despensa. Pero a Derek le habría gustado que al menos ella reconociera que se había tomado todo ese trabajo sólo para complacerla.

Sin embargo, no sería así. El comportamiento de Shahar era extremadamente formal, frío y nada comunicativo, así que decidió renunciar a la conversación mientras comían. Generalmente un estómago lleno mejoraba notablemente el carácter de las personas, y por la actitud de la joven, él necesitaba toda la ayuda posible.

Cuando sirvió el té, también procedente de la despensa de sir John, se aventuró a preguntar:

-¿La comida ha sido de tu agrado?

-La carne estaba un poco dura.

Derek rechinó los dientes. Era verdad. El señor Walmsey, el mayordomo del marqués, habría estado consternado. Pero ¿qué podía esperarse aquí en Barikah, donde el alimento básico era el cordero?

-Ha sido lo mejor que he podido disponer, dado el corto plazo de aviso.

Ella no replicó. Bebió el té manteniendo los ojos bajos. Derek se estaba sintiendo claramente incómodo por este trato, sin mencionar su enfado. Hubiera preferido que le apaleara, se enfureciera y le reprochara todo lo mal que se había portado, según ella lo veía, y dar por terminado el asunto, aunque no sabía bien qué le podría decir para apaciguarla cuando no podía decirle toda la verdad. Y eso también era no sólo molesto, sino irritante. Se puso de pie bruscamente.

-Ven.

Chantelle ignoró la mano tendida que le ofrecía y se levantó por sí sola encaminándose al lecho preparado con los almohadones. Pero no se sentó allí. No podía hacerlo. Se quedó mirando fijamente el escenario de su seducción y volvió a enfurecerse ciegamente por su estupidez.

Derek se acercó a ella por la espalda y decidió por ella. La hizo caer sobre los almohadones a su lado y luego la tomó entre sus brazos. Ella reaccionó de inmediato empujándolo para separarse lo más posible de él, y se quedó sentada a bastante distancia. El se lo permitió tras un fugaz contacto con sus ojos, que brillaban más que los diamantes que lucía en el cuerpo, pero el brilló era de hostilidad.

-Esto no tiene sentido, Shahar -dijo él después de un momento de vacilación-. Tengo el derecho de tocarte.

-Y yo el derecho que me ha dado Dios de ofrecer resisten-cia y pelear, y te advierto que lo haré.

Había conseguido toda la atención de Chantelle ahora. Ella se había arrodillado sobre los almohadones, frente a él, con los puños apretados a los lados de los muslos, preparada para cualquier movimiento que hiciera.

Derek suspiró y le brindó una débil sonrisa.-Pero no puedes ganar, así que no tiene sentido intentarlo siquiera. Será un gasto inútil de energía cuando podríamos usarla para algo más placentero.

Ella contuvo la respiración.

-¡No! ¡Nunca más!

-¿Nunca? -El sacudió la cabeza como si la palabra fuera desconocida por él-. Estás enfadada, pero al menos intenta ser realista, Shahar. Sabes bien que si te deseo, te tendré.

-¡Yo me defenderé con uñas y dientes!

-Ya lo has dicho. ¿Quieres que te demuestre que no te servirá de mucho?

Un fugaz relámpago de miedo brillo en los ojos de Chantelle antes de estallar:

-¡Maldito seas! ¿Tienes tan poco orgullo que tomarías por la fuerza a una mujer que te desprecia?

-¿En realidad crees que se necesitaría la fuerza? Ella se encrespó al oír el tono tan lleno de confianza.

-Sólo intenta algo, y verás...

-Oh, me propongo hacerlo, inglesa, y pronto. Te haré ronronear por mí otra vez. Estoy convencido de que recuerdas...

-¡Basta ya!

-Me encargaré de que lo hagas -señaló él con una sonrisa llena de malicia-. Yo también lo recuerdo. Entonces, ¿por qué estamos perdiendo tiempo...?

-¡Oh!

Chantelle se puso en pie de un salto, pero no se mantuvo así por mucho tiempo. Un brazo de Derek salió disparado y le rodeó las piernas que se doblaron haciéndola caer de nuevo. Su cuerpo cayó mitad sobre el de Derek y mitad sobre los almohadones, pero un segundo después estaba tendida de espaldas, cubierta por el cuerpo de Derek que le sostenía las manos clavadas en los almohadones encima de la cabeza. Estaba atrapada y por más esfuerzos que hacía para soltarse, no obtenía ningún resultado.

-No te detengas -le murmuró él con voz pastosa al oído-. Puedo sentir los movimientos de tu cuerpo con cada parte del mío. -Ella se quedó absolutamente quieta y él se rió entre dientes-. Eres tan fácil de predecir, inglesa. Creo que ya hemos jugado a esto antes.

-Déjame ponerme de pie -dijo ella con los dientes apretados.

-Prefiero tenerte así -respondió él hundiéndole las caderas en la pelvis-. Trae a mi memoria recuerdos maravillosos.

-Te odio.

El movió lentamente la cabeza como respuesta.

-Estás enfadada conmigo, pero no me odias. Se divertía. Lo veía en sus ojos, en sus labios ligeramente crispados de risa. No la estaba tomando en serio. Y si lo hacía, se sentía muy confiado en poder seducirla sin demasiado esfuerzo. Pero no podría, y ella tenía miedo de que cuando él se diera cuenta de la situación, se pusiera también furioso con ella.

-No seas tan presuntuoso creyendo saber lo que siento, alteza -replicó ella, tensa-. No puedes imponer los sentimientos a otra persona como impones todo lo demás.

-Creía que había sido bastante bueno para ello la otra noche.

Chantelle sofocó un grito por este recordatorio mordaz de la facilidad con que él la había hecho desearlo.

-¡Eso fue antes de que me mintieras! Por fin él frunció el entrecejo al mirarla.

-¿De qué estás hablando, mujer?

-Me hiciste pensar que no habías estado con otra mujer desde que me viste por primera vez. Ahora sé que la misma noche que me compraste la pasaste con Sheelah, la noche siguiente convocaste a...

-¡Suficiente! -la interrumpió abruptadamente Derek. ¡Cielos! Y él creía que sólo tendría que disculparse dándole explicaciones sobre Jámila. ¿Qué podía decir? Con toda seguridad no podía explicarle que mientras él había estado acostado en una cama vacía pensando en ella, la

Librodot

cama de su hermano no había permanecido vacía en absoluto. No podía defenderse sin revelar todo el juego. Tampoco podía revelarle la verdad acerca de Jámila. Para conseguir la libertad de la señorita Woods, todos tenían que pensar que la había llevado a su cama, incluso Omar... incluso Shahar. Maldito enredo. No le había mentido antes, pero ahora tendría que mentirle descaradamente.

-Me acusas de mentirte, Shahar, cuando te hablé con el corazón en la mano. Te deseaba sólo a ti. Desde el primer momento me excitaste como ninguna mujer me había excitado antes.

-Eso no te impidió...

-¡No te habían instruido todavía, mujer! Eras inocente tanto en mente como en cuerpo. No podía llamarte inmediatamente, como era mi deseo. Necesitabas, al menos, un poco de instrucción para saber lo que podías esperar y no tener miedo del acto de amor. ¿O acaso querías compartir mi cama aquella primera noche?

-No -respondió ella, rígida. Y no me importa quién lo hizo. Ni me importa por qué alguien lo hizo. La cuestión es que me dijiste que nadie lo había hecho y yo te creí. De algún modo influyó para que yo... bueno, era muy distinto. -Y luego, amargamente-: Pero eso era lo que te proponías, ¿no es así? Por eso me mentiste.

-¿Te mentí? ¿O te dije toda la verdad, que eras todo lo que yo deseaba, en todo lo que podía pensar? -No esperó la respuesta y aprovechó la duda momentánea que detectó en sus ojos-. ¿Te concedí meses de instrucción? ¿Presté atención cuando me dijeron que no estabas preparada? Bien sabes que no fue así, que no podía esperar más para verte otra vez. Y entonces, me rechazaste. ¿Sabes cómo me afectó eso?

-Yo...

Chantelle quedó en silencio, sin encontrar las palabras para expresar lo que sentía. No había esperado estar a la defensiva. Tampoco había esperado experimentar este sentimiento de culpa que le estaba oprimiendo el pecho. Pero él tenía razón, maldita sea. No le había mentido en realidad, no le había dicho específicamente que ninguna otra mujer había compartido su cama. Y ella ya lo había pensado antes, que simplemente había interpretado mal sus palabras o que él no había sabido explicarse bien.

-Hablé con el corazón en la mano. Tú eras todo lo que yo deseaba.

No había forma de interpretar mal esas palabras, y maldita sea, le estaba creyendo otra vez. Entonces, ¿por qué no la regocijaba?

Derek se aflojó un tanto, percibiendo que había ganado esta ronda. No se animó a darle a Shahar la más mínima oportunidad de levantar rápidamente otro obstáculo en su camino. Tenía la esperanza de esquivarlo por completo con un poco de suerte y mucha destreza, la cual puso inmediatamente en juego con un beso destinado a quebrar sus últimas defensas. Y resultó. No volvió la cabeza para evitar sus labios. El pudo sentir cómo se le aflojaban los brazos y acomodaba mejor el cuerpo para encajar en el suyo. Cuando se volvió complaciente y cedió, él soltó las manos y sintió los dedos deslizarse por su cabello. Y entonces súbitamente, ella dio un tirón.

-¡Ay! Por Alá...

-Te lo advertí -le interrumpió furiosamente Chantelle-. Si .querías una compañera de cama obediente y dispuesta, debías .haber llamado a Jámila otra vez. Ella...

Derek le cubrió la boca con la mano. No tomó en consideración que la había convencido de que no le haría daño físico, o que le había dicho que había aceptado el desafio de conquistarla y apaciguarla. Simplemente le helaba la sangre en las venas comprobar que esta cólera que sentía la hiciera actuar sin .pensar en las consecuencias.

Jamil se habría sentido halagado por ello, y hasta se habría divertido, pero no por mucho tiempo, y ciertamente no tanto como para permitirle luchar. Derek no estaba divertido ahora.

Sabía que ella había llegado a confiar en él y que por eso mismo se había rendido finalmente, y ahora se sentía traicionada.

Pero gracias a Dios que los gustos de Jamil no coincidían con los suyos propios y que su hermano no había decidido conservar a Shahar para sí mismo. Ella no habría pasado una semana sin castigos ejemplares, que a la larga le habrían quebrado la voluntad. No se daba cuenta de lo afortunada que era, ni él se lo podía decir. Pero ¿qué sentido tenía cuando ella sólo debía enfrentarse a él?

Toda esta preocupación sobre el bienestar de Shahar era una reacción natural, pero hizo que su voz adquiriese un tono metálico y duro.

-Si hubiese deseado a Jámila, habría enviado por ella. Te deseaba a ti, Shahar. También te deseaba ayer, pero como un necio pensé que podrías agradecerme un día de respiro después de que yo me mostrara tan inflexible para darte un poco de descanso la noche anterior.

Ella le arrancó la mano que le tapaba la boca para estallar:

-¡No te atrevas a alegar que fue por consideración a mí!

-También creía que tenías demasiado orgullo para sucumbir a los celos.

Los ojos violetas llamearon ante este nuevo ataque.

-¿Celos? ¡Ni lo sueñes! Es que acabo de ver claramente que esto no es nada más que un prostíbulo, y que tú eres el...

-¡No lo digas!

-¿Por qué no? Si yo hiciera el amor con un hombre distinto cada noche, así sería como me llamarías. Y no me digas que es diferente para un hombre, que a mí no me está permitido, que está permitido para ti en particular. Tu mundo puede creerlo así, pero el mío no.

-¿Estás segura?

La encolerizó más que él sonriera al formularle la pregunta.

-Entonces, déjame plantearlo de esta manera. Yo no. ¡Ahora querrás hacerme... el bien... de dejarme... levantar! -Volvió a empujarle, pero no pudo moverle.

-Te dejaré ir, Shahar, cuando me perdones por herirte. Ella cometió la equivocación de mirar el brillo cálido de su mirada. Eso y el timbre ronco de la voz la hicieron estremecer de la cabeza a los pies.

-No me has herido -insistió ella volviendo la cabeza a un lado-. Yo he pasado por alto unas cuantas verdades básicas algún tiempo, pero ya he vuelto a mis cabales.

-No hagas esto, Shahar. -Aprovechando la garganta al descubierto tan cerca de su boca, frotó los labios sobre la piel tersa-. No ha significado nada para mí. -Los labios ascendieron hasta la oreja y calló para moderle el lóbulo suavemente-. Ni siquiera puedo recordar lo que dije o hice anoche, fue algo sin ninguna importancia para mí. -Estaba murmurándole en la oreja ahora y cada soplo de aliento la afectaba-. Pero puedo recordar cada momento que pasé contigo.

Los pensamientos de Chantelle estaban dispersos y parecía no poder reunirlos otra vez.

-Tú... tú no puedes ser fiel. No sabes cómo serlo.

-Si eso es lo que se necesita para tenerte dispuesta y complaciente otra vez -prometió precipitadamente.

Ella le alejó de su oreja con un movimiento de hombros, sin poder creer a sus oídos.

-No hablas en serio -se burló ella-. ¡Dios! Si hasta me han dicho que te agotas para satisfacer a todas y cada una de tus mujeres. Debieras estar feliz de que al menos una de ellas no se va a sentir descuidada ni abandonada si la ignoras.

-Me sentiría desolado si fuera así, pero tú sabes que no lo es. Ahora que has probado y saboreado los placeres del cuerpo, los echarás de menos. -Deslizó una mano entre los dos

Librodot

cuerpos y le cubrió el seno-. Ahora mismo puedo sentir cómo se endurece tu pezón pidiendo un beso.

-¡Bas...! -La palabra se convirtió abruptamente en un grito destemplado cuando una forma oscura surgió súbitamente detrás de él, pero todo lo que Chantelle vio realmente fue el destello de una daga alzada sobre la cabeza del dey.

CAPÍTULO XXXVII

Si Derek se hubiese detenido a pensar, habría sido el final de todo. El puñal habría dado en el blanco hundiéndose a través de la espalda directo al corazón. Y la hoja era bastante larga como para haberle atravesado a él y a Shahar también.

Pero no se detuvo a pensar. El grito de Shahar era de terror, no de indignación por la seducción, y sus instintos exigieron una reacción inmediata, no preguntas.

Rodó por los almohadones llevando a Shahar con él hasta dar contra las piernas del agresor. El hombre perdió el equilibrio y cayó sobre ellos. El puñal que había apuntado a la espalda de Derek se hundió entonces con tanta violencia en los almohadones que los atravesó limpiamente y chocó contra el piso de mármol quebrándosele la punta. Pero el arma no era menos peligrosa por el hecho de haber perdido la punta. Todavía era un arma mortal que haría tajos en la carne, hasta el hueso y el hombre ya estaba intentando arrancarla para hacer precisamente eso.

Derek sólo tuvo tiempo para apartar a Shahar de un empellón antes de que el hombre estuviera nuevamente sobre él. Ni siquiera tuvo tiempo para ver si la había abandonado en manos de otros asaltantes, aunque si eran profesionales no se molestarían atacando a una mujer hasta haber alcanzado su objetivo principal, y él era ese objetivo. Pero el hombre no consiguió ayuda inmediata. Era lo bastante fuerte como para no necesitar ninguna, como descubrió Derek dolorosamente. Y si el filo mellado y sin punta de la daga no tuvo dificultad para abrirse paso por su piel, se habría hundido más que el escaso centímetro de profundidad que había alcanzado antes de que la propia fuerza de Derek la sacara mientras sus manos casi le rompían la muñeca al hombre antes de que pudiera arrancarla.

La segunda puñalada fue desviada con el antebrazo y eso le brindó la oportunidad de asestar un fuerte puñetazo en la mandíbula del asesino. Pero tendido como estaba en el suelo, el puñetazo no tuvo demasiada fuerza. Pasaron escasos segundos antes de que el puñal entrara nuevamente en juego, esta vez dirigido a cortarle la garganta. Pero el mayor alcance del brazo de Derek le salvó una vez más, al poner la palma de la mano contra el mentón del asesino para que no pudiera ver el blanco.

La hoja cayó a corta distancia de su objetivo y Derek pudo volver a aprisionar la muñeca decidido a no soltarla esta vez. Ahora era simplemente una cuestión de fuerza y la conciencia de que sólo podría quedar un único sobreviviente en esta contienda.

Chantelle estaba agazapada en un rincón con los puños apretados contra la boca y los ojos clavados en los dos hombres engarzados en lucha mortal. No pensó en correr a buscar ayuda, ni se preguntó por qué no venía nadie a ayudarlos después de su grito desgarrador. Su instinto la empujaba a hacer algo por sí misma, pero tenía terror de apartar los ojos de la lucha cuerpo a cuerpo ni por un segundo, temerosa de que terminaría si lo hiciera. Y el asaltante era tan enorme ahora que podía verlo claramente. Músculos poderosos llenaban la túnica, tenía la espalda muy ancha, hombros fuertes y brazos que probablemente eran tan gruesos como

troncos. ¿Cómo podría Jamil, que podría ser fuerte pero también mucho más delgado, contenerle por mucho tiempo?

Tenía que hacer algo y pronto para ayudarle, antes de que el miedo la paralizara más aún. Se puso trabajosamente de pie y miró en derredor bruscamente frenéticamente alguna arma que se pareciera a un garrote o maza o... Sus ojos volaron a la mesa al recordar repentinamente el largo cuchillo que había usado Jamil para cortar la carne asada. Ningún sirviente había entrado para recoger la mesa. El cuchillo aún estaba allí, pero ¿podría usarlo? ¿Podría matar a un hombre realmente? ¿Qué sucedería si no lo hacía?

Jamil podría morir, claro está, y eso la incentivó para correr a la mesa y coger el cuchillo. Pero ahora que tenía el arma letal en el puño estaba más aterrorizada que nunca. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo podría no hacerlo? No quería que Jamil muriera, ¿verdad? ¿Verdad?

Reconoció la respuesta sólo en un nivel muy profundo, puesto que ya se estaba moviendo hacia la lucha mortal que se desarrollaba en el suelo y antes de que pudiera cuestionarse más si estaba bien o mal, levantó el cuchillo para hundirlo en la espalda del asaltante, precisamente como él había intentado hacerlo con Jamil. Pero se había acercado demasiado a ellos. Una pierna se interpuso en su camino, sacudiéndola, arruinando su puntería, y de algún modo la espalda ancha no estaba allí para recibir la hoja de acero, pero sí la cabeza de Jamil.

Chantelle palideció aunque no pudo echarse atrás por lo rápido que se desarrolló la acción. Vio que el cuchillo hería levemente la oreja de Jamil mientras ella caía sobre el asesino. Y después salió despedida hasta chocar contra la pared sin tener conciencia de que había desestabilizado tanto al hombre, que Derek pudo cambiar las posiciones con él y que ella había salido despedida precisamente por eso.

Los almohadones apoyados contra la pared habían amortiguado el golpe, por lo que Chantelle no estaba tan aturdida. Pero había perdido el cuchillo al caer y cuando volvió a mirar atrás, los dos combatientes estaban inmóviles. ¡No, oh, Dios!

- ¿Jamil?

El alzó la cabeza y Chantelle se desplomó de alivio, hundiéndose en los almohadones. Ahora sí se sentía golpeada y magullada. Pero ¿cómo debía de sentirse él?

-¿Estás bien, Shahar?

-¿Yo? -Se atragantó al decirlo, y luego sofocó un grito cuando él se levantó-. ¡Estás sangrando!

Sonó como una acusación. Derek se miró el pecho pero sabía que la herida no tenía importancia.

-No es nada.

-Pero ¿por qué él... cómo ha podido... dónde demonios están tus guardias? -pudo decir finalmente cuando la ira reemplazó al miedo.

-Creo haberles dicho que los desollaría vivos si me interrumpían esta noche por cualquier cosa. Obviamente tomaron mis palabras al pie de la letra. Pero son mudos, al fin y al cabo y no habrían oído nada.

-Mi grito fue lo bastante fuerte para haber alertado a los guardias que están al final del corredor.

-Es verdad -Derek sonrió-. Pero aun cuando ellos hubiesen respondido al grito de una mujer, lo que es dudoso en tu caso, ya que todo el palacio sabe los problemas que tengo contigo, los guardias de la puerta les hubieran impedido el acceso.

Chantelle ignoró la insinuación de que sus gritos sólo pudieran significar que él había perdido la paciencia con ella.

-Entonces, ¿cómo consiguió entrar? -Miró al hombre que estaba tendido e inmóvil en el suelo y se estremeció al ver la daga clavada en el pecho y el charco de sangre alrededor de la herida.

-Es una buena pregunta.

Chantelle le vio ir hacia la puerta pensando sólo ahora que los guardias de afuera podrían estar muertos, pero no era así. Los vio entrar a la habitación seguidos por muchos otros. Y los guardias personales del rey tampoco estaban muertos. Seguían en el jardín, donde él los había desterrado, lo que dejaba ambas entradas vigiladas, pero evidentemente, no demasiado bien. No era de extrañar que los mudos estuvieran tan perturbados y alterados al encontrar al hombre muerto en la habitación. Ellos eran culpables ya fuera de falta de atención o de confabulación.

Pocos minutos después encontraron una cuerda colgando cerca de las puertas del jardín, que explicaba de alguna forma cómo había conseguido llegar el asesino al interior del palacio, pero no cómo los guardias no le habían visto deslizarse por ella desde el techo alto.

-Es sólo mi culpa. -El rey exoneró a los guardias ante un hombre de más edad que había entrado detrás de los guardias y parecía más alterado que nadie por el incidente-. Yo les ordené que permanecieran afuera y lejos de las puertas. Que simplemente se dedicaran a patrullar los muros del jardín.

-¿Te quedaste deliberadamente en posición vulnerable? -preguntó con incredulidad el hombre mayor.

Jamil dijo algo que Chantelle no pudo oír, pero se sonrojó violentamente cuando el hombre viejo la miró luego con aversión. Quienquiera que fuese, le echaba la culpa, y con seguridad también lo harían todos los demás.

Algunos médicos vinieron a atender la herida del rey armando gran alboroto. También examinaron al hombre muerto. Se encontró una pesada bolsa llena de monedas en uno de sus bolsillos, pero nada más.

Chantelle dejó de observar los procedimientos que se estaban llevando a cabo. La cólera se había convertido en culpa, y la verdadera magnitud de todo lo que había pasado la golpeó de lleno. Jamil podría haber muerto. ¡Santo cielo, casi le ha matado ella misma!

Levantó la cabeza cuando uno de los médicos estaba dando unos toques con algo en la oreja del rey y se le demudó el semblante al revolvérsele el estómago. ¿Qué pasaría si él creyera que lo había hecho intencionadamente, que se había aprovechado de su libertad momentánea para atacarle? ¿No le acababa de decir esta misma noche que le odiaba? No tenía motivos para ayudarle, ninguno que se le ocurriera en ese momento, ninguno que él pudiera encontrar, ciertamente nada que tuviera sentido.

El cuerpo fue retirado del aposento, se limpió la sangre que había caído al suelo y se cambiaron por otros los almohadones que habían sido salpicados y rotos. Chantelle se movió cuando retiraron el almohadón donde estaba sentada, pero no se levantó ni siquiera cuando el salón empezó a vaciarse. Estaba recordando el comentario airado que le había hecho a Kadar sobre que esa noche le cortarían la cabeza, y sintiendo todo el horror de que pudiera convertirse en una posibilidad más que segura ahora.

Por fin, sólo Jamil y los dos nubios quedaron en la habitación. El rey vació una copa de *kanyak* de un trago, y despidió de nuevo a los nubios enviándolos de regreso al jardín. Ellos casi se resistieron a obedecer la orden; de hecho, parecieron discutir con él. Chantelle no podía entender absolutamente nada del lenguaje de las manos que estaban utilizando, pero sí comprendió que ninguno de los dos deseaba dejar nuevamente solo a Jamil. Pero por supuesto, el rey fue obedecido y dejado a solas... con ella.

-¿Por qué los has mandado fuera? -le preguntó cuando él se acercó-. ¿O piensas matarme tú mismo?

El cayó de rodillas delante de ella entrecerrando los ojos.

-¿Qué necedad es...?

Chantelle no le dio oportunidad a terminar la frase. Dominada por el pánico se arrojó contra su pecho. Casi le hizo caer y cuando él trató de enderezarse, se aferró con alma y vida a sus brazos.

-¡Lo siento! -gimoteó contra su garganta-. No fue mi intención herirte. Lo juro. Estaba apuntando a su espalda, pero tropecé y...

-Lo sé.

-Su espalda ya no estaba allí... -Se apartó para mirarle a los ojos-. ¿Qué quieres decir con «lo sé»?

El se rió al oír el resentimiento que se había adueñado del tono de Shahar.

-¿Qué ha pasado con «lo siento»?

-¿Entonces tú no crees que estaba tratando de matarte?

- ¿Estabas intentándolo?

-¡Por supuesto que no!

-Entonces concédeme el crédito de conocer la diferencia entre ayuda y estorbo, y ayuda oportuna, además.

-¿Oportuna?

-Mis brazos estaban tan cansados que por un momento creí que estaba a punto de ceder, ya no podía contenerle más, cuando tu caída le hizo tambalear y pude aprovechar ese instante para quitármelo de encima. Probablemente me has salvado la vida.

-¿Lo he hecho? -Exclamó ella, maravillada, pero tras un largo momento de meditación, añadió-: Entonces me debes un gran favor, ¿no es así?

-Si estás pensando en pedirme tu libertad, pequeña luna, no lo hagas. Te deseo y quiero demasiado para dejarte ir, aun por gratitud por salvarme la vida.

Si hubiese dicho otra cosa, sus declaraciones anteriores habrían sonado falsas. Como estaban las cosas, esa contestación no la decepcionó como debía haberlo hecho.

-¿Podría pedir otra cosa?

-¿Qué?

-¿Constancia y fidelidad?

-¿No preferirías que te colmara de riquezas? -Al ver el movimiento tímido pero negativo de la cabeza de Shahar, la estrechó más entre sus brazos-. Desearás haber elegido las riquezas cuando supliques por piedad y no encuentres ninguna.

CAPÍTULO XXXVIII

-¿Has mandado que le cuelguen de la puerta del palacio?

-preguntó Derek a Omar.

Estaban camino de regreso a los aposentos de Jamil después de pasar toda la mañana en la cámara de audiencias, una mañana muy larga, ya que era la segunda vez que Derek intentaba tratar con los dignatarios extranjeros en lugar de su hermano. La primera vez había estado muy nervioso por tener que enfrentarse a hombres importantes que ya habían tenido trato con Jamil antes y que podrían detectar cualquier diferencia en su comportamiento. Pero él había manejado muy bien la situación esta vez, pues se sentía más cómodo en el papel que debía representar. Hasta había visto más peticionantes de los que tenía planeado en principio, aunque se había abstenido de hacer concesiones sin el consejo de Omar para guiarlo.

El anciano frunció el ceño al oír la pregunta. Su semblante indicaba que aún seguía muy preocupado por el intento de asesinato que había ocurrido la noche anterior. -Sí, se pudrirá colgado donde todos puedan verle al entrar y salir del palacio. Pero no se ha presentado nadie a cobrar la recompensa que ofrecimos por identificarle.

-¿Creías realmente que alguien lo haría? A esta altura del juego, sólo un tonto admitiría conocer a alguien remotamente involucrado, ni qué hablar de uno de los asesinos reales. Y la noticia de este otro intento fallido ya debe haberse esparcido a todo lo ancho y largo del país. Con éste son dos desde aquí, ¿y cuántos más antes de eso?

-Cinco atentados, once muertos -gruñó Omar.

-Ahí tienes. Ellos tienen forzosamente que desalentarse a la larga, aunque no sea más que por las bajas en sus filas.

-O volverse más desesperados y suicidas.

-Vamos, no es para tanto, el dinero que financia este complot tiene por fuerza que terminarse alguna vez. Tendrás que estar de acuerdo conmigo en que el riesgo es demasiado grande para resultar barato.

-Selim se fue de Barikah disgustado y resentido, no pobre. Pero tienes razón en que el riesgo es demasiado grande, aunque no más grande que los riesgos innecesarios que has estado corriendo. Prefieres el peligro, ¿no es verdad?

-¿Parezco un loco?

-Pareces un hombre que se está divirtiendo y disfrutando plenamente con todo lo que sucede -respondió Omar en tono severo.

Derek se rió entre dientes.

-Así que te has dado cuenta. Pero no es más que un poco de excitación para romper la monotonía.

-Creía que la mujer era toda la excitación que necesitabas. ¿O has utilizado este pretexto para quedarte vulnerable a un ataque?

Derek sonrió a despecho del legítimo desagrado de Omar.

-Es exactamente como he dicho. Shahar jamás podría haberse relajado en mi compañía con esos nubios mirando por encima de mi hombro. Pero anoche no se causó ningún daño. -Al ver la mirada colérica de Omar, Derek volvió a reírse-. Olvídalo, viejo amigo. Te prometo estar vivito y coleando cuando regrese Jamil.

-*Inshallah* -replicó Omar antes de dejarle solo. Sí, si Dios quería, pero Derek ya no creía sinceramente en el concepto musulmán de que el destino de cada hombre estaba preestablecido por la divinidad. Sin embargo, los musulmanes sí lo creían ciegamente. Era lo que los hacía ferozmente temerarios en las batallas, la creencia de que si era su hora de morir, morían, y si no, nada podría dañarlos. A él le gustaba pensar que su propio destino era un poco más controlable, que su destreza y sus decisiones podrían alterar su curso.

Pero Omar no estaba muy equivocado al afirmar que Derek había disfrutado de la pequeña escaramuza en el desierto la semana pasada, al igual que había gozado con el desafío de la última noche. Esto no significaba que necesariamente tuviera que vivir arriesgando la

vida para sentirse satisfecho. En realidad no era un suicida, sólo necesitaba un poco de excitación de alguna clase para no caer en la misma rutina que había experimentado Jamil.

Al menos, Jamil había tenido que atender los asuntos normales de Estado. Pero precisamente esa mañana se le había ocurrido a Derek que sin verdaderas responsabilidades, sin tener que tomar verdaderas decisiones ni preocuparse por ellas, carecía de cosas importantes para ocupar su tiempo. No era de extrañar, entonces, que toda su atención estuviera concentrada en una mujer. ¿Podría ser ésa la única razón para su obsesión, por lo que él la había convertido en un ser tan importante en su vida? Era probable, y esto contribuyó mucho a aligerar el peso de su conciencia. Cuando llegara el momento de marcharse, no le resultaría tan difícil dejar atrás este episodio de su vida. Recordaría afectuosamente a Shahar, pero eso sería todo.

Una vez en sus aposentos, Derek llamó a su ayuda de cámara para que le despojara de la indumentaria de ceremonia. Ahora tenía el resto del día libre y estaba absolutamente decidido a dormir parte de ese tiempo. Pero no sería así. Se le informó que una sirvienta del harén estaba esperando para verle, y él finalmente advirtió a la muchacha encogida de miedo en un rincón, temerosa de estar en la presencia del dey.

Derek soltó un suspiro de irritación.

-Anoche pude dormir muy poco. Ni siquiera he comido un bocado todavía. ¿Esto no puede esperar?

Al oír esto, su propio asistente despidió a la muchacha de inmediato, y ella se sintió más que feliz de que le hubieran quitado el problema de las manos, echando a correr para salir de la habitación. Al ver esa actitud, Derek frunció el entrecejo.

-¿De qué tenía miedo? Su ayuda de cámara se encogió de hombros.

-Probablemente era portadora de malas nuevas. Vuestro hermano Mahmud era famoso por encarcelar y, algunas veces, mandar ejecutar a cualquiera que le trajera noticias que no deseaba oír.

Derek frunció más el ceño.

-Ve a averiguar de qué se trataba, entonces. El hombre regresó en un momento, vacilando él mismo ahora en transmitir el mensaje. La enviaba el eunuco Kadar, mi señor. Vuestra esclava Shahar ha sido... envenenada.

-¡Dios, no! -El color desapareció del semblante de Derek-. ¡No puede estar muerta!

-Ella no está muerta... aún, pero... Derek no esperó a oír el resto, gritando por encima del hombre mientras corría a la puerta:

-¡Enviad a mis propios médicos al harén ahora mismo!

-Pero, mi señor, ellos no pueden ent...

Derek corrió por el corredor que usaban las mujeres para llegar a los aposentos del dey. Se paró cuando alcanzó a la mensajera de Kadar, y sólo porque no quería perder tiempo pidiendo instrucciones. Sabía cómo llegar al patio Rosado desde su niñez, pero no sabía exactamente dónde estaba el apartamento de Shahar.

La muchacha quedó aterrorizada al ser detenida por él, pensando lo peor, y cayó de rodillas a sus pies, pidiendo clemencia a gritos. Derek tuvo que inclinarse y sacudirla para conseguir su atención.

-¡No voy a hacerte daño, maldita sea! -Su tono no era muy tranquilizador-. Llévame junto a Shahar.

-Queréis decir entrar al...

El se abrió camino entre el asombro de la esclava con un cortante:

-¡Ahora!

Librodot

Ella se encogió y corrió delante de él. No era tan veloz como hubiera querido, y una vez que entraron en el harén tuvieron que habérselas con los senderos atestados, los chillidos de sorpresa, el estrépito de bandejas de comida al chocar contra el suelo después de resbalar de manos nerviosas, y todos los cuerpos que precipitadamente se arrojaban al suelo a su paso, con tanta prisa que poco después se informaba de las lesiones sufridas: una muñeca dislocada, dos costillas quebradas y una mandíbula descoyuntada...

El apartamento de Shahar fue fácil de encontrar. Era donde estaban reunidas todas las favoritas y las esposas, junto con sus sirvientes y eunucos esperando tener noticias, buenas o malas. Otra vez su súbita aparición causó conmoción y él tuvo que pasar por encima de varios cuerpos echados boca abajo para llegar a la puerta. Al alcanzarla se paró en seco y permaneció inmóvil un momento, oyendo un grito desgarrador que brotaba de lo más profundo de su ser.

Oh, Dios, no permitas que muera. Por favor, ella no.

Se detuvo en la puerta de la alcoba cuyas cortinas estaban recogidas para facilitar todas las idas y venidas. La habitación estaba atestada de mujeres, la mayoría de ellas ancianas que se encargaban de asistir y tratar las enfermedades leves en el harén. Kadar también estaba allí, arrodillado al lado de la cama, los puños en el pelo como si quisiera arrancárselo en su desesperación. Del otro lado de la cama se veía a una mu-chachita, casi niña, con lágrimas rodando por sus mejillas mientras aplicaba paños mojados sobre la frente de Shahar.

El miedo hizo vacilantes sus pasos al acercarse a la cama, viendo nada más que la figura lastimosa que yacía allí. Estaba de costado, acurrucada, hecha un ovillo, con los brazos apretados sobre el estómago. Había sangre en el labio inferior donde se había cortado al morderlo, gotas escarlata sobre el cutis ceniciento. Tenía los ojos cerrados, los párpados arrugados de hacer tanta fuerza y las pestañas húmedas de lágrimas.

-¿Cuánto tiempo hace que está sufriendo así? La cabeza de Kadar se levantó de golpe al reconocer la voz serena. También había lágrimas en sus ojos, pero no estaban tan nublados como para no advertir la expresión desolada que el rey dejaba traslucir sin saberlo.

-Creía que no vendrías mi señor -dijo Kadar con una nota de acusación en la voz, sin importarle que el rey lo notara-. Os he enviado a avisar hace horas.

-Esa muchacha idiota no se ha molestado en buscarme. Ha esperado mi regreso en mis aposentos, a los que acaba de... ¿Cómo demonios ha podido pasar esto?

Era una pregunta tonta, lo sabía, y por lo tanto no esperaba respuesta. El veneno era uno de los métodos más comunes para eliminar rivales, y había sido utilizado durante cientos de años en cientos de harenes por todo el imperio turco. Lo que él quería saber, en realidad, era por qué tenía que pasarle a su Shahar.

-No estamos seguros del veneno utilizado, pero habría sido muy sencillo para cualquiera manipular la comida destinada a ella en la cocina, y todos los sirvientes tienen acceso allí.

-¿Dónde está Haji Agha? El ha debido informarme de esto personalmente.

-En la ciudad, mi señor. Hoy es el día de su acostumbrada visita a los bazares y aún no ha regresado.

-¿Y qué se ha hecho por ella hasta ahora?

- Se le ha suministrado una purga, pero como no se sabe qué veneno ha sido usado, o cuánto, es imposible decir...

-¿Se ha puesto peor? ¿Ha mejorado? Kadar vaciló durante largos segundos antes de verse forzado a admitir:

-Peor, mi señor.

Derek cerró los ojos. A pesar de todo el poder a su disposición se sentía impotente.

-¿Mi señor? -dijo alguien a sus espaldas-. Los médicos están a las puertas del harén, pero los guardias les niegan la entrada.

Librodot

-¡Por todos los demonios del infierno! Yo los he llamado. ¿No se ha informado a los guardias?

-Ningún hombre ha entrado jamás en el harén antes, mi señor -fue la trémula respuesta-. Los guardias no aceptarán la palabra de los médicos de que deben entrar por orden vuestra.

Derek se volvió al eunuco.

- Kadar, yo te doy permiso para que actúes en lugar de Haji Agha. Véndales los ojos si es necesario, pero tráelos aquí inmediatamente. Y quiero esta habitación desocupada de inmediato y también los corredores, y que esas mujeres y sus sirvientes se retiren a sus habitaciones -añadió, enfadado-. Este no es un lecho de muerte para que anden rodando por aquí.

Derek sacudió la cabeza cuando Adamma se puso de pie para retirarse de la habitación. Sin embargo, se quitó de en medio cuando él se sentó en el borde de la cama y quedó asombrada al ver que la mano que él extendía para tocar la mejilla de Shahar estaba temblando.

-¿Puedes oírme, Shahar?

-¿Jamil? -No abrió los ojos. La voz sonó ronca, le dolía la garganta de tanto vomitar. Gimió, luego trató de reprimir el sonido apretando los labios. Cuando los retortijones se calmaron un poco, preguntó-: ¿Me voy a morir?

-No, amor, no lo permitiré.

Intentó sonreír, pero sólo hizo una mueca de dolor.

-Arrogante... como siempre.

El le alisó hacia atrás los mechones de plata que se le adherían a las sienes. Tenía el pelo mojado y la cara cubierta de una tenue película brillante de sudor frío. Con un dedo le secó la sangre del labio.

-Mírame, Shahar.

-Chantelle -susurró ella-. Llámame Chantelle al menos una vez antes de que...

-¡Maldición, mujer, no te vas a morir!

Ella entreabrió los ojos para mirarle con cólera.

-¡No me grites!

-Entonces, resiste, lucha por tu vida. No te rindas. Utiliza alguna vez tu infernal testarudez para algo bueno.

-¡Qué demonios crees que estoy haciendo, maldito seas! Adamma estaba consternada, escuchándolos pelear. No podía concebir que el rey pudiera atormentar a una mujer que se estaba muriendo. Y con todo, el color había vuelto a las mejillas de Shahar y su voz sonaba más fuerte ahora. La provocación del rey había hecho lo que no había conseguido toda la ternura y dedicación de todos ellos.

Rahine, que estaba en un rincón cuando entró el rey y que no se había movido de allí ni siquiera cuando los demás abandonaron la alcoba, también se sentía turbada, pero por un motivo diferente. Jamás había visto a Jamil comportarse de esta manera. Sabía que le gustaba la muchacha sobremanera, pero demostrar sus sentimientos abiertamente y a la vista y paciencia de todos era inconcedible en él. Hasta cuando se habían presentado dificultades en el segundo alumbramiento de Sheelah había ocultado celosamente su preocupación.

El era diferente ahora. ¿Se debía a la influencia de Shahar, o simplemente a las terribles tensiones que había soportado durante estos largos meses llenos de peligros? Fuera lo que fuese, ella no debería haberse esforzado tanto para evitarle desde que él le demostrara su enfado por la compra de Jámila. Parecía que ya no conocía a su propio hijo.

Librodot

CAPÍTULO XXXIX

Derek por fin advirtió la presencia de su madre cuando se volvió para recibir a los médicos aunque no la reconoció inmediatamente. Pero al verla todavía allí después de haber ordenado que todos desalojaran la alcoba comenzó a preguntarse quién podría atreverse a desobedecerle tan abiertamente. Y entonces, se cruzaron las miradas y vio sus ojos, tan verdes y brillantes como los suyos propios, y supo la respuesta. Y ese conocimiento casi lo trastornó por completo.

Cielos, él se había estado devanando los sesos para encontrar la manera de verla sin que ella lo supiese, pero era fácil espiarle a él, no tan fácil espiar a las mujeres en el harén. Había pensado llamarla a su presencia por cualquier motivo, pero Omar le había disuadido, porque su madre era la única persona en el mundo que no se dejaría engañar con su representación, y todos habían convenido, incluso Jamil, que nadie, ni siquiera Rahine, había de saber nada sobre el cambio. Y eso significaba que Derek no podía hablar con Rahine, al menos hasta que la situación se aclarara y Jamil estuviera a salvo.

Pero aquí estaba ella, sólo a unos cuantos pasos de distancia, cambiada seguramente, con más años encima, reservada y circunspecta ahora, no ya la joven impetuosa que recordaba, pero, cielos, todavía hermosa, todavía majestuosa, capaz aún de penetrar y leer las almas con esos ojos sagaces. Y eran esos mismos ojos los que ahora le estaban sondeando, mientras ella se estaría preguntando, sin duda, porqué él la miraba tan fijamente. ¿Qué le había dicho Jamil respecto a ella? No mucho, porque se suponía que Derek no debía toparse con su madre.

Debería volver la cabeza e ignorarla por completo, pero no podía hacerlo. Caminó hacia donde ella estaba, conteniéndose de abrazarla, sabiendo perfectamente bien que Jamil jamás haría semejante cosa. Pero, Dios misericordioso, ella era precisamente lo que él necesitaba en este momento, la única persona de quien podría aceptar consuelo. Si ella le decía que Shahar se recuperaría, él la creería ciegamente. Ella era su madre. Sintió deseos de llorar...

-¿Estás seguro de que quieres que estos hombres examinen a Shahar?

Derek dominó sus emociones y vio que los dos médicos estaban de pie cerca de la cama todavía con los ojos vendados. Las tradiciones del harén, súbitamente, le asquearon. No era posible que ningún hombre, ni siquiera un médico cuyos servicios eran imprescindibles, no pudiera mirar a la mujer de otro hombre.

-No me importa nada quién la vea, mientras la cure.

-Ellos lo entienden, Jamil -dijo Rahine en tono suave-. Pero sería conveniente que salieras de esta habitación y esperaras afuera. Están demasiado nerviosos para hacer algo teniéndote a ti al lado y fulminándolos con la mirada.

El asintió con la cabeza y la siguió sólo porque sabía que tenía razón. Y también deseaba algunas respuestas, y no donde Shahar pudiera oírlas.

-Tú conoces a estas mujeres mejor que yo. ¿Quién podría desear matarla?

Rahine vaciló un instante antes de reunirse con él junto a la ventana que daba al patio de mármol vacío ahora. El único sonido que le llegaba desde allí era la dulce música de la fuente central cuyo rocío parecía derramar gotas de diamantes iridiscentes bajo los rayos del sol de mediodía. Hacía tanto tiempo que su hijo no le hacía ninguna pregunta que Rahine se sintió regocijada de que ahora lo hiciera, pero al mismo tiempo agobiada de pesar por no tener una respuesta lógica ni poder ayudarle. Y él estaba realmente trastornado por este incidente, lo suficiente como para actuar de manera inusitada.

-Tus mujeres no son tan perversas en sus celos como podrían serlo, Jamil. Honestamente no lo sé. Noura es la más resentida, pero por otra parte tú ya lo sabes. Si ella fuera a hacer envenenar a alguien, la víctima sería Sheelah. Lo que ella ambiciona es la posición de primera *kadine,* no tu lecho.

-¿Quién más?

-Mará perdió su posición cuando Shahar se mudó al patio Rosado, pero no creo que llegara a matar para recuperar su sitio. Sabe muy bien que sólo sirve a un propósito especial que no puede ser ocupado por nadie más.

-¿Quién más? -repitió él.

-¿Has considerado a tus propios enemigos?

El la miró de soslayo, pero desvió la vista rápidamente.

-Supongo que te estás refiriendo a mi principal enemigo, ¿no es así?

-Sí. No es ningún secreto fuera de palacio que estás muy complacido y satisfecho con tu nueva esclava. Se rumorea por ahí que ahora no te incomoda permanecer encerrado dentro de los muros del palacio teniendo a esta nueva esclava para entretener tus ocios. Así que no es descabellado suponer que podrías enloquecer de dolor si algo llegara a pasarle y hasta volverte lo bastante descuidado como para asistir al funeral.

-Muy bien -dijo él, tajante-. Has dicho tu punto de vista.

-Claro está que Haji Agha hará registrar todo el harén. Si podemos encontrar el veneno... -Hizo una pausa y terminó la frase con lo obvio-. Es dudoso que alguien fuera tan estúpido como para no deshacerse de él.

Siguió un corto silencio, luego él dijo:

-Quiero que la trasladen a mis aposentos en cuanto esté recuperada.

Rahine se sorprendió sobremanera al oírlo, tanto que impensadamente le tocó el brazo para llamar su atención.

-Si es para protegerla, nosotras podemos hacerlo mucho mejor aquí ahora que sabemos que es tan necesario. ¿Cómo se te ocurre eso, Jamil? Existen muchas variables que deben ser consideradas fuera del harén; en particular, las veces que los asesinos se las han ingeniado para llegar tan lejos como a tus aposentos. ¿Acaso Shahar no estuvo en peligro anoche mismo?

El reconoció y apoyó la mano sobre la de su madre.

-Lo sé. Es que parece que no puedo pensar con claridad cuando se trata de Shahar. ¿Puedes prometerme que esto no volverá a ocurrir?

Rahine sintió una humedad extraña en los ojos. Con ésta eran dos veces que su hijo le pedía ayuda, y esta vez le confiaba, además, la protección de su posesión más preciada. No podía recordar la última vez que él había querido algo de ella. Y no la había tocado, tocado realmente, desde que ella enviara lejos a Kasim.

-Jamil... -No pudo cobrar suficiente ánimo para mencionarle a su hermano. Siempre le había hecho montar en cólera cada vez que intentaba abordar el tema. Estaba demasiado perturbado ya por Shahar-. Sí, te puedo prometer que no habrá más comida envenenada. De ahora en adelante pondré a su disposición a mi propia cocinera y a mis catadores de alimentos. Mi gente ha estado conmigo más de veinte años. No hay seres más leales que ellos en todo el harén.

El asintió más tranquilo, al menos a ese respecto. De todos modos había sido una reacción irracional por su parte pensar en sacarla del harén. Ya había dejado demasiados precedentes inusuales en su trato con Shahar. Jamil no regresaría hasta dentro de muchas semanas. El tenía que dejar de hacer cosas que Jamil ni soñaría hacer, o correr el riesgo de

ponerse en evidencia y revelar su identidad. Pero maldito sea, no quería dejarla en manos de otros, quería protegerla él mismo.

Miró por la ventana una vez más. No quedaba nada por decirle a Rahine. Aún quedaban miles de preguntas, pero ninguna podía ser formulada ahora. Sin embargo, era reacio a dar por terminado este raro momento con ella.

-Dime que no va a morir, madre.

-¡Oh, Dios!

La cogió del brazo cuando se tambaleó.

-¿Qué te sucede?

-Nada, nada -le aseguró. Pero volvió la cabeza. No se atrevía a mirarle otra vez-. No debes temer por ella, Jamil. Tú mismo dijiste que es obstinada. Y ya ha vomitado todo lo que había comido, así que el veneno que queda es mínimo.

-Pero está sufriendo muchos dolores.

-Es muy probable que sea tanto por la purga como por el veneno. Tus médicos le darán algo que la alivie. Seguramente ya se encuentra mucho mejor. Ve y compruébalo por ti mismo sin demora.

A Derek no le quedó otra alternativa, puesto que ella se alejó de prisa en ese momento, dejándole solo. Pero él sabía que la había turbado. Lo que precisamente no sabía era que la había turbado profundamente por el simple hecho de llamarla madre, algo que Jamil no había hecho durante diecinueve años.

CAPÍTULO XL

-¿Te sientes mejor ahora?

Chantelle detuvo a Adamma, que seguía manoseando y acomodándole las almohadas con muchísimo celo y le indicó que se marchara de la habitación. Rahine, que era quien había hecho la pregunta, se sentó del otro lado de la cama.

-Detestaría tener que decirle cómo me siento realmente, señora.

El tono arisco y arrogante de Chantelle hizo sonreír a Rahine.

-Mucho mejor, diría yo.

Chantelle empezó a encresparse mirándola con cólera, pero no quiso gastar sus fuerzas. Se sentía como si le hubiesen secado las entrañas retorciéndolas con las manos. Tenía un gusto horrible en la boca, le dolían todos y cada uno de los huesos del cuerpo y estaba tan débil como una gatita recién nacida. Pero esto no era nada comparado con cómo se había sentido antes. Al menos Rahine le estaba hablando inglés para variar, así que no tenía que exigirse el esfuerzo de traducir.

-¿Ha venido usted aquí a presentarme sus respetos antes de que yo exhale mi último suspiro? Rahine soltó una carcajada sonora.

-No seas absurda, criatura. Estarás como nueva en unos cuantos días.

Chantelle cerró los ojos, enfadada por semejante buen humor. Nadie debería mostrarse tan alegre y animado mientras ella se sentía tan desdichada, al menos no en su presencia.

-¿Debo tomarlo como que usted está contenta de que aún me encuentre entre los vivos?

-Muy contenta, Shahar. Yo no sé qué tienes de especial, pero has cambiado a Jamil por completo y por eso te estoy muy agradecida. Es casi como si tuviera a mi hijo de regreso a mi lado.

-Yo no sabía que usted lo hubiera perdido.

-Esa es una... larga historia, y nada que pueda tener interés para ti.

Esa respuesta evasiva debió haber despertado la curiosidad de Chantelle, pero estaba preocupada por otras cosas.

- ¿Lo he soñado o Jamil ha estado aquí?

-Ha estado aquí la mayor parte de la tarde.

-Pero yo creía que él jamás entraba en el harén.

-Admitirás que las circunstancias son inusuales, querida mía. Es la primera vez en su vida que envenenan a una de sus mujeres.

Basta ya de creer que él podría preocuparse por ella más que por cualquiera de sus otras mujeres.

-¿Como he conseguido ser tan afortunada.

- Es dudoso que podamos saber alguna vez quién te deseaba la muerte, pero ya no es necesario que temas que pueda volver a suceder. De ahora en adelante tu comida saldrá de mi propia cocina, Haji Agha te ha asignado dos de sus propios guardaespaldas. Nunca volverás a estar enteramente sola.

-Maravilloso -dijo amargamente Chantelle-. Ahora sí seré una prisionera, más que nunca.

-No debes mirarlo de esa manera.

-¿No? Debiera estar agradecida, supongo, de que alguien desee verme muerta, ¿no es así?

Le resultaría imposible escapar ahora, pero lo que era peor aún, no estaba segura de querer escapar, especialmente después de la última noche. Con todo, no quería que Rahine supiera cuáles eran sus sentimientos ahora, y menos después de que ella le pronosticara que sucedería precisamente eso. No estaba de humor para escuchar un presumido «Yo te lo dije».

¿Cómo lo había hecho Jamil? ¿Cómo había conseguido burlar su cólera y su resentimiento y hacer que ella volviera a desearlo? ¡Y tanto! Cielos, habían hecho el amor durante toda la noche. Después de haber estado tan cerca de la muerte, era como si ella no pudiera saciarse de él. Si alguien había estado a punto de pedir clemencia, ése había sido Jamil.

Debería estar profundamente avergonzada, pero no era así. En algún momento durante la noche le había perdonado su infidelidad con Jámila, y él le había asegurado que no volvería a suceder. Le creyó porque quería creerle, porque le quería y le deseaba. No podría ser más sencillo que eso. Como una tonta muchachita enamorada había empezado a aceptar con gusto su esclavitud. Pero, ¿estaba enamorada? Santo cielo, sería la cosa más ridicula del mundo. ¿Amar a un hombre que era dueño de cuarenta y ocho mujeres? Era mejor no pensarlo por ahora.

De pronto Chantelle recordó que durante todas esas horas de placer que había pasado con él por la noche, no había encontrado nunca la oportunidad para preguntarle sobre el atentado a su vida. ¿Estaba relacionado de alguna manera con su propio roce con la muerte?

-¿...no lo crees así?

-Lo siento, ¿qué decía usted?

-Decía que debieras estar agradecida de estar aún con vida. Has estado muy cerca de la muerte hoy. Chantelle hizo una mueca.

-Yo estaba allí, ¿lo recuerda?

-¿Te ha dicho alguien alguna vez que no eres una paciente muy fácil de llevar?

Finalmente, Chantelle tuvo que sonreír, aunque a regañadientes.

-¿Soy particularmente exasperante, Rahine?

-E impertinente.

-No hay nadie cerca, señora.

Rahine tuvo que reprimir la risa esta vez.

-Eres incorregible. Muy bien, puedes llamarme Rahine... cuando no haya nadie cerca.

-Entonces ¿me llamará Chantelle... cuando no haya nadie cerca?

-Deberías olvidar tu vida pasada -empezó a decir Rahine, pero fue interrumpida bruscamente.

-¿Lo hizo usted?

-Yo... yo creo que necesitas descansar ahora.

- Todavía no. - Chantelle se incorporó más contra las almohadas-. Primero cuénteme quién era ese hombre que anoche intentó matar a Jamil.

-Eso nunca lo sabremos.

-¿Quiere decir que no sabe por qué le atacó? Rahine la contempló largo rato con ojos de asombro.

-¿Intentas decirme...? Pero tienes que haber oído algo acerca de los problemas de Jamil desde que estás aquí.

-No sé de qué me está usted hablando.

-Pero yo misma te lo mencioné, ¿no lo recuerdas? Fue al día siguiente de la noche que le empujaste a salir temerariamente del palacio. Te dije que él había puesto en peligro su vida.

-Eso fue todo lo que me dijo en aquella oportunidad. Pero permítame discrepar con usted respecto a que yo lo empujé a salir del palacio aquella noche. -Chantelle añadió secamente-: No soy responsable de su genio vehemente.

-Que lo fueras o no es un punto discutible ahora. Pero él sí fue atacado aquella noche. Era inevitable, puesto que vigilan el palacio día y noche. Sin embargo, por la gracia de Alá, Jamil no fue herido entonces. Hasta sin ninguna arma encima, desarmó a uno de los asesinos y el otro fue demasiado cobarde para enfrentarse a él solo.

-¿Asesinos? Esto suena como una conspiración -exclamó Chantelle, alarmada.

-Así es, y todo empezó aproximadamente hace seis meses, con el primer atentado contra la vida de Jamil. Ha habido numerosos ataques desde entonces. Dos veces hasta ahora han podido internarse tanto en el palacio como para llegar hasta los aposentos privados de Jamil. Quienquiera que sea el que desea la muerte de Jamil parece contar con una infinita cantidad de fanáticos dispuestos a arrostrar cualquier peligro para cobrar la recompensa prometida.

-Entonces, ¿vosotros no sabéis quién es? Rahine se encogió de hombros.

-Todo señala a Selim, el medio hermano menor de Jamil, porque desapareció alrededor de la época del primer ataque a Jamil y aún no ha sido encontrado.

-¿Fratricidio? -Chantelle frunció el ceño, asqueada-. Eso es...

-Bastante común en el imperio turco, querida mía, donde los niños están expuestos desde muy tierna edad a las rivalidades y celos mezquinos del harén. Pero como acabo de decir, todo señala a Selim. Eso no significa que no pudiera ser otra persona, aunque Selim es el siguiente en línea directa para suceder a Jamil.

-Pero Jamil tiene hijos -señaló Chantelle, aunque ese tema, precisamente, no era uno de sus favoritos.

-Es verdad, pero todos ellos son demasiado niños. Esto no es Inglaterra, criatura. Un hermano que ha alcanzado la edad adulta casi siempre será elegido sobre un hijo demasiado

joven para gobernar. Claro está que ha habido casos extremos en los que una madre ha comprado el apoyo del Ejército para elevar a su hijo, pero eso nunca ha ocurrido en Barikah.

-Entonces Sheelah...

-¡Sheelah jamás!

Chantelle se sintió molesta por la interrupción y por el apoyo obvio que la madre de Jamil le brindaba a la primera esposa de su hijo. Pero entonces se agrandaron sus ojos.

-Noura tiene el segundo hijo mayor, ¿verdad?

-Sí, pero... eso es ridículo, Shahar...

-Chantelle.

Rahine frunció los labios.

-Muy bien... Chantelle. Una especulación de esta clase no tiene sentido. Y además, Jamil todavía tiene otro medio hermano debajo de Selim. ¿Te das cuenta cuántos tendrían que morir antes de que Noura pudiera acceder al poder por medio de su hijo? Sería demasiado evidente, aun cuando las otras muertes pudieran hacerse pasar por accidentes, especialmente si Jamil muriera primero.

Un escalofrío sacudió el cuerpo frágil de Chantelle al oírlo decir tan claramente. Si Jamil muriera... Ella no sabía que estuviera en tan grave peligro.

-Ojalá no me hubiese contado nada de esto. Rahine volvió a encogerse de hombros.

-Tú preguntaste, criatura. Pero yo creía realmente que estabas enterada de todo. ¿Por qué crees que estábamos tan empeñados en impedir que enfadaras a Jamil? Su humor ha sido detestable estos últimos meses debido a todas las restricciones impuestas por esa amenaza. -Rahine se inclinó y le apretó cariñosamente la mano-. Tenemos que darte las gracias por hacérselas olvidar, aun cuando lo hayas hecho de una manera inaceptable.

Chantelle sabía que se refería a su resistencia porfiada, aun hasta la noche anterior. ¿Acaso también sabía Rahine que eso había terminado ya? Desde luego que sí, ella lo sabía absolutamente todo.

Con las mejillas ardiendo, Chantelle estaba más que dispuesta a cambiar de tema, pero Rahine se adelantó.

-En realidad, no he debido quedarme tanto tiempo aquí. Has de tener reposo absoluto en cama durante una semana.

-¡Una semana!

Rahine no pudo menos que sonreír.

-Como mínimo varios días seguidos sin excepción.

-A Jamil no le gustará eso.

-¿Cómo es eso?

Chantelle desvió la mirada, avergonzada antes de contestar.

-Me ha prometido que no llamará a ninguna otra. Las cejas de Rahine se alzaron súbitamente demostrando su sorpresa, puesto que sabía que Jamil estaba cenando con Sheelah en este preciso momento. ¿Cómo es posible que le hubiese hecho semejante promesa? Pero en honor a la verdad, él no la había roto exactamente. No había convocado a Sheelah a sus aposentos sino que había ido a ella. ¿Creía que nadie se enteraría porque podía llegar a los aposentos de sus esposas sin pasar por el harén principal?

Al ver que Rahine no decía nada, Chantelle volvió a mirarla.

-¿Cumple siempre sus promesas, Rahine?

-Cuando le es del todo posible, sí, por supuesto que las cumple.

-¿Qué otra cosa podía decir?

Librodot

CAPÍTULO XLI

Derek acunaba al infante en los brazos. La tarea le resultaba cada vez más agradable y menos complicada. Si hasta podía sonreírse ahora al recordar lo nervioso y fuera de su elemento que se había sentido la primera vez que había alzado a uno de los bebés, y había tres que estaban todavía en mantillas.

Antes de desorganizar todo el harén como había hecho hoy, durante las últimas semanas había hecho llevar a su aposento a los hijos de Jamil en grupos de dos y tres cada vez. Estas visitas, que le servían para ir conociendo a sus sobrinas y sobrinos, habían aliviado el tedio de las tardes interminables, cuando más se hacía sentir la falta de actividad, pero hasta él mismo se sorprendía por lo mucho que disfrutaba las horas que pasaba con ellos.

La pequeñita que acunaba en los brazos tenía llameante pelo rojo como su madre y brillantes ojos color de esmeralda. Era adorable, pero por otra parte, todos los hijos de Jamil lo eran. Y lo que más le fascinaba era que Derek se podía ver reflejado en cada uno de ellos. Sus propios hijos serían así, especialmente como los que se parecían más a Jamil. Y si él hubiese sido el primogénito, en lugar de nacer unos pocos minutos después de Jamil, probablemente habría tenido tantos hijos con él para entonces, en lugar de no tener ninguno.

Era irónico y lamentable que se viera forzado a contraer matrimonio para darle aunque sólo fuera un bisnieto a Robert Sinclair, cuando Jamil le había dado ya dieciséis bisnietos, cuatro de ellos varones, pero ninguno que el viejo marqués pudiera reconocer oficialmente sin que cayera sobre su nombre todo el escándalo de la esclavitud de Melanie Sinclair. En Inglaterra se creía que Melanie había muerto. Y Rahine hacía años que había renunciado a ese nombre.

Pero eso no venía al caso y él estaba pasando por un momento de indecisión característico en los hombres solteros, eso era todo. Ya era hora de que se casara. «Lamentable» era una palabra demasiado dura para ello, y sólo sus largos años de delicioso libertinaje y lujuria formulaban la última protesta. Y en realidad, no le habían for2ado verdaderamente. Ni siquiera había protestado en exceso, especialmente teniendo a Caroline como la opción obvia y compatible para acompañarle el resto de su vida.

Con su cabello cobrizo como la madre, sus propias hijas podrían parecerse exactamente a la pequeñuela que acunaba en los brazos. Dejándose llevar entonces por un repentino cambio de humor, decidió que no podía esperar. Y en ese preciso instante se preguntó cómo serían sus hijos si los tuviera con Shahar. Frunció el ceño preocupado. Jamil no tenía concubinas rubias, así que no podía buscar semejanzas para comparar. Y en primer lugar, no debía haber pensado esto.

-¿Aún estás preocupado por ella?

Derek alzó la vista y encontró a Sheelah observándole atentamente. Alisó el ceño de inmediato y distendió las facciones.

-De ninguna manera. -Entregó la niña a su niñera-. Me han asegurado que Shahar se recuperará completamente.

-Me alegro.

Y era sincera, según advirtió Derek. Qué diferencia asombrosa entre ella y su pequeña inglesita que al mismo tiempo que ardía de celos los negaba tercamente. Sheelah aceptaba sinceramente a las otras mujeres de Jamil. Aceptaría cualquier cosa que le hiciera feliz.

¡Maldita sea! Jamás debía haber permitido que Omar le convenciera de que no podía continuar ignorando a Sheelah sin despertar sospechas. Ella tendría la esperanza de que se quedara con ella esa noche y le hiciera el amor. No se acercaría a ella por nada del mundo, ni podía permitir que los dejaran solos juntos, ni siquiera por un momento. Por eso estaban presentes los tres hijos, así como también sus respectivas niñeras. Les había negado el permiso para marcharse, pues deseaba tener testigos para que Jamil no dudara ni por un instante que Derek se había quedado allí sólo para cenar.

Pero Sheelah no iba a comprenderle. Ella sabía que Shahar no estaba disponible esa noche. Él estaba aquí. Para su forma de pensar, no tenía ninguna razón para dejarla. Así que cuando él se marchara de allí, ella se sentiría herida.

Maldito Omar por colocarle en esta difícil situación.

-Sheelah, te agradezco la cena magnífica que me has ofrecido, pero yo... yo debo marcharme ahora.

-¡No, espera! -Rodeó la mesa tan de prisa que prácticamente estaba sobre sus rodillas antes de que él pudiera impedírselo-. Déjame ayudarte, Jamil. Tu aflicción es la mía.

-Lo sé -replicó él apartándole suavemente la mano que ella había puesto en su mejilla y colocándola de nuevo sobre su regazo-. Pero yo no puedo...

Ella le besó en la boca. El se echó atrás instantáneamente, dominado por el peor de los pánicos. Las niñeras soltaron risitas nerviosas desde el otro extremo de la habitación. Sheelah interpretó mal el gesto.

-Las enviaré afuera...

-¡No! Lo que quiero decir es... -Se repuso con un gran esfuerzo-. No deseo esto, Sheelah, no esta noche.

-¿No vamos...?

No terminó la pregunta, sus grandes ojos color de zafiro se dilataron y su boca quedó abierta. ¿Qué diablos le había dicho, se preguntó Derek, para reaccionar así? Y era peor de lo que pensaba.

-Tú no eres Jamil -susurró ella incrédula-, ¿Quién eres?

-¡Maldición! -¿Estás loca, mujer?

Sheelah agachó la cabeza, contrita. -Lo siento, mi bien amado. Perdona...-Su cabeza se alzó de golpe y se entornaron sus ojos-. No, tú no eres Jamil. Conozco al hombre que amo con todo mi corazón demasiado bien. El viene a mí en busca de consuelo. Tú rehusas...

-Cállate -siseó él-. ¿Sabes la clase de rumores que podrías hacer difundir con semejante tontería? Mírame bien y dime quién más podría ser yo.

-No lo sé. -Se le cuajaron los ojos de lágrimas-. Sólo dime una cosa... dime que él no está...

Derek le selló los labios con un dedo. Echó una ojeada a las otras personas que estaban en la espaciosa habitación, pero se encontraban demasiado lejos como para haber oído lo que decían. Volvió la mirada a Sheelah con expresión más tranquila. Maldita intuición femenina. No podía dejar esto así.

-No hay ningún motivo para que te angusties. Nada ¿Me creerás, Sheelah?

Ella asintió y se puso de pie con él para acompañarle hasta la puerta.

-No lo comprendo.

- Ya lo harás. Sólo sé paciente y todas tus preguntas tendrán respuesta. -Y entonces la abrazó cariñosamente por un momento. Era su cuñada al fin y al cabo-. Sabes bien que eres muy amada, Sheelah. Ten confianza en ello.

Ella le brindó una sonrisa temblorosa y vacilante al despedirle, que fue suficiente para convencerle de que la había tranquilizado aunque no la hubiese librado de sus sospechas.

CAPÍTULO XLII

Llegó una silla con la invitación a los aposentos del dey. Chantelle lo encontró divertido, pero al mismo tiempo, un tanto desconcertante. No era una inválida. Se sentía muy bien ahora. Pero obviamente Jamil no quería que se fatigara demasiado con la larga caminata hasta su apartamento, y ella conocía la razón. Y también todos aquellos que la vieran llevada de esta manera por el harén. Pero por supuesto, se esperaba que todas las mujeres invitadas compartieran la cama con Jamil. Tendría que sobreponerse a estos sentimientos de embarazo y confusión cada vez que fuera su turno, especialmente si Jamil cumplía su promesa y ella era la única.

Cuando llegó a sus aposentos poco después de la oración vespertina no le encontró solo. Bl anciano que ella había visto la otra noche estaba allí discutiendo algo con Jamil. Cuando se lo describió a Adamma, la muchacha pensó que se trataba del gran visir del dey, el segundo hombre más importante de Barikah. Rogó que no fuera así al acordarse de la mirada colérica que le había echado aquella noche. El volvió a hacerlo ahora, visiblemente fastidiado al ver que Jamil le había indicado que se quedara cuando la discusión que mantenían no había terminado.

-No veo qué diferencia pueda haber, Omar -estaba diciendo Jamil-. Era mi hermano. Tengo que acudir.

-Nadie esperará que asistas, y menos después de este reciente atentado contra tu vida. Y tú, tú ni siquiera sabías...

Jamil pareció cortar el aire con un movimiento del brazo y Omar una vez más lanzó miradas feroces en dirección a Chantelle.

-Despídela hasta que hayamos terminado.

-No. Ya hemos terminado. Es mi deber asistir al funeral, el deber del rey -enfatizó Jamil.

-Maldito lo que me importa el deber. El Diván ha votado unánimemente en contra de ello. ¡Debes hacer caso del consejo de tus ministros!

-¿Debo?

Ornar alzó los brazos al cielo.

-Que Alá nos salve de un hombre que ama el peligro. ¿Crees acaso que estos asesinos respetarán la santidad de las pompas fúnebres? No, estarán entre la multitud esperando tu aparición. No pueden permitirse el lujo de desperdiciar tal oportunidad. Nada más habría sido capaz de hacerte salir del palacio.

Chantelle frunció el ceño. Ella había oído esto antes, esas mismas palabras o casi exactamente las mismas.

-¿Jamil?

El ni siquiera la miró.

-Ten paciencia, Shahar. Esto sólo me llevará un momento más.

- Pero, Jamil, yo he oído eso antes. Ahora sí se volvió a ella.

-¿Qué cosa?

- Lo que él acaba de decirte, que nada más ha sido capaz de sacarte del palacio. Sólo que ella dijo «sacarle» en lugar de «sacarte».

-No te estás explicando muy bien, Shahar. Ven aquí y cuéntanos de qué estas hablando.

Se acercó, pero con bastante renuencia. Omar no la miraba con el ceño fruncido ahora. Jamil sí. Nunca debió haberle interrumpido. Por lo que acababa de acertar a oír, uno de los hermanos de Jamil había muerto. El ya tenía que estar contrariado, pero no había más remedio que seguir adelante ahora.

-¿Y bien? -exigió él.

-Lamento lo sucedido a tu hermano -empezó ella, pero él desechó las palabras con un gesto esperando que ella le contara lo que recordaba-. Fue hace unos cuantos días en los baños. Yo estaba sola en la cámara de vapor cuando oí hablar en el pasillo. Eran una mujer y un hombre, creo. No oí la voz del hombre con mucha claridad, pero ella le llamaba Alí. Yo supuse que era un eunuco. Podía oír claramente la voz de la mujer sin embargo, porque hablaba en voz alta y con enojo. Le dijo que no quería más excusas, que esto nunca debía haber llevado tanto tiempo. Y luego, le dio algo al hombre y le dijo que lo vendiera. Ella dijo: «Si esto no compra un poco de coraje, tendré que...». Pero el hombre la interrumpió entonces, y... joh, Dios! -Sus ojos fulguraron en súbita comprensión.

-¿Qué?

-Nada de todo eso tenía sentido para mí, así que lo olvidé, pero entonces yo no sabía que alguien estaba tratando de matarte.

-¿Entonces? Lo que nos has contado no tiene mucha importancia, Shahar. La mujer podía haber estado hablando de cualquier cosa.

-Eso ya lo sé, pero... ¿era muy joven tu hermano? ¿Era sólo un muchachito?

-Sí, pero qué tiene eso que ver...

-¿Cómo ha muerto?

Chantelle podía ver que él estaba perdiendo la paciencia con ella por el rictus de su boca, pero él le contestó.

-Parece que murió por asfixia. Pero si se atragantó con un bocado de comida... estaba comiendo en ese momento... o si alguien le ahogó adrede para que pareciera una muerte accidental es algo que aún no ha podido determinarse.

-¿Piensas tú que ha sido asesinado?

- No era un muchacho fuerte. No habría sido difícil para un hombre sostener algo contra su cara hasta que expirara. Hubo una emergencia que llevó a todos los sirvientes a otra parte del harén. Cuando regresaron encontraron la mesa hecha un revoltijo y Murad caído al lado, muerto.

-Y si ha sido asesinato -le dijo Omar a Jamil en ese punto-, ha sido preparado específicamente para inducirte a salir del palacio. No hay ninguna otra razón valedera para matar el muchacho.

-Ornar...

-Pero, Jamil, él tiene razón -insistió Chantelle.

-Nadie puede saber eso con toda certeza...

-¿Quieres hacerme el favor de escuchar? -dijo ella, exasperada-. Después de que la mujer fue interrumpida, le preguntó a Alí: «¿Qué hay del muchacho?» y cuando él le respondió, ella dijo: «Adelante y arréglalo. Ninguna otra cosa ha sido capaz de sacarle del palacio, así que tal vez eso lo consiga. Pero sí sale, será mejor que haya resultados. No más chapucerías o te sacaré de tu pellejo». Alí debió decirle entonces que bajara la voz, porque se enfureció más contra él, pero se alejaron y no pude oír más.

Jamil intercambió una larga mirada con Omar. El anciano estaba sonriendo ahora. Jamil mostraba una expresión mitad risueña, mitad enfadada que divirtió a Chantelle.

-Parece que «nuestro amigo» ha hecho un viaje inútil a Estambul -recalcó Omar.

-Así parece, sin duda, ¿verdad? -estuvo de acuerdo Jamil antes de que sus ojos esmeralda cayeran nuevamente sobre Chantelle-. ¿Quién era la mujer, Shahar?

Ella hizo una mueca de disgusto al tener que admitir:

-No lo sé.

-Pero la viste.

-No, la puerta estaba cerrada.

-Maldición...

-Pero creo que reconocería la voz si la oyera otra vez.

-De todos modos, eso es algo, y ¿cuántos eunucos pueden llevar el nombre de Alí?

-Docenas, desafortunadamente -acotó Omar.

-Entonces dejo en tus manos achicar el número hasta encontrar a nuestro culpable. Y creo que ya le hemos dedicado suficiente tiempo a este tema por ahora.

Ornar asintió, pero tuvo que agregar:

-¿No irás al funeral?

-No. Haz lo necesario para que yo le presente mis respetos aquí.

Como ésa había sido la sugerencia inicial de Omar, el anciano se retiró de allí con una expresión complacida en el rostro. Jamil no perdió tiempo en estrechar a Shahar contra su pecho.

-Gracias -le dijo sinceramente-. Sin tu ayuda, habríamos continuado perdiendo el tiempo y sospechando del hombre equivocado. ¿Querrías seguir ayudando y tratar de escuchar hasta reconocer esa voz?

-Desde luego, Jamil, pero ¿por qué desearía hacerte daño una de tus mujeres?

-¿Quién puede adivinar qué tiene en mente una mujer? -replicó Jamil encogiéndose de hombros. Ella resopló.

-Yo podría decir lo mismo de la mente de un hombre.

-Pero las mujeres son mucho más contradictorias e impre-decibles. Y hablando de mujeres... -La atrajo más contra su cuerpo hasta que se unieron las caderas de ambos-. Te he echado de menos.

Ella cedió gustosamente al cambio de tema.

-Ha sido sólo una noche...

-Y dos días. Tendremos que compensar esto.

-¿Ah, sí?

-A menos que estés demasiado débil.

-¿Parezco débil? El le sonrió.

-Sólo para estar seguro, debo levantarte en brazos. Y haciéndolo, la llevó directamente a la cama.

CAPÍTULO XLIII

Pasaron las semanas, pero Chantelle no tuvo la suerte de oír esa voz airada otra vez. Jamil la mantenía informada de sus progresos, pero él también había llegado a un punto muerto en las investigaciones. El número de hombres llamados Alí que aún estaban en la lista de sospechosos se había reducido a cinco, y estos cinco estaban constantemente vigilados, pero sin que se obtuviera ningún resultado satisfactorio. Fuera de torturarlos a todos ellos, cosa que Jamil le había prohibido hacer a Omar, no les quedaba otra cosa que esperar que alguno de ellos cometiera algún error.

También vigilaba atentamente a las mujeres y a quienes servían estos eunucos. El dinero para financiar el asesinato fue tomado en cuenta y qué mujer era lo bastante favorecida por el rey para haber acumulado una fortuna considerable. Pero ése no era un factor decisivo, especialmente después de la reciente proliferación de robos en el harén, ya que la cantidad de joyas que habían sido robadas ascendía también a una fortuna.

En realidad todo dependía de Chantelle, que al comprenderlo se había vuelto sumamente ansiosa. Jamil la interrogaba cada noche cuando la veía, y eso sólo la frustraba más al no tener nada que contarle.

De las cinco mujeres sospechosas, Chantelle sólo conocía a dos. Una de ellas era una actual favorita de Jamil llamada Sadira, una mujer que debía dar a luz en menos de un mes. Chantelle no podía imaginarla planeando otra cosa que no fuera el futuro dichoso de su hijo. ¿Cómo podía una mujer ordenar la muerte de alguien cuando su propio cuerpo alimentaba una nueva vida? Sadira no podía ser. No estaba del mejor humor al irse acercando el momento del alumbramiento y alzaba a menudo la voz cuando se enojaba con sus sirvientes. No era la voz apropiada.

Pero la otra que conocía Chantelle de las cinco en cuestión era otra cosa. La otra mujer era Noura. Chantelle no se sorprendió. Ya había pensado en Noura antes de que la conversación oída por casualidad tuviera algún sentido para ella. Pero el factor dudoso era la voz de Noura. Chantelle la había oído hablar en diversos tonos de voz, desde el malhumorado al que denotaba placer maligno o satisfacción vanidosa, aunque ni una sola vez en tono verdaderamente colérico o airado. Y a menos que pudiera decir positivamente que la voz de Noura era la que ella había oído en los baños, no iba a decir absolutamente nada.

Se convirtió en la sombra de Noura, vigilándola, prestando siempre atención cuando ella hablaba. Hasta intentó azuzarla para que montara en cólera, pero la beldad del desierto no mordía el anzuelo. Una o dos veces había estado a punto de hacerlo, pero Noura recobraba rápidamente la serenidad, casi como si supiera qué se traía Chantelle entre manos y estuviera decidida a demostrar que era un ser superior incapaz de caer en la misma trampa que ella tendía a todas sus compañeras y por lo que era famosa en todo el harén.

Chantelle estaba casi a punto de volverse loca. Temía que Noura barruntara que estaba bajo sospecha y, por lo tanto, que fuera extremadamente cuidadosa para no cometer ningún error. Finalmente le pidió a Rahine que le indicara de qué manera podría hacer encolerizar a la segunda *kadine.* Rahine, que, por supuesto, estaba enterada del nuevo cariz que habían tomado los acontecimientos, no la ayudó en lo más mínimo.

-Sólo sería una pérdida de tiempo, Shahar.

-Usted no lo sabe a ciencia cierta.

-Conozco a Noura -dijo Rahine con absoluta convicción-. No es ella.

-No comparto esa opinión. Uno de los hermanos de Jamil está muerto ahora. ¿Qué pasa si el otro también lo está y por eso no le han visto desde que empezaron los ataques? Eso dejaría a Jamil y a su hijo mayor como únicos obstáculos en el camino del hijo de Noura, ¿no es así? Rahine frunció el entrecejo.

-Nosotros no sabemos que Selim esté muerto. Es verdad, sin embargo, que ya no parece ser el que está detrás de este complot, pero...

-Rahine, no discuta conmigo -la interrumpió Chantelle con impaciencia-. Sólo dígame la forma de encolerizar a Noura. Si ella no es la mujer que oí, lo sabré cuando oiga su voz durante un acceso de cólera. ¿Qué daño puede hacer que lo probemos?

-Muy bien. -Rahine soltó un largo suspiro-. La última vez que tuvo un verdadero arrebato de furia fue cuando estuvo preparando con media docena de concubinas durante semanas un recital para complacer a Jamil. Ella había memorizado un bellísimo y largo poema y había insistido en que actuaría al final para causar la mejor impresión. Pero después de una hora de recital, cuando las otras mujeres habían recitado ya sus poemas, Jamil tuvo que retirarse por asuntos de Estado. Noura, lisa y llanamente, tuvo un ataque de rabia, creo que debido, principalmente, a su propia instigación para ser la última en el programa.

-¿Recitó después ese poema?

-Sí, unas cuantas noches después, y Jamil se mostró realmente complacido, así que Noura se sintió gratificada.

-Entonces, eso no sirve. Piense en alguna otra cosa, Rahine.

-Adora las sombras chinescas. Ahora que lo pienso, en mi apartamento guardo el argumento y los bosquejos para una nueva obra con sombras chinescas.

-Pero ¿aceptará ella representarla?

-Estará encantada.

-Entonces eso es lo que haremos. Y cuando sea la hora de empezar la obra, Jamil puede retirarse, o dormirse, o algo igualmente irritante.

-Sí, supongo que no sería demasiado difícil para Jamil ser molesto e irritante. -Rahine sonrió maliciosamente. Chantelle también sonrió.

-¿Le sugerirá usted que lo haga, entonces?

-¿Yo? Ha sido idea tuya.

-Le he lanzado tantas punzadas últimamente que es capaz de sangrar si me acerco a ella. Con toda seguridad que no aceptará ninguna sugerencia mía.

-Sí, ya he oído las quejas por tu reciente hostilidad. -Rahi-ne se rió entre dientes-. Noura ha recomendado que yo te envíe otra vez a las cocinas.

-Oh, a ella le encantaría eso, así podría ordenar otro banquete y encargarse personalmente de que yo tuviera que prepararlo.

-Lo siento -dijo Rahine, seria-. No me había enterado de eso.

Chantelle se encogió de hombros.

-Mi tía siempre decía que un poco de trabajo no hace mal a nadie. Y no fue ningún castigo, Rahine. En aquel momento yo me sentía feliz de estar en las cocinas.

-Pero no lo estarías ahora.

Chantelle soltó un bufido absolutamente impropio de una dama. Siempre había sabido que ese famoso «Yo te lo dije» saldría a relucir finalmente.

CAPÍTULO XLIV

El día asignado para el estreno del espectáculo con sombras chinescas llegó sólo tres días después de esta conversación. Debido a que Jamil había hecho saber que necesitaba una distracción, Noura pasó día y noche aprendiendo los movimientos requeridos y dio una

representación anticipada para las damas esa mañana, que resultó todo un éxito. Hasta Chantelle lo había disfrutado plenamente. Ahora, si esta noche todo salía de acuerdo con los planes, Noura sería desenmascarada antes de que el día llegase a su fin.

Pero para eso faltaban aún muchas horas. Chantelle, aprovechando el hecho de encontrar la piscina vacía, decidió pasar allí una de esas horas. Le gustaba la piscina. En realidad, había llegado a gustarle todo el *hammam.* Era un sitio para el ocio donde manos diestras estaban siempre dispuestas a prodigarle masajes en los músculos agotados, reviviéndolos, o a frotar aceites perfumados sobre las pieles siempre tersas. Pero Chantelle no perdía su tiempo holgazaneando en este salón donde el brillante espejo de agua turquesa le traía tantas reminiscencias del mar, ejercitaba siempre su cuerpo nadando vuelta tras vuelta completa de la piscina y también debajo del agua, exigiendo hasta el límite a sus músculos para su propia satisfacción. El agua no era muy profunda. Pocas mujeres en el harén sabían nadar, así que en la parte más honda el agua sólo le llegaba a los senos. Pero estaba fresca y era vigorizante. Mientras nadaba sumergida casi podía imaginar que al salir a la superficie la estarían esperando los blancos acantilados de Dover para darle la bienvenida.

Ese día, al subir a la superficie para tomar aire, su imaginación tuvo que quedar relegada a un segundo puesto, pues el primero lo ocupó el problema de los oídos tapados. El agua que tenía en ellos le impedía oír. Salió de la piscina para secarse y sacudió la cabeza tratando de destaparse los oídos, pero el zumbido sordo seguía retumbando persistentemente.

Oh, esto sí que es maravilloso. Noura tendrá su único ataque de furia esta noche y mis oídos están tan tapados que no podré oír absolutamente nada.

Con gesto de impaciencia, Chantelle se cubrió rápidamente con la túnica y envolvió el largo cabello en una toalla, luego se inclinó hacia adelante y volteó la cabeza para un lado moviendo y estirando el lóbulo de la oreja. Se oyó un pop y después el sonido amplificado del agua lamiendo los bordes de la piscina.

Y luego la voz, clara y airada.

-Debía haber supuesto que la piscina no estaría vacía. Nunca lo está. Pero, ¿no deberías estar acicalándote ante el espejo ahora? ¿O Jamil por fin ha llamado a alguna otra?

Chantelle no respondió. Le resultaba imposible hacerlo pues había quedado muda de asombro. Se sentó en un banco y siguió con la mirada clavada en la mujer que estaba en el vano de la puerta sin saber qué pensar. ¿Cómo podía ser ella? Su eunuco no se llamaba Alí sino Orji, y ella no ganaría nada matando a Jamil. No tenía sentido.

Sin embargo, la voz era la misma, hasta más reconocible, aún cuando estalló:

-¿Qué estás mirando con tanto asombro, inglesa?

-A una asesina -replicó osadamente Chantelle mientras se ponía de pie-. Estaba segura de que era Noura, pero eras tú todo el tiempo, ¿no es verdad?

-¡Estás loca! No he matado a nadie.

-Tal vez no con tus propias manos, pero no existe mucha diferencia cuando tus monedas pagan para que se realice el asesinato.

-No sé de qué estás hablando -fue la respuesta desdeñosa.

-Sí que lo sabes y muy bien. Os oí a ti y a Alí fuera de la cámara de vapor el día que ordenaste la muerte del pobre Murad. ¿Me visteis salir? ¿Por eso hiciste que me envenenaran, Mara?

Era una corazonada, pero resultó. La mujer desistió de todo disimulo de inocencia y exclamó con desprecio, burlándose de Chantelle:

-Fue una verdadera lástima que no resultara. Yo podría haber utilizado las pocas gemas de más que me habría ganado mitigando la rabia y la aflicción del dey.

-Sí, cada vez debe resultarte más y más difícil robarlas ahora que todos sabemos qué hábil y mañoso es el ladrón que tenemos entre nosotros.

-Estuve a la altura del desafío. En realidad, lo encontré muy excitante.

Chantelle movió la cabeza, consternada. La mujer se jactaba ahora de sus crímenes. No parecía temerosa en absoluto de haber sido descubierta.

-¿Todo para matar a Jamil? ¿Por qué. Mara? No puede ser por las azotainas, puesto que me han dicho que únicamente puedes gozar cuando te castigan.

Mara se enfureció súbitamente.

-¿Qué sabes de ello, perra estúpida? ¡Le odio! Odio a todos los hombres, pero en especial a Jamil por descubrir mi vergüenza y usarla en contra mía. ¿Crees que me siento orgullosa de poder recibir goce sólo a través del dolor? Si encontrara al hombre que me convirtió en esto, le cortaría en pedazos, lentamente para que sobreviviera hasta el fin. Pero primero le asaría los testículos y el...

-Lamento mucho esa primera experiencia que te afectó de esa manera tan... estrafalaria, pero Jamil no te ha hecho nada que tú no le hayas permitido hacer. Tú podrías haberle puesto fin en cualquier momento con sólo haberle hecho conocer tus sentimientos.

-Nadie le niega al rey lo que él desea.

-Yo lo hice.

-¿Por cuánto tiempo? -se burló Mara. Aunque las mejillas de Chantelle se finieron de rosado, siguió insistiendo.

-Eso fue diferente. Yo no fui forzada con amenazas, sino seducida. Y nunca podría haber sucedido si no me sintiera atraída por ese hombre.

-Qué suerte espléndida tienes, pero él me da asco -dijo Mará mordiendo las palabras-. Y Orji me dijo que yo no tenía alternativa.

Ahí estaban de nuevo esas dos palabras que Chantelle detestaba con toda su alma. Sin alternativa. A ella le habían dicho lo mismo. Podía entender el dilema de Mará. Y no obstante... si se atenía a los hechos, Chantelle no había sido forzada. Sólo eran amenazas huecas que se usaban para hacer que las mujeres se rindieran y entregaran con gracia y mansamente. ¿Por qué debía ser distinto en el caso de Mara? Jamil no era el tirano que ella había creído en el primer momento.

-Debiste haber intentado detenerle en lugar de permitir que tu resentimiento creciera hasta este nivel. Jamil es básicamente un hombre muy gentil. ¿Cuántas veces abusó de ti antes de que empezaras a conspirar para matarle?

-¡Una vez fue más que suficiente!

-Pero tú sólo aumentaste tu propio sufrimiento al enviar asesinos para que le mataran. ¿O no pensaste antes que eso sucedería inevitablemente?

-Valía la pena si lograba verle muerto.

-¡Eso que dices es una estupidez! -exclamó Chantelle, indignada-. Si Jamil muere, todas nosotras pasaremos a ser propiedad del nuevo rey para que él disponga de nuestro destino. Ese será Selim, y por lo que he oído de él, no existe hombre más brutal y desalmado que él. ¿Acaso crees que él no se enterará de tu flaqueza y se complacerá en usarte de la misma manera? Algunos hombres gozan plenamente causando dolor y él parece ser uno de ellos.

Mara soltó una carcajada.

-Yo no soy tan estúpida como crees, inglesa. Selim ya no puede practicar su maldad con nadie. Ha estado muerto todos estos meses, asesinado y enterrado por uno de sus propios esclavos mientras estaban en Estambul.

Chantelle sofocó un grito al oír semejante revelación.

-¿Cómo te enteraste de su suerte?

- El esclavo culpable fue lo bastante necio como para regresar a Barikah, y lo suficientemente estúpido como para emborracharse y jactarse de lo que había hecho ante un

Librodot

viejo amigo. Dio la casualidad que el viejo amigo era Alí y tuvo el buen tino de deshacerse del hombre antes de que la información llegara más lejos.

-Sin embargo, él te lo contó a ti, ¿no es verdad?

-Por supuesto. El sabía cuánto odiaba yo aJamil. Consideró que ésta era la mejor oportunidad para deshacernos de él sabiendo que Selim sería, naturalmente, el primero de quien se sospecharía. Y los muertos no pueden defenderse.

-Pero, ¿por qué se involucraría este Alí en tus problemas? Es un eunuco, ¿no es verdad? Y ni siquiera está bajo tus órdenes.

-¿Y qué? Sólo porque le fue entregado a Noura no quiere decir que él tenga que amarla. El me ama solamente a mí -presumió Mara muy tranquila-. Haría cualquier cosa que yo le pidiera.

-¿Amar? El no puede...

-¿No puede? -interrumpió Mara-. Eso revela lo ingenua que eres. La castración no le extirpó el corazón, ni siempre la impotencia pone fin a la añoranza. Alí puede amar tan furiosamente como un hombre entero, sólo que no puede hacer nada al respecto.

-Lo dices como si no te importara.

- No me importa. Puede que no me sienta amenazada por su amor, pero aun así es un hombre y por lo tanto digno sólo de mi desprecio. Mi aversión a los hombres no conoce excepciones.

-Es una lástima que él no lo haya sabido antes de permitirte que le enredaras en tu traición -replicó Chantelle-. Pero el hecho de haber sido víctima de tus engaños no le salvará.

-Tan en peligro está él de ser descubierto como yo. En realidad no creerás que dejaré que salgas de aquí después de contarte todo eso, ¿verdad?

Que Mara estuviera bloqueando la puerta no era tan alarmante, que la amenazara con tanta seguridad, sí lo era.

-No puedes detenerme. Mara. Mis guardaespaldas están ahí fuera.

Mara sonrió con sorna al extraer una daga corta de su caftán.

-No había nadie fuera, o me habrían alertado de tu presencia en este lugar. Tus guardias no deben de ser aplicados hoy.

-¡Estás mintiendo! -gritó Chantelle cuando vio que Mara cerraba la puerta de un puntapié.

Hubo un encogimiento de hombros displicente.

-Adelante y grita todo lo que quieras si tienes dudas. Tus guardias no vendrán, ni vendrá nadie más. -Mara soltó una carcajada corta cargada de ironía-. No podría haber escogido mejor lugar para esta pequeña discusión si la hubiese planeado. ¿Alguna vez te has preguntado por qué este salón está tan alejado de los otros? Es porque las mujeres arman demasiado barullo cuando se reúnen a jugar en el agua. Si oyeran gritos procedentes de este sitio nadie vendría ni se preocuparía... es lo normal.

-Y supongo que piensas que me quedaré aquí quieta esperando que me apuñales con esa daga, ¿verdad?

Chantelle dijo esto cuando vio que Mara empezaba a avanzar hacia ella. Retrocedió unos pasos. Estaban a cinco metros largos de distancia y si ella pudiera rodear la piscina hasta el otro lado, podría usarla como barrera. Si Mara trataba de seguirla alrededor de la piscina, entonces Chantelle tendría el camino libre hacia la puerta. Pero no podía apartar los ojos de esa daga el tiempo necesario para darse la vuelta y echar a correr.

Jamás se había encontrado en una situación ni remotamente parecida a ésta. No era como la noche que al mirar por encima del hombro de Jamil viera la daga a punto de caer sobre ambos. No había estado sola entonces. Ahora sí estaba completamente sola y no podía

recurrir a habilidades de las que carecía para defenderse de esta amenaza. Mara no era tan alta como ella, pero era más fornida, más vigorosa, y estaba en juego su vida. Si no podía matar a Chantelle sabía que tendría que habérselas con la justicia de Jamil, así que Mara debía de estar desesperada en extremo, lo que le daría fuerzas adicionales. Lo que resultaba más aterrador era ver la calma que demostraba en todo momento.

Chantelle se secó las palmas húmedas en las caderas. Mara ya había acortado la distancia a escasos tres metros.

-Tú... -hizo una pausa para aclararse la voz que había sonado chillona y tragó saliva-. Mira, no tienes que hacer esto. Podrías escapar. Alí podría ayudarte, ¿no lo haría, acaso?

-¿Después de que tú dieras la alarma? Ja!

- ¡Yo sólo estaba considerando las opciones que tienes - replicó airadamente Chantelle.

No pudo creer lo que acababa de decir. Mara tampoco, porque moviendo la cabeza, siseó:

-¡Hablas demasiado, inglesa!

Chantelle intentó entonces cambiar de política.

- ¿Has hecho esto alguna vez antes, has matado a alguien con tus propias manos? No es como hacer que otro lo haga por ti...

-¡Cierra la boca! -gritó Mara haciendo que el corazón de Chantelle golpeara con más fuerza contra su pecho.

¿Por qué no había gritado hasta ahora? ¿Era una cobarde después de todo, verdad? Pero temía que si lo hacía. Mara se viera obligada a saltar sobre ella mucho antes de lo que tenía pensado hacerlo. Estaría muerta antes de que alguien llegara, si alguien la oía. Si pudiera disuadir a Mara de cometer esta locura.

La distancia entre las dos mujeres se había reducido a un poco más de dos metros.

-Yo nunca he hecho nada para perjudicarte, Mara. Tú lo sabes. ¿Podrías vivir con mi muerte en tu...?

Chantelle soltó un chillido cuando tropezó con un banco y perdió el equilibrio. Se había olvidado de la maldita cosa situada muy cerca del borde de la piscina. Cayó de espaldas sobre el banco y antes de que pudiera incorporarse, Mara estaba sobre ella y ya era demasiado tarde para gritar o para hacer cualquier otra cosa. Estaba paralizada de terror, era incapaz de moverse o de respirar mientras observaba cómo subía la daga para ser descargada sobre su cuerpo. Era una repetición de aquella noche, sólo que sin el cuerpo de Jamil entre la muerte y ella. Jamil habría sabido qué hacer. El habría...

En el último instante, Chantelle recordó qué había hecho Jamil y rodó hacia un lado dando de lleno contra las rodillas de Mara. Y exactamente como la otra vez, el cuchillo y el atacante dieron volteretas hacia adelante. Cuando el cuerpo de Chantelle daba contra el suelo duro, oyó un ruido sordo y después un chapoteo del otro lado del banco. Pero no se molestó en mirar con cuanta rapidez salía Mara de la piscina. Se puso de pie de un salto y corrió fuera del salón.

-¡Kadar! -gritó mientras corría por el pasillo, pero él apareció sorpresivamente delante de ella y chocaron. Ella apartó las manos que se apresuraban a sostenerla, y exigió con voz chillona-: ¿Dónde diablos estabas?

-Aquí, Lalla -respondió él en tono ofendido-. ¿Dónde más podría estar?

-¿Entonces ella mentía? Dios, debí haberlo... no, no tiene importancia ahora. -Chantelle le agarró el brazo con fuerza, sin poder dominar todavía su miedo-. Era Mara todo el tiempo, no Noura, y acaba de intentar matarme también, otra vez. Reconoció que me había envenenado por lo que yo había oído. -Al ver que él permanecía inmóvil mirándola fijamente, le dijo con irritación-: ¡Haz algo! ¡Ella todavía está en el salón de la piscina y tiene un cuchillo!

El la apartó de su camino y fue hacia la puerta que había dejado abierta de par en par. Cuando él entró, ella debió haber ido en sentido contrario, la única cosa prudente y segura que podía hacer. En cambio, siguió a Kadar, atraída en parte por el silencio, pero también por la necesidad de ver cómo aprehendía a Mara para perder el último vestigio de miedo que le quedaba.

Pero no pasó de la puerta. Kadar estaba inclinado sobre el cuerpo de Mara que yacía al costado de la piscina. Ella no se movía y un hilo de agua rosada le corría desde la frente a la cara y a la baldosa donde tenía apoyada la cabeza.

Kadar levantó la vista y dijo en voz queda:

-Está muerta, Lalla.

Chantelle volvió a mirar el hilo de agua rosada y finalmente reconoció lo que era. La bilis subió a su garganta y se inclinó, incapaz de detenerla. Después de un momento, unas manos la levantaron y volvió la cabeza contra el hombro de Kadar.

-¡Oh, Dios mío! -gritó-. Si no hubiese sido tan cobarde habría mirado y habría visto que no salía de la superficie. Podría haberla sacado antes...

-No habría valido de nada, Lalla. Se partió la cabeza con el borde de la piscina. Ya estaba muerta cuando cayó al agua.

-Pero eso no importa. Yo la hice caer.

-¿Por qué?

-¿Porqué? -le miró, sorprendida-. Era eso o dejar que me matara de una puñalada.

-Entonces ¿por qué buscas echarte la culpa cuando no tienes de qué culparte?

-Es que no es justo, Kadar, era una víctima desde el principio. Fue ultrajada y violada, corrompida, deshonrada y ultrajada y violada una y otra vez por... Debió de haber recibido ayuda, cuidados, compresión. En cambio... -Chantelle guardó silencio durante largos segundos antes de decir con un hilo de voz-: Traté de justificar ante ella el trato que le daba Jamil, pero no puede justificarse, ¿no es cierto? El es un hombre sensible, perspicaz... al menos así lo creía yo. ¿Por qué no pudo advertir que ella odiaba su flaqueza y que le odiaba por aprovecharse de ella?

-¿Por eso intentó matarle?

Chantelle sólo pudo asentir con la cabeza llegado a este punto. Estaba llorando a lágrima viva ahora, y apenas consciente cuando Kadar empezó a sacarla de allí.

CAPÍTULO XLV

-Ahora que ha desaparecido la fuente de dinero, los informantes hacen cola a las puertas del palacio -le dijo Jamil a Derek-. No pasará mucho tiempo antes de que tengamos en nuestro poder hasta el último hombre involucrado en este complot.

Había regresado al palacio la noche anterior tarde, pero se había enterado ya en el puerto de que su viaje había sido inútil. Fue su añoranza de Sheelah lo que le había obligado a regresar, Había tenido el propósito de pasar sólo una noche y partir de nuevo hacia Trípoli, adonde, según un informante había sugerido, podría haber marchado Selim al salir de Estambul. Ahora sabía lo falsa que era la idea.

Pero Jamil había postergado todo hasta después de solucionar las cosas con su adorada Sheelah y eso le había llevado toda la noche. Había sido un error no contarle sus planes desde

el principio. Lo comprendía ahora, y su única excusa era que no estaba en sus cabales cuando partió.

Había hablado largamente con Omar esa mañana, y luego se había reunido con Derek en un cuarto secreto al que había regresado por la noche.

-Entonces, ¿todo ha terminado? -inquirió Derek.

-¿Creías que no era así? Alí les entregó una suma mezquina a sus asesinos para que arriesgaran sus pescuezos prometiendo una suculenta recompensa sólo para los hombres que tuvieran éxito. Por supuesto, nunca hubo ninguna fortuna esperando para ser cobrada por los culpables. Yo le pagué excesivamente bien a Mara por sus servicios, pero todo duró demasiado tiempo, agotando lo que ella poseía. Se debía pagar a varios hombres para que vigilaran constantemente el palacio. Estaban también los hombres que recibían paga por interceptar mis correos, y eso era sólo para engañarnos con falsos indicios. Por eso Mara recurrió a robar las joyas de las otras mujeres. Si alguien, efectivamente, hubiese conseguido su propósito de matarme, Alí tenía planeado matarle cuando se presentara a reclamar la recompensa.

-Y ahora que ya se ha anunciado que los instigadores están muertos y que el dinero no existe...

-Nadie va a arriesgar su vida sin recompensa. Estoy tan seguro fuera del palacio como adentro -terminó Jamil.

-Y yo puedo volver a casa.

Jamil se rió al oír el suspiro de Derek.

-Y pensar que Omar me aseguró que lo estabas pasando maravillosamente bien.

-Sólo a ciertas horas del día -dijo-. He aprendido por experiencia propia qué pronto llega el tedio para equilibrar las cosas.

-¿Y cómo está esa flacucha inglesita rubia que aliviaba tu aburrimiento?

-Sin dirigirme la palabra, en realidad, desde que tuvo esa confrontación con Mara. Parece creer que todo el asunto fue por mi... tu... culpa, por no advertir que Mará estaba terriblemente perturbada por su anormalidad.

Jamil frunció el entrecejo.

-Supongo que podría haberlo advertido en circunstancias normales, pero está el hecho de que la mujer hizo lo imposible para conseguir ser castigada, insultándome o desobedeciéndome deliberadamente, y cuando eso no daba resultado, atacándome físicamente. Con todo, jamás fue azotada duramente mucho tiempo, ni siquiera con demasiada rudeza, pero cuando el castigo terminaba, era salvaje y apasionada al hacer el amor. Lo viste por ti mismo. Y supongo que llegué a esperarlo, y así la convocaba cada vez que necesitaba de semejante violencia, lo cual se fue haciendo cada vez más frecuente después de que las semanas de reclusión impuestas por mí mismo se convirtieran en meses.

-Tu propia frustración estaba incitando a tu asesinato. Un pequeño círculo vicioso... una ironía, por no decir algo peor.

-Era un plan ingenioso. Las sospechas jamás habrían recaído sobre Mara. Habíamos pasado completamente por alto el harén hasta que Shahar acertó al oír esa conversación. Ni siquiera entonces sospechamos de Mara.

- Me alegra que des crédito a quien se lo merece - respondió Derek-. Le debes mucho a ella.

-No lo estoy negando, Kasim. Pero pensé que te gustaría y querrías estipular la recompensa, considerando que ha sido «nuestra» favorita exclusiva todas estas semanas. -Al ver la mueca de Derek, Jamil rió entre dientes-. Todo el tiempo que he estado ausente, pensaba que me darías la excusa que necesitaba para reducir mi harén.

-No me salgas con ésas, hermano. Estabas enfermo de ansiedad y preocupación por ello.

-Un poco, quizá. Pero sí he oído decir que encontraste de tu gusto a una de mis favoritas. Es extraño que fuera sólo la inglesa la que te atrajera, y más siendo Jamila el origen de tantas averiguaciones por parte del cónsul inglés.

Derek sonrió maliciosamente. Jamil le había descubierto y no se había dejado engañar por su juego. Así que no había razón para demorar la petición.

-No te molestará dejarla regresar conmigo a Inglaterra, ya que de todos modos querrás deshacerte de ella, ¿no es así?

-Sería del agrado de tu gente, supongo.

-No lo tomarían a mal.

-Muy bien -replicó Jamil-. ¿Y tu Shahar? ¿Me harás el mismo ruego por ella?

-En realidad, no sé qué diablos quiero para ella. -La ceja arqueada de Jamil le indujo a confesar: - Pensaba que el hecho de llevarla a mi casa le aseguraría un esposo propio cuando tú volvieras. Las mujeres inglesas son muy particulares al respecto, como sabrás, de tener un hombre todo y absolutamente para ellas solas.

Jamil se mostró sorprendido.

-¿Quieres decir que nunca has tenido la intención de pedir su liberación?

-Creo que no lo consideré deliberadamente porque necesitaba una excusa...

Derek no terminó la frase y Jamil sonrió comprensivamente.

-Que fuera una virgen era el problema, ¿verdad? Derek suspiró.

-Un endiablado y enorme problema.

-Tenía miedo de que su primer encuentro conmigo hubiera hecho las cosas más difíciles para ti.

- Oh, y así fue, pero nada que yo no pudiera solucionar. Sólo que me llevó un poco más de tiempo. Y... ¿a quién diablos estoy engañando? Desde luego que quiero llevármela conmigo. Es lo que ella desearía, y lo merece por resolver nuestro pequeño problema. -No añadió que cuando más lo pensaba, menos deseaba verla casada con otro hombre.

- Entonces, ¿debo decírselo yo, o prefieres tener ese privilegio? Tal vez vuelva a hablarte cuando le des la buena noticia.

Derek le miró ceñudamente al ver que Jamil trataba de contener la risa.

-En realidad, cuanto más tiempo pueda evitar decirle la verdad, mejor. Puede pensar que está navegando contigo. Ella no tiene que saber adonde.

-Pero, ¿por qué?

-Para tener unas cuantas semanas más de tranquilidad. La damita va a armar un alboroto mayúsculo cuando se entere de que soy tan inglés como ella, créeme. Y no va a ser muy agradable estar confinado en un barco cuando se dé cuenta de que yo podría haber obtenido su libertad sin llevármela a la cama.

-Eres demasiado indulgente con las mujeres, por lo que veo. Deberías...

-¿Ser más parecido a ti?

Ambos soltaron la carcajada entonces, y Jamil admitió:

-Yo sí tengo que aplacar a unas cuantas mujeres después de que tu obstinada persecución de la nueva favorita las dejara a todas en el abandono total. Por lo menos me llevará un mes largo restablecer el contento de mi harén.

-He oído que empezaste anoche.

-Sheelah es y será siempre mi principal preocupación. Y, sea loado Alá, ella ha comprendido. También te ruega que la disculpes si hizo las cosas más difíciles para ti. Me ha dicho que notó tu culpa por no poder decirle la verdad.

Derek desechó eso con un encogimiento de hombros.

-Ya pasó y todo puede volver a la normalidad, incluso mi propia vida.

-Sí, tienes esa novia esperándote en Inglaterra, ¿no es así? ¿Y Shahar? ¿También la conservarás contigo? La boca de Derek se curvó en una sonrisa.

-Ahora que lo mencionas, no es mala idea. Jamil bufó.

-Como si no lo hubieras pensado ya. Pero ¿aceptará ella?

-Conseguí por fin vencer la aversión que te tenía. Puedo, con paciencia, vencer su aversión a ser mi amante. Después de todo, ahora se considerará arruinada e inadecuada para un matrimonio decente.

-¿Y lo es?

-¿Con lo hermosa que es? ¿Estás bromeando? Jamil gruñó. Podían ser gemelos, pero sus gustos en cuanto a mujeres no eran los mismos.

-Te deseo suerte, entonces. Pero como tú dices, tendrás que vencer su ira primero. Derek hizo una mueca.

-Sí, eso será lo primero.

CAPÍTULO XLVI

-Shahar, debes recoger tus cosas. Te harás a la mar con Jamil cuando llegue la marea nocturna... tú y Jamila. -Chantelle se quedó mirando fijamente a Rahine como si hubiese perdido la cabeza. - ¿Me has oído, criatura? Te vas de viaje.

- ¿Adónde?

-¿Adónde? -repitió Rahine-. ¡Qué importa eso! Es un honor...

-¿Adónde, Rahine?

-Para serte franca no lo sé. Ni siquiera Haji ha podido averiguarlo. Pero realmente no importa mucho. Jamil quiere que tú le acompañes y, por lo tanto, lo harás.

-Y también lo hará Jamila. Si la lleva a ella, no me necesita para nada.

-¿Estás celosa?

-¡De ninguna manera!

-Entonces debes estar enfurruñada porque Jamil visitó a Sheelah anoche.

-Rahine... -empezó Chantelle amenazadoramente, pero la mujer la regañó cariñosamente.

-Entonces no lo parezcas. No lleva a Sheelah sino a ti.

-Y a Jamila.

-¡Estás celosa!

-No... ¡no lo estoy! Ella puede tenerlo. Todas ellas pueden tenerlo. El es todo lo que yo creí que era al principio y mucho más ¡Lo odio!

Rahine frunció los labios.

-Todavía estás turbada por lo de Mara, ¿verdad? He tratado de decirte que lo que ella te contó no era toda la historia.

-¿Niega usted todo lo que él le hacía cada vez que la convocaba a sus aposentos?

-No.

-¿Qué más puede decirme, entonces? Que él necesitaba un desahogo para su mal genio. Otros hombres golpean las paredes con los puños. -Rahine casi se atragantó tratando de contener la risa. Chantelle lo vio y le lanzó una mirada ceñuda-. Adelante, señora, ríase usted cuanto quiera. Es muy divertido que esa mujer fuera víctima de abusos hasta el fin de sus días.

Rahine se puso seria.

-No, no es divertido. Es trágico. Pero Jamil no tiene la culpa.

-Él...

-¡Shahar! -la interrumpió bruscamente Rahine-. Vas a escucharme esta vez lo quieras o no. Jamil era provocado. Mará le forzaba, deliberadamente, a castigarla cada vez que la llamaba. ¿Te contó ella eso?

-No, pero no sé cómo eso le libra de culpa. El debió haber comprendido que algo andaba mal en ella y debió dejarla en paz. En cambio, enviaba por ella más a menudo y la usaba como poste de flagelación. ¿Usted sabe lo repugnante que es eso?

-Puedo ver que no hay manera de hacerte entender lo que sucedió. -Rahine suspiró-. ¿No importa que ella diera toda la impresión de querer, de ansiar que la maltrataran? Hay mujeres que gozan con esa clase de cosas, ya lo sabes.

-Ella le odiaba después.

-Entonces, debió haberlo dicho.

Chantelle no podía discrepar en eso. Ella misma se lo había dicho a Mara. Pero no quería ponerse del lado de Jamil, particularmente ahora. Durante cinco días después de la muerte de Mara, la había llamado a su presencia, y ella le había vuelto la espalda, alejándose de él. Jamil podría haberle dicho lo que acababa de decirle Rahine, pero no se había molestado en hacerlo. Simplemente se había enfurecido porque ella no le hablaba. Y luego había ido a Sheelah. Bien, magnífico, maravillo. Podría continuar yendo a Sheelah. Chantelle no quería saber nada más de él.

Volvió la cabeza, mascullando.

-¿Por qué no se lleva a Sheelah con él en este viaje?

- Generalmente la lleva siempre que deja Barikah, pero esta vez te quiere a ti. Es tu oportunidad para reconciliarte con él, Shahar -señaló Rahine, vacilante.

-¿Y si no quiero ir?

-Me imagino que por eso lleva también a Jamila -dijo deliberadamente Rahine.

Chantelle giró sobre sus talones con los ojos entornados y brillando más violetas que nunca.

-El puede...

-¡Suficiente, Shahar! En realidad no tengo tiempo para discutir contigo. Jamil me ha mandado llamar, y ya estoy retrasada. Recoge tus cosas de una vez. Debes estar preparada para partir al anochecer. Y si no te veo otra vez antes de tu partida... -Rahine se adelantó para abrazarla-. Que Alá vaya contigo y con optimismo espero que te ayude a volver a tus cabales.

Rahine tuvo que apresurarse ahora para llegar a tiempo al apartamento de Jamil, pero había querido anunciarle el viaje a Shahar ella misma. Había tenido la esperanza de que alegraría a la jovencita tener el honor de ser elegida para acompañar al dey, pero al parecer no había sido así. Al menos, esta vez había escuchado lo referente a Mara. Era una muchacha inteligente y despierta. No seguiría culpando a Jamil por la enfermedad de Mara. Pero también era terca. Durante demasiado tiempo había sido la única favorita. Los celos que había tratado de negar iban a enconarse algún tiempo. Y si Jamil se impacientaba con ella y hacía uso de Jamila en el barco, los celos aumentarían, pensó ella.

Debía mencionárselo a Jamil. Estaba pensando en esto cuando llegó y le encontró sólo en el salón. Eso era inusual. Generalmente tenía media docena de asistentes a mano. Pero el que ella estuviera aquí era inusual también. El no la había llamado a sus aposentos durante años. No se atrevía a pensar en la razón para hacerlo ahora, y por lo tanto no lo había intentado, temerosa de que la razón pudiera no ser buena. Para posponerla, fue directamente al tema que podría distraerlo.

-Acabo de dejar a Shahar, después de anunciarle el viaje.

-¿Cómo ha tomado la noticia?

-Sabe que también va Jamila. Derek se rió.

-No la ha tomado bien. No importa, madre, tendrá otros motivos para montar en cólera una vez que zarpemos.

Otra vez ese «madre» que la dejaba sin aliento. Rahine se desconcertó tanto que casi pasó por alto el hecho de que Jamil estaba hablando en inglés. ¿Por consideración a ella? No era probable. El casi nunca usaba el inglés, excepto con los diplomáticos extranjeros que por regla general no hablaban otro idioma. La razón era que no lo hablaba muy bien, al menos no solía hablarlo muy bien. Pero había mejorado desde la última vez que le oyera hablar, cuando todavía era un niño.

-¿Cuál... es vuestro destino? -preguntó, vacilante-. No se me ha informado.

-Inglaterra, y deseo que vengas conmigo.

-Y yo quiero que te quedes aquí, madre -dijo Jamil desde la puerta que daba al jardín.

Rahine paseó la mirada de uno al otro y sólo exclamó:

-Oh, Dios -antes de empezar a caerse. Derek pegó un salto para sostenerla.

-¡Maldición, Jamil, creí que me darías unos minutos para que yo se lo dijera poco a poco!

-¿Y dejar que me la robaras bajo mis narices? -le acusó Jamil.

Derek preguntó, incrédulo:

-¿Entre todas las cosas, vamos a pelearnos por esto?

- Quizá - respondió Jamil a tiempo que ayudaba a Derek a llevar a Rahine a la cama-. Tú no la necesitas. Yo sí. Ella mantiene la paz en mi vida.

-¿Lo sabe ella acaso? ¿Se lo has dicho alguna vez? Jamil contestó con ira.

-Debiste haberme avisado que ibas a pedirle que regresara contigo. Yo jamás habría permitido este encuentro.

-No podrías haberlo impedido, Jamil. Yo jamás me habría marchado sin verla otra vez. La primera vez no cuenta. Ella creía que eras tú.

La llevaron a la cama, pero cuando Derek trató de retroceder, se encogió de dolor por la fuerza con que Rahine se aferraba a su brazo. Bajó los ojos y vio los grandes ojos verdes de su madre fijos en él, dilatados y cuajados de lágrimas.

-Kasim... oh, Dios, ¿Kasim? ¿Es realmente...? -miró a Jamil a su otro lado, luego de nuevo a Derek-. Es -dijo con un nudo en la voz-. ¡Oh, Dios mío, realmente es!

Derek se sentó a su lado y la rodeó con el brazo.

-Se supone que no debes llorar por esto, madre. En respuesta, su llanto se volvió más fuerte y ruidoso. Rahine ocultó el rostro entre las manos, avergonzada por haber perdido el control de sus emociones, pero sólo para llorar más fuerte cuando Derek la rodeó con sus brazos.

-Madre, por favor, no hagas esto. Creí que estarías feliz de verme.

-¡Estoy muy feliz!

Los dos hermanos cambiaron una mirada de mutua impotencia. Como era típico de su sexo, podían habérselas con casi cualquier situación, menos ésta.

-¿Podemos hacer que te traigan algo? -preguntó Derek amablemente-. ¿Una copa de coñac, de *kanyak'?* ¿Qué deseas?

-No bebe bebidas alcohólicas -contestó Jamil por ella.

-¿Cómo lo sabes? -replicó Derek con impaciencia-. Sólo porque tú no...

-¡No debéis pelearos! -interrumpió Rahine apartándose del pecho de Derek-. Los hermanos no deben pelear.

-¿Estábamos peleando, Jamil? -preguntó Derek, sonriente.

-De ninguna manera -respondió Jamil con la misma expresión sonriente.

Rahine intentó una expresión de desaprobación, pero le resultó imposible. Todavía dudaba de sus facultades mentales, de su vista, su oído. ¿Kasim aquí? ¿Jamil demostrando preocupación y diciendo que la necesitaba? Otra vez volvió a mirar a uno y a otro. Tan idénticos. Tan amados. Sintió que su corazón parecía a punto de estallar de tan lleno de emociones.

Se enjugó las lágrimas con mano nerviosa y luego mojó la mejilla de Derek con los dedos húmedos.

-¿Por qué? ¿Cuándo?

-Desde hace algún tiempo ya -respondió él-, para que Jamil pudiera salir en busca de Selim sin correr peligro de que un asesino se le apareciera a la vuelta de cada esquina. Por supuesto que nosotros no sabíamos que era un esfuerzo sin sentido y completamente inútil.

-No, no podías saber que él ya estaba... Entonces eras tú... desde... -Intentó recordar, pero tantas cosas estaban dándole vueltas en la cabeza, que no era fácil-. Desde que Shahar fue comprada... no, desde que la convocaste por primera vez. Ahí fue cuando empezaste a actuar de forma diferente. Y yo nunca lo adiviné.

-No debías hacerlo -dijo Jamil al tiempo que se inclinaba para tomarle la otra mano-. Nadie lo sabía excepto Omar;

como que fue idea suya traer aquí a Kasim para que ocupara mi lugar.

-¿Ni siquiera se lo dijiste a Sheelah?

-No, no lo hice hasta que llegué anoche. Pensé en decírtelo a ti...

-Ambos lo pensamos -intercaló Derek.

-Pero para que el engaño saliera bien, era mejor que no se alterara el comportamiento de nadie de ninguna manera.

-Salvo el tuyo. -Rahine sonrió y le apretó cariñosamente la mano, comprensiva.

-Sí, bueno, mi comportamiento ya era caprichoso, y lo había sido durante meses. Cualquier error que cometiera Kasim podía ser atribuido a mi carácter caprichoso. Pero ni siquiera ahora ha de saber nadie más que él ha estado aquí. El no desea ser resucitado o ser llamado a sucederme si algo llegara a pasarme antes de que mis hijos sean mayores.

Ese recordatorio espantoso atravesó de dolor el corazón de Rahine. Se volvió a Kasim con los ojos llenos de lágrimas una vez más.

-¿Tu vida... es tolerable, entonces?

-Más que tolerable, madre. -Le sonrió-. Me satisface muchísimo.

Se le apretó la garganta; no sabía si creerlo o no.

-Yo... yo lo siento mucho, Kasim -susurró ella con voz quebrada-. Me arrepentí de enviarte lejos de aquí en cuanto te fuiste. Oré y supliqué que tú lo supieras... que lo percibieras de algún modo. Jamás pensé que volvería a verte para decírtelo.

-Yo sí lo supe, siempre -le aseguró él-. Y comprendí una vez conocí a tu padre. He llegado a amarle tanto como tú. Desde luego que él se ha vuelto un tanto dictatorial en su vejez.

Ella se sonrió al ver el brillo de humor en los ojos de su hijo.

-¿De veras?

-Yo he de casarme o si no... ¿lo sabías? Si hasta ha enviado un barco a buscarme para llevarme a casa. No confiaba en que yo encontrara el camino de regreso. -Ella se rió, como había sido la intención de Derek al decirlo; luego agregó tiernamente-: No lamento de nada, madre, así que tú no debes arrepentirte de nada de lo que has hecho.

-No merezco tu perdón, Jamil nunca me ha... Derek la interrumpió fríamente.

-Jamil es un necio testarudo.

-No, no debes decir eso... Jamil la interrumpió esta vez.

-El tiene razón, madre. -El pecho de Rahine se hinchó de pesar cuando él súbitamente hundió la cabeza en su regazo y ella oyó su súplica angustiada-: ¿Puedes perdonarme?

-Por favor... Jamil... por favor no lo hagas. -No podía detener las lágrimas que rodaban por sus mejillas. El alzó la cabeza y la apoyó contra el pecho de su madre-. Yo comprendí tu dolor y tu ira. Vosotros dos erais como uno solo, y con todo, yo corté la cuerda. No tenía derecho, y ciertamente jamás te culpé por odiarme.

-Pero yo no te odiaba... no podía. Y cuando finalmente lo comprendí, me disgusté contigo por la barrera que yo mismo había levantado entre nosotros. Estaba equivocado...

-Pero ahora todo está bien, de verdad, Jamil. Derek interrumpió en este punto y dijo con enfado:

-Supongo que esto significa que no volverás a Inglaterra conmigo.

Rahine tuvo que reírse al oír el tono de la voz.

-Vamos, vaya, Kasim, en realidad no has podido creer que lo haría. Yo no existo allí, no más que tú aquí. Seguramente me considerarán muerta desde hace años.

-Se hizo mención de ello para explicar tan larga ausencia -se vio forzado a admitir.

-Ahí tienes, ya ves. Ambos hemos hecho vidas diferentes, que es todo lo que queremos ahora.

-Podrías hacer una nueva vida, asumir una nueva identidad... ver a tu padre otra vez.

-Eso es injusto -le regañó ella, tiernamente-. El te tiene a ti ahora. Ya no me necesita. Pero Jamil sí.

-Basta de discutir con ella, Kasim -estalló Jamil, irritado-. Se queda.

Derek cedió con gracia y elegancia, reconociendo que estaba vencido.

-Encárgate de que ella sepa que es apreciada de ahora en adelante, hermano, o seguiré el ejemplo del marqués y enviaré un barco a buscarla.

Jamil resopló como única respuesta, pero más tarde aseguró a Derek que Rahine nunca más volvería a estar privada de su afecto.

Librodot

CAPÍTULO XLVII

Chantelle sobrevivió varias semanas antes de que la alcanzara el tedio. Había albergado la esperanza de que este viaje sería muy diferente a la larga travesía por mar que había realizado en cautiverio, pero no se diferenciaba de aquél en casi nada. Como entonces, seguía encerrada en su camarote privada de la visita y sonidos de las actividades en cubierta, que podrían haber hecho más tolerable el lento paso del tiempo. El hombrecito que le traía las comidas al camarote era inglés, posiblemente un esclavo, y asquerosamente conforme con su destino.

La única otra persona que veía era Jamil, y cada vez le resultaba más difícil ser fría con él y rechazarle cuando estaba tan hambriento de compañía.

Al menos en su primera travesía había contado con Ha-keem, que le hacía pasar las horas de vigilia aprendiendo y repitiendo incansablemente toda la información que le brindaba sobre su vida futura. Eso y sus temores y ansiedades acerca del futuro en un país extraño no le habían dado tiempo para aburrirse. Ahora hasta vería con agrado la visita de Jámila, pero se separaron en cuanto subieron al barco. Se le habían asignado camarotes diferentes, sin duda para que la visita de Jamil a una de ellas no molestara a la otra. Y no le preguntaría si podía visitar a Jamila cuando en realidad apenas le dirigía la palabra.

Pero él, indudablemente, visitaba a Jamila. Oh, sí, venía a ver a Chantelle todas las noches, pero eso no era más que por pura cortesía, puesto que ya había renunciado a disuadirla de su animosidad hacia él. Lo que Jamil hacía después de esta visita era algo que ella no tenía forma de averiguar.

El había cambiado desde que se habían hecho a la mar. No sólo su aspecto sino también su mismo carácter parecían diferentes. Ya no más mantos ni túnicas, a los que tanto se había acostumbrado, ni siquiera los pantalones turcos. Ahora usaba camisas de lino que serían la envidia de un inglés, y ceñidos pantalones de ante con botas hasta la rodilla. Lo único que faltaba era un chaqué, pero el tiempo tan caluroso podía justificar esa ausencia.

Chantelle no podía imaginar por qué se vestía como un europeo ahora y era demasiado testaruda para preguntárselo. El cambio que había sufrido su disposición de ánimo era aún más curioso, pero eso tampoco lo comentaba con él. El no tenía ya estallidos de furia o frustración por sus continuos rechazos. Era como si estuviera caminando sobre cascaras de huevos alrededor de ella contento de que Chantelle tuviera tan poco que decirle.

La cena llegó puntualmente, como de costumbre, y el marinero pequeño que respondía al nombre de Peaches, era todo sonrisas esa noche.

-Llegamos a puerto mañana para reabastecernos, señorita. No más galletas secas y ninguna mezcolanza guisada por Gundy mañana por la noche.

Dijo esto al tiempo que depositaba la bandeja en la mesa. Chantelle se acercó y vio que esa noche había una botella de vino para hacer más aceptable la comida correosa. Gundy había dejado de proporcionar variedad en sus comidas desde hacía una semana.

-¿Cómo se llama el puerto que tocaremos, Peaches?

- No podría pronunciarlo bien aunque lo intentara, señorita. Es uno de esos nombres extranjeros. Pero es sólo un pequeño puerto sin importancia a mitad de camino en la costa de Portugal. Un puerto insignificante.

Chantelle le miró con ojos incrédulos.

-¿Significa eso que efectivamente hemos dejado atrás el Mediterráneo?

-Pues claro está, usted se ha perdido ver el Estrecho de Gibraltar, puesto que lo atravesamos a altas horas de la noche. Aunque me sorprende que Sinclair no se lo haya dicho.

-¿Sinclair?

-¡Vaya! El sujeto con quien usted...

-Si no tienes suficientes tareas para mantenerte ocupado, Peaches, tal vez yo tenga una charla con el capitán para corregir esa deficiencia -dijo Derek desde la puerta.

-Eso no será necesario, milord. Sólo mantenía una charla amistosa con la dama.

-Ya me he dado cuenta.

-Está en lo cierto.

Derek cerró la puerta en cuanto Peaches salió presuroso, luego se reclinó contra ella con los brazos cruzados sobre el pecho. Chantelle le observó con los ojos entornados.

-¿Me acaban de engañar mis oídos o te dirigiste a él en perfecto inglés, Jamil?

-Dudo mucho que hubiera podido entender una sola palabra de mi francés.

-Entonces, me mentiste. ¡Sí sabes hablar en inglés!

-Por supuesto -respondió él con un encogimiento de hombros-. Es Jamil quien no lo habla, al menos no muy bien.

-Jamil quien no... oh, ya comprendo. Supongo que has cambiado de identidad como de ropas.

-Algo por el estilo.

-Podrías haberme dicho algo antes -replicó ella, malhumorada-. Si estás viajando en secreto...

-¿De dónde has sacado esa idea?

Ella unió las cejas con expresión suspicaz.

-¿Has estado bebiendo?

-En absoluto. -Le sonrió maliciosamente.

-Bueno, pareces no estar en tus cabales. Si no deseas que nadie sepa quién eres, entonces este viaje será secreto.

- Pero no lo es, Shahar, y todos en el barco saben bien quién soy. Derek Sinclair, actual conde de Mulbury, para servirte.

-¿Derek? -El nombre trajo cierta reminiscencias-. ¿No me pediste una vez que te llamara?... espera un minuto. Yo conozco el nombre de Sinclair. Es el nombre de familia del marqués de Hunstable, que vive a no más de cuatro millas de mi casa.

-Mi abuelo.

-Que me lleven los demonios -estalló ella, irritada-. No soy una tonta, Jamil.

-Claro que no. Creo que tu dificultad radica en pasar por alto un hecho muy simple. Yo no soy Jamil Reshid. Ocupé su lugar un tiempo porque él necesitaba mi ayuda.

- Estás mintiendo otra vez. ¿Cómo podrías tomar el lugar de otro que es conocido por todos? Tendríais que ser gemelos.

-Eso facilitó mucho las cosas.

Podría haber arrojado saliva por la boca llegado a este punto, de lo exasperada que estaba.

-¡Si no puedes hablar en serio, fuera! ¡No me gusta que jueguen conmigo!

Derek se apartó de la puerta y acercó la silla a la pequeña mesa del camarote.

-Siéntate y te lo explicaré todo, Shahar. Es hora de que quitemos esto de en medio.

Ella obedeció y cuando Derek terminó de contarle toda la historia, ella sólo pudo mirarle fijamente sin decir palabra por unos momentos.

-Entonces tú no eres el rey de Barikah. Creciste y te educaron en... ¿eres un maldito inglés?

-Sí, si tienes que ponerlo de esa manera. -Estaba tan aliviado de que ella sólo demostrara sorpresa, que no le importó cómo le llamara-. ¿No te importa?

-No sé -respondió ella, sincera-. Realmente todavía no he... si no eres Jamil, entonces yo no te pertenezco, ¿no es así? no eres mi dueño. De hecho, nunca lo fuiste.

-Te compraron para mí, Shahar. Cuando tomé el lugar de Jamil, su harén estaba a mi disposición. Y como cualquier mujer que yo favoreciera sería entregada en matrimonio fuera del harén en cuanto regresara Jamil, se podría decir que él tenía la esperanza de que con una concubina propia, no me sentiría tentado por muchas de sus mujeres, al menos no por aquellas de las que no tenía ningún interés de separarse. Y por lo tanto no me tentaron.

-¿Y Jamila?

-Yo ya conocía su situación antes de llegar. Se me pidió por favor que la sacara de Barikah si podía. Pero como era una de las favoritas de Jamil, existía la posibilidad de qué él no la dejara partir aunque yo se lo pidiera.

-Así que la llevaste a tu cama.

-A decir verdad, ni la toqué, pero no podía decirte eso entonces. Para lograr su libertad, todos, especialmente Jamil, tenían que pensar que compartió mi cama.

-Entonces, ¿le contaste a ella quién eras?

-No. Estaba bastante resentida al no poder provocarme. Es una jovencita muy precoz. Pero conté con su vanidad para impedirle contarle a todo el mundo que lo que yo quería era jugar al ajedrez con ella. Y no lo contó.

Chantelle frunció el ceño al ocurrírsele otra idea.

-¿Exactamente cuándo cambiaste de lugar con tu hermano? Derek se sonrió al leerle el pensamiento.

-El mismo día que te llamé por primera vez.

-¿Entonces... fue Jamil quien me compró, no tú? El asintió con la cabeza.

-Esa fue la única vez que le viste.

-Entonces, tú no... era él quien... ¡y Mará! ¡No eras tú! -Saltó de la silla para arrojarse a sus brazos y abrazarle-, ¡Estoy tan contenta! No podía reconciliarme con la crueldad que tú... él exhibía. No podía comprender cómo yo podía...

Cuando bajó los ojos sin terminar la frase, él la azuzó:

-No te detengas ahí. ¿Podías qué?

-No tiene importancia -la eludió ella-. ¿Qué me dices de Sheelah? No he olvidado que tú...

-Yo no, Shahar. Ese fue el día que regresó Jamil, y fue directamente a su esposa. El sí la ama.

-Entonces, ¿cumpliste tu promesa?

-Efectivamente, te dije la verdad cuando dije que no había podido pensar en nadie desde que te había contemplado por primera vez. Todavía no ha habido ninguna otra, Shahar... sólo tú.

Alzó los ojos, brillantes como amatistas, y luego le besó. El no le permitió que se detuviera allí. Había pasado semanas desde que la tuviera tan cerca, semanas de preocupación acerca de cómo reaccionaría ella cuando se enterara de toda la verdad. Ciertamente, no había esperado que fuera así.

La recogió en sus brazos y la llevó a la pequeña litera. Ella le ayudó a desnudarla y a desnudarse, y luego él estaba tendido a su lado, haciéndole todas las cosas que sólo había podido soñar hacerle.

Librodot

Chantelle se deleitó en la dulce promesa de sus caricias. Le conocía tan bien el cuerpo, conocía todos los lugares sensibles que la hacían arder por él. Cómo había echado esto de menos, y qué maravilloso era saber que nunca tendría que negarse este placer otra vez. El le había sido fiel. Debía de amarle. Esto la alegró más de lo que podía haber imaginado.

-Debía habértelo dicho antes -dijo Derek entre mordiscos delicados en la garganta y los senos.

-¿Por qué... no... lo hiciste? -preguntó ella, jadeando.

-Tenía miedo de que te enfadaras.

Ella le tomó la cara y la cubrió de besos.

- ¿Por qué no eras Jamil? ¿Por qué cumpliste la promesa que me hiciste? ¿Por qué me llevas a casa? Me llevas a casa, ¿verdad?

-Sí. -Sonrió forzadamente-. A casa conmigo. No creerás que te traería todo este camino sólo para dejarte ir, ¿verdad?

Al decir esto, la hundió en la cama regresando entonces él al hogar, al calor y ardor por el que clamaba su cuerpo. Ella estaba lista y dispuesta para él, dándole la bienvenida en su cuerpo con una pasión que se había vuelto más poderosa y ardiente por su amor a él. Dios, era tan agradable aceptarlo finalmente, no tener más dudas acerca de su dignidad, darle el corazón para que él lo guardara eternamente. Era absolutamente distinto de todo lo que había sentido hasta ahora, lo que descubrió plenamente cuando los cuerpos se unieron al llegar a la culminación para lograr el pináculo de éxtasis pulsante que nunca antes habían alcanzado.

CAPÍTULO XLVIII

El alba se filtraba tímidamente por el ojo de buey cuando Derek finalmente se levantó de la litera. Había pasado allí la noche, pero no para dormir. Chantelle se desperezó sensualmente mientras le veía vestirse y mojarse la cara con agua fría. El estaba cansado, mientras se sentía muy complacida consigo misma por no estarlo. Todavía no, de todos modos.

-¿Estás seguro de que no te gustaría quedarte un poco más?

Derek miró por encima del hombro y la encontró apoyada sobre los codos con los senos desnudos echados hacia adelante provocativamente. Derek gruñó y desvió la mirada.

- Un hombre tiene sus límites, Shahar - dijo él en tono apesadumbrado.

-¿Estás pidiendo clemencia, mi señor?

-Sí -pero añadió rápidamente-, hasta esta noche. -Regresó junto a ella y se sentó en el borde de la litera. Esos senos dulcemente erguidos eran casi su perdición-. Entonces podrás ser tan despiadada como gustes. Insistiré en que así sea.

Ella rió roncamente.

-Es por tu propia culpa, por ignorarme durante tanto tiempo.

-¿Yo? -Procuró poner un poco de indignación en la voz-, Prácticamente me tenías de rodillas.

Ella se volvió de lado y apretó la pelvis contra la cadera de Derek y luego deslizó el dedo a lo largo de su brazo.

-Tú jamás te arrastrarías, mi señor. Estás demasiado acostumbrado a salirte siempre con la tuya y a confiar en tus poderes de seducción.

-Nada de eso me sirvió de mucho recientemente.

-Oh, no sé qué decirte. Fue bastante difícil tratar de ignorarte, especialmente cuando adoro este magnífico cuerpo fornido que tienes.

-Coqueta y atrevida -replicó él mientras las manos de Chantelle se deslizaban dentro de la camisa abierta.

-Dame un beso y te dejaré ir sin una sola protesta más. El la besó, pero cuando la lengua de Chantelle se introdujo en su boca y una mano comenzó un lento descenso por su pecho, Derek se convirtió en el agresor.

-No habría podido creer que fuera posible, pero no voy a ninguna parte.

-Qué vergüenza. Me has tenido despierta toda la noche, y ahora me siento súbitamente un tanto... -Al oír su gruñido, ella se rió entrecortadamente-. Bueno, cuando lo pones de esa manera, supongo que puedo quedarme despierta una o dos horas más.

Cerca de una hora después Chantelle volvió a contemplarle mientras se vestía, pero esta vez ella bostezó, soñolientamente satisfecha de no protestar. Tiernamente, él se inclinó sobre ella para darle el último beso de despedida.

-Te veré esta noche, pequeña luna.

-Me verás antes de eso -le respondió, adormilada-. ¿O no crees que ya es hora de que tome aire fresco y me ejercite caminando por cubierta? -Al no recibir respuesta, abrió los ojos y le encontró frunciendo el ceño-. Bueno, ¿no te parece?

-De hecho -respondió él con vacilación-, preferiría que siguieras como estás.

Estaba completamente despabilada ahora.

-¿Encerrada? Debes de estar bromeando. -Pero al ver que se fruncía más su ceño, exclamó-: ¡No estás bromeando! ¿Por qué?

-Sería mejor para to...

-¿Para quien? No para mí, así que debe ser para ti. -Y ahora era ella la que miraba ceñudamente-. ¿Hay algo que no me hayas contado todavía?

-¿Por qué me preguntas eso? -le esquivó él.

-Porque obviamente no deseas que yo hable con nadie más en el barco. Y por lo que recuerdo, anoche mencionaste algo acerca de que yo podría enfadarme. ¿Exactamente por qué tendría que enfadarme yo?

-Muy bien -dijo él, tenso-. El capitán y la mitad de la tripulación saben que tengo una novia esperando mi regreso a Inglaterra. Estaba con mi abuelo cuando él hizo gestiones para que este barco me recogiera en Barikah.

-Ya veo -respondió ella con admirable calma-. Una novia. Ahora dime que tienes la intención de romper el compromiso con ella.

-¿Romperlo? No se rompe así como así el compromiso con la hija de un duque.

-Tú podrías -replicó ella, irritada.

-No, no podría -replicó con ira.

-¿Por qué? No, no me contestes. La amas, ¿no es así?

-¡Por supuesto que la quiero! ¡La conozco de toda la vida!

-¿Qué tiene que ver eso?

-¿Qué tiene...? -Empezó a gritar él, luego lo pensó mejor y bajando el tono le habló persuasivamente-. La cuestión es, esto no tiene nada que ver con nosotros, Shahar.

-¡No me llames así! Tu hermano me dio ese nombre y siempre lo he aborrecido. Y no hay ningún «nosotros», mi señor, no lo hay si te casas con la hija de ese duque.

-¿Esperabas que me casara contigo?

-Después de oírte decir que me llevabas a casa contigo, debo admitir que sí, ¡supongo que esa idea cruzó por mi mente!

El la contempló largamente.

-Entonces lo siento, pero ésa no era la solución que tenía en mente.

Los ojos de Chantelle se agrandaron lanzando chispas cuando empezó a caer en la cuenta de lo que sí tenía en su mente.

-¿Querías que yo fuera tu amante?

-No es necesario que lo digas así. Una amante es alguien perfectamente respetable en estos días.

- Eso es lo mejor que puedo esperar de ti, ¿no es así? Me has arruinado para un matrimonio honorable y decente, luego esperabas beneficiarte... -Súbitamente oyó lo que estaba diciendo y agrandó más los ojos llameantes-. ¡Dios mío! Estabas en posición de... podrías haber obtenido mi libertad sin... ¡maldito bastardo! No tenías ninguna obligación de hacerme el amor. Podrías haberme dejado intacta como a Jámila.

-Eso no te habría dado la libertad, Shahar.

-¡No... me... llames.. así! Y no me mientas más.

-No te estoy mintiendo. Jamil era tu dueño. Obtuviste tu libertad como recompensa por ayudarle. De otro modo, él estaba en todo su derecho si quería conservarte en el harén.

-El nunca me deseó. El me compró para ti. El me habría dejado ir si tú se lo hubieras pedido. El es tu hermano, por todos los cielos. ¡No te atrevas a decirme que él te habría negado algo después de que habías viajado todo ese camino y habías arriesgado la vida por él!

-Tal vez no, pero no podía correr ese riesgo. No podía verte enterrada en ese harén toda tu vida, especialmente después de saber que ya había entregado su corazón. Al principio pensé en hacerte casar con un hombre sin otra esposa. Sentía que te merecías al menos ser la primera *kadine.* Pero eso no podía hacerse a menos que primero me acostara contigo.

-Si estás tratando de decirme que hiciste todo esto por mi bien, yo... yo...

-¡Muy bien! -Con impaciencia él le interrumpió el balbuceo indignado-. Ese era sólo un pretexto para acallar mi conciencia. La verdad, lisa y llana, es que no podía dejarte sola. Te deseaba demasiado y todavía te deseo, y, por Dios, que tú irás a casa conmigo, mujer. Te quiero conmigo de una manera u otra. Si tengo que hacer virar el barco y vivir el resto de mis días en Barikah para tenerte encerrada en el harén, lo haré.

-¡No seré tu amante! -chilló ella cuando él se dirigía a la puerta. No recibió ninguna otra respuesta que no fuera el ruido de la llave girando en la cerradura-. ¡Jamás! -añadió en voz queda para su beneficio. Y después comenzó a llorar.

CAPÍTULO XLIX

A la larga, Chantelle sí le permitió que la llevara a la heredad de Hunstable con él, pero sólo porque finalmente había recordado el terrible dilema que había dejado atrás en Inglaterra. De ninguna manera era porque aceptase ser su amante, aunque él seguía tratando de persuadirla para que cambiara de opinión. Era simplemente porque él podría ayudarla a localizar a su tía Ellen y juzgar la situación actual mejor que ella. Al menos él le debía esto.

Derek no se mostró muy feliz al enterarse de quién había sido el padre de Chantelle, y menos cuando supo que su abuelo le había conocido y habían mantenido relaciones amistosas. Ni escuchó en calma el resto de su historia. Que estuviera furioso por lo que ella había pasado, la sorprendió. Que aceptara ayudarla sin que tuviera que rogárselo, la sorprendió aún más.

Conoció a Caroline el primer día, al llegar a la mansión. Fue una prueba incómoda en todos los sentidos. Ni siquiera las nuevas prendas que Derek le había comprado en Dover le dieron a Chantelle la confianza necesaria para encararse con esta mujer realmente hermosa y espléndidamente ataviada. Ella lucía un vestido simple de hilo azul. Caroline estaba ataviada con seda escarlata.

La modistilla que había entregado ya los dos atuendos terminados, que sólo necesitaban unos pequeños retoques para ceñirse perfectamente al cuerpo de Chantelle, estaba arriba esperando para probarle el guardarropa completo que había aceptado que encargara Derek para ella, pero eso tampoco era de ninguna ayuda ahora. Ver a Derek y a Caroline juntos era como asistir al reencuentro de amigos largamente separados. No parecían amantes, sin embargo, a Chantelle aún así le dolía ver que los sentimientos de Derek por esa mujer eran profundos y sinceros.

Ignoraba lo que le había explicado Derek a Caroline sobre ella después de la breve presentación. No le interesaba quedarse ahí y contemplar esa reunión por más tiempo del necesario, y calladamente se alejó sin que lo advirtieran, así lo creyó.

Derek la vio salir pero no intentó detenerla. Al verla junto a Caroline, él estaba más confundido que nunca, y había estado en ese estado de continua confusión respecto a sus sentimientos desde que había tenido la esperada pelea con Chantelle a bordo del barco.

Se alegraba de ver nuevamente a Caro, estaba encantado en realidad, ya que había echado tanto de menos la especial intimidad que existía entre ellos. Casi estuvo a punto de soltar abruptamente su dilema al regazo de Caroline, como lo hubiese hecho antes del compromiso, para perdirle su consejo. Fue entonces cuando comprendió toda la verdad, cuando vio claramente las diferencias en sus sentimientos por las dos mujeres. Amaba a Caroline. La adoraba. Sería la esposa perfecta en todos los aspectos, menos en uno, y era ese único factor el que él nunca antes había tomado en consideración. No tenía ningún deseo verdadero de tener relaciones sexuales con ella. Podría hacerlo si tuviera que hacerlo, pero la pura verdad era que preferiría que no fuera así.

¡Cielos! ¿Cómo lo había pasado por alto hasta ahora? Eran demasiado íntimos, más como hermano y hermana. De hecho, lo que sentía por ella, lo comprendía ahora, era un amor positivamente fraternal.

Lo que sentía por Chantelle, por otro lado, era exactamente lo contrario. No podía mantener las manos fuera de ella. Esa mujer le exasperaba, le frustraba, le hacía perder la cabeza. También encendía su deseo con sólo una mirada o un roce inocente. No sólo la quería en su cama, sino que sería perfectamente feliz si ella no se levantara nunca de ella.

¡Maldición! ¿Qué le decía eso? Que se había estado engañando durante demasiado tiempo. Se iba a casar con la mujer equivocada y no podía hacer nada al respecto, sino tener la esperanza de que ella rompiera el compromiso. El no podía hacerlo. La había atado durante casi un año con este compromiso. Y a los veinticinco años, se la consideraba una mujer que se quedaría para vestir santos. Él no podía herirla de esa manera, ni siquiera por el bien de su felicidad futura.

Cuatro días más tarde llegó la tía Ellen, gracias a los esfuerzos de una docena de sirvientes enviados a localizarla. Chante -lle se alegró tanto al verla que lloró durante veinte minutos seguidos sin poder decir una palabra. Ellen no era tan emotiva como su sobrina. Se las ingenió para contarle sus novedades primero, que su primo Charles había muerto

desafiado a duelo después de descubrirse que había estado estafando con las cartas. La mala noticia era que su hijo, Aarón, tenía ahora la tutela de Chantelle.

-Y si sentías la necesidad de esconderte de Charles, puedes estar segura de que es mucho más imperioso que estés lejos de las manos de Aarón. El no te daría en matrimonio, querida mía. El te conservaría hasta que fueras una vieja solterona y permanentemente bajo su protección, si entiendes lo que quiero decir.

Chantelle lo entendía, y eso la dejaba en la misma situación difícil, cambiando una manzana podrida por otra. Derek había prometido ayudarla, y ella esperaría para ver qué tendría para decirle una vez que terminara su investigación de los asuntos de la rama americana de los Burke.

En estos momentos, Chantelle tenía su propia historia para relatar, y lo hizo con muchos cabos sueltos y sin muchos pasajes que no se atrevía a confesarle a su tía. Desafortunadamente, su historia tan abreviada dejó a Derek oliendo a rosas. Ellen le veía, ni más ni menos, como un héroe resplandeciente, y después de conocerle personalmente, no podía cantar sus alabanzas lo suficientemente alto. Esto hizo que Chantelle se sintiera enferma de rabia.

Esa noche conoció al buen amigo de Derek, Marshall Fiel-ding, pero cuando también se presentó Caroline para cenar, Chantelle se las ingenió para arrastrar a Ellen lejos de la compañía de todos poco después de terminar la cena, con el pretexto de que aún no se habían puesto al día en todo lo que les había sucedido durante el verano. Ellen conocía a Chante-lle lo suficiente como para discernir de inmediato qué pasaba, y cuando llegaron al primer piso y Chantelle súbitamente alegó fatiga, se confirmaron sus presunciones. Pero también sabía que Chantelle no hablaría del tema hasta estar dispuesta a hacerlo. No la presionaría.

En el piso bajo, Marshall requirió con rudeza tener unas palabras en privado con Derek, dejando a Caroline abandonada a la compañía del marqués en el gran salón de recepción. Que él y Marshall no hubiesen tenido una sola oportunidad para charlar a solas desde su regreso no fue la única razón para que él aceptara el ruego. Se sentía incómodo en presencia de Caroline ahora. Era absurdo, pero no menos cierto.

Derek llenó dos copas de coñac antes de tomar asiento en un sillón frente a Marshall en la pequeña biblioteca.

-¿La señorita Woods llegó bien y regresó ya con su familia?

-Sí, y está contando una historia ridicula acerca de haberse escapado de los corsarios y recibido ayuda de unos cristianos hasta que tú la rescataste.

Derek se rió entre dientes.

-Si eso es lo que ella dice... Marshall hizo una mueca irónica.

-No es una jovencita muy agradable, ¿o sí? Es demasiado estirada y formal para mi gusto.

-Debías haberla conocido antes. No podías haber pedido una joven más agradable y encantadora.

-¿Y tu huésped? ¿Cuál es su historia?

-La misma de la señorita Woods. -Derek sonrió forzadamente-. Después de todo, las encontré juntas.

-Hermosa criatura -recalcó Marshall-. Su belleza es deslumbrante en realidad.

-Sí -convino Derek, tajante. El lo creía así, pero maldita la gracia que le hacía que Marshall lo notara.

-¿Y viajaste todo el tiempo con ella?

-Puedes decir que se mostró tan desagradable como la señorita Woods una vez que se enteró de que estaba libre.

Librodot

-¿De veras? Qué reacción tan extraña. Pero has hecho tu parte, más de lo que pedimos de ti. Te la quitaré de las manos, si así lo prefieres.

Derek se adelantó en el asiento sin rastros de buen humor.

-Chantelle Burke no te incumbe, Marshall, así que mantente fuera de esto.

-¿Te has vuelto quisquilloso? ¿no es así?

-No es algo que te interese.

-Perdona que discrepe contigo. Caroline no puede sentirse demasiado feliz de que hayas traído otra mujer a vivir contigo en tu casa.

-Caroline lo comprende perfectamente bien, ¿y qué demonios tiene esto que ver contigo?

Marshall se echó atrás. No había esperado enredarse en una discusión con Derek por este asunto. Pensaba que ofreciéndole su ayuda le quitaría un peso de encima y solucionaría una situación bastante espinosa. ¿Por qué diablos se había vuelto Derek tan quisquilloso? Y entonces se le ocurrió.

- ¿Hay algo entre tú y esa muchacha? - Pero al ver la expresión tormentosa de Derek, volvió a echarse atrás-. Olvídalo. Es que no deseo que se lastime a Caroline, bajo ningún concepto.

-Nadie la lastimará -replicó Derek, más tajante aún.

-¡Bueno, magnífico! Me alegra oír eso. -Un cambio de tema era necesario-. Veamos, acerca de tus actividades en Ba-rikah...

-¿No has leído aún mi informe?

-Vamos, Derek, ¿llamas informe a esas dos míseras páginas con datos incompletos que me enviaste el otro día?

-Lo resumí con bastante precisión, según creí. El problema era interno y ya se ha solucionado por completo. Inglaterra puede disfrutar del reinado de Jamil Reshid sin más preocupaciones.

-Para no molestarte en decir más. De acuerdo con el informe que nos llegó de sir John esta misma mañana, en los primeros días después del regreso de Reshid a sus tareas habituales, nos otorgó seis concesiones, dos de las cuales habían sido antes derechos exclusivos de los franceses.

-Así que se mostró un poco agradecido...

-No seas tan modesto. ¿Un poco agradecido? No debes de haber oído nada aún acerca del barco de Barikah que llegó una semana larga antes que vosotros. Estaba atestado de obsequios exóticos para Su Majestad, gemas que avergonzarían a las joyas de la corona, sedas, brocados, loros, avestruces, dos panteras vivas...

-Para él es una gota de agua en el océano, Marsh. No es precisamente un gobernante pobre, como sabrás.

-Eso no es ni siquiera la mitad de todo, Derek. Había veinte esclavas... -Derek estalló en carcajadas al oírlo, Mar-shall encapotó los ojos-. ¿Te molestaría mucho decirme qué es lo que encuentras tan gracioso? Maldito si nos desconcertó.

-No lo dudo. Así que encontró un pretexto para reducir su harén, después de todo.

-¿Su harén? Ellas afirmaron pertenecer a su familia... pero ¿a su harén? Con razón cada una de ellas poseía una fortuna que hasta un duque envidiaría. Pero él no se da cuenta de que...

-Por supuesto que sí. Sabía perfectamente que serían liberadas.

-Entonces, ¿por qué no las liberó directamente él?

-Vamos, Marsh, sabes que ésa no es la manera en que se hacen las cosas allí. Los esclavos se regalan con bastante frecuencia y por cualquier cantidad de razones, pero en muy contadas ocasiones se les otorga la libertad sin recibir una recompensa. Son una mercancía demasiado valiosa.

-Pero él las liberó a pesar de todo.

-Sí, pero bajo el disfraz de gratitud. Hay una gran diferencia. -Y entonces Derek volvió a sonreír-. Además, él probablemente creyó que yo apreciaría su gesto. -Ya que le fallé al no reducírselo por él, pensó, divertido.

-Lo cual nos trae de nuevo al hecho de tu gran modestia. Debes de haber hecho algo más que simplemente indicarle la dirección correcta.

-En absoluto. No estaba llegando a ninguna parte al sospechar de Selim. Yo podría haber desviado las sospechas hacia cualquier otro lado, pero fue una de las concubinas del rey la que descubrió a la verdadera instigadora del complot.

-Así lo afirmas en el informe, ¿Fue Chantelle Burke por casualidad?

- No recuerdo haber escrito ningún nombre en mi informe.

-Tan poco servicial como de costumbre. -Marshall suspiró-. Ya sé que no me contarás toda la historia, ¿verdad?

-No hay nada más que contar. Inglaterra está feliz, Barikah está feliz. ¿Qué más podrías desear?

-Un poco de sinceridad entre amigos -rezongó Marshall. Derek le clavó la mirada y la mantuvo fija durante varios segundos, pensativo, hasta que dijo:

-El es mi hermano.

-¡Santo cielo! Eso explica... no es de extrañar... -Marshall se aclaró la voz y su expresión era casi cómica en su embarazo y desconcierto-. Lo siento, viejo, por ser tan persistente. Como bien dices, no hay nada más que contar, ¿no? ¿Nos reunimos con Caroline y tu abuelo?

Derek reprimió una sonrisa.

- ¡Naturalmente!

Pero su propia inquietud volvió al encontrar a Caroline sola en el gran salón; obviamente, el marqués también la había abandonado. Ella estaba terminando de tocar una pieza al piano, una melodía melancólica que no le cuadraba en absoluto. Pero que cuadraba perfectamente con su disposición de ánimo al pensar lo turbada que había estado Chantelle durante toda la cena y con qué terquedad había tratado de ocultarlo.

Desde luego que él sabía la razón, pero no podía hacer mucho al respecto. Ella la tenía cobijada bajo su techo, donde quería tenerla, y haría cualquier cosa para retenerla a su lado. Pero Caroline consideraba esta casa como su segundo hogar y estaría entrando y saliendo más y más seguido al aproximarse la fecha de la boda. Los encuentros entre las dos serían inevitables.

La música había terminado y la voz de Marshall lo arrancó de sus cavilaciones con un sorprendente:

-Bastante fuera de tono, ¿no es así, lady Caroline? Ella se puso de pie, sonriendo forzadamente.

-No me había dado cuenta de que usted no tenía oído para la música, lord Fielding.

-Y yo no me había dado cuenta de que usted no tenía cualidades para el piano.

El grito sofocado de Caroline se oyó en todo el salón.

-¡Cómo se atreve usted!

Marshall se encogió de hombros con aire displicente.

Librodot

-Sólo estoy señalando lo que todos los demás son demasiado corteses para mencionar. Le habría ahorrado muchas frustraciones a su maestro de música, me imagino, si le hubiese dicho claramente a su padre que no le interesaba tocar el piano. Pero usted no haría semejante cosa, ¿no es verdad? Usted jamás ha tomado una sola decisión propia en toda su vida.

Derek no podía creer lo que estaba oyendo y no paró ahí. Caroline se enfadó más, y Marshall se volvió más insultante, y ambos parecían haberse olvidado de que él estaba en el salón, las chispas que saltaban entre ellos eran tan calientes e incendiarias que podrían chamuscar la alfombra. Se le ocurrió que él y Chantelle se comportaban de manera muy parecida cuando no podían llegar a su acuerdo sobre sus sentimientos, y súbitamente estalló en sonoras carcajadas.

Recibió entonces dos miradas furiosas que sofocaron su buen humor y consiguió hablar en un tono bastante medido.

-¿Terminaría este antagonismo si los dejara solos? Caroline fue la primera en responder con la voz todavía áspera.

-No sé qué quieres decir con eso.

- En realidad, creo que lo sabes muy bien. Tal vez he debido preguntar si un compromiso roto podría mejorar sensiblemente la situación.

Ella se sonrojó, pero fue Marshall quien respondió:

-No puedes esperar que ella responda a esa pregunta. La mujer no sabe qué es lo que quiere.

-¡Sí que lo sé! -estalló Caroline. Derek cruzó el salón y le rodeó los hombros con el brazo. Era todo lo que podía hacer para no echarse a reír.

-Quizá te precipitaste un poco cuando aceptaste mi proposición matrimonial. Caro.

Le miró humildemente en un cambio emocional que resultaba ridículo.

-¿Lo crees así, Derek? El asintió con la cabeza.

-Yo soy un sinvergüenza y un bribón, pero te ruego que te excuses.

-¿Estás seguro de que eso es lo que deseas?

-¡No discutas con él, Caroline! -exclamó Marshall, impaciente.

Ella le fulminó con la mirada antes de sonreír a Derek.

-Muy bien.

Él por fin sonrió ampliamente y se inclinó para susurrarle al oído:

-No le dejes escapar, amor. Creo que es él a quien estabas esperando.

-Pero ¿cómo lo has sabido? -le susurró ella.

-Intuición... y el mismo problema.

-¿Chantelle?

-Lo has adivinado.

-Me gusta, pero no creo que yo le guste a ella.

-Le gustarás, amor, una vez que oiga que te vas a casar con otro y no conmigo. Y si no te importa, me gustaría decírselo ahora mismo.

-Desde luego. Y, Derek, muchas gracias.

-Por nada. -Luego, volviéndose a Marshall-. Deberías haber dicho algo, viejo.

-Yo... ah... creí que lo había hecho -respondió Marshall, confundido ahora.

-No con suficiente seriedad. Y no te quedes ahí como un imbécil o es muy posible que la vuelvas a perder. Hablando de decisión...

-Yo no lo podría haber dicho mejor -concordó Caroline con una sonrisa radiante.

CAPÍTULO L

Chantelle estaba a punto de apagar la última lámpara en su alcoba cuando la puerta se abrió de golpe.

-¡Está enamorada de Marshall!

Chantelle pegó un brinco, asustada, aunque reconoció la voz antes de verle. La mismísima razón por la que se iba a la cama tan temprano era justamente para no pensar en él. Y lo más irritante de todo, él era todo sonrisas mientras permanecía de pie esperando que ella dijera algo.

A despecho de si misma, preguntó:

-¿Quién?

-Caroline.

-Se tensó.

-Bien, me alegro por ella.

El ignoró el tono malhumorado y acortó la distancia entre ellos para tomarla entre sus brazos.

-No comprendes, amor. Podremos casarnos ahora.

-Eso es lo que tú crees.

-Chantelle estoy hablando en serio.

-Yo también -replicó y le empujó lejos, furiosa porque él lo pedía ahora-. Ya he oído tu historia, Derek. Tu abuelo desea que te cases y a ti no te importa con quién con tal de complacerle. Bien, no, gracias. No me interesa ser la segunda opción ahora que tu primera opción te ha abandonado.

El había esperado que ella estuviera encantada como él por la noticia. Le enfurecía que no fuese así.

-¡Maldita sea, tú nunca has ocupado un segundo lugar de nadie y lo sabes! ¿Era mi culpa que yo ya estuviese comprometido cuanto te conocí? Caro es una de mis mejores amigas. ¿Cómo podía romper con ella si yo creía que iba a sufrir por eso?

-Estaba muy bien hacerme sufrir a mí, ¿verdad? ¡Debías de suponer que era muy correcto arrancarme el corazón y pisotearlo con sugerencia de que me convirtiera en tu amante!

-¿Crees que te habría amado menos en esa posición? -le gritó él.

-¿Qué? -preguntó, pasmada.

-¡Ya me has oído! ¿Cómo diablos iba a retenerte y no perderte?

Los ojos de Chantelle brillaron cuando se dio cuenta de que le había interpretado mal. Eso era todo lo que le preocupaba, que no pudiera tener el uso de su cuerpo nunca más. ¿Cómo podía haber pensado otra cosa ni siquiera por un momento?

-¿Por qué estoy siquiera discutiendo contigo? Ya te he dado mi respuesta. Ahora, ¿quieres, por favor, salir de mi habitación?

El empezó a hacer exactamente eso, estaba furioso con ella. Llegó hasta la puerta y se detuvo. El había dejado la maldita puerta abierta. La cerró y giró hacia ella. Si los sentimientos no contaban para nada, tal vez la lógica sí.

-Necesitas un esposo, Chantelle.

-Como el diablo.

-¿Has olvidado lo de tu tutor? Sus ojos se entornaron.

-¿Qué pasa con él?

-La única forma de salir de su tutela es casándote. -No era exactamente la verdad. El había hablado con su abogado sobre las opciones disponibles para Chantelle, pero no se lo diría ahora, precisamente-. ¿O tienes intención de esconderte de él hasta cumplir la mayoría de edad?

-¿Por qué no? Eso era lo que tenía planeado hacer hasta que fui tentada por unas vacaciones en Barikah. El detestaba que se pusiera sarcástica.

-¿No quieres tener el placer de darle un buen puntapié en las posaderas para echarle de tu casa?

-No lo bastante como para tener que tolerarte el resto de mis días.

Derek rechinó los dientes.

-¿Por qué diablos te muestras tan obstinada sobre esto? Tú me amas. Yo te amo. No hay nada que nos impida casarnos ahora. Eso es lo que la gente normalmente hace cuando...

-Muy bien.

-¿Qué?

-Muy bien, me has convencido.

Le llevó un momento darse cuenta de que ella le estaba sonriendo. Se acercó nuevamente a ella, lentamente esta vez.

-¿Ha sido por esa idea de tener que estar fuera de circulación?

-No.

-¿Ha sido la parte en que he dicho algo sobre sacar a tu primo a puntapiés?

-Ha sido una bonita idea, pero no.

Ella estaba sonriendo de oreja a oreja ahora. Como él no se adelantó a abrazarla, ella tomó el asunto en sus manos y le deslizó los brazos alrededor del cuello. El era quien se resistía ahora.

-Espera un minuto...

-Shhh. -Empezó a mordisquearle la barbilla-. ¿Has olvidado tan pronto con qué facilidad puede encenderse la pasión entre nosotros?

-¿Así que era eso? Todo lo que quieres es mi...

-Tonto. Todo lo que quería era tu amor. Todo lo que tenías que hacer era decírmelo.

El cambio la posición con ella agarrándole las caderas y apretándola contra las de él.

-Creía que siempre había sido muy demostrativo en ese campo.

-¡No me refería a eso!

-¿No? -bromeó él-. ¿Qué me dices de esto? -Y se apoderó de sus labios hasta que a Chantelle se le doblaron las rodillas.

-Eso siempre ha sido muy agradable -exhaló ella casi sin aliento-, pero yo quería las palabras.

-Tonta -le devolvió la misma palabra-. Yo sabía que me amabas. ¿Por qué no fuiste tan intuitiva como yo? Si yo no te amara, ¿habría soportado tu obstinación, tu mal genio, tus celos?

-Jamás he sido celosa! -replicó ella airada.

-Por supuesto que no. -La risa de Derek era cálida y acariciadora-. ¿Estás segura de que quieres las palabras, amor? Vas a oírlas tan a menudo que muy pronto estarás pidiendo clemencia.

-Eso es lo que tú crees. Nosotros sabemos quién es el que siempre termina pidiendo clemencia, ¿no es así? -Pero entonces ella soltó un largo suspiro abrazándole con fuerza, sintiéndose tan dichosa que apenas lo podía soportar-. Oh, Derek, te amo tanto. ¿Cuándo nos podemos casar?

El sonrió con picardía al ver su impaciencia.

-No hasta mañana, al menos. Tengo otros planes para esta noche.

-¿De veras, mi señor? Yo también, ahora que lo mencionas. Y unió sus labios a los de él una vez más.

Librodot